



Círculo Rojo
EDITORALES



SCARLET
— ISLAND —

Jaime García Sison

Scarlet Island

Jaime García Simón



Primera edición: junio 2018

ISBN: 978-84-1363-001-4

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Jaime García Simón

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de cubierta proporcionada por el autor

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

*Dedicado especialmente a Pablo y Julia,
con mi devoción más sincera.*

*A mis valientes personitas,
de corazones puros
y llenos de grandeza.
Que nunca os falte la sonrisa.
Por nuestra parte,
nunca os faltarán nuestros abrazos.*

*Con mis mejores deseos,
para unas vidas repletas de felicidad.*

PRÓLOGO

Scarlet Island, meses antes:

Richard corría girando la cabeza hacia atrás, de manera casi compulsiva. El contorno del fuerte de los colonos aún repuntaba tras de sí, en lo alto, imparable. Sus pulmones hiperventilaban de manera preocupante tratando de hacer llegar el ansiado aire a sus músculos y órganos extremadamente fatigados. El pánico se había apoderado de él irremediablemente, en su huida hacia ninguna parte por mitad de aquel bosque oscuro y traicionero en Scarlet Island. La noche amparaba a su alrededor multitud de sonidos escalofriantes de a saber qué alimañas que no hacían sino asustarlo aún más. En ocasiones apreciaba el aroma sutil de la flor escarlata colándose en su sentido del olfato. Las irregularidades de la superficie sobre la que corría, tan pronto llana, como abrupta y escarpada debido a hoyos, piedras, enormes raíces de los árboles que lo rodeaban o viejos troncos derrumbados en estado de semi descomposición, hacían que fuesen continuas las violentas caídas del biólogo. Cada vez que besaba el suelo, se levantaba más magullado, renqueante y con mayor dificultad, pero sabía que no podía detenerse, puesto que la vida le iba en ello. Su veloz espantada a la carrera se convirtió poco a poco, tan solo en una suerte de marcha lastimosa lo más rápido posible, puesto que sus fuerzas habían llegado al límite. Algo se acercaba a su posición de manera furtiva al abrigo de la noche. Richard dijo basta, y se detuvo jadeante en un pequeño claro en mitad del bosque espeso, donde con dificultad trataba de recuperar el resuello, mientras miraba con ojos vidriosos repletos de miedo a su alrededor intuyendo que estaba sentenciado. De pronto, en mitad de la lóbreguez de la noche distinguió lo que tanto temía y de alguna manera comenzó introspectivamente a despedirse de la vida, de su vida. Montones de imágenes brotaron de su mente enloquecida por el sufrimiento, algunas de las cuales ni tan siquiera era consciente que recordaba, flashes que iban y venían pasando raudas por su consciencia antes de desaparecer para dejar paso a otras. Imágenes de su niñez, de su madurez, visiones entrañables que no debían ser sino el obsequio de despedida de su intuitivo cerebro a su persona. Emocionado y apesadumbrado, contempló su final frente a frente, todo acabaría ahí, en el mismo bosque que tanto estudió, que tanto amó.

SCARLET ISLAND

Hay lugares en el mundo que cuesta creer que sean reales. Lugares tan idílicos, que no somos ni siquiera capaces de imaginar, sumergidos en nuestra vorágine diaria de estrés laboral y vidas tristemente superfluas. Lugares de ensueño con los que todos hemos fantaseado alguna vez; tranquilos, preciosos, salvajes y vírgenes. Pero hasta en esos emplazamientos paradisíacos no todo tiene por qué ser positivo, algunos esconden oscuros secretos...

—¡Alba, levántate o llegarás tarde! —le decía su madre ante la tranquilidad que presentaba la chica esa mañana al darse cuenta de como hacía caso omiso a las alarmas, que una tras otra sonaban infructuosamente en su iPhone—, ¡tu vuelo sale dentro de dos horas...!

—Ya voy, mamá, solo cinco minutos más... —le respondió a su madre, queriendo saborear los últimos instantes en su hogar antes de marcharse a la que, sin duda, esperaba que fuese la aventura de su vida, por lo menos hasta entonces.

Alba vivía en Madrid, con sus padres y su hermano de dieciocho años. Varias semanas antes consiguió terminar por fin la carrera de psicología, licenciándose en la Universidad Complutense con todos los honores. Ahora, su siguiente objetivo era conseguir el doctorado, pero para lograrlo tenía que presentar una tesis y que la aceptasen, es decir, un estudio o investigación sobre un tema concreto referido a esa carrera. La tesis propiamente dicha, es un escrito que trata de dar explicación de forma argumentada y organizada, a una idea primigeniamente teórica, y de esta forma demostrar que esa hipótesis era correcta tras un exhaustivo estudio detallado. El tribunal evaluador es el que se encarga de aceptarla o no. Si lo hace, esta investigación se añade y revierte de forma innovadora sobre la ciencia misma a la que hace referencia.

Alba tenía veinticuatro años, era vitalista y soñadora. Con su cabello negro azabache, largo y ondulado, recordaba a un corcel indomable. Medía un metro setenta y cinco centímetros y era esbelta, sin duda ayudada por sus clases de defensa personal. Su tez morena contrastaba con el profundo verde de sus ojos, que cuando te miraban parecían hipnotizarte. Se disponía a vivir la vida al cien por ciento. Solía pensar que no desperdiciaría ni un segundo con personas o asuntos que no lo mereciesen. Cualquier aspecto a su alrededor, que por su negatividad le resultase un lastre en la búsqueda de la plena felicidad, lo desecharía inmediatamente.

Era una persona a la que le gustaba observar lo que tenía a su alrededor, cuando salía a correr miraba a la gente a la cara y de alguna manera intentaba descifrar lo que su gesto denotaba. Sentía que podía ayudar a la gente con sus problemas cotidianos, simplemente haciéndoles ver

que una actitud positiva ante la vida era la clave del éxito y de la felicidad. Por eso los observaba, tenía un sexto sentido, una intuición empática que le hacía sentir de alguna manera lo mismo que sentían ellos, de esa forma sabía lo que necesitaban y como ayudarles.

Por eso estudió psicología, para tratar de ayudar a las personas. Su objetivo final y su sueño, era convertirse en una influyente coach emocional, que con sus métodos llegase a muchas almas necesitadas. Quizá con algún libro de autoayuda que encauzase la energía de la gente de manera positiva, que abriese una puerta esperanzadora a afligidos y descorazonados, dejando atrás la negatividad. Deseaba crear una corriente de pensamiento propia que perdurase en el tiempo. Fantasaba con que esta integrara sinergias positivas en la sociedad, y que pudiese cambiar así, quién sabe, a mejor, por poco que fuese la humanidad.

Ese era, sin duda, su mayor sueño y motivación, ser completamente feliz, y ayudar a que los demás también lo consiguieran con sus consejos.

—Te voy a echar tanto de menos, mami... —le decía, abrazándola con mucha fuerza en la puerta de la terminal, en la que sus vidas se bifurcarían por un largo tiempo, nunca antes soportado.

—Y yo a ti, hija... y yo a ti... —decía su madre tremendamente afligida, sin apenas poder contener las lágrimas de puro amor que le brotaban de manera natural, ante la separación de parte de su alma—. Prométeme que vas a llevar cuidado y que me llamarás todos los días por favor —exigía esa madre apesadumbrada.

—Te lo juro —dijo con una amplia sonrisa y los ojos cristalinos, antes de abrazar a su hermano que también se emocionó un poco, aunque intentaba contenerse. Habitualmente tenían sus más y sus menos, pero se querían muchísimo, ella era un referente indudable en su vida.

—¿Estás llorando, hermanito...? —le preguntó con tono socarrón cuando se separaron.

—Eso es lo que tú crees... —respondió cortante el chico, montando de nuevo su muro defensivo, con el que protegía su sensibilidad interior de la barbarie adolescente. Finalmente sonrió y le guiñó un ojo de manera cómplice.

—¡Última llamada para los pasajeros del vuelo British Airways 1657 con destino Scarlet Island! —avisó una voz aguda y nasal surgida de un altavoz blanco que tenían justo encima.

—Bueno... ha llegado el momento —comentó Alba, con un compendio de sensaciones encontradas surcando su estómago, en forma de pena mezclada con incertidumbre, y aderezada con una pizca de euforia ante esa aventura en ciernes—. Os quiero, cuidado a papá —apuntó finalmente andado de espaldas mediante pequeños e inseguros pasos, hasta que se giró y encaró la puerta de embarque, no sin volverse al poco y mandar un beso con su temblorosa mano derecha, debido a la emoción que la embargaba.

El avión se elevaba abriéndose paso en el cielo azul, mientras el aeropuerto Adolfo Suarez Madrid-Barajas empequeñecía junto con la preciosa visión de Madrid, iluminada con la luz blanca y clara de la mañana estival. Llevaba más de un año preparando aquel viaje de manera pormenorizada, y trabajando los fines de semana para poder costearse los cerca de dos meses que, en principio, y si todo iba bien, pretendía estar en su destino, a donde ya se dirigía surcando los cielos, a Scarlet Island.

Si bien año y medio antes, cuando decidió que era allí a donde debía ir, ya pensaba que podía ser el escenario perfecto para su estudio, ahora lo daba por hecho completamente. Se proponía demostrar en su tesis que todo lo que ocurre alrededor de las personas, en su entorno cercano,

influye de manera directa en la conducta de las mismas y en sus vidas, en definitiva. Lo que ocurre a tu alrededor, te afecta de manera positiva o negativa haciendo cambiar tu visión de la realidad y finalmente tu visión del mundo. Es decir, que, por consiguiente, el mundo real cambia o puede evolucionar hacia una u otra vertiente, en función de sucesos que afectan a la psiquis de las personas que lo habitan.

Una vez demostrada esta creencia, se podría afirmar que las personas que consiguen por sí mismas cosas positivas e inspiradoras para otros, por su complejidad o dificultad, realmente son los individuos que cambian el mundo.

Scarlet Island le proporcionaba el escenario ideal para demostrar su teoría, y precisamente por eso viajaba a ese lugar. Se trataba de una porción de tierra aislada en mitad del Atlántico, antigua colonia británica de apenas unos treinta y cuatro kilómetros en su segmento más amplio. Se llamaba así debido a una característica flor roja de cinco hermosos pétalos, única en el mundo, que crecía en varios lugares de la isla, pero, sobre todo, alrededor de un bello lago interior llamado Blood Lake. Unos dicen que el ancestral nombre de ese lago se debe al precioso reflejo rojizo de esas flores en el agua, cuando está en calma. Otros, en cambio, aseguran que estas mismas aguas se tiñeron de sangre cuando los ingleses masacraron a los nativos para lograr el dominio de la isla. Cuenta la leyenda que desde entonces el lugar está maldito.

A cinco kilómetros se encontraba la pequeña ciudad, de apenas seis mil habitantes, denominada Black Port Town, la única de la isla, al margen de pequeños poblados y alguna que otra vivienda independiente salpicadas por sus hermosos bosques. Su coqueto puerto de profundas aguas oscuras, de ahí su nombre, era el lugar de mayor movimiento de entrada y salida de barcos de la isla. Allí se podían contemplar parte de las antiquísimas construcciones defensivas, con altos muros de piedra coronados por cañones, que los ingleses erigieron en ese lugar ventajoso para protegerse de invasores y piratas hace alrededor de cinco siglos.

Al oeste de Black Port Town se emplazaba el pequeño aeropuerto con apenas dos pistas, una para aterrizar y la otra para despegar. Al este se encontraba la preciosa Pearl Beach, prácticamente a continuación del puerto y durante cuatro kilómetros más allá de Black Port Town. En su arena blanquecina se decía que de vez en cuando era posible encontrar perlas de ostras. Esos cuatro kilómetros de playa paradisíaca, representaban la parte más turística de la isla, con un hotel rural conformado por pequeñas cabañas hechas de madera autóctona, que estaban casi integradas con la exuberancia del entorno. Las cabañas estaban distribuidas desde el interior del bosque hasta adentrarse en la costa unos cien metros a través de un malecón de madera, que hacía las veces de caminito de ensueño conduciendo a los turistas hasta donde estas se ubicaban, como suspendidas sobre el agua.

En la isla cualquier cosa que ocurría era de sobra conocida por todos, y a todos influenciaba de una u otra forma. La isla de por sí, ya tenía una leyenda relativamente extraña y misteriosa, por las inquietantes ruinas que se encontraban en mitad de un tupido bosque, casi absorbidas por la vegetación, a unos quinientos metros de Blood Lake. Eran los restos de la fortificación donde moraban los primeros colonos ingleses, que según la tradición desaparecieron de pronto sin dejar rastro. Pero en los últimos tiempos varios sucesos consiguieron magnificar de manera exponencial esta leyenda.

Hacía alrededor de tres meses, que habían encontrado muerto en insólitas circunstancias a un famoso biólogo, que estudiaba la flora alrededor de esas ruinas abandonadas cercanas al lago. Todos en la isla al parecer dan por hecho que allí pasan cosas extrañas, inexplicables... Pero algo incluso mucho peor ocurrió unas cinco semanas antes de su viaje, suceso que dejó sobrecogido a

medio mundo, y mucho más a los habitantes de la pequeña isla. La que era la última tribu autóctona de Scarlet Island, vivía en un primitivo asentamiento en las inmediaciones de las ruinas junto al precioso lago. Subsistían de la misma manera que hacía miles de años, pero repentinamente se esfumaron, de un día para otro, tal y como cuenta la superstición de los colonos, aumentando la leyenda negra de ese enclave de manera brutal.

Todos los isleños miraban con recelo hacia allí ahora más que nunca. Las noticias dieron la vuelta al mundo, ante tales extraños casos sin explicación. El biólogo era muy conocido y la tribu estaba considerada como un espejo de nuestros antepasados, con un valor incalculable para el estudio evolutivo y cultural.

Muchas eran las hipótesis que se habían lanzado, pero ninguna la aclaración veraz. Alba pensaba que era imposible encontrar un lugar en el que la gente estuviese más expuesta, influenciada, y seguramente sugestionada por los acontecimientos que les rodeaban, para llevar a cabo su experimentación con garantías. Pareciera que el destino se hubiese aliado con ella para brindarle ese lugar en ese momento, y no lo pensaba desperdiciar. Demostraría que los hechos acaecidos alterarían y modificarían de alguna manera las vidas de las personas, y estas a su vez verían el mundo de distinta forma.

El avión atravesaba los cielos sobre la inmensidad del océano, buscando el punto exacto en donde se encontraba aquel misterioso pedazo de roca, que simplemente por el hecho de estar allí, solo, aislado, ya resultaba extraordinario.

Si trazásemos una línea imaginaria desde La República Dominicana hasta el Sahara Occidental, justo en medio encontraríamos Scarlet Island. Su clima tropical durante todo el año era el sueño de cualquier amante de la playa, la naturaleza y la buena vida. El tiempo se detenía en aquel lugar, el estrés era algo desconocido, la tranquilidad, algo innato y la belleza, de tal calibre que todo el que visitaba la isla quedaba irremediamente enamorado por siempre de ella.

Una primera imagen de la isla cautivó a la chica por completo, cuando el piloto, al hacer una maniobra de aproximación, les regaló un breve recorrido semicircular por buena parte de su extensión. Primero atravesaron el Norte lleno de acantilados inaccesibles de bella factura. Tras estos se encontraba Little Rock, como era conocida la pequeña formación montañosa que dominaba Scarlet Island desde las alturas, con un manto absolutamente verde y frondoso que cubría sus laderas como nunca antes había visto. En realidad era un volcán dormido durante miles de años, seguramente el que diera origen a la isla.

Justo al terminar la montaña pudo disfrutar a vista de pájaro de la preciosa imagen de Blood Lake que lo precedía, incluso un pequeño salto de agua brotaba de Little Rock para caer al extremo más al oeste del lago, formando una preciosa catarata vaporosa e irisada por los rayos del sol. Alba miraba aquel espectáculo de la naturaleza en estado puro, pensando que si algún día había intentado imaginar cómo podía ser el famoso paraíso de Adán y Eva, la imagen que tenía delante debía ser lo más parecido.

A la altura de Black Port Town el avión comenzó a girar dejando ver desde lo alto la distribución del pueblo, con Pearl Beach al costado extendiéndose hacia el este. Encaró la pista de aterrizaje unos pocos kilómetros más allá del pueblo, al oeste. Se aproximaba descendiendo al diminuto aeropuerto rodeado de palmeras en las zonas colindantes, hasta que por fin tomó tierra para tranquilidad de Alba y entre el aplauso espontáneo de los demás viajeros. Estaba realmente emocionada por haber llegado de una vez por todas a su destino.

Al bajar del avión comprobó que la temperatura era más que agradable, similar a la de Madrid. No en vano, la isla se encontraba dentro de la zona intertropical del planeta en donde las

temperaturas son muy suaves y apenas varían en todo el año, siendo de media superiores a los dieciocho grados. Debido a esa temperatura la isla carecía de estaciones térmicas, propiamente dichas, pero sí tenía estaciones lluviosas, secas e incluso mixtas, precisamente en la que se encontraban ahora. Duraba apenas dos meses, en los que la lluvia tal y como llegaba de forma imprevisible y casi torrencial, se esfumaba.

La humedad sí que era notoria, algo de lo que ya daba buena cuenta Alba, mientras caminaba con el resto de viajeros por mitad de la pista, con la misma actitud que si de andar por casa se tratase, —dado las humildes instalaciones—, cargada de maletas y con la frente sudorosa.

Alba miraba a todos lados empapándose con una sonrisa en su rostro de la belleza del lugar. Casualmente había compartido el vuelo con una chica, que ubicada a su lado, decía ser bióloga y venía a reemplazar al que encontraran muerto meses antes. Si bien su muerte fue un poco escabrosa, transcurrido un tiempo y tras una exhaustiva investigación, fue determinada como accidental. Por ello la empresa para la que trabajaba envió a un reemplazo, una vez esclarecido el asunto, o eso creían...

La nueva amiga de Alba se llamaba Valentina. Era de origen italiano, pero vivió durante varios años en España por la relación afectiva que mantuvo con un chico. Finalmente encontró un buen trabajo como bióloga, carrera que había cursado, para una importante farmacéutica española. Tanto era así, que, aunque dicho amorío con su novio tocó a su fin, ella se quedó a vivir en España, en Toledo más concretamente, en donde se sentía muy integrada.

Un chico de unos treinta años, rubio, con sonrisa de anuncio y la piel dorada por el sol, al más puro estilo americano, se encontraba en la puerta del aeropuerto con un cartel rotulado a mano en el que se podía leer “Valentina”. La empresa farmacéutica había puesto a disposición de la chica todos los recursos necesarios para que se encontrara cómoda en Scarlet Island, sobre todo teniendo en cuenta lo que le había ocurrido a su antecesor, de hecho, varios candidatos se negaron a ir por las habladurías sobre las controvertidas circunstancias que envolvieron el deceso de su colega.

—Si quieres te puedo acercar a donde vayas —le dijo Valentina a Alba.

—De acuerdo, por mí perfecto —contestó sonriendo—, he alquilado una vivienda social proporcionada por el ayuntamiento de Black Port Town, así el coste me sale prácticamente a mitad de los precios habituales —le dijo a la bióloga.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó Valentina.

—Espera... —respondió Alba, sacando de una pequeña mochilita que llevaba, un papel doblado y arrugado donde traía todo apuntado.

—Está en la Calle... St George’s. Por lo que he visto en internet, creo que se encuentra por el centro del pueblo, muy cerca de la bahía —comentó Alba.

—No hay problema, se lo diremos a mi ayudante para que te acerque, además creo que vamos a residir cerca —dijo alegremente, mientras caminando llegaron a donde estaba el apuesto joven, que las esperaba con el cartel en la mano y saludando.

—Hola, señoritas, mi nombre es Peter. ¿Cuál de ustedes es Valentina? —dijo de forma agradable y simpática.

—Yo soy Valentina, es un placer, Peter —le dijo, dándole un apretón de manos—, y esta es mi amiga Alba, necesito que la llevemos a su apartamento —le explicaba, mientras Peter hacía lo propio con Alba.

—No hay ningún problema, solo díganme dónde se encuentra y la dejaré en la misma puerta. Como sabe, estoy a su entera disposición —concluyó Peter con una actitud exquisita que

complació a las chicas.

—Muy bien, Peter, veo que es usted muy eficiente —lo halagó Valentina.

—Si me permiten... —les dijo el chico, cogiendo sus maletas para introducirlas en la parte trasera de su pick up negra, y seguidamente abrirles la puerta cortésmente para que montasen.

—Muy amable —dijo Alba, que seguía a Valentina al interior del vehículo.

—Bueno... —comentó Peter, que una vez había montado y con el motor arrancado se disponía a llevarlas a sus nuevos domicilios—, es un placer darles la bienvenida a este maravilloso lugar, debo decirles señoritas, que acaban de aterrizar en el paraíso —comentaba simpático con una sonrisa de oreja a oreja, mientras giraba el volante al máximo para dar la vuelta acelerando al mismo tiempo.

—¿Es usted originario de aquí? —preguntó Alba.

—Así es, señorita, nacido en la isla, tal y como mis padres, mis abuelos y así generación tras generación, hasta remontarnos a los primeros colonos británicos que consiguieron establecerse aquí.

—Pero hay una leyenda que cuenta que los primeros colonos británicos desaparecieron como por arte de magia, ¿no? —volvió a preguntar Alba, mientras salían del aeropuerto mirando las palmeras que había alrededor, con una frondosidad casi selvática bajo estas.

—Sí, se suele contar que desaparecieron, pero como usted dice es una leyenda. Lo que realmente ocurrió fue que abandonaron la primera fortificación que construyeron en una zona un poco más alta de la isla, más allá del lago en mitad del bosque. Se decía que en aquel lugar pasaban cosas inexplicables, creían que estaba encantado. En verdad, muchos se fueron tras unos años de tragedias, penurias y sucesos anormales, pero otros tantos lo que hicieron fue trasladarse a la bahía, en donde establecieron su nuevo asentamiento. Así nació Black Port Town. Más tarde crearon una serie de pequeños baluartes defensivos, alrededor de los puntos más accesibles de la isla desde el mar, donde colocaron cañones capaces de repeler casi cualquier ataque marítimo. Incluso hoy en día existen estas fortificaciones con otros cañones más modernos, eso sí. En los años ochenta y gracias al auge del sector turístico fueron adecentados y puestos en valor como bienes de interés cultural. Son un lugar muy frecuentado por los viajeros.

—Es muy interesante —exclamó Valentina.

—Sí que lo es —concluyó Peter.

—¿Y qué crees tú acerca del supuesto encantamiento de ese lugar del que se fueron? —continuó sutilmente Alba con su indagación, que ansiaba hacerse una primera impresión de las creencias de las personas autóctonas.

—Pienso que la gente cree lo que quiere creer... —dijo intrigantemente, dejando un halo de reflexión en el ambiente.

El coche circulaba por la izquierda de una estrecha carretera muy recta que llegaba directamente al pueblo, a unos tres kilómetros de allí. Todo cuanto veían era bellissimo, verde y frondoso a más no poder. De pronto la carretera se elevó unos metros dejando vislumbrar el hermoso pueblo poco más allá, y la agreste costa que había cercana y a su derecha en paralelo.

Por fin un cartelón colorido que atravesaba el ancho de la carretera, suspendido por vigas metálicas laterales, anunció que entraban en el pueblo: *WELCOME TO BLACK PORT TOWN*, rezaba dicha señal. Las casas eran de una sola altura y tenían colores llamativos, azules, rojos, amarillos... Estaban espaciadas unas de otras, al menos en esa zona. Todas tenían unas parcelas ajardinadas más o menos grandes alrededor, llenas de palmeras, plataneros, cocoteros y un sinfín más de árboles y flores exóticas. Esos fabulosos jardines, junto con las bonitas piscinas, debían

ofrecer una excelente calidad de vida a sus moradores, pensaba Alba al mirarlos mientras pasaban.

Tal y como se aproximaban al centro, los edificios comenzaban a parecer más sofisticados, con varias plantas y más modernos, pero sin perder en ningún momento el toque tropical que las palmeras apostadas en las aceras aportaba.

—Señoritas, bienvenidas al centro neurálgico del pueblo —dijo Peter, doblando a la derecha tras parar en un semáforo y adentrándose en una amplia avenida de dos sentidos—. Se trata de la avenida principal que va de un extremo al otro de Black Port Town, y de la primera calle originaria alrededor de donde se erigió el resto de la población. ¿Adivinan cómo se llama? —preguntó el chico juguetón—. Les daré una pista, miren las preciosas flores rojas que hay plantadas en mitad de las aceras a lo largo de toda la avenida, de punta a punta —comentó Peter.

—¡Avenida escarlata! —dijo con seguridad Alba.

—¡Premio! —exclamó el chico—. Esa es la flor que da nombre a la isla, y por tanto esta es la famosa Scarlet Avenue. ¿No creen que es preciosa? Todo lo que busquen lo podrán encontrar aquí. Los bancos están en la parte de más al Norte, restaurantes y bares un poco más abajo, en mitad de la avenida se encuentra la preciosa Iglesia de St Andrew's, con un bonito parque por el que pasear alrededor. Aún más abajo está el colegio, un pequeño hospital, tiendas de todo tipo y algunos pubs justo después de estas, con más restaurantes. Finalmente, ya en la bahía es donde termina Scarlet Avenue —explicaba Peter.

—Es todo muy bonito —le respondió Valentina, que mirando por la ventana no quitaba ojo a todo cuanto pasaba por delante suya, escaparates de moda, modernos bares o gente con aspecto afable que los circundaba.

—Y aquí está la calle St George's —dijo girando a la izquierda en la avenida, introduciéndose en la calle que transcurría en paralelo a Scarlet Avenue, y en el mismo sentido descendente hacia la bahía, que ya se veía justo enfrente—. Ahora buscaremos tu casa.

Finalmente, la nueva residencia de Alba resultó estar en la parte más baja de esa calle, en la esquina que confluía con Bay Avenue. Con la suerte además de ser un bloque de apartamentos de cuatro pisos de altura y que el suyo fuese el de arriba, con unas vistas maravillosas a la bahía.

Alba se despidió de Valentina, dándole las gracias una y otra vez, y emplazándola para que esa misma noche fuesen a cenar por allí, a algún restaurante cercano a su casa. Un arrendatario del ayuntamiento la estaba esperando para darle las llaves del apartamento. Era bastante austero, pero por otro lado ya lo esperaba. Tenía dos habitaciones no muy grandes, un cuarto de baño con plato de ducha y la cocina que a su vez también era comedor. Pero todo valía sobradamente la pena al asomarse por el ventanal del que gozaba el fondo del comedor, de cara a la maravillosa bahía de aguas oscuras en contraste con las palmeras de un verde vivaz del paseo marítimo. Había un sinfín de barcos pequeños y medianos en uno de sus lados, y otros mucho mayores en el otro extremo. La brisa marina con ese aroma tan característico, junto con el sonido del agua, que algo bravucona rompía cercana y el piar de las gaviotas, hizo que su primera impresión fuese inmejorable.

Por si fuera poco, la puesta de sol se acercaba, la noche comenzaba a ganar la partida al día, y Alba tenía una espléndida perspectiva para disfrutar de dicho milagro cotidiano. El sol se escondía tras la bahía de manera majestuosa, dejando una escena preciosa, digna de una postal, que por cierto, era una de las fotos más representativas de Scarlet Island, un recuerdo que los turistas siempre se llevaban con ellos.

Tras cerca de quince minutos admirando con fascinación ese espectáculo, Alba comenzó con

desgana a deshacer la maleta. Una vez colocada la ropa y sus enseres en los lugares dispuestos para ello, se metió en la ducha para darse un merecido remojón después de ese intenso y emotivo día. En media hora aproximadamente vendría Valentina para ir a dar una vuelta y cenar en algún restaurante. Hasta el momento no sentía más que admiración por Scarlet Island y su belleza, al margen de sus inquietantes misterios...

—Tengo que confesarte que dudé mucho cuando me ofrecieron venir a la isla, ya sabes lo que le ocurrió a mi antecesor... —insinuaba Valentina, mientras ya de noche caminaban relajadamente por el paseo marítimo de la bahía, contemplando el puerto y el reflejo de la luna en el mar más allá.

—En realidad, solo sé que murió en extrañas circunstancias, pero no tengo más detalles, creo que nunca trascendieron a la prensa, ¿no es así? —respondió Alba.

—En efecto —confirmó la joven—. Richard, que así es como se llamaba mi compañero, era una eminencia en la biología de campo, sobre todo aplicada a la farmacéutica y la cura de enfermedades —comenzaba su narración Valentina—. Llevaba aquí unos meses y había encontrado ciertas plantas que podían contener, según él, un gran potencial.

»Richard debía ir enviando información cada cierto tiempo a la compañía, más concretamente a su enlace con la sede de Madrid. Según me contaron lo hacía por medio de videoblogs, es decir, se grababa hablando mientras trabajaba en su laboratorio. En ellos explicaba cada uno de los pasos que iba dando y por qué. De esa manera mantenía informado de sus hallazgos a quién le pagaba —continuaba Valentina—. Pero poco a poco en estas grabaciones fueron comprobando que su aspecto, así como su locuacidad, iban degenerando de manera alarmante, decía cosas extrañas, sin sentido. Al parecer su físico también estaba muy deteriorado. A la vista de la situación de Richard, la investigación parecía no tener credibilidad para sus jefes, dando al traste con meses de arduo trabajo y considerables gastos. Parece ser que en los últimos vídeos dijo cosas muy alarmantes y ya no se volvió a saber más de él.

»Finalmente, a las dos o tres semanas lo encontraron muerto, tirado en el suelo del bosque, entre Blood Lake y las ruinas abandonadas de los colonos. Murió a causa de una gran cantidad de traumatismos que presentaba por todo el cuerpo, provocados al golpearse repetidamente en lo que parecía una aterradora huida. Había marcas de su espantada desde las ruinas hasta donde lo encontraron, se cayó innumerables veces, pero se volvía a levantar despavorido una y otra vez, hasta que no pudo más. En una de esas caídas se golpeó la cabeza y quedó allí tendido con cara de absoluto terror —concluyó la espeluznante historia—. A mí no me dejaron ver los vídeos, ya que estaban bajo custodia de la policía.

—Y... ¿de qué huía? —preguntó sobrecogida Alba, con la voz entrecortada.

—Eso es lo que nadie sabe... Pero algo lo asustó tanto que su espantada lo llevó a la muerte. Ya sabes lo que cuentan de ese lugar... —terminó sugiriendo preocupantemente.

—Vaya, debe ser difícil de asimilar. Ahora entiendo que tuvieras dudas sobre si venir o no. Has sido muy valiente —dijo Alba animándola.

—Tú también, así que te lo agradezco. Haberte conocido aquí ha sido reconfortante para mí, Alba —reconoció al borde de la emoción Valentina—. Dos meses de investigación concluyeron que no había nada que temer y que la muerte finalmente fue eso, un lamentable accidente. Puede que simplemente enloqueciera —decía Valentina, intentando auto convencerse—. Así que no se hable más del asunto, ahora vamos a cenar y a abrir un buen vino para celebrar nuestra nueva y

florecente amistad. —Concluyó Valentina, pasando una mano por la espalda de Alba, que hacía lo propio mientras entraban a un restaurante especializado en pescado, con una preciosa terracita iluminada de manera agradable al borde mismo de la bahía.

Durante la cena hablaron de todo y de nada. Alba le explicó más detalladamente sus intenciones acerca de su tesis, y cómo la llevaría a cabo. En los próximos días se dedicaría a entrevistar a todos los isleños natales que se prestasen a hablar abiertamente de sus sentimientos, y de lo que supuso para ellos, en sus vidas, la leyenda de la isla junto con los sucesos ocurridos. De esa manera y entrecruzando las historias, intentaría buscar patrones de comportamiento comunes en todos ellos que reforzasen su teoría.

Intentaría entrevistar también a turistas al llegar a la isla, para comprobar si se modificaba su conducta cuando se iban, tras pasar unos días en la isla. Después de hacerse una idea global del pensamiento de los isleños, y sacar unas primeras conclusiones sin la sugestión de haber visto las ruinas y el lago, iría a visitar esos lugares en los que decían que pasaban ese tipo de cosas extrañas. Tras estar allí daría su punto de vista acerca de lo que sentía ella misma, y de cómo cambiaba su manera de pensar al conocer esos emplazamientos desde dentro, para de esa manera sacar más conclusiones y avanzar en su investigación.

Al día siguiente, bien temprano, Alba se colocó sus mallas, los asics, el brazalete con el iPhone y Muse sonando a tope. «Nada mejor que una buena carrera matutina para cargarte de energía positiva que te ayude a afrontar de manera genial el resto del día, y si a eso le sumas la fuerza de Muse... la combinación te hace sentir poderosa, invencible», pensaba mientras su ánimo crecía ante la novedosa y excitante etapa que se abría en su vida.

Bajó corriendo las escaleras con una agilidad pasmosa, salió a la calle donde apoyada a una farola comenzó sus primeros estiramientos de gemelos, cuádriceps e isquiotibiales. Dudó hacia adónde ir, mirando a derecha e izquierda. Finalmente pensó que como la noche anterior paseó con Valentina por el centro de la bahía, ahora iría hacia la izquierda, para ver el resto de la misma que quedaba por ese lado, y más allá Pearl Beach que se encontraba casi a continuación, a las afueras del pueblo.

Estaba ansiosa por correr, sentía una libertad al hacerlo que no podía comparar a ninguna otra cosa. Cada vez que viajaba a un lugar nuevo hacía lo mismo, por la mañana bien temprano salía una hora a correr y disfrutaba a pie de calle del nuevo territorio en el que se encontraba, le resultaba culturalmente delicioso, se empapaba de él. De esa manera además se podía hacer una idea del entorno que la circundaba y sus posibilidades. Mientras comenzaba a trotar se recordaba a ella misma haciendo lo propio en París hacía año y medio —magnífica ciudad—, Londres, Roma, Berlín... Era placentero y maravilloso, sin duda de los mejores recuerdos que tenía.

Mientras corría, miraba las casas de Bay Avenue, la mayoría de doble altura y algunas de tres o cuatro pisos, como la suya. Todas mantenían esos simpáticos colores muy vivos que debían ser representativos de Scarlet Island, porque estaban por todos lados. Rojos, amarillos, azules claros, turquesas, tonos salmón, era un espectáculo para el sentido de la vista. Las casas tenían un marcado estilo colonial británico, con gran cantidad de columnas de madera muy representativas, sobre todo en los primeros pisos, e incluso algunas en toda su fachada, alzando grandes balcones exteriores hasta la segunda planta. También tenían numerosas ventanas con ornamentos alrededor y esos típicos techos de madera a dos aguas bastante verticales.

Alba se aproximaba por el paseo marítimo de la bahía al final de la misma, porque ya la veía al fondo. Había más gente como ella corriendo a esa hora, disfrutando de los primeros rayos solares de la mañana. Vio, unos metros delante suya, como uno de ellos se adentraba por lo que parecía

una pequeña senda que continuaba más allá de la bahía. Otra chica hacía el mismo recorrido saliendo de allí en sentido contrario, es decir, hacia Alba, por lo que decidió seguir corriendo por esa vía. El caminito serpenteaba entre un bosque espeso en el que incluso los rayos del sol tenían problemas para introducirse. Tras unos ciento cincuenta metros ya divisaba el final de ese tramo.

Tan pronto surgió de la zona de arboleda pudo contemplar la maravillosa Pearl Beach en todo su esplendor y desde una zona unos metros más elevada, lo que ayudaba a tener mejor perspectiva si cabe. La arena era de un tono muy claro, le recordaba a las playas del caribe que había visto en programas de viajeros por televisión. Muse sonaba a todo volumen en sus cascos mientras descendía por la breve cuesta de aquel carril peatonal que bordeaba la playa en paralelo. La brisa marina allí era mucho más acentuada que en la bahía. Algunas personas paseaban descalzas por la orilla de la playa, otros incluso se bañaban para refrescarse y también había quien nadaba en zonas profundas, aprovechando el magnífico estado de la mar. Apenas había olas, la superficie parecía prácticamente embalsada, las gaviotas se lanzaban una y otra vez al agua en busca de su desayuno matutino con su inconfundible graznido áspero, ayudadas por la luz clara que les proporcionaba la mañana.

Al poco tiempo de ir corriendo por la playa, contempló el fabuloso hotel de las cabañas sobre el mar. Pensó que no se podía ir de ese lugar sin pasar una noche al menos en ese emplazamiento privilegiado, debía ser una experiencia deliciosa. Cuando llegó al final de la playa también se encontró el último tramo del carril peatonal, más allá el bosque, espeso e inquietante, se alzaba frente a ella prácticamente virgen. Se disponía a girarse cuando tras un árbol surgió un hombre de piel morena y rasgos diferentes a los que había visto hasta el momento, que la miraba fijamente. Alba se sintió ciertamente incómoda por esa mirada que iba directamente a sus ojos, por lo que dio media vuelta y se fue por donde había venido. Echando la vista atrás comprobó cómo aquel hombre seguía mirándola, por lo que insegura, apretó el paso sin volver a girarse más.

Al llegar a su casa se dio una reconfortante ducha, que junto con un buen café y una tostada, consiguieron hacer que la mañana fuese maravillosa. Aunque no se le quitaba de la cabeza ese hombre extraño que la miraba de forma misteriosa. Pensaba que debía ser descendiente de los nativos de la isla, por su aspecto. Sabía que quedaba una escasa comunidad indígena en la isla, al margen de la gente del poblado que desapareció de un día para otro. Se trataba de alrededor del dos por ciento de la población, era una absoluta minoría mucho más integrada y adecuada a los tiempos que los del poblado, quienes continuaban con su manera de vivir y tradiciones ancestrales, sin prestar atención al desarrollo que el mundo experimentaba a su alrededor.

Esos otros, más integrados, llevaban una vida relativamente moderna, iban al pueblo a comprar a los supermercados e incluso a los bares a tomar cervezas, pero seguían teniendo una fuerte conexión con la naturaleza que los llevaba a vivir en pequeñas cabañas en mitad del bosque. Estaban muy protegidos por las autoridades de Scarlet Island, por ser considerados naturales de esta tierra, decían ser parte de ella, pertenecer al ecosistema. Eran los últimos nativos indígenas y eso tenía un valor cultural enorme.

Algunos autóctonos de la isla, pero descendientes de los británicos, recelaban de ellos por superstición. Sabían que hacían rituales considerados mágicos o esotéricos para ellos, por lo que pensaban que podían ser los culpables de los sucesos extraños y la leyenda negra de la isla. Creían que eran algo así como brujos...

Alba se colocó unas sandalias cómodas, unos vaqueros cortos ceñidos y un camiseta blanca y fresca de algodón que contrastaba con su tez morena y sus ojos verdes. Se hizo una cola

intentando controlar las alocadas ondulaciones de su cabello y bajó de nuevo a la calle en dirección al ayuntamiento, en donde había quedado con la persona que hizo las gestiones para conseguirle la casa de alquiler social, y con la que había contactado para que la asesorase cuando tuvo la idea de venir aquí. Se trataba de Margaret, una funcionaria que trabajaba en la Oficina de Turismo de la isla.

Margaret era una mujer de unos cincuenta años bien llevados muy simpática y sonriente, con una media melena rubia hasta los hombros y un cuerpo cuidado que le otorgaba cierto aspecto juvenil. Cuando Alba llegó a la oficina, se la encontró explicando en inglés una serie de indicaciones acerca de los lugares más interesantes y representativos desde el punto de vista turístico, a una pareja de avanzada edad. Con un bolígrafo marcaba en un mapa haciendo un círculo a su alrededor, todo cuanto fuese digno de conocer: la playa, el lago con ese espectacular salto de agua, las edificaciones defensivas con los cañones...

Hablaba inglés con suma naturalidad. Alba se defendía con la lengua anglosajona, pero por suerte hasta el momento no la había tenido que utilizar, dado que todas las personas que había conocido desde que llegase a la isla hablaban español de la misma manera. Una vez hubo terminado de darle certeras explicaciones a los visitantes, se giró hacia Alba.

—How can I help you? —dijo, mirándola con un semblante absolutamente afable.

—Mi nombre es Alba, hablé con usted por teléfono. Le estoy muy agradecida por su gestión con la vivienda social que me ha procurado y en la que ya estoy instalada —le dijo del tirón Alba, alargando la mano para estrechar la suya.

—¡Ohhh, Alba, es un placer conocerla en persona! —dijo, apenas sin acento inglés—. No tiene porqué darme las gracias, es mi trabajo —concluyó simpática, aceptando su mano—. ¿Tuvo un vuelo agradable? —preguntó la señora.

—Sí, muy tranquilo, gracias a Dios —contestó Alba.

—¿Y qué le parece nuestra isla? Es muy hermosa, ¿no cree? —volvió a preguntar Margaret.

—Sin duda alguna. Es como colarse en mitad de un paraíso perdido. Una maravilla de lugar —espetó Alba, para regocijo de Margaret.

—Y bien, ¿por dónde tiene pensado empezar su investigación? —continuaba la conversación la funcionaria de manera eficiente.

—Primero quisiera entrevistar a unas cuantas personas para tomar nota de sus puntos de vista, conforme a sus vivencias. Lo que me contaba usted por teléfono de tanta gente que ha experimentado de una u otra manera sucesos anormales es ese lugar... es muy interesante —comentaba Alba.

—Así es, y le debo decir que no solo en el entorno de Blood Lake y las ruinas de la fortificación ocurren esos hechos, me atrevería a señalar que en cualquier lugar de la isla pueden suceder, como ya le explicarán mis amigos. Aunque sí es verdad, que ese lugar parece ser de alguna manera el epicentro de toda esta vorágine incomprensible. Solo tiene que ver lo que le ocurrió al pobre señor Richard, y ni que decir tiene de los *Nagonapu*...

—¿*Nagonapu*...? —preguntó Alba, suponiendo la respuesta.

—Sí, es el nombre primitivo de la tribu indígena que ha desaparecido —comentó Margaret, ensombreciendo su rostro claramente—. Se trataba de la última población aborígen pura que había en la isla, un milagro evolutivo, aunque en este caso lo fueran precisamente por no evolucionar. Pero eran tan importantes, tan representativos para nosotros... Observarlos resultaba como abrir una ventana por donde mirar tranquilamente la cultura y tradiciones de

nuestros antepasados. Hablamos de algo único, y de repente se esfumaron... —terminó apesadumbrada su exposición.

—¿Y nadie ha vuelto a saber nada de ellos? —preguntó Alba, asombrada al oír la historia de primera mano.

—Nada... Yo misma ayudé en la búsqueda alrededor de la isla. Lo recorrimos todo. Se organizaron batidas con cientos de personas, muchos de ellos expertos rastreadores que se conocen la isla como la palma de la mano, y ni así conseguimos saber qué fue de ellos —comentaba.

—Pero... Tampoco hay cuerpos, ni pruebas que hagan evidenciar que les haya pasado algo malo, ¿verdad? —preguntaba Alba, tratando de indagar.

—No, eso es verdad, pero ellos nunca y bajo ningún concepto dejarían su poblado tal y como lo hicieron. Hay algo que se nos escapa. Ellos nunca se irían —aseguró, con la mirada endurecida.

—¿Y cabe la posibilidad de que se fueran en un barco o algo por el estilo? —seguía con las pesquisas Alba.

—De ninguna manera. No eran marinos, de hecho, apenas se acercaban a las costas. Siempre permanecían cercanos a su entorno, en el bosque, el lago y en la montaña. Allí tenían todo para subsistir. Eran maestros a la hora de sacar provecho de la naturaleza, las plantas y los animales. Por eso vino Richard hasta aquí, para tratar de aprender de su cultura. De hecho, para ellos todo su mundo giraba alrededor de la flor escarlata, la usaban para muchísimas cosas, por eso vivían cerca de la mayor concentración de esta flor en la isla, junto a Blood Lake, además de por el lago en sí. Incluso su nombre tiene que ver con la flor, en su idioma, *Nagonapu*, viene a significar algo así como *la flor que te hace ver*. En ocasiones hacían rituales y se pintaban la cara y el cuerpo con el tinte rojo que produce esa flor escarlata al ser machacada. Pero ahora todos han desaparecido —explicaba Margaret ensombrecida.

—Es un auténtico misterio, qué duda cabe, ¿y qué me dices de esos otros, los indígenas que parecen ser más evolucionados? —preguntó Alba.

—A esos se los conoce como los *Neronapu*, que significa los nuevos *Nagonapu*. Son descendientes de los *Nagonapu* que hace cientos de años decidieron abandonar el poblado y vivir de otra manera. Entre unos y otros había un total respeto, incluso los *Neronapu* en ocasiones mediaban con las autoridades de la isla en pos de los *Nagonapu*, para llegar a acuerdos de convivencia. En esencia tienen la misma devoción por la naturaleza, y se sienten parte misma de ella, pero estos llevan una vida más cercana a la actual. A ellos me refería, cuando te dije que en la búsqueda intervinieron expertos rastreadores, nada puede escapar a su exploración.

—Debo reconocer que es un auténtico enigma. Al estar aquí comienzo a entender, e incluso a sentir; me atrevería a decir; el efecto aislante que produce este lugar. De alguna manera parece amplificar los sucesos. El hecho de conocer las limitaciones físicas que tiene, hace sentir todo esto más cercano, y tan solo acabo de llegar... —reconocía Alba—. Hace un rato vi a uno de esos *Neronapu* que salía del bosque en el extremo este de Pearl Beach. Me miraba de manera inquietante...

—La tradición indígena dice que son capaces de observar el interior de las personas con tan solo mirarlas, te hablo del alma. Al parecer pueden verlo —comentó Margaret, para dotar a la situación de un poco más de misticismo si cabe—, y lo que has comentado de la sensación de amplificación, es exactamente lo que la isla te hace, ya ha empezado a atraparte. Esta misma

tarde puedes reunirte si lo deseas con la primera de tus entrevistadas, espero que la disfrutes —dijo finalmente, dejando a Alba boquiabierta con todo lo que le acaba de contar.

Eran las cuatro y media de la tarde cuando en un bohemio café cercano a su casa de alquiler, Alba esperaba sentada en un rincón tranquilo a que llegase la que sería su primera «cita». Tenía el MacBook encendido, y estaba terminando de crear un documento nuevo en un programa de base de datos, donde almacenaría la información que le contasen los conocidos de Margaret, para después contrastarla y procesarla minuciosamente.

De pronto, una mujer de avanzada edad entró en el café, miró hacia la posición de Alba y se dirigió sonriendo hasta allí.

—Usted debe de ser Catherine —dijo Alba, que se levantó rauda, anticipándose a aquella señora de entrañable aspecto.

—Así es, señorita, está usted en lo cierto —dijo cortésmente, mientras ambas se estrechaban la mano.

Era una mujer de unos setenta años con el cabello completamente cano y bastante corto, tenía un aspecto jovial y su actitud, al margen de la edad, parecía enérgico y juvenil.

—Un té, por favor —le dijo a la camarera levantado la mano y girándose hacia la barra, antes de sentarse en la pequeña mesita de madera, llena de marcas y señales por el uso, donde la esperaba Alba.

—Muy bien, Catherine, es un placer conocerla —dijo Alba, para ir rompiendo el hielo—. Le estoy muy agradecida por haber aceptado esta conversación, no todo el mundo se presta a relatar asuntos tan personales —comentó la psicóloga.

—No tiene que darme las gracias, lo he contado infinidad de veces. Aquí en la isla es algo de lo más habitual, todo el mundo tiene algún chascarrillo que relatar. A todos les ha sucedido algo, de una forma u otra —se sinceraba la anciana—. Es el encanto de la isla, lo que la hace especial —aseguraba.

—Muy bien, pues cuando usted quiera puede comenzar. Permítame que grabe la conversación —dijo Alba.

—Como guste. Hace ya mucho tiempo, pero lo recuerdo como si fuese ayer —comenzó narrando la mujer con parsimonia, escogiendo bien sus palabras:

»Yo apenas tenía siete u ocho años, mi padre era un gran aficionado a la pesca, por lo que compró un pequeño bote que siempre tenía amarrado en el embarcadero del lago —explicaba Catherine, con nostalgia en la mirada—. Recuerdo que en una ocasión nos quedamos hasta tarde pescando, mi padre solía decir que tras la puesta de sol era más probable coger uno de los grandes ejemplares que todo el mundo buscaba en esas pródigas aguas. Esa noche las temperaturas eran más frescas de lo habitual —puntualizó mirando a Alba—. De pronto, el pequeño motor del bote se detuvo en el extremo contrario al embarcadero, a unos cuatro kilómetros. Mi padre trató de arrancarlo una y otra vez, pero no lo consiguió. Decidí desembarcar en el costado más cercano a tierra desde donde nos encontrábamos, porque a remo podríamos tardar horas en volver. Trataba de arreglarlo allí mismo y mientras tanto encendió una hoguera para calentarme —continuaba con su historia la mujer—. Recuerdo que esa noche la luna era muy grande y se reflejaba en el agua del lago de forma mágica.

»Estaba al lado de la hoguera y mi padre un poco más allá, al borde del agua, intentado subsanar el entuerto con sus herramientas. Tras de mí, a poco más de veinte metros se alzaba el

bosque que más bien parecía una jungla. El suave aroma de la flor escarlata, que estaba por todos lados a mi alrededor, impregnaba la brisa nocturna. Yo era una niña miedosa, por lo que, a cada poco, volvía la cabeza con recelo hacia el bosque oscuro en mitad de la noche y suspiraba. Le preguntaba una y otra vez a mi padre si faltaba mucho para irnos a casa, estaba cada vez más y más sugestionada. Sentía que en cualquier momento algo saldría de entre la frondosidad y vendría hacia a mí para atraparme. Un ruido en las cercanías no hizo sino asustarme aún más. Por eso decidí ir al lado de mi padre y quedarme allí un rato, pero tenía frío y a los pocos minutos tuve que volver al cobijo de la hoguera.

»Cuando iba hacia allí me agaché a recoger unas preciosas flores escarlatas muy grandes que hallé frente a mí. Su olor era una delicia, pero al ponerme en pie y alzar la mirada, me encontré por sorpresa y muy a mi pesar en mitad del bosque, sola... No me preguntes cómo ocurrió, pero así fue. Comencé a gritar y gritar en busca de mi padre. La oscuridad era casi completa y no sabía hacia adónde dirigirme. Estaba absolutamente desorientada y al borde de un ataque de pánico. Alrededor mía, nada más que bosque y más bosque, y ruidos, muchos ruidos que me intimidaban.

»Muerta de miedo comencé una espantada hacia ninguna parte, en la que me iba tropezando una y otra vez con las piedras y las grandes raíces de los árboles que sobresalían de la tierra húmeda. Las ramas rasgaban mi ropa y me arañaban la cara, y yo aún corría más. De repente creí ver algo entre los árboles que me perseguía, no sabría describir qué era, pero estaba allí, acechante, oscuro... Por suerte, en mitad de la carrera topé de frente con un hombre que me agarró enérgicamente. Al principio me dio un buen susto, pero después, al alzar la mirada y ver que se trataba de mi padre, caí rendida en sus brazos y me desmayé.

»Cuando mi padre me encontró habían pasado dos días... El dispositivo de búsqueda que se estableció para encontrarme fue el más grande hasta el momento, algo sin precedentes en la isla. Tenía la ropa echa jirones, estaba magullada por todos lados, deshidratada y hambrienta, pero viva. Eso sí... me encontraba en el otro extremo de la isla, a más de quince kilómetros.

Aquella revelación dejó a Alba desconcertada. No se esperaba para nada algo tan impresionante. Tal fue así, que tardó unos cuantos segundos en reaccionar.

—¿Dos días...? —acertó a pronunciar con cara de estupefacción—. ¿Estuvo perdida dos largos días con solo siete años? —preguntó totalmente asombrada.

—Tal y como se lo cuento —sentenció Catherine.

—¿Y qué es lo que pasó durante esos dos días?, ¿qué le ocurrió? —preguntaba Alba, ávida de información—. Lo que usted me ha narrado es que de repente se encontró en mitad del bosque y corrió porque tenía miedo, pero se trataba de una acción que a lo sumo habría durado unos minutos. ¿Me equivoco? —elucubraba la psicóloga.

—No se equivoca, fue así como yo lo viví —confirmó la anciana sonriendo.

—Entonces, ¿qué pasó el resto del tiempo?, ¿dónde estuvo?, ¿y cómo llegó hasta tan lejos? —preguntó de corrido, sembrando un mar de dudas en su mente.

—Eso es lo más asombroso. No tengo ni idea, no recuerdo nada... Es un misterio —indicó Catherine, para mayor desasosiego de Alba.

—Me deja usted a cuadros, señora —confesó la joven—. Esperaba escuchar historias curiosas, pero no tan extravagantes.

—Pues espere y verá cuando conozca las demás —aseguró, sonriente por la cara de perplejidad que tenía Alba.

—¿Cómo cree que le ha marcado esa experiencia en su vida? ¿Ha sido de alguna manera un

lastre para usted? —preguntaba de nuevo Alba.

—No, no lo creo. Para nada —dijo inmediatamente Catherine—. Como ya le digo es algo muy habitual en este lugar, muchas personas tienen su historia, incluso algunas varias de ellas, pero nosotros lo concebimos como algo natural. Es parte de la isla que tanto amamos —dijo, con total normalidad.

—¿Y no tiene ningún miedo, ni temor al respecto? ¿No piensa que algo similar le pudiese volver a ocurrir? —preguntó Alba continuando con la entrevista.

—No, la verdad es que no lo tengo. No temo a la isla —dijo sin pensárselo y con rotundidad.

—¿Y cómo cree que estas historias afectan a los turistas que vienen hasta aquí movidos por la curiosidad?

—Bueno, pienso que al conocer lo que ocurre, sus mentes cuadrículadas cambian de alguna manera. Una puerta en su interior que parecía imposible de abrir, de pronto lo está de par en par —expresaba Catherine, sin apartar ni un segundo la mirada de los ojos de Alba, con la intensidad de quien cree a pies juntillas cada palabra que pronuncia—. Creo que no es malo pensar que lo imposible de pronto deja de serlo, si lo haces desde una perspectiva positiva —comentó.

—Es una reflexión interesante. Cree que algo cambia en ellos, ¿y piensa que de alguna manera eso afecta a su vida y esta al entorno en el que viven, a su mundo?

—Sí, creo que es probable —respondió la mujer.

—¡Perfecto! —exclamó Alba satisfecha, mientras tecleaba su portátil reflejando algún aspecto de la entrevista—. Por último, Catherine y ya terminamos. ¿Qué cree que pasó con Richard, el famoso biólogo y con los *Nagonapu*?

—Lo que todos hemos oído. Sobre el pobre Richard, finalmente comentan que fue un accidente y sobre los *Nagonapu*, le diré que siempre han formado parte de la isla propiamente dicha, creo que de una u otra forma siempre estarán aquí... —expresó paradójicamente, haciendo reflexionar a Alba.

—Catherine, ha sido un auténtico placer conocerla y que me contase su historia. Es usted una valiente, y tiene una actitud ante la vida envidiable, brillante, y eso se nota. Permítame que la invite al té —manifestó Alba, entusiasmada con la charla, sintiendo superadas ampliamente sus expectativas.

—Muchas gracias, el placer ha sido mío —respondió cortésmente antes de abandonar la cafetería, con la misma sonrisa con la que llegó, ante la atenta mirada de Alba, repleta de admiración.

Mucho reflexionó sobre todo lo que le dijo Catherine, y nada sacó en claro, más allá de comprobar cómo esta extraordinaria mujer pensaba igual que ella misma sobre la influencia del entorno en las personas, y posteriormente al revés.

—¿Te lo puedes creer...? Estuvo perdida en el bosque dos días sin que nadie supiese de ella, y apareció muy lejos de ese lugar. ¿No te parece asombroso? —le comentaba Alba enfervorecida a su amiga Valentina, mientras compartían una fabulosa botella de vino tinto en la casa en la que se hospedaba la italiana.

—Desde luego que es muy impresionante, pero intento no pensar demasiado en ese tipo de cosas. Y más teniendo en cuenta que vivo en el piso de Richard... —dijo muy seria, mirando directamente a Alba a los ojos.

—¿Cómo has dicho? ¿Esta es...? —insinuó la española al tiempo que preguntaba sin acabar la frase.

—Sí, es esta Alba... —confirmó totalmente apesadumbrada—. Es la misma casa, y los muy cutres no me lo han querido decir hasta que estuviese instalada. Pero no es que hayan llamado para decírmelo sin más, no... sino que he sido yo quién ha encontrado cosas tuyas que se dejaron aquí, tras devolver sus pertenencias a la familia —adujo, ingiriendo después un largo y desestresante sorbo de vino, sin quitar ojo a la cara de perplejidad de Alba.

—¡No me lo puedo creer! Qué mal rollo Valentina —esbozó Alba, patidifusa por la revelación—. ¿Y qué es lo que has encontrado?

—No lo sé muy bien, porque al leer su nombre lo he dejado enseguida en el lugar que lo hallé, y he telefoneado enojadísima a la compañía. Estaba en un cajón del armario que no se ve a simple vista. Hay que meter la mano hasta el fondo para encontrarlo. Justo lo que me ha pasado al estar ordenado mis zapatos esta mañana —le explicaba.

—¿Y no tienes curiosidad por saber qué era? —dijo Alba, envalentonada por el vino.

—Pues la verdad es que no demasiado... —respondió Valentina, mientras acababa de abocar en su copa el último resquicio del sabroso caldo de importación.

—¿Puedo...? —preguntó sutilmente la española.

—¿Lo dices en serio? ¡Eres una maldita morbosa! —espetó la italiana bromeando, dada la confianza que se tenían ya la una a la otra.

—De eso nada, lo que soy es una científica, y adoro estudiar pruebas y datos, para alcanzar el mayor grado de conocimiento posible, acerca de cualquier asunto que me interese —adujo Alba convincente—. ¿O es que tú no haces lo propio con tus estudios biológicos? —terminó preguntando, devolviéndole la broma.

—Adelante, pesada. Husmea cuanto quieras... —sucumbió Valentina, levantándose para ir a la cocina a coger otra botella de vino, ante la sonrisa picarona de Alba, que se fue directamente a la habitación satisfecha por su victoria. Cuando entró, miró la cama y luego el armario, un escalofrío le recorrió la espalda. De pronto la broma ya no le parecía tan graciosa, al pensar que en esa habitación durmió a diario una persona, que había fallecido en tan extrañas circunstancias.

Valentina apareció tras ella con la nueva botella abierta, propinándole un soberano susto.

—Sé lo que estás pensando... y sí, he cambiado las sábanas. Mejor dicho, las he tirado —dijo, riendo medio achispada—. Adelante, haz los honores —le indicó a Alba señalando la puerta del armario.

Alba se acercó a la hoja blanca empotrada en la pared, deteniéndose justo delante. Antes de agarrar el picaporte y tirar de él, suspiró, y sin darse tiempo a pensar la abrió. La ropa de Valentina colgaba de las perchas de madera, justo abajo había unos cajones donde debía guardar la ropa interior, y bajo estos un hueco repleto de zapatos.

—Aparta los zapatos, a la derecha —indicó Valentina bastante seria.

Asintió con la cabeza y agachándose lánguidamente se asomó al espacio concebido para el calzado, donde había un poco de desorden sin duda producto de la inquietud producida por el hallazgo. Tanto era así, que ni tan siquiera había cerrado el cajón que aún estaba abierto en el costado derecho de ese espacio, donde encontró las cosas del biólogo y que estaba empotrado a su vez en el armario. Alba lo vio perfectamente en cuanto se agachó. Miró a Valentina, que con cara de circunstancias la observaba desde una distancia prudencial, y metió la mano en el cajón. Agarró algo que se encontraba dentro y le resultó familiar. Se trataba de una caja de zapatos de cartón de las de toda la vida, pero bastante ajada. Al quitarle la tapa descubrió varios CDs dentro

de sus carcasas, que le llamaron bastante la atención. Agarró una de ellas, la abrió para extraer de su interior el disco y se lo acercó a los ojos, para ver de qué eran.

—Copia videoblog de Richard Bramson, semana número cuatro en la isla —leyó Alba en una pequeña inscripción rotulada en negro que llevaba ese disco.

—¡Son los videoblogs personales de Richard...! —exclamó sorprendida Valentina, ante la atenta mirada de Alba—. De los que te hablé.

—¡Es fascinante! —exclamó Alba.

—En ellos se podrá observar el cambio que dicen experimentó Richard durante el tiempo que estuvo en la isla, y hasta que ocurrió lo que ocurrió —explicó Valentina—. La empresa tuvo que entregar las copias de todos ellos a la policía, para la investigación, hasta la fecha en que dejó de enviarlos.

—¿Cómo que dejó de enviarlos? —preguntó Alba intrigada—. ¿Por qué dejó de mandar sus videoblogs?

—No lo sé. Ya te dije que no los he visto nunca, porque debido a su muerte pasaron a ser pruebas del caso y por lo tanto estaban bajo secreto de sumario, y después de que fuera resuelto como un simple accidente, nadie me los ofreció. Pero he oído que al menos las dos o tres últimas semanas no mandó ninguno, ni tan siquiera llamaba. Dicen que tenía un comportamiento muy extraño —aseguraba Valentina, aunque solo hablaba de oídas.

—¿Qué día murió el pobre Richard? —preguntó de pronto Alba, mientras cogía uno a uno todos los CDs.

—Creo que fue el diecisiete de abril —apuntó dudosa Valentina.

—¿El diecisiete de abril de dos mil dieciocho, verdad? —preguntó Alba, mientras los pasaba uno a uno ojeándolos—. Mientras yo miro las fechas de los CDs, busca en Google la fecha exacta y confírmame si era esa —ordenó Alba.

—De acuerdo —convino sin rechistar la joven italiana.

—Febrero dos mil dieciocho... marzo dos mil dieciocho y abril de dos mil dieciocho... —leía en voz baja muy asombrada Alba.

—¡Sí, fue el día diecisiete de abril de dos mil dieciocho, aunque su cuerpo lo encontraron alrededor de veinte horas más tarde, según pone en la web de la BBC! —confirmó Valentina, ante la estupefacción de Alba.

—Pues si no me equivoco, aquí hay copias de sus vídeos hasta los últimos días antes de... —dijo, mientras ambas se miraban estupefactas.

—¿No querrás que...? —insinuó Valentina.

—¿Por supuesto, tienes DVD? —se interesó Alba.

Tras un lapso de apenas diez minutos, ya tenían por fin instalado y funcionando un DVD que Valentina encontró olvidado en un cajón del mueble del comedor. Ambas se miraron y seguidamente Alba introdujo el primer CD, según las indicaciones cronológicas que encontraron.

—Primer vídeo en la isla... —apuntó a media voz Alba, y pulsó el play con gran solemnidad.

—*Buenas noches desde Scarlet Island compañeros* —dijo un hombre maduro de unos cincuenta años, tras colocar el tiro de cámara en la posición deseada, y tomar asiento frente a ella detrás de una mesa de despacho, en donde habían probetas de diversos tamaños entre algún que otro material de laboratorio. Tenía una grave y profunda voz, con la que bien podría haberse dedicado a hacer uno de esos melancólicos programas de radio nocturnos, en el que los oyentes llaman para contar sus problemas y así desahogarse, esperando consuelo y consejo de otros desconocidos—. *Soy Richard Bramson como bien sabéis. Con este videoblog inauguro la serie*

de grabaciones de ámbito informativo que haré semanalmente, en los días que crea oportuno, para transmitir los avances que considere importantes acerca de la investigación de la flora que he venido a llevar a cabo aquí. Son las diez de la noche del dieciseis de febrero y mañana por fin termino de instalar mi laboratorio, ya ha llegado todo. Después de dos semanas haciéndome con el entorno, la ciudad y la gente, mañana visitaré por fin la zona de Blood Lake, donde se halla esa tremenda concentración de preciosas flores escarlata. Después contactaré por primera vez con el pueblo indígena de los Nagonapu, ayudado por un Neronapu con el que he conseguido relacionarme. Espero aprender mucho de ellos acerca de la fabulosa vegetación del bosque, ya que según lo que he investigado son auténticos sabios, y no sé qué más decir... Os iré mandando estos breves resúmenes de mi andadura por este hermoso lugar, saludos chicos —adujo finalmente alzando la mano y despidiéndose, para después levantarse a detener la grabación.

Cuando se incorporó a apagarla, la imagen se congeló en la pantalla con su rostro en un primer plano, algo que hizo estremecer a las chicas. Un escalofrío las erizó por completo.

—¿Crees que deberíamos llamar a las autoridades? —preguntó Valentina embobada sin quitar ojo a esa cara en la pantalla.

—No lo sé, por lo pronto no sabemos exactamente lo que tenemos aquí. Yo optaría por visionarlo primero, y después decidir como actuar —le respondió Alba.

—¿Ponemos otro vídeo? —volvió a preguntar Valentina.

—Vale, pero échame más vino... —adujo Alba turbada.

Cada CD correspondía a una semana y estaban ordenados de forma cronológica. En un mismo CD podía haber grabado uno o más vídeos, según los que filmase durante la semana en cuestión. Por lo que pulsaron encima del siguiente vídeo que correspondía a dos días después de ese primero de presentación, dentro de la misma semana y del mismo CD.

—¡Buenas noches de nuevo! En los dos últimos días me he dedicado a reconocer la isla por un lado y a establecer nuevos contactos por otro —decía el biólogo en su segunda grabación, ante la atenta mirada de las dos chicas—. Como os dije, fui a conocer la zona del lago, y lo que he encontrado ha sido algo tan bello que me ha dejado descolocado. Si lo que había contemplado hasta el momento me había resultado idílico, la zona de Blood Lake con las flores escarlata a su alrededor, el bosque muy cerca de allí, el salto de agua a lo lejos y demás placeres para los sentidos, han superado con creces mis expectativas. Es sobrecogedor, parece un lugar tan virgen, como si el hombre nunca hubiese puesto un pie allí. Ahora comprendo el empeño de las autoridades de la isla, a la hora de proteger este entorno privilegiado de manos de un turismo masificado.

»Hay varios guardas que velan por la protección del lugar a diario, son algo arrogantes y recelosos con los forasteros, espero poder ganarme su confianza en el futuro y que me ayuden. Mi contacto Neronapu es un chico de unos cuarenta años llamado Onawa, que al parecer en su idioma significa algo así como «Grandioso amanecer». Tiene una relación muy especial con la naturaleza, dice sentirse parte misma de ella. Ayer me llevó al poblado Nagonapu, donde me trataron sin prejuicio alguno. Onawa les explicó, que de alguna manera yo guardaba cierta relación con ellos, puesto que también venero la naturaleza, la estudio y la intento comprender. Les dijo que por eso estaba allí, para pedirles que «me enseñasen a ver», tal y como indica el nombre de la tribu en ese fascinante dialecto suyo.

»Tienen una sociedad bien estructurada, donde un grupo de sabios que son los más ancianos del lugar, llevan las riendas y administran de manera justa. Los hombres de mediana edad cazan, pescan y recolectan. Las mujeres se encargan del agua, la comida y los niños. Se

emparejan bien jóvenes con quien quieren, siempre y cuando obtengan el beneplácito de sus padres, que no suelen poner problemas. Pero, sobre todo, parecen mantener una relación muy íntima con el ecosistema. Onawa me ha explicado que para ser beneficiados por la naturaleza y honrarla, tienen infinidad de rituales muy curiosos y bonitos que poco a poco iré conociendo. En casi todos se utiliza la flor escarlata, foco de su devoción. Con esa flor hacen cantidad de ungüentos curativos, antisépticos, incluso energéticos, es uno de los puntos fuertes que quiero estudiar. Profundizaré en sus características y por extensión en sus posibilidades. Os mantendré informados. Un saludo, chicos, es hora de descansar —terminó diciendo en el segundo videoblog.

—¡Es impresionante! —exclamó Valentina—. Parece increíble que ese hombre esté ahora muerto y yo ocupe su lugar aquí...

—Tendremos que seguir viendo los vídeos uno a uno, no comentes con nadie esto de momento, ¿vale? —adujo Alba.

—Tranquila, no diré nada, al menos hasta saber exactamente lo que tenemos entre manos —respondió Valentina.

—Tengo que irme, se hace tarde y mañana quiero madrugar para aprovechar el día. Margaret me ha preparado una cita con otro de sus amigos, hemos quedado a las 9:30 para charlar mientras desayunamos —añadió Alba.

—De acuerdo. ¿Me acompañarás mañana por la tarde en mi primera visita al lago y sus alrededores? —le preguntó Valentina poniéndole ojitos tristes a Alba.

—¡Vale... no me mires así! —aceptó a regañadientes—. Sabes que tenía pensado ir más adelante, pero te acompañaré. A decir verdad, tengo mucha curiosidad por ver ese lugar del que tanto habla la gente por aquí. Aunque también siento un poco de nerviosismo... —insinuaba Alba.

—¡Yo también! Por eso me gustaría que vinieses conmigo... —dijo Valentina.

—Lo sé, no te preocupes. Mañana nos veremos, trata de descansar —comentó Alba cuando salía por la puerta sin querer decirle nada, pero intuyendo en los ojos de su amiga que le costaría conciliar el sueño esa noche, en esa casa de triste recuerdo.

Al día siguiente, Alba salió de nuevo a correr al amanecer, los primeros rayos matutinos comenzaban a calentar su precioso rostro moreno. Había pasado la noche inquieta, los últimos descubrimientos que hicieron en casa de su amiga Valentina, habían calado profundamente en su subconsciente. Incluso se despertó en varias ocasiones sobresaltada en mitad de la noche, aunque no lograba recordar la pesadilla recurrente que la estaba importunando.

Renovada tras la carrera y una buena ducha, se dirigía ya al lugar de encuentro en donde, vía WhatsApp, la había emplazado Margaret. El ejercicio físico siempre le ayudaba a ver las cosas desde un prisma más positivo, hecho que entre otras actividades la impulsaba hacia delante, en pos de conseguir sus metas.

El chico con quien le citó Margaret no tendría más de veintiséis o veintisiete años. Estaba sentado en el extremo interior de aquel pub que servía el típico desayuno inglés, a base de judías con salsa dulce, huevos fritos y algo de beicon. Parecía tener un físico atractivo a simple vista, o al menos esa fue la sensación que le produjo a Alba, incluso estando sentado. Su cabello castaño era muy liso, llegaba a cubrirle las orejas y parecía muy suave. Llevaba la raya a un lado, y dos grandes mechuras del flequillo le caían hacia delante de manera sexi.

—Buenos días, tú debes de ser George, ¿verdad? —preguntó Alba colocándose al lado del chico, que, ojeando compulsivamente su teléfono móvil, no se percató de su presencia hasta que

se dirigió a él directamente.

—Sí, soy George, ¿Alba, verdad? —dijo el chico de tímida mirada, impresionado sin duda al contemplar la inesperada belleza de la española.

—Es un placer conocerte, George —le dijo estrechándole la mano—. Sin vuestra colaboración no podría llevar a cabo mi objetivo.

—No hay de qué. Aquí en la isla, hay gente bastante reacia a hablar de este tipo de cosas, y la verdad es que en cierto modo lo entiendo, porque hay historias tan insólitas y pavorosas que no dejan en buen lugar a Scarlet Island. Pero la mayoría lo vemos de manera natural, como parte del encanto de este paraíso, aunque no terminemos de encontrarle una explicación plausible, por así decir.

—A decir verdad, apenas llevo un par de días aquí, pero ya siento ese misticismo que parece envolverlo todo. No sé si es sugestión, una sensación personal o realmente es como consecuencia de lo que os oigo hablar a todos aquí —adujo Alba.

—Es la isla, termina por apoderarse de ti... —comentó medio en broma, sonriendo y consiguiendo que Alba riese relajada.

—Bueno, ¿y cuál es tu historia?, ¿naciste aquí o viniste después con tus padres? —comenzó preguntando Alba, mientras sacaba el MacBook de su funda negra y lo posaba en la mesa frente a ella para encenderlo. Después puso en marcha la grabadora del iPhone para no perder detalle de aquel encuentro.

—Mis padres vivían en Londres, pero vinieron aquí buscando una vida radicalmente opuesta a la de la City, repleta de estrés, materialismo y anonimato —le contaba el chico a Alba—. Aquí encontraron la armonía como suele decir mi madre, que es artista y medio hippie —comentaba con gracia—. Al poco de llegar, ella quedó embarazada, algo que llevaban largo tiempo buscando sin éxito. Por eso dice que siempre estará agradecida a este lugar.

—Muy bien, George, ahora cuéntame tu experiencia personal, porque algo insólito te tuvo que pasar para que estés hoy aquí conmigo —le dijo Alba animándolo a hablar.

—De acuerdo —dijo el joven:

»Se acababa la maravillosa década de los noventa. Yo tendría unos diez años y fuimos de acampada a las cercanías de Blood Lake con los monitores de unas clases gratuitas de verano que impartía el ayuntamiento de Black Port Town. Recuerdo que mi madre, cada vez que lo cuenta me comenta lo intranquila que se encontraba, porque era la primera vez que se separaba de mí un par de días, ya que, durante mi excursión, volarían a Londres por asuntos de herencias familiares, aprovechando la convivencia.

»Los monitores eran chicos jóvenes de sobra conocidos en la isla, además del sacerdote de la parroquia, por lo que en principio no tenían de qué preocuparse, pero en el subconsciente de la población, ya estaba instalada la certeza de que en ese lugar a veces ocurrían cosas inesperadas. En toda la isla, añadiría yo. En fin... que no tenía por qué suceder nada, pero siempre quedaba la duda, además estaba con mis mejores amigos, lo pasaríamos genial.

»El primer día, cuando llegamos, montamos las tiendas de campaña y después recuerdo que hicimos una pequeña travesía con unas canoas tradicionales por las tranquilas aguas de Blood Lake. Mientras remábamos nos explicaban de qué animales y plantas se componía la flora y la fauna del lago y su entorno. Fue entonces cuando vimos por primera vez o yo al menos por mi parte, el poblado de los *Nagonapu*, que a lo lejos nos saludaban de manera sociable. Por la tarde hicimos una visita a las ruinas del fuerte de los primeros colonos británicos, casi engullidas por la naturaleza, pero allí seguían, impávidas al paso del tiempo en mitad de la espesura del bosque.

Nos producía un poco de miedo aquel lugar, era como si una energía negativa o perniciosa habitase en esos muros altos ennegrecidos por la humedad.

»El caso es que volvimos al campamento y encendimos una hoguera; ya que se había hecho de noche; alrededor de la que cenamos, cantamos y reímos. Algunos niños, para asustarnos, decían que allí pasaban cosas malas, sucesos muy extraños. Nos acostamos un poco sugestionados. El aroma de la flor escarlata se colaba por todas partes, aun con la puerta de la tienda de campaña cerrada, como si fuese la gran dominadora de aquellas tierras, lo invadía todo. De pronto, en mitad de la noche, el sonido de los tambores lejanos indicaba que en el poblado de los *Nagonapu* se estaba celebrando algún tipo de ritual o festividad. Desde la distancia se oían los alaridos que lanzaban al aire, exaltados sobremanera por la bacanal. Aquellos retumbos inquietaban hasta al más pintado, aunque ninguno decíamos nada, estábamos todos despiertos con aquel rumor.

»Serían las tres de la madrugada aproximadamente, cuando de pronto la oí. Esa voz angelical que me llamaba desde el exterior de la tienda provocó en mí un vuelco al estómago y palpitaciones en el pecho repletas de inocencia. Era ella, sin duda, Chelsey estaba reclamándome para que fuera a su encuentro de manera furtiva. Chelsey fue mi amor de niñez —le explicaba a Alba—. Yo intuía que a ella también le gustaba, por eso no dude al escuchar su voz. Primero me incorporé, colocándome en disposición de poder volver a escuchar ese angelical susurro.

—George...

»Volví a percibir mi nombre, suspirado, arrastrado como un susurro onomatopéyico que provocó en mi interior una ardiente algarabía. Me levanté intentando hacer el menor ruido posible, para que mis amigos que por fin dormían no se despertasen. Al abrir la cremallera de la tienda, los sonidos de los tambores indígenas que aún se escuchaban, se colaron con más intensidad en el diminuto refugio de material sintético. Escuché ese rumor con más claridad, lo primero que hice fue volverme para comprobar que los demás aún dormían. Salí fuera rápido y cerré de nuevo la cremallera. Me giré ágil sobre mí mismo, ávido por volver a percibir esa dulce voz, que me indicase dónde se encontraba la niña de mis ojos. A los pocos segundos, intentando ver en mitad de la oscuridad, por fin la distinguí detrás de los primeros árboles del bosque, ubicación que coincidía con la zona donde la creí escuchar.

»Sin pensármelo ni un instante, me dirigí hacia allí a paso ligero. Sorteaba con sigilo y talento las tiendas de campaña que ocupaban un buen trecho diseminadas por el suelo. Llegué a la frontera arbolada donde comenzaba ese fabuloso jardín natural, los tambores seguían acompañando mi andadura. De nuevo oí esa voz un poco más allá. Contento por demás me adentraba en la oscuridad total de la frondosidad. Esperaba encontrarme en cualquier momento a esa belleza, procurándonos un lugar privado donde vernos. Mientras caminaba abriéndome paso como podía, pensaba en lo valiente que había sido introduciéndose allí ella sola para que la siguiese, solo por amor. Las ramas hacían mi andadura compleja, apenas veía nada e iba tropezando torpemente con todo lo que me encontraba por delante, y por si fuera poco no conseguía llegar a donde estaba ella.

»De pronto, algo se me pasó por la cabeza y me detuve en seco. Miré a todos lados extrañado por no verla, había andado por el bosque al menos un par de minutos, y nada sabía de Chelsey. De repente, la situación comenzó a parecerme realmente insólita. Pasada la emoción primera, aquello me llegó a dar mala espina, hasta que de nuevo la escuché a mi derecha. Miré en esa dirección, ya no tan contento, pero sorprendentemente al momento escuché también su voz hacia la izquierda, más tarde por detrás de mí, incluso la percibí desde lo alto de los árboles. ¡Venía de todos lados y a la vez!

»Un nubarrón negro se fue instalando en mi cabeza, mientras iniciaba una huida hacia ningún lugar. Al girar sobre mí mismo, escuchando mi nombre pronunciado desde tantas direcciones distintas, me desorienté. Corría como podía sin saber a dónde. Tropezaba, me topaba con ramas, me arañaba la cara, pero el pánico apostado en mi cabeza no me dejaba detenerme a pensar, se había apoderado por completo de mí. Los tambores parecían escucharse cada vez más cerca y mi angustia iba aumentando al compás de mis lágrimas y gritos, en mitad de la jungla nocturna, era de locos. Pisé en falso en un agujero y caí al suelo, propinándome un buen golpe en el costado de la cabeza que me dejó aturdido. Mientras mi mente intentaba aclararse y centrarse tras el impacto, juraría que una sombra merodeaba a mi alrededor, hecho que no hizo, sino que me levantase con mucho más pánico y volviese a correr aún más, gritando enloquecido. En mitad de la espantada giré la cabeza y la volví a ver muy cerca de mí, me estaba persiguiendo, se acercaba y no podía evitarlo. Era como en los sueños cuando algo te persigue, pero tus piernas no dan más de sí, no pueden moverse más rápido y te sientes impotente. Hasta que me agarró por el brazo. Yo grité y grité una y otra vez, pero finalmente caí rendido al suelo, completamente exhausto. Cuando me tranquilicé un poco, volví la mirada y comprendí quién me había apresado.

—¡Tranquilo, ya estás a salvo! —dijo jadeando uno de los jóvenes monitores, mientras recuperaba el resuello—, ¡ha faltado poco...! —añadió señalando un par de metros más adelante. Cuando mis ojos se centraron en ese lugar al que se refería, un espasmo de terror recorrió mi cuerpo. La caída por ese peligroso barranco hasta una profunda vaguada habría resultado mortal. Para entonces ya no era él quién me agarraba a mí, sino yo a mi salvador, con enorme fuerza y gratitud. Al volver la vista a la derecha del barranco, vi con recelo la silueta de la fortificación que repuntaba en lo alto cerca de allí, gracias al reflejo de la luna. Nos giramos, y sin decir una sola palabra volvimos al campamento —terminó su narración George.

Alba no lo quiso interrumpir en ningún momento con alguna conjetura o pregunta. Prefirió dejarlo para cuando acabase, dado lo interesante de la historia y la intensidad con la que la contaba el chico, incluso pasados tantos años.

—¿Pero entonces esa voz...? —preguntó intrigada Alba, con una sutil insinuación al final de la misma.

—Ni rastro... Chelsey en ningún momento abandonó su tienda de campaña durante la noche, como al día siguiente me aseguraría. Pero esa noche no fui el único al que le sucedieron cosas de ese tipo, tres o cuatro chicos más experimentaron vivencias similares —aseguraba ante la atenta mirada de Alba—. Al día siguiente, fuimos al poblado a conocer a los *Nagonapu* con un *Neronapu* que hacía las veces de traductor. Lo primero que le preguntaron los monitores irremediamente, fue sobre la naturaleza del ritual de la noche anterior, con ese sonido de percusiones y cánticos que todos en el campamento pudimos escuchar con claridad, pero la respuesta fue del todo inesperada.

—Dicen que ayer no se hizo aquí ninguna clase de ritual, ni se celebró festividad alguna. Aseguran que nadie tocó percusiones ni hubo cánticos... —les informó el indígena *Neronapu*, provocando que los monitores, sin querer dar la voz de alarma, se mirasen unos a otros con un gesto de absoluta sorpresa que se reflejaba en sus rostros. No volvieron a hacer ningún comentario al respecto, —al menos delante de nosotros, lo niños—. Dejaron terminar la visita al poblado de manera profesional y con naturalidad, pero cuando volvimos al campamento recogimos todo y nos fuimos. Solo había transcurrido uno de los dos días que en principio debíamos estar allí, pero; como años más tarde me contaron; el máximo responsable de nuestra seguridad en cuanto volvimos al campamento reunió a los monitores y les dijo:

—Nadie pasará otra noche aquí bajo ningún concepto, ¡nos vamos, ahora! —ordenó con autoridad—. Fue todo muy desconcertante, y hasta el día de hoy no se ha encontrado ninguna explicación fehaciente, pero te aseguro que todos oímos ese sonido de tambores y esos cánticos —terminó apuntando George.

—Es una historia impresionante, supongo que en su momento sería muy comentada en la isla, ¿verdad? —preguntó Alba.

—Sin duda, pero solo es otra más, aunque a nosotros nos marcó bastante —dijo George.

—Ahí es exactamente a donde quería llegar, ¿de qué manera os afectó? —preguntó la psicóloga muy interesada.

—Bueno, como es de esperar, muchos de nosotros tuvimos pesadillas y terrores nocturnos durante meses, incluso años. A día de hoy, cuando hablo con algunos de mis antiguos compañeros, reconocen que aún se estremecen al recordar lo ocurrido. Muchos no han vuelto por allí, otros incluso se fueron de la isla en cuanto pudieron. Yo, en cambio, lo he aceptado como algo natural de este lugar, es ese enigma que convierte a Scarlet Island en un enclave tan especial.

—Es muy interesante lo que me cuentas. ¿Entonces crees haberlo superado? —volvió a preguntar la joven.

—Más que superado, yo diría que lo he aceptado. De alguna manera me hace creer que hay algo más allá de nuestra soberbia humana. Creemos ser los dueños del mundo, tenerlo todo bajo control, pero al vivir este tipo de situaciones que hacen tambalear nuestras creencias, uno piensa que en realidad no controlamos nada, porque aún hay muchas cosas que escapan a nuestra comprensión, a nuestro raciocinio cuadrículado, y en parte ese pensamiento puede ser de alguna manera esperanzador. Puede que el mundo no sea solo como pensamos, tan triste y vacío. Puede que realmente haya algo más...

—Entiendo —dijo Alba—. ¿Y crees que esa experiencia te ha hecho ser de una u otra forma en la vida, te ha dejado huella? —continuaba con sus pesquisas la joven.

—¡Sin duda! —contestó al instante George—. Tanto es así, que me llevó a estudiar la carrera de filosofía, centrándome sobre todo en la metafísica. Pero como esta; de alguna manera; es una ciencia más teórica que práctica, decidí cursar al tiempo la carrera de parapsicología, sintiéndome con su complemento totalmente complacido. Lo que le falta a la una, me lo da la otra —afirmó sorprendiendo sobremanera a Alba.

—Me entusiasma escuchar tu historia, George, de veras. Como sabes, yo soy psicóloga, nuestras licenciaturas se podría decir que son primas lejanas. Es justo lo que venía buscando —aseguraba ella impresionada—. Además de ser un privilegio para mí que alguien con tus conocimientos me aporte su punto de vista. ¿Has realizado algún estudio de campo en ese lugar, desde el prisma de la parapsicología? —preguntó curiosa Alba.

—Ese es el siguiente paso que quiero dar, no hace demasiado que terminé la carrera. Ahora estoy intentando conseguir un permiso del consistorio, que me permita llevar a cabo un profundo estudio de campo —contestó el joven—. Lamentablemente hay que seguir los tediosos trámites burocráticos, pero creo que en breve me concederán la autorización.

—¡Eso es fabuloso, te felicito! Me encantaría conocer los entresijos de una experimentación de ese tipo —comentó deseosa de conocimiento Alba—. ¿Me mantendrás al corriente de tus futuros logros? —le preguntó al chico de intelecto aventurero.

—Por supuesto, y no solo eso, si consigo el permiso y en verdad quieres participar, estaré encantado de que me acompañes. Podría ser importante para tu tesis, ¿no crees? —le ofreció

generosamente.

—¡Eso sería genial! —adujo entusiasmada.

Alba salió muy animada del pub en dirección a su apartamento, aunque considerablemente turbada por la historia que acababa de escuchar. Sentía un curioso compendio de emociones. Se preguntaba a sí misma, si sería capaz de vivir allí como los isleños si le hubiese pasado algo similar, o sabiendo lo que les ha ocurrido a otros, la respuesta era: evidentemente no...

—¡Hola, mamá! —dijo Alba compungida, viendo la cara de su madre en la pantalla del portátil a través de Skype.

—Hola, mi pequeña, ¿qué tal estas? —respondió esta aún más emocionada, no en vano era la primera vez que se veían las caras desde que Alba marchó—. ¿Cómo te tratan en esa isla?

—Muy bien, mamá, no tienes de qué preocuparte, estoy perfectamente. Además, he hecho una amiga italiana, se llama Valentina y estamos bastante unidas aquí. Volábamos en el mismo avión, allí nos conocimos.

—Me alegra oír eso, cielo, es bueno tener apoyos estando tan lejos de casa —decía realmente contenta su madre.

—¿Y papá y mi hermano? —preguntaba Alba.

—Papá está trabajando como siempre, y tu hermano está aquí —dijo alzando la mano, para que viniese a colocarse a su lado.

—Hola, hermanito, ¿cómo va todo por ahí? —le preguntó cariñosamente.

—Hola, hermana, en casa todo bien, la misma aburrida rutina de siempre, ¿qué tal la isla, hay hueco para uno más ahí? —bromeó.

—Te encantaría, te lo puedo asegurar, es muy exótica —le contestó Alba, que siguió charlando con ellos alrededor de veinte minutos. Tras despedirse se tumbó en el sofá relajada, cerró los ojos e intentó poner en orden sus ideas, tratando de procesar la nueva información que, en forma de historia inexplicable, le había brindado George con admirable altruismo. Al poco de tumbarse un escalofrío recorrió su delgado cuerpo, cuando recordó que esa misma tarde iba a acompañar a Valentina por fin al lugar del que todos hablaban. Centro, de alguna manera, o punto de partida de la mayoría de los acontecimientos sin explicación que habían ocurrido.

Ya eran las cinco de la tarde y Alba miraba por la ventana nerviosa, esperando ver la pick up de Peter, el ayudante de Valentina, acercarse por la calle hasta su puerta. De pronto, lo avistó a lo lejos, surgiendo por un cruce en su dirección. El sonido potente del claxon reclamando su presencia la puso aún más nerviosa. Se decía a sí misma que debía controlarse, o de lo contrario, la observación que quería llevar a cabo del entorno no sería la correcta. Pero no podía evitar estar bastante sugestionada, tanto por los dos hechos recientemente acaecidos en esa zona; la muerte de Richard y la desaparición por arte de magia de los *Nagonapu*; como por las dos extravagantes historias que había conocido de primera mano, que le resultaron realmente aterradoras. «La mente humana es muy compleja, es capaz de enfrentarse a terribles peligros, sobreponerse a pavorosos miedos, pero sobre todo cuando estos están definidos y son concretos. En cambio, cuando un temor es tan abstracto o subjetivo como ocurre aquí en la isla, que nadie conoce exactamente su procedencia, este se multiplica exponencialmente en nuestros cerebros, al saber que no tenemos el control porque no sabemos a qué nos enfrentamos», pensaba Alba de forma analítica. Eso era justamente lo que le pasaba, el miedo a lo intangible, a lo inexplicable, y como buena psicóloga lo sabía muy bien.

—Y bien, ¿cómo es que terminaste trabajando para la misma empresa farmacéutica que yo, Peter? —le preguntó Valentina al chico, cuando ya se dirigían a Blood Lake por la carretera, que estaba escoltada por altas palmeras a cada paso, dejando el pueblo atrás.

—Por casualidad, un día conocí al señor Richard en el pueblo, y al parecer le caí bien. Supongo que vio en mí cierto desparpajo que le podía ayudar en su estancia en la isla —comentaba—. Conozco a casi todo el mundo aquí, al igual que todos sus rincones, y ese conocimiento le resultaba muy interesante a la hora de aplicarlos en pos de sus objetivos —explicó el chico sorprendiendo a las dos.

—¿Así que también fuiste el ayudante de Richard? —preguntó Alba.

—Sí, señorita —contestó cortésmente.

—¿Y por qué no me lo habías dicho antes? —inquirió Valentina un tanto molesta.

—Lo siento, pero no recuerdo que me lo hubiesen preguntado —contestó Peter sonriendo.

—La casa de Richard, el ayudante de Richard... Espero que mi destino no sea el mismo —insinuó inquieta Valentina, aunque de forma graciosa.

—No se preocupe señorita, no le va a ocurrir nada. El pobre Richard se volvió loco, nada más —dijo para intentar tranquilizarla.

—¿Crees de veras que enloqueció? —le preguntó Alba sorprendida por tal afirmación.

—No soy médico, pero por la forma que tenía de actuar en las últimas semanas, diría que, si no estaba loco, al menos lo parecía bastante. De repente, dejó incluso de solicitar mi ayuda, yo casi siempre le acompañaba en su trabajo de campo, recolectando exóticas plantas, o era yo quién directamente lo llevaba a lugares casi desconocidos incluso para la mayoría de los isleños. Lugares donde brotan flores totalmente inexistentes fuera de aquí. Pero poco a poco su comportamiento fue volviéndose huraño, casi psicótico diría —contaba ante la atenta mirada de las muchachas—. A veces incluso llegaba a insinuar que alguien lo perseguía... Su aspecto se fue deteriorando a la par de su cordura, hasta que lo encontraron en mitad del bosque. Para entonces yo llevaba un par de semanas sin apenas verlo —terminó su interesante explicación.

—¡Pues no creas que me dejas más tranquila con lo que me acabas de contar...! —dijo muy seria de nuevo Valentina, haciendo reír a carcajadas a sus dos amigos, hasta el punto de que ella misma se contagió y carcajeó con ganas.

La carretera de asfalto dibujaba una curva muy pronunciada a la izquierda, en dirección al oeste. Pero ellos la abandonaron saliendo de la trazada para seguir recto, por un angosto camino de tierra que se introducía de pronto en una senda semicubierta, por una mar de grandes ramas de los árboles circundantes enmarañados con plantas trepadoras. La cubierta orgánica era tan densa, que por momentos dejaron de poder contemplar el intenso cielo azul con el que aquel día les obsequiaba. La senda casi se convertía en un hermosísimo túnel natural, como ninguna de ellas había visto jamás. De pronto pasaron al lado de unos isleños con rasgos nativos, que con grandes machetes desbrozaban las ramas que se introducían demasiado en el camino, pudiendo llegar a entorpecer la circulación de los vehículos.

—Casi todos los días tienen que dar un repaso a las ramas y las plantas que molestan en el sendero, figuraos la frondosidad que puede llegar a tener esta tierra. Si no las cortasen en poco más de una semana el camino quedaría cubierto por completo, desaparecería literalmente —explicó el chico dejando atrás a esos dos hombres a quien saludó con la mano, ante la atenta mirada de Valentina y Alba, que observaban la indumentaria conjuntada que portaban.

—¿Para quién trabajan? —preguntó Valentina.

—Para el ayuntamiento, son guardas. Hay al menos ocho en toda la isla —comentó Peter—.

Aparte de mantener las rutas en condiciones como ya habéis visto, se encargan de todo lo relacionado con la salvaguarda del entorno natural de la isla y, antes de desaparecer, velaban por la tranquilidad de los *Nagonapu*. Los guardas en realidad son *Neronapu*, por lo que tienen unos conocimientos del entorno extraordinarios, nadie mejor que ellos para poder protegerla.

—¿Y ellos también participaron en las batidas que se organizaron en búsqueda de los *Nagonapu*, cierto? —se interesó Alba.

—Así es, y les puedo asegurar que si ellos no consiguieron encontrarlos es únicamente porque no están en la isla... —añadió intrigantemente Peter—. Pero dejemos al menos de momento las tristezas, porque les presento señoritas: ¡The Blood Lake! —dijo el chico, esperando justamente el momento idóneo, en el que el techado natural de ramas que cubría el camino terminaba y de pronto dejaba a la vista una increíble imagen por delante, acrecentado por el cambio de no ver apenas nada a tener semejante paisaje de postal, hasta donde los ojos podían admirar.

Blood Lake se presentó frente a ellas en todo su esplendor a menos de doscientos metros, una vez fueron escupidos por el angosto pasaje cubierto, como si de un agujero de gusano espacial se tratase. Todo delante de ellos era planicie en un gran espacio abierto hasta el lago. Se sintieron entonces teletransportadas a otra dimensión, a una verdaderamente bella, salvaje y desconocida. De pronto se sentían como en otro mundo, el camino desapareció dejando paso a esa inmensa zona abierta de matorral bajo. En el lago calmado se reflejaba un maravilloso tono escarlata que bien valía el nombre de la isla, por la increíble cantidad de flores del mismo nombre que se hallaban a lo largo de buena parte de la orilla norte, en una coqueta loma. Al estar algo más elevada con respecto al lago, incrementaba el efecto del reflejo de esa flor, tan bella como misteriosa. En el extremo noreste el rumor del salto de agua se intuía en la lejanía, así como leves destellos con matices del color del arcoíris, producidos por la luz que atravesaba el agua en suspensión.

Las chicas, con la cabeza por fuera de las ventanillas, cada una por un lado de la pick up, ni tan siquiera articulaban palabra alguna, tan solo lo contemplaban todo, rendidas totalmente a la magnificencia del lugar. La isla estaba dando la definitiva dentellada a ambas, para terminar de enamorarlas sin reticencia alguna.

—¡Es lo más bonito que he visto en mi vida...! —dijo Valentina, mirando una fabulosa bandada de pájaros con colores muy llamativos y variopintos, que en ese momento los sobrepasaba con un simpático cotorreo.

—¡Increíble! Por suerte aún quedan lugares mágicos y puros como este en nuestro decadente mundo —añadió Alba, deleitándose con el entorno.

—¡Deberían ver sus caras! —comentó simpático Peter, con una sonrisa de oreja a oreja. Giró a la izquierda, para dejar el coche a unos cincuenta metros del borde del lago y apearse de él.

—Hasta aquí su viaje, señoritas, no se puede pasar más allá con vehículos motorizados. El resto lo haremos a pie —indicó apagando el motor y bajando con entusiasmo de la pick up de un salto, mientras abría los brazos e inspiraba de forma exagerada, parecía recrearse con el entorno—. ¿Alguna vez han respirado un aire tan puro? Yo les responderé, es imposible. Están frente a una de las maravillas más desconocidas de nuestro mundo, y si les digo la verdad, prefiero que siga siendo así, es idílico —comentaba orgulloso de su tierra—. Aquella colina es Little Rock, tiene alrededor de setecientos metros de desnivel, y conforma la zona más alta de la isla —indicó señalando con el dedo índice de su mano derecha hacia la formación montañosa—, es una auténtica gozada subir allí a disfrutar con la panorámica. Tras el lago se encuentra el bosque donde edificaron su primera fortaleza los colonos británicos. El poblado de los *Nagonapu* está en

la orilla Norte tras esa gran loma repleta de flores escarlatas. El pequeño embarcadero está a unos doscientos metros en esta orilla, ¿lo veis? —señalaba el chico alzando la otra mano—. Su uso está muy restringido.

—Es fabuloso, Peter, una auténtica gozada para los sentidos. ¿Ese aroma que percibo es...? —preguntaba Valentina sin poder terminar.

—¡La flor escarlata! Acostúmbrate a ella, es el olor más representativo de la isla —comentó el joven.

—Deliciosa fragancia —apuntó Alba.

—Era la auténtica obsesión del señor Richard, siempre decía que esa flor tenía algo especial, algo diferente. Pero que yo sepa, nunca llegó a demostrarlo —adujo Peter—. Bien, señoritas, ¿preparadas para una ruta guiada y personalizada por el paraíso? —preguntó de forma zalamera.

—¡Y tanto! —dijo Alba.

—¡Por favor! —solicitó Valentina. Los tres comenzaron a caminar hacia el lago por entre los matorrales bajos que cubrían esa llanura, debiendo ser una rara excepción en la exuberante isla.

Antes de iniciar su marcha, Peter les aconsejó que tomasen líquidos en abundancia, pues era muy fácil llegar a deshidratarse por la humedad que reinaba en el ambiente, cercana al cien por cien. Ya se dirigían a la orilla más próxima del lago desde donde se encontraban, Peter habría la expedición seguido por Valentina y Alba. Al llegar al borde las dos chicas se mojaron las manos y se refrescaron. Notaron en gran medida un misticismo casi devoto, al sentir en sus cuerpos el agua de ese mágico lugar del que tanto habían oído hablar, y que tantas veces habían imaginado. Era una sensación de impregnación de la isla total, que poco a poco se había ido apoderando de ellas, como ya les advirtieron que ocurriría.

Levantaron la vista hacia la orilla del otro costado, deleitándose con el reflejo escarlata de esa flor que era allí donde mejor se apreciaba, dotando al lago calmado de esa cálida tonalidad. Tras unos segundos en los que Peter dejó a las chicas recrearse con las vistas las invitó a continuar, y siguieron bordeando el lago durante varios kilómetros.

—Como veis, alrededor de la laguna hay un espacio abierto de matorral bajo y plantas pequeñas que va desde un poco más allá del embarcadero, hasta unos cien metros pasados el poblado. Desde aquí no se ve, porque lo tapa la loma donde crece la flor escarlata. Vamos hacia allí y después visitaremos el poblado —indicó Peter haciendo que las chicas se mirasen a los ojos, mostrando una a la otra su desasosiego y esa pizca de emoción contenida, sin decir ninguna palabra.

—En el resto del lago las orillas deben ser más inaccesibles, porque están pegadas al bosque propiamente dicho, ¿verdad? —preguntó Valentina tratando de hacerse una primera idea global del entorno.

—Así es, hay innumerables rincones a los que prácticamente solo se puede llegar desde el agua en una barca, por tierra sería difícilísimo y peligroso por lo abrupto del terreno. Son los lugares más salvajes y por consiguiente inexplorados del lago, pero por lo pronto vamos a ver los más conocidos —explicó el chico que marchaba ligero como una pluma.

El terreno junto al lago comenzó a elevarse poco a poco, sin que apenas se notase a la vista, pero sí al caminar, puesto que el esfuerzo se hacía patente a cada paso. Una pequeña flor escarlata se alzaba frente a ellos, ambas chicas se quedaron mirando.

—Quiero llevarme muestras de todo cuanto me resulte interesante —dijo Valentina, mientras pasaba a su lado. En el momento que el repecho tocaba a su fin y mientras recuperaban el

resuello, fue cuando finalmente vieron el mayor campo de flores escarlatas que habían contemplado hasta el momento.

—¡Es fabuloso! —expresó fascinada Alba.

—Realmente de ensueño —comentó Valentina mientras se agachaba para contemplarlas más de cerca. Giró la pequeña mochila que portaba en la espalda hacia adelante, y tras abrirla, de ella sacó un tarrito de plástico semejante al que se usaría para almacenar una muestra de orina, pero más pequeño. Con unas pinzas que llevaba en lo que parecía un diminuto juego de útiles de cirujano, sujetó una de ellas, para después seccionarla sutilmente con las pequeñas tijeras, sin tocarla con los dedos en ningún momento. A continuación, con un segundo tajo en mitad del tallo acortó su longitud para que cupiese en el tarro, lo cerró, y tras echarle un vistazo acercándolo a la altura de los ojos, lo introdujo en la mochila para continuar.

En la siguiente media hora haría lo propio con cualquier planta que no conociera y le llamara la atención. La pequeña colina resultó albergar mucha más vegetación interesante de la que esperaba, ya que desde lejos y a simple vista solo se apreciaba la flor escarlata. Desde allí contemplaron a unos quinientos metros el poblado de los desaparecidos *Nagonapu*, adonde se dirigían en ese momento, siempre con el sombrío bosque en su costado derecho, a unas pocas decenas de metros. El sonido del salto de agua cada vez se apreciaba con más claridad, puesto que, aunque estaba lejos, poco a poco se acercaban y el aire que les venía de frente, procedente de esa dirección, trasladaba su rumor continuo.

Los pájaros piaban con algarabía por todos lados, los pequeños simios que dominaban el interior del bosque desde las copas de los árboles, también se dejaban oír a lo lejos, con chillidos que inquietaban a las chicas, quienes miraban con recelo hacia el borde más cercano del misterioso bosque.

—Señoritas, les presento Chambea, la que hasta hace poco era nuestro orgullo, la última aldea que quedaba de los *Nagonapu*, antiguos pobladores de la isla —decía Peter mientras se adentraban en la tosca urbe ancestral ahora desértica, compuesta de cabañas de barro y carrizo. No presentaban ningún patrón de organización, sino que estaban salpicadas por todos lados sin orden apreciable—. Hace algo más de cinco siglos, este tipo de asentamientos eran absolutamente comunes en muchos lugares de la isla. Los *Neronapu* cuentan que ancestralmente habían alrededor de veinte tribus diferentes de *Nagonapu* distribuidas por toda ella. Cada una gobernaba; por así decir; un territorio, respetando en la medida de lo posible a las demás tribus, siempre y cuando esto fuera recíproco —les explicaba el chico mientras de espaldas se acercaba a una de las chozas, en donde el tiempo parecía haberse detenido hacía siglos.

»La naturaleza de las tribus era muy parecida unas de otras, veneraban el ecosistema, subsistían gracias a él, no conocían más tierra que este viejo y limitado lugar. Cuando llegó el hombre blanco muchas de estas tribus se unieron para luchar contra tamaño enemigo. Pensaban que eran diablos mandados por sus dioses, en respuesta a algún tipo de afrenta que debían de haber cometido hacia ellos. Muchos fueron los sacrificados, cualquier atrocidad era válida con tal de calmar la supuesta ira de los señores de la naturaleza. Durante los primeros días en que los colonos británicos desembarcaron y crearon cerca de la costa sus primitivos asentamientos, la mayoría de las tribus purgaban de manera salvaje, a cualquiera que pudiese ser el causante de la cólera de los demonios blancos, por disparatada que fuese la sospecha. Mujeres de mala fama, niños supuestamente malditos, hombres con deficiencias o malformaciones. Cualquier excusa era suficiente para complacer a los dioses de manera brutal, en los muchos altares de sacrificio que había en estas tierras.

»Cuando finalmente se dieron cuenta de que las ofrendas humanas no surtían efecto de apaciguamiento alguno, decidieron mandar una comitiva de bienvenida a los extraños hombres de piel clara, que venían en esas naves demoníacas. Cuando los *Nagonapu* les hicieron una serie de obsequios en forma de piedras preciosas, así como otros objetos de valor, los hombres blancos los obligaron a llevarlos por la fuerza al lugar donde guardaban sus tesoros. Una vez allí los indígenas se negaron a ser saqueados y fueron todos asesinados, en ese momento estalló la guerra.

»La mayoría de las tribus se unieron y los combatieron durante meses, aunque eran muchos más y jugaban con la ventaja de conocer perfectamente el terreno, no tuvieron nada que hacer contra las armas de fuego de los occidentales. Eso sí, causaron muchísimas bajas entre los colonos, con ingeniosas y atroces emboscadas, junto a ataques por sorpresa en mitad del bosque. Finalmente perecieron todas, excepto dos tribus que se negaron a luchar, y que negociaron para tratar de coexistir con los nuevos señores de la isla. Las relaciones se regularizaron, las dos tribus se unificaron y consiguieron continuar viviendo prácticamente como hasta entonces, cooperando con los colonos para favorecer sus intereses, mientras que estos respetaron a partir de ahí a esa tribu y sus costumbres. Hasta hace poco, cuando por arte de magia todos desaparecieron...

»Como veis, todo está aquí, dejaron sus utensilios habituales con los que cocinaban, hacían sus prendas y demás abalorios. Incluso muchos abandonaron la comida en el fuego cociendo, tareas cotidianas inacabadas y demás actividades, que no hacen sino añadir indicios inquietantes a lo que aquí aconteciese. Es como si de repente y sin previo aviso salieran corriendo dejando todo atrás... ¿Pero por qué? ¡Es algo surrealista! —terminó por decir Peter ante la atenta mirada de las dos chicas, que no quisieron interrumpir su narración, dado el interés que hacia ella manifestaban.

—¿Y nadie ha encontrado el rastro que siguieron al marchar? —preguntó Valentina fascinada por la intrigante historia—. ¿Qué pasa, que los han abducido los extraterrestres...? —preguntó con sorna.

—Bueno... a la vista de los hechos, yo no descartaría ninguna hipótesis. En Scarlet Island todo es posible, os lo aseguro —añadió convirtiendo lo que en principio era una broma, en algo mucho más serio.

—Si no me equivoco, los isleños creéis que todo lo que ocurre aquí se debe a una suerte de energías o espíritus que campan a sus anchas. Seguramente penséis incluso que se trate de los antiguos indígenas, por las atrocidades que se llevaron a cabo aquí, ¿me equivoco? —preguntó certera Alba.

—Cada uno es libre de pensar lo que quiera. Hay quien cree; en efecto; ese tipo de historias, otros piensan que se trata de la naturaleza misma, pero nadie ha demostrado nada, es un misterio —respondió el joven entrando a una de las chozas seguido de las chicas—. Lo que sí es cierto es que aquí abundaban los rituales de magia negra, por así decir, con espantosos sacrificios, como ya os he contado. En la isla se produjeron verdaderas atrocidades, carnicerías. Una de las más conocidas fue la gran batalla que tuvo lugar aquí donde nos encontramos, que comprende desde el poblado hasta más allá de la loma. Dicen que los muertos se contaban por cientos, la gran mayoría eran de nativos, claro. De ahí viene una famosa leyenda que dice que el lago se tiñó de rojo con su sangre, u otra; que a menudo comentan los *Neronapu*; que asegura que la flor escarlata creció aquí debido también a la sangre vertida en estas tierras, y que por eso es un lugar maldito... Leyendas al margen, nadie podrá negar que en efecto ocurren sucesos insólitos —terminó su exposición Peter.

—¿Habéis oído eso? —indicó Alba que salió rápida de la choza lúgubre y con olor a humedad, mirando a todos lados—. Me ha parecido escuchar algo alrededor de la cabaña —adujo nerviosa.

—Habrá sido el viento —indicó Peter.

—O los espíritus... —dijo de broma Valentina, que no consiguió sino asustarse incluso a ella misma al pronunciar esas palabras, aunque sonriese para disimular. Alba por su parte miraba alrededor con una extraña sensación, como si no estuviesen solos.

—Bien, chicas, veremos el resto del poblado, y para finalizar nos adentraremos en el bosque con objeto de mostraros la joya de la corona. ¡Ahora veréis...! —adelantó Peter logrando un efecto contrario al deseado. En vez de impaciencia y emoción, las chicas sintieron mucho respeto e inquietud, al tener que introducirse en esa espesa arboleda cargada de misticismo.

El poblado abarcaba un área de unos trescientos metros. En su extremo más al norte, prácticamente lindaba con el borde de los árboles y las muchas palmeras que también salpicaban la flora del lugar, a donde llegaron por fin.

—¿Preparadas? —preguntó Peter a Valentina y Alba, mientras; plantado frente a los grandes árboles, que delante de ellos resultaban temibles; sacaba un gran machete de la funda que portaba colgada en la espalda—. Seguidme y por favor, tened mucho cuidado en donde pisáis y sobre todo con lo que tocáis, hay cantidad de pequeños animalitos que pueden resultar... digamos, poco agradables —insinuó Peter, poniendo aún más nerviosas a ambas—. ¡Adelante! —dijo, introduciéndose por fin en la espesura a machetazo limpio, seguido de forma titubeante por las amigas.

A los pocos metros recorridos por la selva, emergieron a un espacio abierto interior del tamaño de una pista de tenis aproximadamente, pero de forma circular. Allí, en el centro encontraron lo que a todas luces debía ser uno de esos altares macabros, que tan solo el hecho de reconocerlo a simple vista hizo estremecer a ambas. En el suelo había una suerte de tarima de piedras gruesas talladas en formas rectangulares. Conformaban una superficie de unos cuatro por cuatro metros, que escalonados subían hasta la altura, de alrededor de metro y medio, en donde se encontraba el altar propiamente dicho. Los tres se acercaban lánguidamente sin articular palabra, hasta que ascendiendo por los peldaños llegaron a lo alto y observaron frente a ellos esa gran losa de piedra desgastada. Tenía claras señales de múltiples impactos sobre su superficie.

Detrás de la estructura donde se alzaba el altar, había tres tótems tallados en piedra, con caras maliciosas que recordaban a la humana, y parecían custodiarla. Alba miraba el altar intentado imaginar las barbaridades que se habrían llevado a cabo allí, y después se fijó en el tótem del centro que al menos contaba con dos metros de altura. Un escalofrío recorrió su espalda al verse en semejante tétrico lugar.

—¡Un altar de sacrificio...! —dijo por fin Valentina con aflicción, suspirando las palabras.

—¡En efecto! —confirmó Peter—. Pero no era de los *Nagonapu* que sobrevivieron a los colonos, sino de otra tribu que vivía aquí antes de ellos, una de las más salvajes de la isla y la que lideró a los nativos en la guerra contra los británicos. Por eso fue absolutamente aniquilada, no quisieron dejar ni a uno solo de ellos. Aquí se sacrificaron a centenares de colonos que eran apresados por las noches mientras dormían o asaltados en mitad del bosque. Después los traían a este lugar donde se les practicaban torturas inimaginables. A veces dejaban a alguno vivo para que medio loco y aterrorizado, volviese a contar al resto las monstruosidades de las que eran capaces los indígenas, y de esta manera intentar mitigar las pretensiones de seguir con la invasión de la isla.

»Los colonos británicos los llamaban los diablos de la noche, porque era cuando solían llevar a

cabo sus ataques. Cuentan que se pintaban la piel de negro para camuflarse en mitad de la oscuridad. Aparecían con extraordinario sigilo junto a los hombres, una vez que estos los veían ni tan siquiera les daba tiempo a gritar y dar la voz de alarma, ya era demasiado tarde... Resultaron ser una auténtica pesadilla para ellos. Cuando acabó la guerra, los *Nagonapu* que sobrevivieron se mudaron aquí por considerarla mejor zona, hasta hoy día —terminó diciendo el chico—. ¡Continuemos! —exclamó de pronto con brío, sacando a ambas del ensimismamiento en que habían caído, producto de su perturbadora narración. Enseguida volvieron a encarar el bosque más allá de los tres tótems custodios que les ponían los pelos de punta.

De nuevo se movían con dificultad entre las ramas de los árboles y la exuberante vegetación. Ruidos indescriptibles se escuchaban a su alrededor. Las chicas miraban a todos lados con cierto estado de alerta, y al tiempo, entusiasmadas por la belleza salvaje, era una sensación variopinta, un gozoso placer inquietante.

—Aunque no os lo creáis, este era el camino de entrada hacia donde vamos, y medía más de cuatro metros de ancho, pero la vegetación lo invade todo —explicó respirando con dificultad, por el esfuerzo que le suponía ir abriendo camino con el machete para que las chicas caminasen con relativa facilidad. Recorrieron despacio unos cuantos centenares de metros en una ligera pendiente cuesta arriba, hasta que por fin lo vieron en lo alto. Se trataba de una estructura fortificada repleta de ramas, hojas y lianas que se alzaba majestuosa frente a ellos.

—Aquí tenéis las famosas ruinas de los colonos que fueron abandonadas. Impresiona encontrarlas aquí en medio del bosque, ¿no os parece? —preguntó Peter.

—¡Ya lo creo! —dijo Valentina.

—¿Se puede entrar en ellas? —le devolvió la pregunta Alba.

—Sí, aunque no es muy recomendable, porque hay zonas con peligro de derrumbe —explicó el chico—, pero podemos echar un vistazo —dijo, accediendo finalmente.

Lo que se veía en primera instancia era la muralla frontal que se elevaba al menos ocho metros de altura. Su silueta era almenada, de forma dentada, y tenía troneras, que no eran, sino orificios por donde disparar desde una posición interior ventajosa y a resguardo a los posibles invasores. En algunos tramos apenas se veía la roca de la muralla por la cantidad de musgo y vegetación que se había adherido sobre ella. Tan solo se podían observar unos veinte metros, los árboles no dejaban ver más allá.

—Debemos llegar hasta la entrada principal. La gran puerta de madera que guarecía el fuerte desapareció hace décadas, por ahí podremos entrar sin problemas, seguidme —dijo de nuevo, caminando en paralelo a la muralla hacia la derecha. Unos cincuenta metros más allá encontraron la vieja entrada, que más bien parecía una gruta natural, tal era la vegetación a su alrededor y que colgaba del enorme hueco dejado por el gran portón primigenio. Dos pequeños torreones que se alzaban en lo alto de la entrada a derecha e izquierda, daban un aspecto medieval a la construcción.

Peter entró seguido de las chicas, apartando una liana que colgaba de allí con la mano y pasando por encima de una serie de ramas que había por el suelo. El acceso principal era una especie de pequeño túnel abovedado, de al menos diez metros de longitud, era bastante amplio. Sobre este, descansaba un matacán entre los torreones, que era donde se llevaba acabo la primera línea de defensa de la puerta, en su momento. La entrada era un lugar húmedo y relativamente oscuro. Peter caminaba con cuidado de no tropezar con las piedras u otros objetos que se encontraban en el camino.

Por fin llegaron al otro extremo del túnel de acceso, los tres salieron mirando el interior de la

antigua ciudadela. Valentina y Alba observaban el gran espacio abierto que encontraron allí, donde había antiquísimas casas semiderruidas, de las cuales pocas conseguían mantener en pie más de dos o tres paredes. Avanzaron por la que debía ser la calle principal de aquel pueblo al resguardo de los altos muros. Muchas plantas, incluso árboles, habían invadido el lugar ganando en gran medida la partida a lo construido por el hombre.

—Es más grande de lo que imaginaba —dijo Valentina, antes de quedarse mirando otra gran cantidad de flores escarlatas, que nacían a sus anchas por allí.

—Ten en cuenta que aquí llegaron a vivir varios miles de personas en su momento álgido. Había cientos de viviendas pequeñas y austeras, ya que aquí no se disfrutaba de lujo alguno, sino todo lo contrario... La gente tuvo que construirlo todo a la carrera, para poder protegerse del enemigo —comentó Peter—. Era un poblado al uso, pero fortificado por la muralla. Los adarves les permitían vigilar el exterior. Además, existían seis torreones como estos de la entrada, de los cuales solo quedan cuatro —añadió señalándolos a su espalda.

Estuvieron caminando por sus calles desfiguradas durante diez minutos al menos. Alba y Valentina se asomaron a ver alguna de las casas que se encontraban en mejor estado, para intentar hacerse una idea de lo dura que debía ser la vida en aquel lugar. Pensaban en las barbaridades que estos muros habrían visto, en la maldad de la raza humana queriendo adueñarse por la fuerza de lo que no le pertenece, y en la locura que debía significar para unos y otros vivir aquí, en esos convulsos tiempos.

—Si estos muros contasen lo que han visto, no podríamos creerlo —añadió Peter meditabundo—. Bien, señoritas, es hora de volver, se está haciendo tarde —dijo sonriendo—. Espero que os haya gustado la ruta guiada —terminó diciendo.

—Ha sido muy ilustrativa —le agradeció Valentina.

Cuando volvían en el coche de Peter, Valentina le dijo en voz baja a Alba, que esa noche durmiera en su casa, puesto que de lo contrario no podría pegar ojo. Alba accedió gustosa, con la condición de seguir viendo los videoblogs del malogrado Richard. Para Valentina no era plato de buen gusto ver lo que aconteció a su predecesor, aunque entendía que podía tener un valor incalculable en el cometido de Alba. De alguna manera también podía ayudarla a ella, puesto que le podría facilitar mucho el trabajo, pero aún así le resultaba muy difícil.

Alba estaba desnuda en la ducha de su apartamento terminando de aclararse el jabón de su piel. Posó las manos en los azulejos, agachó la cabeza hasta tocar también con esta la pared. Cerrando los ojos se relajaba, sentía y escuchaba el agua tibia recorrer su hermoso cuerpo hasta perderse por el desagüe, mientras meditaba sobre todo lo que había descubierto hasta el momento de Scarlet Island. Ahora que llevaba varios días en la isla, su historia le parecía considerablemente más compleja y fascinante de lo que había imaginado. Se decía a sí misma que allí había mimbres más que suficientes, como para escribir un buen libro o hacer una intrigante película de suspense. Lo que había descubierto hasta el momento no dejaba de sorprenderla, y un mar de dudas se cernían en su mente de psicóloga, que trataba de dar explicación ecuánime a todo cuanto ocurría a su alrededor. Pero aquí se sentía un tanto desbordada, su intuición le decía que había demasiados cabos sueltos...

Cerró el grifo con brusquedad. Abrió un momento la mampara para coger la toalla alargando el brazo y volvió a cerrar rápido. Comenzó a secarse sin salir del plato de ducha acristalado, al amparo de la calidez acumulada allí adentro, justo en el instante que la luz del cuarto de baño se apagó de pronto. La chica se puso nerviosa, seguramente la sugestión acumulada le estaba

jugando una mala pasada, y lo que ocurría era simplemente que la bombilla se había estropeado. Eso era lo que intentaba pensar, pero en realidad no podía evitar sentirse bastante asustada, después de las historias que había oído en los últimos días.

Muy lentamente abrió de nuevo la mampara, y tras pensárselo unos segundos que le parecieron eternos, salió de la ducha dando un primer paso timorato, que la hizo sentirse absolutamente expuesta. Con el segundo y el tercero quedó en mitad del cuarto de baño, tratando de recordar dónde estaba exactamente el austero portalámparas con la bombilla que imaginaba defectuosa. Como buenamente podía, intentaba alejar la cascada de oscuras ideas que fluían por su cabeza en ese incómodo momento. Cuando consiguió centrarse, dio un par de pasos más y agarró el lavabo con convicción. Elevó la mano derecha sobre el espejo hasta alcanzar la bombilla, y la giró un poco tratando de apretarla. Justo al hacerlo la iluminación volvió a proyectarse en el baño satisfactoriamente, pero la mueca en forma de sonrisa forzada, que mostraba el desconocido reflejo de su cara en el espejo apenas a un palmo de ella, la estremeció. Se echó hacia atrás de sopetón, hasta el punto de estar cerca de caer de espaldas. Fue tan solo un instante. Cuando aterrada se atrevió a volver a mirarse todo era normal, algo que la hizo dudar sobre lo que había creído ver.

Llegó a casa de Valentina nerviosa, pero no quiso comentar nada, dado que bastante tenía su amiga ya con vivir allí, y todas esas historias de la isla. Alba se dejó caer en el sofá cual cuerpo muerto, evidenciando el cansancio que atesoraba después de los quilómetros de caminata con Peter. Mientras tanto, Valentina en segundo plano, terminaba de preparar una ensalada y abría una botella de Ribera del Duero, esperando a que la pizza que tenía en el horno estuviese a punto.

—¿Ha sido interesante verdad? —le preguntó a Alba sirviéndole una copa de vino.

—Interesante, inquietante y bastante pedagógico diría yo —comentó sonriendo a su amiga—. Ese lugar... ¿has sentido algo peculiar? —preguntó Alba en esta ocasión.

—¿A qué te refieres? —indagó a su vez Valentina.

—No sé, tenía una extraña sensación, no sabría explicarlo... sería debido a la sugestión de los últimos días —terminó diciendo para cambiar de tema, y así no preocupar a su amiga, ni seguir ella misma dándole vueltas a la cabeza.

Tras la cena, Valentina puso de nuevo el CD correspondiente a la semana siguiente de la que vieron la primera vez. En la grabación, Richard se pasaba más de media hora hablando de los especímenes de plantas que estaba encontrando en la isla, decía que algunas de ellas solo se podían hallar aquí. Explicaba también que la principal motivación de haber venido a este lugar era la flor escarlata, pero que estaba muy sorprendido con otras muchas plantas desconocidas que había encontrado.

—*Mañana volveré a la zona de Blood Lake con Peter a hacer trabajo de campo. Seguiré recogiendo muestras, y el resto de la semana me encerraré en el laboratorio a estudiarlas detenidamente. Hay algo en ese lugar que me resulta de alguna manera singular, digamos, una sensación inquietante... será por las leyendas que he oído desde que llegué. Siento como una especie de energía residual allí, que me produce cierto recelo. Peter dice que a muchas personas les pasa igual, asegura que describen eso mismo. Bueno, compañeros, volveré a hablaros en unos días. ¡Chao!* —dijo finalmente, dejando a las chicas boquiabiertas.

¡Ringgg, ringg, ringgg...! Comenzó a sonar por sorpresa y estruendoso el teléfono fijo, para disgusto de Alba y Valentina, que incluso soltaron un pequeño grito por el susto. El aparato se encontraba justo al lado de Alba, solamente tenía que estirar el brazo para cogerlo. Valentina la

miraba con cara de cordero degollado, suplicándole con la mirada para que fuera ella quien contestase a esa llamada tan extraña, cercana a la una de la madrugada.

—¿Sí...? —dijo con voz temblorosa y entrecortada, tras coger el teléfono con sumo cuidado y lentitud. Los ojos de Alba se abrieron de forma exagerada, y en su cara se dibujó una mueca producida por el terror más absoluto que la llevó a soltar el aparato de golpe hasta chocar contra el suelo. Posteriormente se levantó gritando del sofá en el que se encontraba.

—¡Era él... Era... él! —vociferaba de manera histérica a Valentina, que levantándose trataba de calmarla.

—¿Era él, a quién te refieres? —preguntaba espeluznada Valentina, al ver tan asustada a su amiga.

—¡Él, Valentina! ¡Era él! —volvió a insistir, hasta que algo más calmada miró fijamente a los ojos a la bióloga, y despacio volvió la vista en dirección a la televisión, donde la imagen fija de Richard permanecía en la pantalla tras haberse acabado el videoblog. Su rostro aparecía detenido en primer plano, de tal manera que incluso parecía mirar hacia fuera.

—¿Richard...? —comprendió por fin Valentina estremecida—. No es posible, Alba. ¡Richard... ya sabes! —dijo, antes de mirar detenidamente el viejo auricular tirado por el suelo e ir hacia él, con intención de cogerlo. Lo agarró con desconfianza, como si fuese peligroso y le pudiese atacar. Lentamente se lo fue acercando a la oreja con más miedo que curiosidad. Al posarlo cerca de su oído, lo único que escuchó fueron los sonidos típicos de la línea telefónica cuando no hay ninguna llamada, porque se acaba de cortar.

Valentina lo dejó en su lugar correspondiente, pero volvió a sonar por segunda vez, antes incluso de apartar la mano de este. Las dos sufrieron un escalofrío simultáneo, que les erizó el bello de todo el cuerpo.

—¡No lo cojas, Valentina...! —instó Alba a su amiga. Pero esta, con más arrojo que sensatez, lo agarró y se lo acercó al oído. La respiración evidente de la persona que estaba al otro lado de la línea, fuese quien fuese, la dejó definitivamente horrorizada. Era sutil, pero totalmente audible. Respiraba de manera pausada. Ese simple hecho, resultaba algo tan natural y macabro a la vez, que miró el teléfono y lo estampó contra la pared.

Al día siguiente, Alba caminaba hacia una casa que se encontraba en las afueras de Black Port Town. Allí vivía el que sería su tercer entrevistado. Sentía que necesitaba pasear después de los acontecimientos de la pasada noche.

Margaret le había enviado la ubicación de la siguiente persona que le contaría su experiencia. Según le comentó en el escueto WhatsApp, se trataba de un hombre de avanzada edad, que vivía en la carretera del pueblo que hay al entrar, viniendo desde del aeropuerto. Alba se detuvo bajo la sombra de una palmera cuando llegó a su destino, mientras comprobaba en su terminal móvil la dirección exacta a la que se tenía que dirigir.

—Road West, número 28 —dijo para sí misma, sumamente acalorada. Miró hacia una señal apostada en la esquina más próxima y comprobó que en efecto, se trataba de esa calle. La casa que tenía delante era la veintiuno, por eso reanudó la marcha hasta llegar a la veintiocho, de la que apenas distaba cien metros.

¡Ding, dong, dang...! Repiqueteó el timbre tritono ascendiendo de forma melódica, tan pronto Alba pulsó el interruptor que había en el costado de una gran puerta blanca corredera de metal, que resguardaba lo que parecía un hermoso chalet. Aproximadamente, unos diez segundos

después, y sin tan siquiera preguntar quién era, el portón comenzó a deslizarse de costado, dejando el paso libre para avanzar hacia el interior. Sin pensarlo ni un segundo, Alba se introdujo en aquel recinto que haría las delicias de cualquier aficionado a la jardinería, muebles de exterior y decoración. Tenía un sutil jardín que combinaba por un lado hierba corta, piedras blancas esparcidas por el suelo, coquetos árboles no muy grandes, y flores preciosas con un caminito construido en madera, que lo recorría por dentro. Conjunto que, agregado a la moderna piscina, conformaban un excelente lugar que aseguraba una extraordinaria calidad de vida.

Tal y como avanzaba hacia la puerta principal, degustando la exquisitez del exterior, Alba cayó en la cuenta del bonito tono azul claro de la casa propiamente dicha, al tiempo que escuchó un sonido en el cielo que le llamó la atención. Cuando alzó la vista, divisó sorprendida unas nubes negras en el horizonte, que amenazaban con un buen chubasco. Era la primera vez desde que llegó a la isla que se vislumbraba mal tiempo. La puerta se abrió lentamente, hasta dejar ver tras ella una adorable pareja sonriendo de manera afable.

—¡Buenos días, mi nombre es Alba! —dijo la española con entusiasmo, devolviendo a ambos la sonrisa—. Ustedes deben ser los Bradbury...

—Así es, señorita... ¿Alba, verdad? —preguntó el hombre entrado en años—. Mi nombre es Lance Bradbury, y esta es mi esposa Kara.

—Muchas gracias por recibirme, me están ayudando mucho —comentó Alba.

—Margaret es una buena amiga, y si ella ve bien que llevemos a cabo la reunión, es porque seguro que será con un fin positivo —comentó Kara en un tono jovial—. Por favor, entra, querida, o de lo contrario pronto te empaparás —profetizó la mujer. Los tres pasaron a un comfortable salón inmenso, que aún parecía ser más grande porque en toda la sala inferior no había un solo tabique. Todo estaba abierto tipo loft, la entrada, el comedor y la cocina. Por una escalera se subía a la planta superior, donde estaban los dormitorios, que se intuían desde abajo. Las cristaleras predominaban en todas las caras de la planta baja, seguramente para aprovechar la magnífica luz natural que el maravilloso lugar dispensaba casi a diario. Aunque en ese instante parecía desaparecer por momentos, mientras el sonido de los truenos seguía acercándose con celeridad.

Kara se fue a la cocina inmediatamente después de las presentaciones, porque estaba preparando un té que desprendía su delicioso aroma por todos los rincones de la magnífica vivienda.

—¡Por favor, acomódate! —dijo Lance, invitando a Alba a que tomase asiento en un sillón beis, que parecía de lo más comfortable, frente a un sofá similar donde él se colocó. Estaban en una esquina del comedor muy acogedora, junto a una cristalera que casi los hacía sentirse en el exterior, y desde allí veían aproximarse la tormenta de manera agradable.

—¿Este es su rincón de lectura? —preguntó Alba al señor Lance para ir rompiendo el hielo, al ver una estantería repleta de libros al lado de su sofá.

—Así es, señorita, ¿le gusta la lectura? —preguntó el hombre a Alba.

—¡Oh, sí, mucho! Leo tanto como puedo, filosofía, psicología por supuesto, novelas de intriga, históricas... todo cuanto cae en mis manos —contestó la joven.

—Alguien dijo en una ocasión, “la lectura os hará libres”, y realmente es una grata realidad, señorita Alba. A mí me dio la vida y de alguna manera, como reza el dicho, la libertad... Yo trabajaba en un lugar que, si bien me ayudó a subsistir en mis primeros años de juventud y encauzar mi vida, en realidad no era ningún oficio. No tenía futuro alguno, más allá de una vida llena de esfuerzos inimaginables y miseria en todos los sentidos, moral, laboral... —contaba

minuciosamente Lance—. De buenas a primeras comencé a leer con asiduidad, actividad que en el fondo siempre me había agradado, pero que no ejercitaba demasiado. Cada vez leía más y más, y eso me llevaba a meditar sobre la vida, así como a agudizar el ingenio.

»Mi trabajo era tan banal, que durante las horas que empleaba en llevarlo a cabo, me permitía el lujo de estar pensando constantemente en otras cosas. Mi mente se fue desperezando, vía ejercicio físico, junto con abundancia de cafeína, fruto de provechosos madrugones soportados con litros de café. Comencé a darme cuenta de que tenía cierta intuición con respecto a muchas cosas, y quizá algo de buen gusto. Por ejemplo, al ver una película en el cine, habitualmente predecía lo que iba a ocurrir, y en muchas ocasiones incluso lo criticaba, indicando que sería mejor que el director lo hubiese hecho de una u otra manera. Con la música, otra de mis pasiones, me ocurría igual. Al escuchar cualquier canción por primera vez, sabía cuál iba a ser un éxito inequívocamente —seguía diciendo Lance.

»Por lo que poco a poco, y de la mano sobre todo de la lectura entre otras actividades creativas, fui descubriendo un ingenio en mí que si bien ya conocía, no sabía hasta dónde podría llegar, puesto que la sociedad en la que vivimos, nos tiene casi convencidos de nuestra estupidez, cuando para nada es así. El caso es que un buen día me propuse, por qué no, intentar escribir el libro que a mí me hubiese encantado leer como aficionado, mi libro ideal, por así decirlo. Cada día en mi impróspero trabajo, disfrutaba fantaseando con la siguiente escena, el siguiente suceso de esa historia que florecía en mi interior, al resguardo del inmoral exterior y acuciado por las ganas de demostrar y gritarle al mundo, ¡puedo hacer lo que me proponga! Las escribía en un sucio borrador, para más tarde desarrollarla detallada y meticulosamente en casa.

»El ejercicio físico, junto a buenas dosis de café e ingenio, puede dar lugar a tremendas joyas, que se lo digan a Dan Brown... —solía decirle a mis compañeros y amigos en plan de broma, aunque en realidad sabía que era verdad—. Utilizaba la inmensa energía que me otorgaba mi frustración laboral, así como las injusticias sociales que a mi modo de parecer sufríamos, y las canalizaba de manera positiva y productiva en la creación literaria y a su vez, en la anhelada prosperidad de mi vida.

»De esa manera, poco a poco, con mucho esfuerzo, tesón, ilusión y dejando atrás los complejos, tras tres años completé mi primer libro que por suerte fue publicado con cierta aceptación. A los cuatro años de empezar el primero, mi actividad literaria había sufrido una explosión cualitativa y cuantitativa considerable. Consciente de mis capacidades, ya contaba con dos buenos libros nacidos de mi desatado intelecto, y tenía el tercero muy bien encaminado, así como otras muchas historias en la mente archivadas para el futuro. Mi ambicioso objetivo, era escribir un libro al año a partir de ahí. Y sin darme cuenta llegó el momento, lo conseguí, había llevado a cabo mi sueño de salir de ese trabajo sin futuro ni sentido. Por fin vivía a mi manera, había logrado la tan ansiada libertad económica y vital, nunca mejor dicho, y todo gracias a los libros señorita Alba —dijo, finalmente orgulloso, Lance.

—Es fabuloso, debe ser genial conseguir los objetivos que uno se propone con tanto esfuerzo, pasión e incertidumbre, ¿verdad? —comentó Alba.

—Así es, querida, hay que luchar por los sueños para sentirse realizado como persona, tal y como usted hace con acierto a día de hoy —señaló animándola a continuar en su empresa—. Lo bonito de hacer esto, es que hasta en los peores momentos, en esos en que la duda te invade, el miedo te achanta, la desesperanza por conseguir tus objetivos te atrapa y la incertidumbre por el futuro te paraliza, creas en lo que haces a pies juntillas, sintiendo que lo conseguirás y que nada

ni nadie podrá impedirlo. Esa es la única manera de llegar a abrazar los sueños —comentó de forma inspiradora—. Considéralo un verdadero acto de fe —terminó diciendo.

—Es un concepto muy interesante esa manera de pensar, le felicito por ello y por su éxito final. ¿Con cuántas obras cuenta en la actualidad? —preguntó curiosa Alba.

—Casi todas las que ve en la estantería son mías, treinta y dos exactamente —dijo Lance, sorprendiendo a Alba.

—¡Impresionante...! Por lo que veo consiguió consagrarse como un autor de prestigio —afirmó Alba en el transcurso de la charla, justo cuando Kara llegó con el té. Dejó la tetera humeante en una mesa auxiliar, a poco menos de dos metros de donde se encontraban Lance y Alba, y comenzó a servirlo en unas coquetas tazas blancas que parecían de porcelana, con florecitas de colores.

—Consiguió sacar algo muy positivo de la mediocridad que lo envolvía, y de esa manera encontró... encontramos, mejor dicho, la felicidad plena —respondió afirmativamente Kara, a la observación de la psicóloga.

—¿Y cómo llegaron a la isla? —preguntó de nuevo Alba, avanzando en la conversación.

—Cuando mi carrera como escritor se estabilizó, Kara y yo comenzamos a viajar por todo el mundo, algo que siempre habíamos deseado hacer. Ansiaba la sapiencia que me otorgaría conocer lo que nos rodea, y que en muchos casos nunca contemplamos más allá de nuestras pantallas de televisión. Estábamos hartos de escuchar, ver e incluso hablar de lugares en los que no habíamos estado, sitios que no conocíamos —comentaba serio Lance—. Los viajes fueron otra de las actividades que me inspiraron en mis arduos inicios de escritor, y eso que tan solo eran pequeñas escapadas de fin de semana. Pero mi imaginación y afán de saber, absorbía todo, como una esponja seca el agua —seguía explicando—. Con lo cual imagínese lo que supuso culturalmente para mi persona y para nosotros, como apasionados de los viajes, tener la capacidad de ir a donde se nos antojase.

»Recorrimos Estados Unidos de punta a punta, Europa por supuesto también, y Asia en gran medida. Visitamos lugares increíbles, salvajes, paradisíacos. Siempre volvía de los viajes repleto de nueva sabiduría e inspiración, mi visión del mundo cambiaba y se amplificaba, y todo eso conseguía retroalimentar mis historias que se enriquecían cualitativamente. De esa manera, en busca siempre de la mejora que me otorgaba la pasión y la inspiración, recuerdo que un día oímos hablar de este lugar, y de su intrigante historia. Cada vez que escuchaba datos o leyendas de algún lugar que me fascinaba, al poco tiempo iba a visitarlos. Yo suelo decir que cada lugar tiene una energía diferente, por eso nos gusta ir a unos y otros sitios, para sentir esa energía, a parte evidentemente de vivirlos también —continuaba su extensa narración.

»Así que, al mes exacto de conocer la existencia de este remoto paraíso dejado de la mano de Dios, vinimos una semana a conocerlo y quedamos prendados de la isla. Al año aproximadamente del primer viaje, conseguimos por suerte comprar esta casa. Digo por suerte porque es difícil encontrar vendedores aquí, y cuando surge alguno, enseguida alguien adquiere la propiedad, hay mucha demanda. Así fue como sucedió todo hasta el día de hoy, que tenemos esta casa en la que pasamos largas temporadas al año. Poseemos propiedades en puntos muy distantes del planeta, pero esta es quizá la más especial para nosotros. Aunque la residencia familiar está en Londres, donde cada cierto tiempo volvemos, y estamos una temporada con nuestras hijas y nietos.

—Vaya historia más inspiradora, señor Lance. Debe estar muy orgullosa de su marido señora Bradbury —dijo Alba, mirando a Kara.

—Así es, querida —al decir esas palabras, un fuerte trueno seco se pudo escuchar en el cielo muy cerca, y gordas gotas de lluvia comenzaron a golpear los grandes cristales que hacían las veces de paredes. Los tres se las quedaron mirando, los sofás en los que estaban cómodamente sentados, se encontraban a uno o dos metros de las cristaleras a lo sumo.

—¿No crees que es genial poder relajarte aquí viendo caer el agua que trae consigo la tormenta? —preguntó sabiendo la respuesta Lance.

—¡Es una delicia, la verdad! Ahora entiendo por qué tiene en este rincón su lugar de lectura señor Lance —dijo sonriendo Alba.

—Bueno, pero vayamos a lo que realmente le concierne a usted señorita Alba —dijo el escritor, mientras Kara le pasaba una taza de té muy aromático—. Lo que me ocurrió a mí en esta isla, alrededor de cinco años después de la primera visita que hicimos.

«Se trataba de un día parecido a este en cuanto al mal tiempo curiosamente, pero con la diferencia de que llevaba lloviendo casi sin parar un par de semanas al menos. Nos encontrábamos por supuesto en la estación lluviosa. Yo iba conduciendo mi coche por la carretera del norte de la isla, para contemplar la virulencia del mar impactando sobre los acantilados. Es una imagen única, se lo puedo asegurar —aseveró Lance—. Se trata de una carretera no apta para aquejados cardíacos, tales son sus curvas, su estrechez y los precipicios que la circundan. Me desplazaba con mucha precaución, conducía bastante despacio y de vez en cuando paraba en algún lugar seguro, para deleitarme con las olas gigantes que traía el temporal, explotando literalmente al impactar con la abrupta costa rocosa. Con la cámara immortalizaba instantáneas irrepetibles, que más tarde incluiría en mi amplia colección de fotos extraordinarias alrededor del planeta.

»Resultaba inspirador ver semejante espectáculo en ese rincón tan insospechado del mundo. En ocasiones parecía que vendría una ola capaz de llevarse por delante la isla entera, tal era la furia del océano respecto a la insignificancia de este pedacito de tierra, impuesto en mitad de la tempestad. Llegó la hora de volver a casa. Comenzaba a oscurecer y no quería conducir por esas peligrosas carreteras en mitad de la noche por nada del mundo, por lo que después de mi última parada di la vuelta en el tramo más ancho que encontré, y me dispuse a volver en el sentido que venía. Fue en ese instante cuando la vi... —dijo intrigantemente el hombre.

—¿Cuándo la vio...?, ¿qué es lo que vio? —preguntó Alba con acérrima curiosidad, ante la interesante forma de contar la historia el profesional de las letras, claramente educada.

—¡A ella! Estaba en mitad de la carretera, inmóvil —dijo Lance, para asombro de Alba.

—¿Una mujer?, ¿sola en mitad de la tormenta? —volvió a preguntar la española.

—Así es, una mujer de pelo largo moreno, que empapada e inmóvil bajo la lluvia y los truenos, se alzaba frente a mi vehículo de forma impresionante, como si tal cosa. Además, daba la impresión de mirar directamente hacia el coche, estaba totalmente enfocada en mí. Un escalofrío me recorrió la espalda hacia la nuca erizándome el vello de los brazos, la imagen era realmente espeluznante. Me quedé unos instantes paralizado sin saber muy bien qué hacer, hasta que decidí apearme del coche y dirigirme hacia ella unos metros, para intentar saber si necesitaba ayuda u alguna otra cosa —narraba Lance de forma embelesadora, dejando grandes pausas entre frase y frase, en las que aprovechaba para sorber el sabroso té humeante, con la reconfortante perspectiva de la tormenta en su pleno apogeo, frente a la cristalera protectora.

—Fue usted muy valiente, yo le aseguro que habría salido pitando de allí ante semejante imagen —comentó a modo de chascarrillo Alba, mientras Lance terminaba de beber de la tacita floreada.

—Lo mismo le dije yo querida —dijo Kara sonriendo—. Pero Lance de alguna manera siente que las buenas acciones son capaces de cambiar el mundo, y que no hay nada más bonito y satisfactorio que ayudar a alguien necesitado o en apuros —concluyó su orgullosa mujer.

—Sin duda es una gran forma de pensar, si todo el mundo siguiese esas simples pautas de comportamiento, nuestro mundo sería muy diferente al que hoy día vemos, abrumados y apenados, en las noticias. Pero hay que tener esperanza en las personas que piensas como ustedes —elucubró Alba.

—¡Bien...! —continuó Lance—. Antes de bajar del coche y por instinto, decidí coger la cámara de vídeo que tenía en el asiento de al lado y grabar de forma disimulada aquella situación que me parecía ciertamente extravagante. No se por qué lo hice exactamente, supongo que por si ocurría algo negativo, para que quedase constancia. El caso es que me puse mi chubasquero y me apeé del coche con ella en la mano, pero con los brazos hacia abajo, como si estuviese apagada. Una bolsa de plástico transparente la protegía del agua que caía a borbotones. Dejé la puerta del coche abierta y me fui acercando hacia aquella silueta femenina, que se alzaba frente a mí en mitad de la tormenta y de la carretera.

»El sonido de los truenos y las olas, rompiendo incesantes contra las erosionadas rocas, contrastaba con el pitido agudo que cada dos o tres segundos indicaba que la puerta de mi vehículo estaba abierta. Me encontraba delante del coche, que ya llevaba las luces encendidas, puesto que la oscuridad estaba llegando a su punto álgido para desesperación mía. —¿Está usted bien? —le pregunté, apresurándome para tratar de salir de allí cuanto antes. La nada obtuve por respuesta—. ¡Señora!, ¿necesita usted algo? —volví a insistir—. Cuando de pronto la misteriosa mujer comenzó a desplazarse de costado bajo la lluvia, y sin dejar de mirar hacia mí, aceleró hasta terminar corriendo en dirección al precipicio que había a su lado a unos seis metros, y se lanzó sin titubeo alguno al vacío. Un grito inútil y rasgado brotó del interior de mi ser absolutamente acongojado, al ver semejante majadería.

»Las piernas me flojearon cuando me asomé con cuidado al borde del acantilado, de más de doscientos metros de caída atrayente, hasta esa fría agua oscura y brava, que daba pavor. Miré a todos lados y no la vi, por lo que turbado decidí volver al coche y salir de allí. Cuando me introduje en el vehículo, decidí coger mi primitivo teléfono móvil para avisar a las autoridades, pero no funcionaba, seguramente por la tormenta que asolaba la isla esa noche, ya prácticamente entrada. Estaba muy asustado por lo que mis ojos acababan de presenciar en ese inhóspito lugar. Miré de nuevo alrededor antes de iniciar la marcha, como esperando estúpidamente volver a ver a esa mujer por algún lugar de allí al lado, sana y salva, pero nada. Conducía muy despacio puesto que la lluvia arreciaba, y la oscuridad, junto con la sugestión por lo vivido, creaban en mí una sensación de inseguridad rara vez sentida. Mi inquieta y adiestrada imaginación, cavilaba ciento y uno mal finales para mí, en esa aciaga noche. Ideas que enseguida trataba de quitarme de la cabeza.

»Instintivamente miré hacia el asiento del acompañante, y caí en la cuenta de que había grabado la dantesca escena y ni tan siquiera la había mirado, dado el estado de shock en el que me encontraba. Dejando de lado mi innata prudencia, cogí la cámara al tiempo que conducía, para rebobinar lo grabado y observar qué se veía, sin detener en ningún momento el vehículo. De pronto la vi, el encuadre no era el idóneo, tampoco la luz, pero ahí estaba esa pobre mujer desencantada de la vida que decidió acabar con ella, o eso pensaba yo al menos... Dejé la cámara atrancada encima del salpicadero, para que se sostuviese sin caer, y de esa manera poder seguir viendo la fatídica grabación, tratando de no quitar ojo a la oscura y traicionera carretera.

»La tormenta se recrudecía por momentos, intentando hacer de aquella, una situación extrema para mí, tanto que nunca la olvidaría. La mujer parada en la pantalla de la cámara de pronto se movió comenzando a andar, corrió y se lanzó de forma incomprensible al vacío, la cámara a duras penas lo captó. La imagen se movía de forma nerviosa a un lado y a otro. Cuando yo me acerqué al abismo, en la pantalla se veía el suelo, después el cielo con los últimos rastros de claridad, más tarde el borde del acantilado en mi costado derecho, y de pronto algo pasó rápido siendo captado por el aparato. Con el corazón en un puño al ver ese destello, de eso que se movió a mi lado, rebobiné muerto de miedo intuyendo saber lo que iba a encontrar, mi desarrollada intuición rara vez se equivocaba. —Play... ¡Pause! Ahí estaba para consternación mía. La cámara había grabado de forma incomprensible, a esa extraña mujer surgiendo hacia arriba por el borde del precipicio, del que supuestamente había caído.

»Para mayor horror mío, reptaba como un lagarto, mientras yo al filo del vacío, la buscaba en el fondo. Pero no siendo suficiente con esto, al volver a pulsar el botón de play, descubrí aterrado que fue directamente a introducirse en mi coche... Aquella revelación me superó e incluso me mareó. Lo primero que hice fue mirar por el retrovisor, donde no se si de manera real o debido al miedo en estado puro que mi mente experimentaba, me dio la impresión de ver un bulto oscuro sentado tras de mí, hasta que un trueno tremendo se escuchó cercano.

»Me dio tanta impresión que a punto estuve de salirme de la carretera, pero mediante un volantazo conseguí continuar por el camino correcto, mi terror era puro... Volví a mirar con desgana el retrovisor, para tratar de confirmar lo que me había parecido ver, gracias a Dios no había nada. Pero al echar un tercer vistazo, unos siniestros brazos inesperados surgidos de detrás de mi asiento, se desplegaron alrededor de mi cara y me taparon los ojos, aprisionándome la cabeza con mucha fuerza contra el asiento. Por instinto solté las manos del volante para tratar de liberarme, y al poco de hacerlo caí en la cuenta de que me iba a estrellar.

»Sentí entonces que todo acabaría ahí. Sabía que el precipicio estaba cerca, cientos de metros de terrible caída hacia el océano enrabiado. Traté de volver a tomar el control del vehículo, pero ya era tarde. Estaba desorientado y al borde del colapso debido al terror más absoluto, que me causaban esas extrañas manos que tapaban con fuerza mi visibilidad, y el más que probable vuelo sin alas, que estaba a punto de experimentar. Comencé a gritar y de alguna manera a despedirme de la vida.

»Me di cuenta de que es verdad lo que dicen, de que en esos extremos momentos muchos recuerdos de tu vida y de tus seres queridos, pasan de pronto por tu cabeza a toda velocidad. Sentí por fin el vuelo del coche que comenzaba su caída libre, produciendo en mi estómago una sensación indescriptible. Las manos que tapaban mis ojos no se movieron en ningún momento, ni dejaron de apretarme contra el asiento. Mi grito visceral mientras caía debía ser ensordecedor, pero yo solo podía pensar en el espantoso impacto que iba a recibir y en desear que todo acabase rápido.

»Y de repente unos fuertes golpes en el cristal de mi mujer me hicieron volver en sí, abrir los ojos y darme cuenta de que estaba en la puerta de mi casa, con la valla abierta para meter el coche y la lluvia cayendo sin cesar. Kara, con rostro de espanto, vociferaba al verme que no entraba, ni dejaba de gritar con los ojos cerrados. No me preguntes qué pasó... No me preguntes cómo llegué a casa en esas condiciones desde tan lejos, ni si esa mujer era real o no, pero te juro que yo lo sentí como tal.

—¿De pronto se encontró en la puerta de su casa sin más? —preguntó Alba tras el escalofriante relato de Lance que la dejó helada.

—Así fue, querida, eso es lo que ocurrió —sentenció el escritor.

—Yo lo vi llegar como siempre —dijo Kara, tomado la voz cantante—. Empezaba a estar preocupada porque había anochecido y aún no estaba en casa. Le cuesta conducir con oscuridad y la tormenta era terrible, así que no quitaba ojo desde aquí a la entrada —comentaba la buena mujer—. Cuando la vi que se abría respiré profundamente y me quedé más tranquila, pero tras un par de minutos me di cuenta de que no entraba y salí corriendo por si le había pasado algo o se encontraba mal. Me lo encontré con los ojos cerrados, gritando como un demente y con los brazos abiertos tratando de agarrarse a donde pudiese como si cayera... ¡Fue estremecedor!

—¡No... no tengo palabras! —farfulló Alba que no daba crédito a las historias que le contaba la gente de la isla. Cuando creía que no la podían sorprender más, un nuevo suceso la dejaba boquiabierta, realmente consternada y aún más asombrada. Superaba todo lo que pudiese llegar a imaginar—. ¿Y la cámara de vídeo? —preguntó Alba a Lance tras unos segundos de silencio.

—Nada... Fue lo primero que miré —sentenció el erudito hombre con orquesta de truenos de fondo—. Pero en lo que concierne a su estudio, le aseguro que mi manera de ver la vida e incluso de escribir, varió en gran medida esa noche.

Tras despedirse y agradecer encarecidamente una y otra vez al simpático matrimonio su hospitalidad y el hecho de compartir algo tan impresionante como personal con una auténtica desconocida, Alba encaró el camino de vuelta con la mente enfervorecida, la imaginación disparada y un halo de misterio que se cernía sobre su persona, atrapándola con su abrazo mágico.

Había dejado de llover un buen rato antes de que Alba saliese de casa de los Bradbury, no obstante, el señor Lance se ofreció a llevarla de vuelta a casa en su coche, gesto que agradeció de nuevo Alba, pero desestimó al instante, diciéndole que un paseo le sentaría bien para poner en orden sus ideas. La lluvia dejó tras de sí, un regazo de aromas distintos a los que estaba acostumbrada en la isla desde su llegada. Olores a tierra húmeda, a flores silvestres y plantas de un verdor colosal. Los plataneros, aguacateros y demás frutales tropicales de colores vivos que no alcanzaba a conocer, acompañaban su serena andanza. Fue una sensación encantadora, el caminar después de la tormenta, que se alejaba en el horizonte, con sus negras nubes reconstituyentes.

Se acercaba a su apartamento cuando el iPhone comenzó a sonar. El suave sonido la sacó de la ensoñación en la que estaba sumida, al mirar las gaviotas revolotear inquietas entre los barcos de la hermosa bahía, para tratar de echarse algo al pico de entre los descartes de los pescadores.

—¿Qué tal te ha ido? —dijo su amiga Valentina, sin tan siquiera saludar.

—No te lo vas a creer... esto va a más —dijo, aún alucinada Alba—. ¡La historia de Lance Bradbury es digna de una película de terror...!

—¡Uff...!, no sé si quiero escucharla —respondió Valentina—. Creo que nos estamos enajenando con tanto chisme incomprensible. ¡Debemos desconectar! Tengo trabajo de laboratorio para todo el día con las numerosas muestras de plantas que recogí en Blood Lake, pero esta noche salimos de fiesta, ¿vale? —sugirió animada la chica.

—No se, Valentina, no creo que sea un buen momento —insinuó Alba algo reacia.

—No acepto un no por respuesta, a las diez paso a por ti, cenamos y vamos a ver qué tal se ponen por la noche los pubs de este lugar —dijo con gracia la italiana—. ¡No va a ser todo trabajar, querida amiga! —concluyó y rápidamente colgó para no dar tiempo de réplica a la psicóloga, que sorprendida miró el móvil al concluir la llamada y sonrió pensando «¿Y por qué no...?».

El concurrido restaurante era de aspecto moderno y minimalista, al contrario que los típicos pubs británicos de alrededor, de madera tallada y llenos de cuadros, carteles viejos, botellas e incluso bicicletas antiguas colgadas en las paredes de ladrillo. También solían tener pieles en sus exageradas butacas y vetustas lámparas recargadas. El local del que disfrutaban esa noche, sin embargo, estaba compuesto por mesas blancas altas, para dos o tres personas en casi toda la sala, excepto en una serie de reservados que había en los laterales, en los que se organizaban cenas más íntimas para grupos mayores de personas.

Las chicas se encontraban de lo más cómodas, cenando en unos agradables taburetes blancos altos con respaldo bajo. Decidieron tomar un exquisito menú degustación de seis platos de diseño, que rápidamente les iba sirviendo un apuesto camarero moreno con desparpajo. Cada bocado era una explosión de sabores, que impactaban directamente en sus papilas gustativas, para terminar transformándose en extraordinarias sensaciones. Se encontraban ya en el cuarto plato, se trataba de un panaché de verduras riquísimas con huevo, algo aparentemente simple, pero que ejecutado correctamente resultaba delicioso. Las diferentes cocciones de las verduras, alcachofas, guisantes, habas, patatas y pimientos, complacían verdaderamente a las chicas.

Con cada uno de los platos, el camarero, vestido rigurosamente de negro, con una camisa entallada que marcaba sus tersos músculos, también les servía una copa de vino diferente, a elección del chef. Trataban de esa manera, maridar cada plato a la perfección, según unas u otras características, tanto de los productos alimenticios como del vino en sí, que también lo es.

—¡Es desconcertante! —dijo Valentina en voz baja, cuando Alba terminó de contarle la historia de Lance Bradbury, mientras el camarero terminaba de servir la cuarta copa de vino, en este caso rosado, algo que sorprendió mucho a ambas.

—¡Espero que les guste! —dijo el chico, que se retiró raudo, entendiendo que querían estar a solas por el bajo tono que usaban al hablar delante de él.

—Es realmente incomprensible, no parece haber explicación humana que pueda aclarar semejantes vivencias —le dijo Alba, que escuchaba cómo subían un poco el volumen ambiente de la música chill out de la sala, provocando que los comensales del local se animaran en aquel espacio cosmopolita.

Las dos corrieron un tupido velo a los confusos asuntos que las preocupaban y trataron de disfrutar al máximo de esa noche diferente. Ataviadas con sendos vestidos ajustados que realzaban sus esbeltas figuras, disfrutaron del quinto plato y del sexto que era el postre. Tomaron una primera copa, y un licor al que las invitó el camarero del restaurante y marcharon a un pub cercano que les habían recomendado.

Bailaban como unas locas. Sus mentes desinhibidas dejaban que los cuerpos se expresasen con toda naturalidad. El Dj regalaba los oídos de la sala con un *house tribal*, que resultaba deliciosamente hipnótico, junto con las luces reflejándose en el humo que a cada poco lanzaba. Muchos chicos las miraban con deseo, mientras ellas disfrutaban de su liberación temporal. Por un momento se sacaron de encima todo ese estrés acumulado en los últimos días, con cada contoneo de caderas y alzando las manos al tiempo.

Fue entonces cuando Alba lo vio, estaba al fondo, pero la miraba con una media sonrisa picarona, que le hacía de lo más interesante. Alba también sonrió al verlo en la relativa lejanía del local, y se volvió a bailar de manera sexi, echando de vez en cuando un vistazo a George, que seguía sonriendo aún más si cabe, al sentir de alguna manera que aquel baile le pertenecía. El

House siguió sonando y la noche evolucionando de forma interesante. George se colocó con un par de amigos al lado de las chicas. La música y el baile les llevó a acercarse y entremezclarse de forma atractiva. Valentina no conocía a George, pero se percató rápidamente que a su amiga le atraía y le siguió la corriente. Ambos jóvenes bailaban cara a cara mientras Valentina departía riendo con sus amigos.

—¡Estás muy guapa...! —le dijo George acercándose al oído de Alba, que sintió un pequeño cosquilleo en la boca del estómago al percibirlo tan cerca.

—Gracias por el cumplido, George, ¿qué hacéis por aquí? —le preguntó al chico.

—Bueno, lo lógico sería que esa pregunta te la hiciese yo a ti, ¿no crees? —respondió irónicamente George con sorna—. Es mi ciudad, y uno de los lugares habituales de encuentro con amigos.

—¡Tienes razón! —afirmó Alba riendo afablemente—. Es que no sabía qué decirte —confesó la chica—, estábamos algo agobiadas, por lo que hemos decidido que nos vendría bien salir a cenar esta noche... y una cosa ha llevado a la otra.

—Me alegro mucho de verte aquí, de verdad —dijo por sorpresa el chico de forma seria, mirando a los ojos a Alba que por un instante se ruborizó.

—Yo también me alegro George, y por lo que veo incluso mi amiga Valentina... —adujo riendo, al mirarla entusiasmada conversando con los amigos del filósofo y parapsicólogo. Trataba de desviar la conversación hacia otro foco, por la intensidad que esta iba tomando.

—¿Sabes?, la semana que viene si cumplen su palabra, me otorgarán el permiso del consistorio para llevar a cabo el estudio de campo en la zona del lago —comentó George cambiando de tema—. Espero que aún quieras venir —insinuó.

—¿Bromeas?, ¡claro que quiero ir! —contestó rauda y sin dudar Alba—. Estaré encantada de acompañarte, aunque me da un poco de miedo... Pero al pensar que se trata de ciencia se mitiga ese temor.

—Mis amigos vendrán a ayudarme, si quieres, también puedes decirle a la tuya que nos acompañe—comentó entre los ritmos acompasados de la elegante música electrónica—. Cuantos más seamos, más datos obtendremos.

—Se lo diré, seguro que estará entusiasmada —le dijo Alba, que cada vez que se acercaba para hablarle al oído, quizá por las copas de más, o quizá por pura atracción, tenía que obligarse a dejar de mirar esos labios carnosos que parecían llamarla a viva voz. Pero se reprimía, y a continuación le musitaba al oído empapándose de ese aroma a perfume que desprendía George, terminando de volver loca a la psicóloga—. ¡Cuenta con nosotras! —dijo finalmente.

La noche continuó entre risas, roces, bailes, miradas e incluso contacto de manos, que hacía saltar por los aires la libido de ambos jóvenes. Los dos jugaban a ese hermoso juego de la seducción, a sabiendas de que el primer paso ya lo tenían ampliamente superado, su atracción era natural y prominente. Alba trataba de contenerse, al contrario que George, el cual hacía todo lo posible por provocarla.

—¡Tenemos que salir más, me lo he pasado genial! —dijo Valentina, que iba algo mareada como todos lo demás de vuelta a casa, después de que hubiesen cerrado el pub a las cuatro de la mañana. George y Alba, un poco más rezagados que Valentina y los dos amigos del chico, continuaban hablando y tratando de conocerse mejor.

—Bueno, chicas, aquí se bifurcan nuestros caminos —dijo Robert, uno de los amigos de George, mirando a Valentina. Estaban en la esquina de una calle cercana a su casa, donde de nuevo pasaría la noche Alba.

—¿De verdad no queréis que os acompañemos a vuestro apartamento? —preguntó de forma caballerosa George a las chicas.

—Tranquilo, está aquí al lado, no es necesario —adujo Alba—, pero os lo agradecemos de igual manera —aseguró sonriendo a George, que le devolvía la sonrisa sintiendo esas mariposillas juguetonas en el estómago.

—De acuerdo, entonces —aceptó George—. Chicas, ha sido un auténtico placer compartir esta velada con vosotras, de veras —volvió a galantearlas mirando primero a Valentina y después a Alba.

—El placer ha sido mutuo —dijo la española, cuando ambos se acercaron para darse un beso en la mejilla, que a punto estuvo de crear un incendio, no del todo inesperado, entre ambos, pero que Alba, sobre todo, quiso posponer para otro momento más oportuno. Los cinco se despidieron en esa esquina y siguieron sus caminos.

Las amigas iban riendo y hablando de los chicos. Valentina se mofaba de Alba porque era evidente que se estaba colando por George, del que apenas había comentado nada antes.

—No recordaba haberte escuchado hablar de lo atractivo que era George, pillina... —comentaba bromeando Valentina entre risas y haciéndole cosquillas en la zona de la clavícula, con pequeños repizcos repletos de ternura.

—Tampoco yo recuerdo que me hubieses preguntado por su físico, ni por su simpatía, ni su inteligencia y caballerosidad... —decía Alba enumerando, ahora sí, medio en broma las cualidades que había captado de su persona, hasta terminar riendo abrazada a su amiga. Pero de pronto a Alba le cambió el semblante súbitamente al ver no muy lejos de allí, a una persona que parecía observarlas desde un punto oscuro de la calle, creyendo pasar desapercibido por la penumbra. Alba se lo dijo enseguida a Valentina al oído, mientras seguían abrazadas, y ambas disimuladamente comenzaron a caminar hacia su vivienda, acelerando el paso poco a poco para intentar no llamar la atención.

En cada esquina que doblaban la psicóloga giraba la cabeza para ver si esa extraña persona la seguía, tocándose el pelo fingidamente. La respuesta era sí. Mantenía una distancia prudencial y siempre se colocaba en lugares de poca claridad para conseguir mantener oculta su identidad. Las chicas comenzaban a sentirse verdaderamente intimidadas, pero por fin llegaron a casa, donde abrieron a la carrera y sin mirar atrás ni por un instante. Ya desde la seguridad que les confería la vivienda, ambas pudieron comprobar asomadas por la rendija de una ventana, como esa persona anónima pasaba tranquilamente caminando por la calle, más concretamente por la acera opuesta. Buscaba siempre los lugares idóneos para no ser reconocido. Se detuvo mirando inquietantemente en dirección a la fachada donde se encontraban acurrucadas las amigas, espionando muertas de miedo a quien las había seguido. El desconocido fumaba con total calma un cigarrillo hasta apurarlo e irse, con la misma tranquilidad y sosiego con la que había llegado. Se sintieron de alguna manera advertidas, ¿pero por quién...?, y lo más importante, ¿por qué...?

Por la mañana, cuando salió del apartamento de Valentina de vuelta a casa y con cierto malestar por la resaca punzante en su cabeza, Alba continuaba pensando en la identidad de la misteriosa persona que las siguió la noche anterior. No se lo podía quitar de la mente. Sentía que había demasiadas circunstancias a su alrededor que escapaban a su raciocinio, y eso la ponía nerviosa. Muchos puntos que no conseguía comprender y, por tanto, controlar. La extraña muerte de Richard, las desapariciones, las historias contadas por los conocidos de Margaret que nunca la dejaban indiferente, los extraños sucesos puntuales que había vivido por sí misma, y ahora esto... no podía ser una coincidencia. Intuía que tenía que deberse todo a una misma causa, a un mismo asunto. Incluso ese extraño hombre, por complicado que pudiese parecer.

Tras llegar a su casa y dejar todas sus cosas, decidió salir a correr un poco. Aunque le costaba arrancar, sabía que después se sentiría mucho mejor, eliminando de su organismo muchos de los radicales libres del alcohol que producen el envejecimiento prematuro de la piel, entre otras cosas. Al volver vería todo más claro, como así fue. Puso sus ideas en orden, y trazó una clara hoja de ruta, comenzaría a redactar su tesis como, no podía ser de otra manera, en cuanto se sintiese preparada, pero pretendía llegar al fondo del asunto que concernía a los misterios de la isla, de la muerte de Richard, y por supuesto del hombre que las siguió. Pensaba que una cosa le llevaría a la otra o al revés, pero ¿por dónde empezar...?, por continuar viendo las grabaciones del fenecido biólogo, decidió con determinación. Esa misma noche quedaría con su amiga para revisar todas y cada una de ellas, poco a poco, desde ese momento en adelante, y tratar de sacar conclusiones.

Con las ideas más claras y marcándose propósitos a corto plazo, encaró el día con muy buena actitud. Siguió trabajando su tesis con las primeras impresiones, después de la semana que llevaba en Scarlet Island. Una vez cimentadas las bases de su estudio en función de lo conocido hasta entonces y de sus propias experiencias, marcó un punto y aparte para continuar.

Se dedicó entonces a trabajar en la búsqueda de explicaciones lógicas que pudiesen arrojar luz sobre los sucesos de sus confidentes, algo que le resultó imposible. Si se tratara de uno o dos, podría pensar en algún tipo de trastorno psicológico, consumo de estupefacientes, delirio o algo racional. Pero tratándose de tantos e incluso algunos de ellos tan inteligentes como el señor Lance, escritor de renombre o el mismo George, obteniendo dos licenciaturas en tan poco tiempo, todo ello descartaba la primera hipótesis. Debía haber algo que se les escapaba, algo en lo que no habían pensado pero que tenía que estar allí, cercano, entre ellos...

Rumiando esa idea pasaron las horas y llegó el momento que tenía marcado en el calendario de Margaret, su siguiente visita. Valentina estaría todo el día fuera con Peter, haciendo trabajo de

campo. La pretendía llevar a lugares muy exclusivos en los que crecían plantas únicas, zonas casi desconocidas. Por la noche se reencontrarían, pero eran las seis de la tarde, el momento de la siguiente visita.

Margaret no le había dicho nada del que sería su siguiente entrevistado, y eso era algo que le resultaba un poco extraño. Siempre solía comentarle al menos la dirección y el nombre completo del sujeto, pero en esta ocasión no fue así, no le dijo nada. Tan solo se limitó a citarla enfrente mismo de una de las fortalezas defensivas marítimas, que había en los dos extremos de la bahía.

Alba llegó puntual como siempre, se trataba de una especie de castillo de pequeñas dimensiones, sus muros eran altos y robustos, de al menos diez metros, la puerta no era demasiado grande, pero sí parecía muy pesada. Por encima de las murallas almenadas, se intuía otra torre que elevaba aún más el conjunto, hasta donde se encontraban los fabulosos cañones que en su momento protegieron la isla. De pronto alguien se asomó saludando bajo esta torre, en lo alto del muro, entre unos de sus huecos dentados.

—¿Ya estás aquí? —dijo Margaret, dejando boquiabierta a la joven española.

—¿Margaret, eres tú mi entrevista de hoy? —le preguntó sorprendida.

—Espera, querida, que bajo enseguida —dijo riendo y saludando efusivamente con la mano, con cuidado de no caer muro abajo.

La simpática mujer, abrió no sin esfuerzo la puerta principal, dejando paso a Alba que aún pasmada se reía.

—¡Hola, preciosa, sígueme! —dijo sin más y con total naturalidad. Subieron por una escalera interior muy angosta, casi claustrofóbica, donde la humedad era notable. Era obvio que había sido edificada hacía cientos de años, cuando la comodidad no era la prioridad al construir. Los peldaños eran diminutos, como si estuvieran hechos para alguna suerte de gnomos. Al llegar arriba salieron a un amplio espacio abierto, que era como una terraza muy grande, desde el centro de la cual, se alzaba la torre, del tamaño aproximado de una pista de tenis, con los impresionantes cañones sobre esta.

—¿Qué te parece? —le dijo Margaret a Alba asomándose en la parte frontal del muro, de cara al mar, desde esa maravillosa perspectiva elevada.

—Es precioso... —aseguró Alba, mirando el viejo sol de la tarde, que poco a poco comenzaba su descenso para dar por acabado un nuevo día.

—¡Ven, sígueme! —volvió a pedirle Margaret de improviso saliendo disparada. Abrió una portezuela que había en la base de la torre de los cañones, y se dispuso de nuevo a subir por otra de esas escaleras ancestrales.

Una vez arriba pudo por fin ver frente a sí, las magníficas piezas de artillería en todo su esplendor. Se trataban de dos cañones de costa de la empresa británica Vickers-Armstrongs Limited, del modelo 381 mm/45 calibres, quince pulgadas.

—Aquí los tienes, los famosos cañones de la bahía de Black Port Town que, junto con la batería gemela del otro extremo, protegía a la isla de la posible entrada de elementos hostiles —le contaba Margaret mientras se acercaban a tales armas, que llegaban a poner los pelos de punta—. No en vano, su potencia les permitía disparar proyectiles cercanos a la tonelada de peso, a distancias tan increíbles como unos treinta quilómetros —decía para regodeo de Alba, gustosa de escuchar esas explicaciones culturales de tal experta en la sabiduría autóctona—. Previamente, había otros mucho más rudimentarios que fueron reemplazados por estos, allá por los años treinta, en la relativa edad moderna. Esos más primitivos se exhiben en una exposición permanente en una gran sala propiedad del Consistorio, cercana a este —terminó de contarle

cuando ambas acariciaban aquel metal fresco de semejantes armas de matar, que asustaban hasta al más pintado.

De pronto, Alba comprobó que, entre los dos grandes cañones, que distaban más de diez metros uno del otro, había una mesita redonda con una pequeña mochilita térmica, de donde asomaba el cuello de una botella de champagne, junto a dos esbeltas copas. Se dio cuenta por fin que aquel era el lugar elegido por Margaret para su inesperada cita y cuando alzó la vista contemplando la belleza del mar, con la suave brisa meciendo sus cabellos desde aquella posición privilegiada, lo entendió todo. Quería enseñarle aquel rincón idílico, del que seguramente ella estaba enamorada, al igual que de la isla en sí, para que tratase de entender esos sentimientos.

La magnificencia del mar a esos más que razonables veinte metros de altura, con el sol que poco a poco comenzaba a descolgarse cansado, apoyando su reflejo en el mar al descender, era una de las imágenes más bonitas que Alba había visto en su vida, tanto que casi la llegó a conmovér. De manera cálida recordó a su familia, tan lejanos en esos momentos, pero capaces de divisar el mismo sol que tenía delante. Ese pensamiento la reconfortaba, haciéndola sentir que no estaban tan distantes. Interiormente se alegraba mucho por el hecho de poder estar viviendo esa aventura y se juró a sí misma que le sacaría todo el jugo que pudiese, toda la pringue. Tras eso exiguos segundos de reflexión introspectiva, sonrió, sintiéndose agradecida con Margaret.

—Creo que ya sé qué hacemos aquí... —insinuó Alba susurrando sin ni siquiera mirarla. Margaret a su lado sonreía en silencio viendo con agrado la expresión del rostro de la española, que se deleitaba con ese espectáculo natural y entendiendo que había conseguido su objetivo.

—Me alegra que así sea —comentó sin parar de sonreír Margaret—. ¿Qué te parece si nos sentamos y charlamos un rato? ¿Champagne? —preguntó.

—¡Sí, por favor! ¡Será un placer! —adujo Alba complacida.

Valentina por su lado se encontraba recogiendo las últimas muestras de plantas aquel fructífero día. La luz natural comenzaba a escasear, y aún tenían un largo camino hasta volver al lugar en el que habían dejado la pick up del chico. Peter la llevó a lugares insospechados, condujeron por la carretera que llevaba al norte de la isla, hasta abandonarla más allá del lago. Se adentraron por unos caminos bastante deteriorados hacia la montaña. El sendero, que resultaba tortuoso con infinidad de baches y agujeros enormes, e incluso en ocasiones inexistente, subía claramente a la par que la altura de la montaña. A veces, incluso Peter, tenía que apartar de mitad del camino grandes ramas y troncos secos de árboles, que caían habitualmente por las lluvias y los temporales, cortándoles el paso.

Llegaron a un punto en el que ya no podían avanzar más con el vehículo, por lo que lo dejaron y continuaron a pie. Trasladarse por esos remotos lugares casi selváticos resultaba de lo más complicado. Tardaron cerca de una hora en llegar al primer emplazamiento que Peter quería enseñar a Valentina, donde en un pequeño saliente de la montaña que alcanzaron medio trepando, encontraron una pequeña flor violácea que nunca antes había visto la bióloga. Nacía en una especie de balcón natural a unos cuatro metros de altura. Peter le aseguró que apenas se podía encontrar en tres o cuatro lugares de muy difícil acceso en la isla. Valentina se agachó y con sumo cuidado seccionó una de esas bonitas flores, que le recordaban a una estrella de cinco puntas. Se la acercó a la nariz e inspiró su suave fragancia, que enseguida evocó en su mente el aroma de la lavanda.

Al alzar la mirada mientras saboreaba esa esencia que le resultaba familiar, reparó en lo que tenía delante de sus ojos. Una imagen fascinante de la isla se cernía frente a ella como hasta el momento no había visto. Se veía prácticamente en su totalidad, desde allí hasta la costa. Por debajo de donde se encontraba, no muy lejos de allí, alcanzó a ver parte del precioso salto de agua que con su rumor parecía atraerla. El viento mecía sus cabellos transportando una oleada de aromas diferentes y desconocidos que entusiasmaron a la bióloga, por todo lo que podría aprender allí e incluso descubrir.

—¡Sigamos! —le dijo a Peter tras coger varias muestras y ponerlas a buen recaudo, animada por las expectativas que presentía podía llevar a cabo.

Tras la flor violeta, cogió muestras de otra completamente azul y con pétalos redondos muy elegantes que crecían en unas rocas húmedas en una vaguada cercana. Después una rojiza que le recordó a la flor escarlata, aunque eran distintas. Finalmente llegaron en una agotadora ascensión al que sin duda debía ser el lugar más bonito de la isla. Se trataba de una pequeña charca de agua cristalina que se filtraba de la montaña, y que no era sino el nacimiento del famoso salto de agua que llegaba hasta el lago, muchos metros por debajo. Una pequeña cascada caía cosida a la pared en primera instancia, casi cubierta por la vegetación hasta el diminuto lago, donde reposaba antes del gran vuelo.

—Te presento desde mi punto de vista el lugar más bello y uno de los más extraordinarios de la isla —dijo el chico sonriendo, mostrándole ese tesoro natural. Era apenas del tamaño de una piscina municipal, pero ovalada. Unos veinticinco o treinta metros en su extremo más amplio. Su magnificencia dejó sin habla a la bióloga, acostumbrada a ver preciosos lugares, pero no dejaba de sorprenderla lo que era capaz de construir la naturaleza por sí sola. Nada había comparable a su obra.

Ella amaba el mundo, con sus defectos y sus virtudes, los desiertos, las montañas, los ríos, los mares... todo era parte de un mismo lugar, de un mismo milagro. Un lugar repleto de vida hasta en los rincones más inhóspitos, como a once kilómetros en el fondo del océano en las fosas marianas, el lugar más profundo de la tierra. Allí también había vida, está repleta de actividad microbiana en los sedimentos del fondo. Son esos milagros, como el que contemplaba en ese instante con los ojos humedecidos, los que la habían llevado a estudiar la carrera de biología, los misterios de la vida en la tierra, los misterios de la vida en sí y sus complejidades.

—¡Es el paraíso! —murmuró Valentina por fin tras unos segundos de regodeo íntimo.

—Sin duda. Es mi preferido y eso que hay muchos otros que poco a poco te enseñaré —añadió él.

La composición rocosa de la piscina natural hacía que el agua antes de caer se embalsara de manera tranquila. Algo que para nada hacía prever la locura de caída que tenía que soportar el líquido, tras las rocas por las que se filtraba finalmente hacia el salto, y que hacían de barrera, conformando este remanso de agua calmada tan especial, justo al lado de una pared vertical de infarto.

—¿Qué me dices, no te apetece un bañito? —dijo sonriendo Peter, que sin dudarle se quitó la camiseta sudada y los pantalones cortos para quedarse en calzoncillos. Se introdujo a la carrera en el agua zambulléndose tras varios saltos. La imagen causó tanta envidia sana a la italiana, que sin pararse ni un segundo a pensar, lo imitó. Se quitó la camiseta ligera de algodón blanco y los pantalones, así como las botas. En ropa interior y sin rubor alguno, lo siguió a la charca de agua milagrosa, que brotaba por que sí, de allí como si tal cosa.

El agua estaba fresca y resultaba muy agradable cuando se sumergió, tal era así, que pensaba

que nunca había sentido placer similar al hacerlo. Quizá la caminata extenuante tuvo mucho que ver en esa sensación. Quizá, también se debía al morbo de bañarse semidesnuda y a solas, con un chico al que por cierto apenas conocía, en un lugar tan remoto e inaccesible que nadie podía verlos. Era una mezcla de sensaciones un tanto sexis.

Los dos estuvieron un rato disfrutando del refrescante baño, al tiempo que admiraban la privilegiada panorámica desde la montaña. De vez en cuando se arrojaban agua el uno al otro, mientras reían sin parar.

—¿Quieres ver por qué te he traído aquí en realidad? —dijo Peter de pronto, volviendo a mostrar un semblante serio y acercándose a Valentina tanto que esta se puso nerviosa. La cogió por la mano con delicadeza y la condujo hacia la parte más profunda del lago. El agua les llegaba hasta el cuello, la italiana que era más baja que Peter, incluso en ocasiones tenía que dar pequeños saltos para flotar, porque no llegaba a donde apoyar. Los dos se acercaron a la pared repleta de vegetación, por la que caía el agua cristalina que formaba el lago, y la tremenda cascada del salto después. Justo enfrente, Peter agarró de nuevo a Valentina por la mano, que apenas hacía pie. Sonrió y volvió la mirada hacia la pared recubierta de ramas y hojas. Avanzó aún más hasta tocarla. Apartó unas grandes plantas trepadoras, dejando un hueco abierto por donde se podía pasar a lo que parecía una cavidad interior de la roca, que dejó completamente boquiabierto a la bióloga. Se introdujeron en la cueva tenuemente iluminada, por la luz tamizada que se filtraba del exterior entre las ramas y plantas que ocultaban de forma natural la entrada. El agua del interior de la cueva se extendía hacia el lago como si de un pequeño arroyo se tratase.

—Este es el verdadero nacimiento —dijo la bióloga embelesada—. El agua se filtra a través de la montaña, desde dentro. ¡Es roca calcárea!

—¡Así es, doctora! ¡Excelente! —confirmó el chico al instante—. El agua proviene del interior de la montaña, filtrada en cotas más altas y conducida hasta aquí, por donde de nuevo brota y vuelve a surgir creando por fin este pequeño paraíso —dijo, tirando de ella un poco, a través del pasillo de entrada de unos dos metros de ancho, hasta ver el fondo de la cueva que era redondo y mucho más amplio. Allí se podía observar claramente cómo el agua surgía por pequeños boquetes o brechas de la roca, deslizándose hasta posarse en aquella maravillosa piscina interior. También había oquedades mucho más grandes, tanto, como para poder entrar por ellas.

—¿Y esas aberturas?, ¿a dónde llevan? —preguntó con curiosidad la chica.

—No lo sé, yo nunca he entrado, pero dicen que es muy peligroso adentrarse en esas cavidades. Hace unos años, un grupo de espeleólogos llevaron a cabo una expedición, con el objetivo de trazar un mapa del interior de las laberínticas cuevas de la montaña. Pero al poco tiempo tuvieron que abandonar dicha empresa, ya que debido a la complejidad que encontraron, la duración del estudio comenzó a dilatarse de manera exagerada, así como los gastos de la misma, por lo que se quedaron sin presupuesto, y sus patrocinadores les retiraron los apoyos. Pero recuerdo sus comentarios acerca de que la montaña estaba sorprendentemente hueca, debido al desgaste de las aguas torrenciales en la estación lluviosa sobre la roca calcárea durante el paso de los siglos, y que era muy peligroso adentrarse allí.

—Me lo puedo imaginar, si se trata de conductos creados por el rozamiento del agua... y teniendo en cuenta la velocidad con la que en la isla comienza a diluviar, cabría la posibilidad de inundación de las cavidades internas, y por consiguiente, el peligro de ahogamiento de los expedicionarios debió ser muy alto, por no comentar el riesgo de derrumbe.

—Así es, pero por suerte este lugar tan encantador aún oculta un fabuloso secreto... Ven hacia aquí —adujo Peter saliendo por un costado de la charca interior, hasta llegar a un rincón más

oscuro de la cueva con Valentina detrás de él. La luz allí era mucho menor, y apenas se veía lo que Peter quería enseñar a la italiana. El chico apartó unos helechos, dejando un pedazo de pared al descubierto, para observar algo que estaba grabado en ella. Parecían garabatos, casi como dibujos de niños impresos en la pared, pero Valentina enseguida creyó comprender lo que Peter le estaba mostrando.

—¡Se trata de pinturas rupestres!, ¿verdad? Son pinturas rupestres antiquísimas —señaló ella abriendo los ojos para empaparse de todo cuanto veía. Había cantidad de grabados muy rudimentarios, que se asemejaban a personas con animales alrededor. Algunos portaban lanzas, por lo que debían ser cazadores. Otros dibujos los retrataban recolectando frutos de los árboles, e incluso de la tierra. Cuando de pronto vio unos que le llamaron la atención sobremanera. Parecían representar a barcos de aspecto maléfico llegando a la isla, sin duda se trataba de los primeros colonos que alcanzaron la costa de Scarlet Island. Los representaban casi como a demonios, tal debía ser el miedo que sentían hacia ellos. No sabían qué querían, ni qué buscaban, pero pronto lo descubrieron.

En un momento dado los trazos se tornan violentos, seguramente cuando llegó la confrontación. Esa guerra a los colonos, que despiadadamente saqueaban y tomaban todo por la fuerza. Valentina, perpleja, descubrió en esos primeros atisbos de arte, unos puntos rojos que comenzaron a aparecer en los rústicos lienzos, alrededor de los colonos. Cada vez que eran representadas aquellas bestias desconocidas por los indígenas, un gran número de trazos en forma de puntos rojos aparecían alrededor, incluso los nativos se pintaban la cara de rojo igualmente.

—¿Qué es eso...? No sé... no logro entender —dijo, señalando esos misteriosos puntos que aparecían hasta donde terminaban los dibujos.

—Como ves, estas pinturas de alguna manera representan la manera en que vivían nuestros antepasados nativos en la isla, hasta que llegó el hombre blanco —explicaba Peter como si se sintiese un nativo más—. La guerra estalló al poco tiempo, y según cuenta otra leyenda, los indígenas crearon la flor escarlata en ese momento, para combatir a los colonos. La tradición dice que muchos vendieron su alma al diablo, mediante sacrificios indescriptibles y oscuras magias negras, para crear un arma con la cual poder hacer frente a tan poderoso enemigo y esa arma era la flor escarlata. Es mitología isleña, por eso a partir de ahí se cuenta que allá donde se asentaban los colonos, los nativos plantaban esa poderosa flor, a la que imaginaban poderes misteriosos que los diezmaban. Incluso ellos mismos hacían rituales ocultos con ella, a la que se encomendaron, para que les diese poder a la hora de luchar, por eso en estas representaciones aparecen con las caras pintadas —decía Peter señalando tales trazos—. En estos tiempos y a estas leyendas se atribuye el principio de la misteriosa relación, entre los nativos de la isla y esa flor enigmática, a la que seguían muy arraigados hasta que hace poco desaparecieron.

—Es absolutamente fascinante, esto es una joya, Peter —aseguraba admirando la pared Valentina, tratando de absorber su enorme peso cultural, mientras pasaba la mano con sutileza sobre la roca y los grabados—, deberían protegerlo como es debido, es la historia de este lugar —sentenció gravemente, al tiempo que se volvió rauda hacia Peter, que estaba justo detrás de ella, sin pararse a calcular las distancias, por lo que se encontró a poco más de tres dedos de sus labios. La chica se ruborizó, ambos en ropa interior, empapados y también acalorados... La presión arterial de Valentina comenzó a aumentar al mismo ritmo que la del joven, las miradas de ambos quedaron clavadas el uno en el otro. Sus manos comenzaron a rozarse haciendo volar

la excitación. El beso era inminente y la atracción insoportable, apenas unos milímetros los separaban...

—¿Qué están haciendo ahí?! —gruñó una voz grave procedente de la entrada, que retumbaba por todo el techo de la cueva como si del eco de una iglesia se tratase. El susto de ambos fue mayúsculo, pero el desaliento por no consumir el deseado beso inesperado fue mucho mayor. Valentina avergonzada se lanzó al agua, Peter, en cambio, comenzó a caminar hacia la voz que autoritariamente lo reprendía.

—¡Soy Peter, no pasa nada, solo estábamos visitando la cueva! —dijo de carrerilla.

—¿Peter? Sabes que no nos gusta que traigas a forasteros aquí —dijo el guarda, que miraba de manera antipática a Valentina armado con un rifle, haciéndola sentir aún más abochornada.

—Lo siento *Palúa*, pero tú también sabes que yo tengo mucho cuidado con nuestro patrimonio —le contestó llamándolo por su nombre y acercándose hasta ponerse justo delante—. Además, Valentina no es una cualquiera, es la bióloga que reemplaza al señor Richard, la he llevado de recolecta y quería que conociese este lugar. —Al escuchar eso, el guarda la volvió a mirar, pero con una intensidad diferente, algo cambió en sus ojos, pero Valentina no sabía porqué—. ¿Y qué hacéis vosotros por estos lares? —inquirió de pronto Peter, al ver a otro guarda afuera, y cayendo en la cuenta de que no era demasiado habitual que fuesen hasta allí.

—Visita rutinaria... —espetó cortante—. Recoged vuestras cosas y que no os vuelva a ver por aquí. ¿Señorita? —adujo, mirándola de forma extraña. Dio media vuelta y se marchó, dejando a los jóvenes con un palmo de narices.

—Sucedió hace muchos años... —dijo Margaret, tras suspirar profundamente—. Tantos como unos veinte si no me equivoco. Por aquel entonces, yo debía haber cumplido ya la treintena y recuerdo que estaba embarazada de mi primera hija, Julia. Eran tiempos ciertamente duros en la isla en lo que a la economía se trataba, y toda forma de ganarse la vida era válida —contaba Margaret a su confidente, que la escuchaba con deleite sin igual, en tan singular emplazamiento y tomando pequeños sorbos de champagne con destellos a madera—. Yo aún no tenía en propiedad la plaza de turismo, estaba esperando a que sacasen las siguientes oposiciones para presentarme, en las que, por cierto, finalmente la logré, pero eso sería dos años después. Así que hacía lo que podía, propiamente dicho.

»Hubo una empresa que consiguió la concesión de una licencia del ayuntamiento, para hacer rutas guiadas a los lugares potencialmente importantes, en lo que a la cultura de la isla se trataba. Me refiero a las ruinas del fuerte colono, los alrededores del poblado *Nagonapu*, las construcciones defensivas como esta en la que nos encontramos, en fin... La idea era tratar de poner en valor la historia y la cultura de Scarlet Island de cara a los visitantes y turistas, e intentar buscar un salto de calidad, al margen de la explotación del turismo de naturaleza, lugar idílico, relax y playa. Dicha empresa creó una serie de rutas bastante apetecibles para los viajeros, que gustan de conocer los intrincados entresijos históricos de los lugares que visitan.

»Esas rutas eran llevadas a cabo por gentes del lugar, muchos de ellos apasionados de las leyendas de la isla, entre las cuales me incluyo. Como había estudiado turismo, este trabajo me venía como anillo al dedo, además también me enrolé en ese proyecto, porque sabía que podía serme beneficioso de cara a presentarme a las siguientes oposiciones a dicha plaza. Podría de alguna manera trabajar duro y hacer las cosas bien, para darme a conocer. El caso es que yo era una de esas guías. Tan pronto hacía visitas guiadas por el centro de Black Port Town por la

mañana, como rutas con teatralizaciones a la luz de la luna en la playa o iba a las ruinas de día e incluso de noche. Pensaron en explotar ese lado místico de la isla con rutas temáticas orientadas al misterio, la magia... y todo ese tipo de cosas.

»Resultaba muy interesante para el turista, qué duda cabe, y la verdad es que estaban diseñadas con buen gusto y mucho acierto. Es una pena que ya no se ofrezcan ese tipo de actividades, creo que resultaba muy saludable para la isla, allá por el año dos mil, dejaron de hacerlas por falta de rentabilidad. Pero creo que la intención del ayuntamiento es retomar las rutas culturales, añadiendo a estas otras gastronómicas, es muy interesante. Bueno, querida, perdona que divague, pero es mucho lo que podría contar y me voy por las ramas. Trataré de ceñirme a la historia que te compete en cuestión.

—No se preocupe, Margaret, estoy encantada de que me explique ese tipo de vivencias, me dan una perspectiva mucho más amplia de Scarlet Island en el tiempo, que de otra manera sería imposible para mí conocer.

—Me alegra oír eso —respondió la isleña—. El caso es que una noche de mayo que nunca olvidaré, me tocaba llevar a cabo la ruta nocturna en las ruinas del baluarte inglés —continuaba con su narración la mujer—. Lo que habitualmente solíamos hacer era llevarlos en el crepúsculo del día, encendíamos una serie de antorchas para darle al lugar un toque enigmático y los reuníamos a todos en el centro. Una vez allí, intentábamos de alguna manera hacerles entender mediante historias veraces, los impresionantes sucesos que se habían producido entre esos muros.

»A veces colocábamos muñecos en sitios estratégicos para darles sustos a los turistas e incluso algunos compañeros se disfrazaban de colonos ingleses para reproducir lo que sería esa dura vida en la isla. Un grupo de *Neronapu* que colaboraban con la empresa también jugaban un papel importante, porque se caracterizaban como los nativos que lucharon contra los ingleses y aparecían por allí de repente como sombras acechantes en la oscura noche, con las caras pintadas e incluso ataviados de máscaras pavorosas... era muy realista e impresionaba, te lo aseguro. A la gente le aterrorizaba en la misma medida que le apasionaba.

»Pero recuerdo que aquella noche, desde el principio tuve un mal presentimiento. Era como una presión que sentía en mi interior, desde el mismo momento en que llegué a las ruinas, no habría sabido explicarlo, pero allí estaba. Aun habiendo predicho el meteorólogo que esa noche iba a hacer bueno, de pronto comenzó a llover cuando nos encontrábamos en mitad del fuerte. Yo miraba al cielo maldiciendo mi mala suerte, cuando explicaba la primera historia para hacer entrar en calor a los visitantes. Decidimos intentar continuar con la ruta, puesto que nos costaba mucho trasladar a toda esa gente hasta allí, como para tener que posponerla para otro día. Intentaríamos sacarla adelante como buenamente pudiésemos, si la lluvia no se tornaba torrencial.

»De todas las construcciones del pueblo colono dentro de las murallas, apenas dos o tres continuaban con todas la paredes en su sitio y una sola de ellas era lo bastante segura para poder refugiarnos en su interior. Así que sin otra opción decidí como encargada y responsable de esa ruta, que todos nos guareciésemos allí hasta que pasara el chaparrón. La casa en cuestión era una de las pocas diferentes, algo más espaciosa de lo habitual para la austeridad de la que allí era frecuente y su localización, dentro de la composición general de las viviendas, privilegiada. Se encontraba en mitad del poblado y tenía vistas frontales al espacio abierto en el centro, donde se solían reunir los que allí vivían, era como una especie de plaza mayor, por así decir.

»Pues allí nos encontrábamos los cerca de treinta turistas, mis tres compañeros y yo.

Conseguimos meter un par de antorchas dentro de esa sala, antes de que se apagasen con el agua que caía. Las demás enseguida lo hicieron. Los actores de figuración, por así llamarlos, estaban pertrechados por los alrededores, los avisamos para que no hiciesen su *entrada triunfal* hasta nueva orden. Si las condiciones climáticas mejoraban los volveríamos a llamar para su actuación.

»Mientras tanto, yo potenciaba todo lo posible mis dotes narrativas, dado que era lo único que nos quedaba aquella noche. Explicaba a grandes rasgos, cuán violenta fue la colisión de culturas que en la isla se sufrió. Les conté los primeros y durísimos tiempos de los ingleses, tratando de construir cuanto antes un refugio, acorralados por las enfermedades, el cansancio, el hambre, y tras sus primeros desmanes con los nativos, también por estos —debía ser de locos vivir en aquellas condiciones, penurias y más penurias—, les decía a los turistas, que no me quitaban ojo a la luz de las antorchas a mi alrededor. Era un contexto de lo más romántico y apropiado, al fin y al cabo, para que por un momento se pusieran en su pellejo. Pero de improviso y de manera instintiva, mis ojos atravesaron los ventanucos de la casa, hasta divisar esa plaza desierta que había delante. No se por qué comencé a mirar allí. No había más que oscuridad y agua cayendo del cielo, pero sentí algo. Entonces me acerqué en silencio a una de esas ventanas. Todos me miraban extrañados, mis compañeros, principalmente, no entendían qué hacía. Yo solo miraba al exterior. La lluvia seguía dejando su impronta en aquel terreno repleto de vida. Me pareció que algo se movía allí afuera, pero sabía que no eran nuestros compañeros... Era otra cosa.

—Esperad aquí —les dije a todos, quedándose a cuadros al verme salir del refugio de esas viejas paredes.

—¿Pero a dónde vas, Margi? —me preguntaban anonadados.

—Solo será un momento, enseguida vuelvo —musité ante su atónita mirada.

—¡Llévate al menos el paraguas...! —me dijo un compañero, pero yo salí sin cogerlo, sin tan siquiera mirarlo y me dirigí directamente al centro de la plaza, donde ya empapada me detuve. Las antorchas estaban apagadas cerca de la posición en la que me encontraba. Intenté sentir eso que me parecía haber percibido desde dentro de la casa. Miraba a un lado y a otro, la espesa oscuridad me cobijaba con su amplio brazo y la lluvia acrecentaba la angustia que sentía. Los demás me miraban desde la puerta y las ventanas de la casa, en donde un momento antes me encontraba contándoles esas historias que tanto habían calado en mi interior, cuando siendo una niña me las relataban a mí en ese mismo lugar. Y de pronto volví a sentirlo, percibí algo que se movía a mi alrededor. No sabía si lo veía o tan solo lo intuía, pero una energía estaba allí, no había duda alguna.

»Inesperadamente, las seis antorchas antes apagadas, recobraron al unísono su llama con mucho más brío que antes. Unas grandes llamaradas surgieron del diminuto depósito de parafina, imposible de producirlas y se elevaron hacia el cielo nocturno iluminando la noche, la lluvia y a mí, que alucinada me encontraba en medio de estas. Fue entonces cuando reparé en algo que había frente a mí en el suelo, apenas a tres metros. Un objeto con apariencia de cilindro, que debía medir alrededor de medio metro, apareció en mitad de la tierra embarrada. Las llamas, después de su súbita y exagerada irrupción, quedaron encendidas incomprensiblemente a más de treinta centímetros, lo que me permitieron acercarme poco a poco, tratando de diseccionar mentalmente aquel hallazgo.

»Parecía de metal y tenía una especie de cuerda asida a sus dos extremos, que posiblemente servía para trasladarlo colgada al hombro, o esa impresión me daba. Continué acercándome y comprobé que debía poseer un tono rojo o similar y en un extremo había una parte ligeramente más gruesa, seguramente la tapadera que abriese semejante recipiente misterioso. Para cuando

me coloqué justo delante, ya pensaba que seguramente se trataba de un objeto antiguo, para transportar documentos de relevancia plegados, tipo pergamino. Creía recordar que en alguna ocasión había visto uno similar en un museo. Me agaché lentamente mirando las llamas de reojo, que continuaban iluminando la plaza bajo la lluvia incesante. Lo agarré con la mano derecha con notoria inseguridad. No tenía ni idea de qué era lo que estaba ocurriendo a mi alrededor, pero por supuesto sabía lo que la gente comentaba de aquel lugar, para muchos encantado.

»Al acercármelo a los ojos confirmé que era rojo, pero en un tono que recordaba al vino tinto. Con mi mano izquierda me dispuse a tratar de girar la parte superior más gruesa, con intención de abrirlo y ver lo que fuera que contuviese. Lo conseguí sin apenas esfuerzo, ni tan siquiera tenía rosca, solo estaba metida a presión. Al asomarme dentro vi confirmadas mis sospechas, había documentos con aspecto apergaminado. Metí la mano que cabía muy justa, hasta tocar con la punta de los dedos ese papel, y lo extraje un poco con cuidado de que no se mojase demasiado. Fue entonces cuando juraría haber visto algo pasar justo por delante de donde me encontraba, algo oscuro... Pero, a decir verdad, en el estado de ánimo en el que me encontraba, ya a esas alturas, perfectamente pudo ser imaginación mía, estaba aterrada.

»Decidí volver con mis compañeros de inmediato, y leer ese papel allí dentro, con la luz de las antorchas que introdujeron. Tal y como me giré para comenzar la vuelta a la casa con los demás, las antorchas del exterior se apagaron como por arte de magia a mis espaldas. Me di cuenta de ello sin tan siquiera querer mirar, por lo que apreté el paso hasta casi correr impresionada. Mis compañeros y los turistas que habían presenciado la extraña escena no daban crédito a lo que sus ojos acababan de contemplar. Nadie decía nada, tan solo me abrieron hueco para que me pusiese a refugio mirándome con cara de tontos.

—¿Qué... qué ha sido eso, Margaret?, ¿qué coño ha pasado ahí afuera? —acertó a preguntar tartamudeando el único de mis compañeros que abrió la boca. A esas alturas, las dudas de los visitantes que aún tenían ciertas esperanzas de que todo ese espectáculo fuese un montaje, se disiparon.

—No lo sé, pero he notado una presencia allí, a mi alrededor, y me atrevería a decir que quieren mostrarnos algo... —confesé sintiendo un escalofrío recorrer mi espalda al escucharme a mí misma pronunciar esas palabras, mientras miraba el cilindro que llevaba en la mano.

—¿Mostrarnos algo...? ¿Qué...? ¿Quién...? —balbuceó con el rostro pálido y compungido otro compañero.

—No lo sé. Solo es una especie de presentimiento que tengo. Quizá aquí dentro encontremos respuestas —señalé, volviendo a abrir el rulo. Saqué de nuevo el papel que había visto antes. Estaba enrollado y en un estado relativamente aceptable, aunque se intuía muy viejo. Lo desplegamos con sumo cuidado, con la ayuda de varios de mis compañeros. Al colocarnos lo más cerca posible de la iluminación producida por las antorchas de parafina, lo primero que vimos es que efectivamente se trataba de un manuscrito.

Las letras, a simple vista, daban la sensación de ser inglesas, pero en una lengua anglosajona tremendamente más arcaica, respecto a la actual. Me fijé primeramente por casualidad, en una inscripción en mitad del legajo en forma de pergamino, donde vi algo que me dejó con la boca abierta, y me hizo comprender la magnitud del hallazgo...

—Almirante James Gates, a cinco de mayo de mil seiscientos veintidós... —dije bajo la trémula luz de la antorcha con voz susurrante. Levanté la mirada y encontré la de todos a mi alrededor que arremolinados, observaban expectantes lo que decía—. Me... me da la impresión

de que se trata de algo así como la hoja de bitácora de los colonos. ¡En el año mil seiscientos veintidós! ¡No me lo puedo creer! —afirmé emocionada.

—Pero, pensaba que todos los documentos de la época colonial eran los que teníamos en el museo —comentó asombrado mi compañero—. ¿De dónde ha salido?

—No lo sé, pero obviamente había más. Esto es más antiguo, creo que incluso de los primeros años. Los del museo son posteriores —le dije. Costaba bastante entender lo que ponía, ya que el idioma era notablemente diferente entonces, pero a mi manera iba traduciendo lo que podía, hasta tratar de darle forma lógica y así comprender algo de aquel escrito ancestral:

«Tras dos meses de intensa campaña militar cerca de la costa, hemos conseguido romper las férreas primeras líneas de defensa indígena y sobreponernos a sus ataques sorpresa nocturnos e infinidad de emboscadas. Hace cuatro días llegamos a un hermoso lago, junto al que encontramos un poblado nativo. Lo arrasamos sin contemplaciones... Trato de contener a mis hombres, pero en ocasiones creo que se han convertido en auténticas bestias. Acuchillan, violan, decapitan y torturan a todo aquel que se cruza en su camino, como si fuesen animales. En realidad, creen que lo son. Después de destruir ese poblado hicimos decenas de prisioneros, con la intención de que nos ayudasen a erigir un fuerte un poco más arriba en un lugar elevado, propicio para controlar con ventaja mucho terreno. Muchos otros escaparon, estoy seguro de que volverán en nuestra busca...», leí sobrecogida, traduciendo sobre la marcha ese inglés arcaico mientras, nadie movía un músculo a mi alrededor y el rumor de la tormenta ponía la banda sonora ideal a la situación.

«Almirante James Gates, a quince de mayo de mil seiscientos veintidós: La construcción avanza rápida, en un principio los muros los estamos levantando con troncos de madera que cortamos en los alrededores, pero la intención es hacerlos de piedra en el futuro. Dentro del recinto amurallado construiremos casas de barro, caña y ramas. Pero como presentía, los nativos nos acechan sobre todo por las noches, que resultan largas y claustrofóbicas por la sensación de asedio. La lluvia es torrencial cuando aparece, los insectos desquiciantes. La tensión se nota en el ambiente. Juraría que nos están estudiando, buscando con paciencia nuestros puntos flacos. Mis hombres están asustados, hambrientos, agotados y al borde del desvarío. Muchas veces tengo que tranquilizarlos, puesto que insinúan que nos deshagamos de los más de cincuenta prisioneros, o de lo contrario piensan que los de afuera nos matarán a todos. ¡Como si fuera mejor acabar con ellos que tenerlos prisioneros...! Apenas podemos salir, porque para hacerlo debemos realizar un gran despliegue de medios, capaz de contrarrestar cualquier ataque, pero tenemos que recolectar la fruta que podamos, cazar y traer agua del lago. Casi siempre que salimos sufrimos alguna baja, por lo que mañana seré yo mismo quien guíe la expedición, esta vez de noche. Intentaremos pasar desapercibidos resguardados por la oscuridad. La situación está llegando a un punto límite, y desde Inglaterra no se espera ayuda alguna, que Dios nos asista...».

«Almirante James Gates diecisiete de mayo de mil seiscientos veintidós: hace dos noches pasó lo que tanto me temía que pudiese ocurrir. Aprovechando mi ausencia cuando salimos en busca de comida, un grupo de exaltados dio muerte de manera salvaje y mezquina a todos los prisioneros. Pero no contentos con ese acto vil e indeseable, desmembraron los cuerpos y con grandes cañas los empalaron en los alrededores de la fortificación, con intenciones disuasorias. Cuando volvimos y contemplamos semejante espectáculo dantesco, sentí asco y vergüenza de nosotros mismos. Nos consideramos la civilización más avanzada y desarrollada, con la ayuda de Dios y sus creencias pensamos que somos superiores. Pero no somos mejores que ellos, no

somos más que animales que cuando se sienten acorralados harían lo que fuera necesario por sobrevivir, más allá del honor, las creencias y las reglas morales. Como me temía, deshacernos de los prisioneros no iba a traer nada positivo, sino al contrario, una lluvia de ira, odio y sangre, riega ahora este mundo. Los ataques han sido casi ininterrumpidos desde entonces, tanto de día como de noche. Están diezmando nuestras fuerzas de forma drástica. Los gritos que se escuchan a nuestro alrededor asustarían hasta al mismísimo Belcebú. Hemos despertado a la bestia, la guerra total ha comenzado y debemos contraatacar o de lo contrario nada podremos hacer contra estos temibles guerreros. Esperemos que Dios esté de nuestro lado y no nos castigue por nuestros pecados, al menos no todavía...», terminé diciendo, al tiempo que una ráfaga de aire realmente insólita se coló dentro de aquella vieja casa, remolineando entre nosotros mientras nos mirábamos con cara de estupefacción. Todos entendimos que no era una corriente natural. Nadie articuló palabra hasta unos veinte o treinta segundos después.

—¿Qué ha sido eso...? —dijo una clienta tal y como ese aire dejó de soplar allí dentro.

—¿Quién sabe? —dije yo de manera reflexiva—. Mirad, después de ese escrito hay un pequeño dibujo. Apostaría lo que fuese a que se trata de una representación del fuerte —dije segura.

—¿Y esa x con la cruz dibujada en el costado qué significa? —preguntó un compañero.

—¡Espera, hay algo escrito al lado! —observé.

«Aquí descansarán los restos de estos pobres desventurados, hasta que podamos colocarlos en un lugar simbólicamente importante que honre su memoria. Cuando la isla esté en nuestro poder, tendremos que edificar atalayas defensivas en la costa. Allí, bajo las piedras más altas de su torre más alta, depositaremos los restos de los aborígenes que perecieron de forma deshonrosa, con el objetivo de arrepentirnos de nuestros inmundos actos, y así encontrar el perdón de Dios y el descanso de sus almas sacrílegas», terminé de decir abrumada.

—¿Bajo la piedra más alta de la torre más alta...? —dijo Alba, mirando a su alrededor, abriendo la boca casi diez minutos después de esa magistral narración. El sol comenzaba a ponerse sobre el mar de forma mágica, mientras su mente poco a poco asimilaba las últimas palabras de Margaret, que en silencio y con los ojos cristalinos, respondía sin abrir la boca, a la pregunta que la intuitiva Alba le había formulado—. ¿Es aquí, verdad? Estas son las piedras más altas de la torre más alta, las formas dentadas de la almena —dijo Alba impresionada hasta la médula, erizándosele el vello de todo el cuerpo al comprobar que desde el principio los había tenido alrededor, apenas a unos centímetros de su posición—. Están ahí abajo, por eso me has citado en este lugar, por eso estamos en el punto más alto. Aquí está la prueba fehaciente de lo que a ti te ocurrió.

—Lo has entendido perfectamente preciosa —dijo entre lágrimas, con el espectáculo del sol introduciéndose en el mar en su momento álgido—. Al encontrar esos manuscritos del almirante James, todos quedamos pasmados. Después de entregarlo a las autoridades, aprendimos mucho de su historia. Decidieron hacer un estudio de estas piedras y descubrieron que estaban huecas todas y cada una de ellas, y no solo eso, todas contenían restos óseos humanos. Algunos de ellos fueron exhumados para su estudio. A través de la técnica del carbono catorce, se confirmó que podían ser la de época de los primeros colonos, y de ahí fueron al museo, donde se pueden visitar. El resto descansan aquí, en el interior de esas grandes rocas, donde tallaron cruces cristianas de cara al mar, que ya apenas se pueden ver. Fue la voluntad del almirante James, para tratar de alguna manera de purgar sus pecados.

—¿Y cómo diantres llegó semejante documento esa noche hasta ti...? —le preguntó Alba sin

rodeos.

—Me temo que eso es algo que nunca sabremos a ciencia cierta, querida Alba —acabó diciendo Margaret, dando por finalizada la narración de su impactante experiencia. Ambas volvieron la vista al mar en silencio, para a través de un halo reflexivo, saborear los últimos destellos de luz solares, antes de ser engullido por el mar, mientras brindaron con champagne en su memoria.

Las chicas vivieron cada una por su lado, uno de los días más apasionantes desde su llegada a Scarlet Island. Al llegar la noche se habían citado en casa de Valentina para cenar y seguir viendo los CDs de Richard, pero apenas se dejaban hablar la una a la otra, por la pura necesidad que tenían de contar las peripecias de esa jornada.

—Y cuando a punto estaba de perder la cabeza y lanzarme a los brazos de Peter, ha llegado ese hombre con un rifle que me daba muy mala espina —le contaba Valentina a su amiga—. Sentía que ocultaba algo, tenía una miraba de esas que te hace desconfiar de una persona al instante, pero no tengo ni idea de porqué.

—¿Has estado a punto de liarte con tu ayudante? —dijo riendo Alba con sorna—. ¿Pero en qué estabas pensando? Eso no es nada profesional, ni serio, ni propio de ti... —le recriminó gravemente la española haciendo sentir culpable a Valentina—, pero por otra parte el chico está como un *yogurín* y parece buena persona, y además con ese bronceado... —dijo entonces, esbozando una sonrisa picarona y abalanzándose encima de Valentina, para hacerle tiernas cosquillas.

—¡Qué mala eres, me has engañado! Pero tienes razón, no es propio de mí, una profesional sería —adujo Valentina algo apesadumbrada.

—Pero... te gusta bastante, por lo que veo —atestiguó la psicóloga—. No hagas caso de lo que te he dicho, solo era una broma. Tienes que hacer únicamente lo que dicte tu corazón —terminó recomendándole antes de abrazarla con ternura. Intuía que era lo que necesitaba.

—Bueno, ya veremos ¿Y tú qué tal? ¿Ha sido interesante tu cita de hoy? —preguntó Valentina queriendo cambiar de tema.

—¡Mucho más que eso, diría! —expresó Alba eufórica. Se moría de ganas de contárselo, mientras volvía a llenar las copas de un delicioso Denominación de Origen Cigales de España, que se llamaba Vinea, por la diosa del vino—. ¡Escucha y verás...!

—¡Es fascinante, Alba! —le dijo tras la narración—. Admiro mucho la valentía de la gente de esta isla. Con todo lo sucedido, con todo lo vivido y las historias que atesoran estas tierras, y no tienen miedo. No se les ve temor alguno, al contrario, aman Scarlet Island con todo su corazón.

—Para nada la temen. Es como si ese tipo de vivencias extraordinarias aumentase el especial romanticismo que sienten por la isla, su vínculo hacia ella —le respondió Alba—, y la pregunta del millón es... ¿de dónde diantres proceden estos acontecimientos? ¿Realmente es causa de algún encantamiento o embrujo de los antiguos aborígenes que dejaron de esa manera su impronta en la isla? ¿O más bien se trata de una suerte de psicosis colectiva, agudizada por el tamaño del lugar, su historia y el gusto por la exageración de algunas personas? —se preguntaba retóricamente—. También hay que tener en cuenta, que de esa manera crean un halo misterioso alrededor de Scarlet Island, provocando una gran atracción y que así venga gente, como yo misma, a dejar aquí mi dinero —elucubraba en voz alta ante la atenta mirada de Valentina, que seguramente se sentía abrumada ante tantas posibilidades.

—Quizá se trata de ambas o quizá de ninguna de ellas y es otra la explicación —respondía Valentina a la pregunta, con los ojos mirando al infinito—. Una explicación que albergue en su

interior también la desaparición de los *Nagonapu* y la muerte de Richard, quién sabe... Por lo pronto voy a poner el siguiente CD, ¿te parece? —preguntó la guapa italiana.

—¡Estoy deseosa! —respondió Alba.

Sacó la temible caja con los CDs y se dispuso a coger el siguiente. Se trataba de la cuarta grabación, en el tercer CD, lo colocó en el DVD, y pulsó el botón play, tras un largo suspiro.

—¡*Hola chicos!* —dijo el desaparecido biólogo muy animado, unos segundos después de haber puesto en marcha la grabación—. *Esta es ya la quinta semana desde mi llevada a la isla. ¡Cómo pasa el tiempo! Pero no lo he desaprovechado en absoluto, ya he revisado y catalogado alrededor del ochenta por ciento de las muestras que recogimos. Os he mandado el mail que me dijisteis, con un informe en relación a los activos que, en principio, creo que podrían utilizarse. Todos ellos derivados de la flora que he analizado hasta el momento. Son datos provisionales, ya que deben ser estudiados a fondo, pero que os pueden proporcionar una idea de la materia prima que atesora la isla y de esa manera comenzar a pensar, en qué lo podemos emplear. Hay plantas con un potencial extraordinario y eso que he dejado mi favorita para el final... la flor escarlata. Mientras llegan los ratones que me tenéis que enviar para experimentar, continuaré con la investigación.*

»*Tengo un par visitas pendientes con Onawa al poblado, quiere que sea testigo de algunas de las tradiciones de los Nagonapu, y de sus rituales con la flor escarlata, me da la sensación que puedo aprender grandes cosas de ellos. Asegura que desde el punto de vista cultural es algo delicioso, no en vano se trata de una sociedad absolutamente anquilosada en el tiempo, aislada del desarrollo de la humanidad, donde apenas ha variado su Statu Quo en los últimos dos mil o incluso tres mil años. Pero son felices, no hay más que observarlos. A su manera, ellos son totalmente felices, se les nota en la cara, en el brillo de sus ojos, en cómo me tratan incluso, siendo un completo desconocido. No se atisba en ellos la más mínima mala intención, ni pensamiento negativo, son puros de corazón. No tienen tecnología, ni comodidades, ni nada de lo que caracteriza a las sociedades actuales, pero son libres y felices.*

»*Cuando estuve en el poblado, me senté a observarlos mientras recapitaba sobre hacia dónde se dirigía la humanidad, y si realmente no nos estábamos equivocando en nuestra forma de pensar y de vivir. En donde la tecnología y el consumismo copan nuestro existir, impulsado sin duda por la obsolescencia programada de los aparatos, y la manipulación soterrada a la que estamos sometidos por parte de políticos, bancos y la globalizada economía internacional. Nos convierten, sin nosotros darnos cuenta, en esclavos modernos del sistema. Esa ansia de comprar, de poseer cosas, de avanzar cada vez más rápido, de crecer ininterrumpidamente, todo tan efímero, tan insustancial... ¿No es posible que nos estén privando de lo mejor de la vida? Creo que en realidad todo eso solo cubre las carencias afectivas que otorga el impersonal estilo de vida actual, con muchas redes sociales, pero sin el vínculo real que crea la amistad, el cariño, el compañerismo... en fin. Como dijo Zygmunt Bauman, “somos solitarios permanentemente conectados”. ¿Qué es realmente la felicidad? Reflexionad sobre ello... Opino que deberíamos repensar el mundo en el que vivimos.*

»*Y bien, con esta introspección fruto indudablemente del aislamiento, os dejo hasta la semana que viene. Cuando estudiéis el mail con los primeros resultados, hacedme llegar vuestro parecer en torno hacia dónde queréis que encauce la experimentación con los roedores. ¡Un saludo, chicos, se os echa de menos! Espero vuestras impresiones iniciales. ¡Chao!*

El videoblog de la quinta semana de Richard acabó, y las chicas se miraron pensando lo mismo.

—¿Continuamos con el siguiente no? —dijo Valentina tras unos segundos.

—Por mí, sí, aún es pronto —le respondió la española.

—En ese caso, ¡adelante! —dijo, introduciendo un nuevo CD, en este caso el cuarto—. A ver qué tiene que decirnos nuestro buen amigo Richard —bromeó.

—Hola de nuevo, chicos, ya he revisado vuestras primeras conclusiones sobre los datos que os trasladé. Creo que entre hoy y mañana podré empezar a experimentar con los ratones en el laboratorio, en consecuencia, de las valoraciones que me habéis enviado.

»El viernes estuve en el poblado con Onawa, llegamos a la hora del crepúsculo, cuando iba a comenzar el ritual que ese día se llevaría a cabo en Chambea, como se llama el asentamiento tribal. En cuanto llegamos, varias mujeres nos estaban esperando para ataviarnos con sus ornamentos tradicionales. Lo primero que hicieron mientras yo reía y me sonrojaba avergonzado, fue quitarme la camiseta que llevaba y los pantalones cortos. Lo mismo hicieron con Onawa, quien, acostumbrado, se desternillaba al ver mi cara de sorpresa.

»Una vez despojados de todo, excepto de los calzoncillos, nos embadurnaron las piernas con sus manos bañadas en un potingue rojizo oscuro que cogían de unos cuencos de barro. Por el color que poseía, intuí que debía ser algo que provenía de la flor escarlata, como así me confirmó en mitad de esa simpática liturgia, Onawa. Después de teñirnos las piernas, hicieron lo mismo con la piel del torso cubriéndolo con ese unguento, hasta llegar al pecho y terminar en el cuello. En la cara nos hicieron sendas rayas bajo los ojos, como si de pinturas de guerra se tratase. Me sentí muy relajado en todo momento. Mientras que unas nos pintaban, otras nos ponían collares y pulseras hechas por ellas con flores secas y algunos abalorios tallados en madera y otros materiales que desconocía. Yo trataba de imitar a Onawa, que cada cierto tiempo bajaba la cabeza un poco, reverenciando a los nativos, en signo de respeto y gratitud.

»Mientras tanto, un indígena de avanzada edad con una larga barba blanca y los ojos hundidos en la cara, que resultó ser el chamán, como luego descubriría, pasaba sobre nuestras cabezas una suerte de raíces secas atadas con un hilo en un extremo. Las raíces humeaban tras prenderle fuego y apagarlo posteriormente. Me recordaba al incienso que usamos nosotros, aunque era diferente. Cuando comenzó a moverlo alrededor de mi cabeza, mi espalda, los brazos y los hombros, las mujeres se apartaron de nosotros. Entonces sentí un cosquilleo agradable de bienestar en mis extremidades, que me hizo cerrar los ojos y dejarme llevar.

»Estaba en mitad de la naturaleza, y los sonidos de aquel hombre resultaban como un mantra que me conectaron conmigo mismo. Los animales se escuchaban a nuestro alrededor, la suave brisa ya nocturna acariciaba mi torso semidesnudo, y ese hombre seguía recorriendo nuestros cuerpos casi pegados con su humo reconstituyente, incluso a veces nos golpeaba con aquellas raíces vaporosas en la cabeza, mansamente. De verdad, tendríais que ver esto, es una pasada. Una vez purificados del exterior, según me explicaba Onawa, ya estábamos preparados para asistir al ritual en el cual tres jóvenes pasarían de una manera simbólica a ser adultos. ¿Y cómo lo harían?, eso es lo apasionante. Les darían a probar por primera vez, uno de los brebajes más famosos de la tribu, algo muy parecido a la famosa “ayahuasca” de los pueblos indígenas amazónicos.

»Para ellos, el hecho de tomarlo distingue a los niños de los hombres. Os preguntaréis qué es eso... yo también lo hice. Onawa me comentó que se trataba de una mezcla de plantas que, combinadas en su medida justa, resulta un potente alucinógeno. Todos nos colocamos en un gran círculo, con los protagonistas en medio, junto al chamán y una gran fogata. Yo miraba aquella estampa con los ojos abiertos como platos, sediento de la sabiduría tradicional que se

desplegaba a mi alrededor. No me podía creer lo afortunado que era, de poder vivir estos rituales desde dentro. Trataba de fijarme en aquel hombre de la barba blanca, para intentar descubrir con qué plantas estaba haciendo esa sustancia, pero apenas había luz junto al fuego y no podía distinguir cuáles eran. Puesto que me resultaba imposible dilucidar su composición, decidí dejarme llevar y disfrutar de la experiencia como uno más.

»Los tres chicos se encontraban expectantes dentro del círculo con el chamán, que continuaba machacando y mezclando en un cuenco semejante bebida. A cada poco añadía una pizca de agua de coco para que se diluyera, como me comentó Onawa. Los Nagonapu se sentaron y desde el suelo comenzaron a hacer un movimiento repetitivo, al tiempo que coreaban una frase una y otra vez. Yo no tenía ni idea de lo que decían, pero con sonidos onomatopéyicos trataba de imitarlos, al igual que los movimientos con los que parecían hallarse en trance.

»La prueba de hombría estaba lista. Los chicos que apenas contaban quince años, tomaron unas grandes hojas, donde el viejo de la barba les sirvió una considerable cantidad de aquel “líquido mágico”, y sin dudarle ni un instante, se la bebieron con gestos de enorme devoción e incluso gratitud. Los tres se sentaron inmóviles. No había pasado ni un par de minutos, cuando uno de ellos se dejó caer hacia atrás de repente, quedando tumbado por completo, parecía tener convulsiones sistémicas por todo el cuerpo. Yo me puse tenso, pensaba que le estaba dando un ataque. Pero de pronto y ante mi perplejidad, los Nagonapu soltaron un grito festivo de admiración, que me dejó descolocado. Un momento después, los tres se retorcían por el suelo ante el aplauso y algarabía de la tribu que no cesaba de saltar, cantar y bailar.

—Esa es la prueba. Si no les hace efecto, es que no son dignos de entrar en la madurez y ser considerados hombres —me dijo Onawa, acercándose mucho a mi oído, pues de lo contrario, habría sido imposible escucharlo entre aquel griterío. Los chicos comenzaron a bailar, a cuál con un estilo más extraño, mientras todos los demás los animaban, tratando de imitarlos entre vítores y aplausos de aprobación. Uno incluso lloraba, dando vueltas y más vueltas sobre sí mismo a una velocidad impresionante. Pensaba que se iba a caer de un momento a otro—. ¡Eso es un buen viaje! —me dijo entre risas Onawa.

»Y así pasamos la siguiente hora y media, entre saltos, cánticos y brebajes de un sabor extrañísimo y rancio, que de pronto nos hacían tomar. La verdad es que me lo pasé de miedo amigos, fue toda una experiencia. Me sentía absolutamente libre cuando saltaba y gritaba y volvía a saltar y a bailar descompasado, sin importarme lo más mínimo lo que los demás pensarán de mí. Allí nadie juzga a nadie, cada uno es quien es. Eso es algo que deberíamos aprender e importar a nuestra superavanzada cultura occidental, ser realmente quiénes somos sin importar el qué dirán.

»Bueno, ya os he entretenido suficiente por hoy con mis historietas. En cuanto empiece con la experimentación os daré buena cuenta de ello. Por cierto, le pregunté a Onawa si yo podría probar esa “ayahuasca” tan famosa de la tribu, por así llamarla y me dijo que lo consultaría con los ancianos Nagonapu. ¡A ver si hay suerte...! Saludos, compañeros, pronto hablaremos —dijo para despedirse Richard saludando con la mano, al tiempo que detenía la grabación.

—Cada vez me parece más impresionante poder ver estos vídeos, con Richard ahora muerto y los Nagonapu desaparecidos —exclamó Alba impresionada por el relato que había oído de la tribu por parte del biólogo.

—La verdad es que es un tesoro y seguro que me ayuda muchísimo en mi investigación. Aunque al parecer, los informes con los datos de sus estudios propiamente dichos, los mandaba por mail —dijo Valentina igualmente impresionada.

—¿Y por qué, siendo tú su reemplazo, no tienes acceso a esos mails? —le preguntó intrigada Alba.

—Es lo primero que solicité a la empresa al aceptar este trabajo, toda la documentación de Richard, pero dijeron que preferían que empezase de cero, que hiciese mi propio camino —le explicó—. Siempre he pensado que esto debía ser para no influenciar mi investigación, porque no obtuvieron buenos resultados con Richard.

—¿Vamos a por el que le sigue? —preguntó Alba.

—Adelante, esto se está poniendo interesante —contestó animada Valentina.

—*¡Buenas noches desde el paraíso!* —comenzó diciendo aparentemente contento Richard—. *Ayer llegaron los roedores, con un par de días de retraso, eso sí... Pero ya están aquí, y les he administrado una serie de soluciones experimentales, a base de ciertas plantas para ver cómo evolucionan de sus dolencias, así que crucemos los dedos. A partir de mañana deberíamos comenzar a notar los resultados, si es que los hay.* —Al decir esa última palabra de pronto se quedó callado mirando fijamente a la pantalla, sin expresión alguna. Tras unos treinta segundos absolutamente inmóvil, a las chicas se les heló la sangre en las venas. Incluso retrocedieron en su postura cercana al televisor con esa imagen fija, que en realidad no lo era, porque el reloj continuaba corriendo en la grabación. Parecía mirarlas y que en cualquier momento les iba a decir algo directamente.

Odiosas imaginaciones revoloteaban por la mente de ambas. Richard giró por sorpresa la cabeza a un lado, asustándolas aún más, como si hubiese escuchado algo a su alrededor y estuviese tratando de descifrar lo que era. Estuvo así al menos un minuto, hasta que Valentina se levantó del sofá horrorizada con intención de parar la grabación, pero decidió pasarlo en modo rápido. Lo adelantó unos increíbles quince minutos y volvió a pulsar el play. Estaba a punto de detener la grabación pulsando el botón de stop, cuando Richard arrancó a hablarle de nuevo a la cámara con total normalidad. Continuó reseñando las posibilidades de sus vacunas experimentales, de lo que esperaba de ellas a corto plazo y de lo que proponía hacer en los siguientes días, durante veinte minutos más.

—*Bueno, y eso es todo por hoy, un fuerte abrazo chicos.* —Y sin más, se despidió y detuvo la grabación como si nada. Las chicas se quedaron calladas sin articular palabra, tratando de discernir si lo que acababan de presenciar era real o imaginación suya.

—¿Qué... qué ha sido eso, Alba? —preguntó asustada Valentina.

—No tengo ni idea... Pero al ver ese comportamiento tan extraño, de repente me ha venido a la cabeza las palabras de Peter: «el pobre Richard se volvió loco, nada más».

—Desde luego ha sido cuanto menos inquietantemente extraño —concluyó la italiana—. ¡Creo que por hoy es suficiente!

La noche transcurrió despacio para las chicas, que no podían conciliar el sueño, ni dejar de pensar en Richard. Valentina en esa casa marcada por la tragedia, tratando de dormirse y tan sugestionada que pensaba que iba a ver u oír algo en cualquier momento en su habitación... Y Alba en su apartamento. La italiana le había pedido que se quedase con ella, pero esta prefirió pernoctar en su cama para sentirse en casa al despertar. Mientras caminaba por la calle sola, miraba a su espalda una y otra vez como si alguien la estuviese persiguiendo, pero nunca había nadie.

En la cama no dejaba de dar vueltas y más vueltas. Tenía la mente al doscientos por cien de actividad. El exceso de café y toda la nueva información que había descubierto ese día, la tenían internamente eufórica, pero también recelosa, sobre todo por Richard. Estaba segura que aquellos

videoblogs podían contener cuestiones verdaderamente sensibles y aunque por un lado le aterraban, por otro se moría de ganas de volver a sentarse en el sofá de Valentina, anteriormente del fenecido biólogo, y continuar desenredando esa madeja misteriosa que habían encontrado como por arte de magia en formato digital.

Aunque no le había dicho nada a Valentina; era lo que le faltaba a su amiga; la verdadera razón por la que no se había quedado a dormir con ella, es porque esa noche tenía verdadero miedo...

El nuevo día amaneció lluvioso y gris, Alba pensaba pasar toda la mañana analizando las historias que había atesorado, para encontrar patrones de comportamientos similares entre sus entrevistados. Después empezaría con la redacción de la tesis propiamente dicha. Se sentía con la energía necesaria, como para ponerse a escribir ese documento tan vital para su devenir profesional, que incluso le podía llegar a cambiar la vida. Pensaba que se había empapado lo suficiente del entorno y de sus vibraciones, como para poder defender a ciencia cierta su idea primigenia de que el hábitat y lo que ocurre en él, es decir, el contexto, marca a las personas y a sus vidas, cambiando estas y a su vez el mundo, en uno u otro sentido.

Había recabado muchas historias tremendamente interesantes, pero se decía a sí misma que debía centrarse en los aspectos catalogables, en hechos tangibles, palpables. Puesto que, de lo contrario, correría el riesgo de caer en una suerte de vivencias tan personales como subjetivas que el tribunal podría rechazar, alegando que no son más que eso, sucesos sin peso específico y unipersonales que no atienden a nada mayor. Lo que la llevó a pensar finalmente que, si diera con la solución en cuanto a los misterios que envuelven a Scarlet Island, como ya caviló tiempo atrás, a su vez, conseguiría esas pruebas específicas de peso, que pondrían una triunfal y espectacular guinda a su tesis doctoral.

Así que, con ese aire renovado en cuanto a sus objetivos, se zambulló en sus notas y grabaciones, que la tendrían entretenida durante horas. Por la ventana que había junto a la mesa de comedor, donde también montaba su oficina por así decir, veía caer la lluvia casi torrencial de manera agradable, mientras sorbía el primer café de la mañana. Pensaba para sus adentros que le gustaba más que el famoso té británico.

Los barcos estaban amarrados en el puerto debido al temporal. Las gaviotas luchaban por sostener el vuelo, enfrentándose a rachas de aire enfervorecido, que arremolinaba en la bahía con desmedido vigor. Alba se quedó prendada de aquella imagen, a lo lejos el mar se intuía bravo, encrespado. Entonces calló en la cuenta de cuanto amaba ya ese lugar, del que estaba segura, la iba a marcar para siempre.

Con los cascos conectados al teléfono móvil, comenzó el ritual que solía llevar a cabo cada vez que necesitaba concentración e inspiración. De alguna manera, aquella serie de mantras que buscaba en YouTube, producían un efecto iluminador e hipnótico en ella, conseguía escucharse a sí misma. Se podría decir que la conectaban directamente con su alma. Aquellos sonidos relajantes de cuencos tibetanos, crótalos, flautas, voces graves y armoniosas, y todo tipo de instrumentos exóticos, producían un efecto instantáneo de gratitud, amor a la vida y a todo lo que la rodeaba. La llevaban a un estado de paz y amor incondicional, en el cual era capaz de ver la verdad absoluta, su verdad absoluta. Que no era otra que sus sentimientos, sus ilusiones y su camino en la vida. A veces se emocionaba mientras meditaba, sobre todo ahora que se estaba alejada de su familia, aunque sabía que tenía el apoyo sin reticencia alguna de los suyos, allá donde se encontraran. Las redes sociales, por suerte, la ayudaban a sentirlos un poco más cerca.

Tras escribir alrededor de una hora al borde del llanto, lo dejó brotar. Había encontrado las palabras adecuadas para comenzar de buena manera su tesis, y eso la emocionó, junto con esa música del alma y la belleza que admiraba a través de la ventana en forma de lluvia tropical. Cerró el archivo Word llamado “Tesis doctoral, Scarlet Island”. Apagó el Macbook decididamente y renovada, resuelta a salir en busca de respuestas... en busca de verdades.

—¡Esta noche seguimos con los vídeos, Valentina, cuanto antes podamos quedar mejor, más adelantaremos! —Escribió en un escueto WhatsApp a su amiga, concluyendo el mensaje con cuatro corazones de distintos colores y un par de caritas bohemiamente sonrientes.

Las nubes parecían haberse disipado cuando Alba salió a la calle. El olor a lluvia y humedad contrastaba con el del mar. Se encaminó hacia la Oficina de Turismo, con cuidado de no pisar los charcos que se iba encontrando, para así no empapar sus deportivas. Necesitaba hablar con el tal Onawa, y no se le ocurría otra manera de localizarlo, que preguntarle a Margaret dónde lo podía hacer. Por suerte la mujer estaba sola en la oficina, y en cuanto la vio le brindó su más sincera sonrisa.

—Qué sorpresa, querida, ¿en qué puedo ayudarte? —le preguntó nada más entrar en su lugar de trabajo.

—¡Hola, Margaret! Siento molestarte, pero necesito saber dónde puedo encontrar a un *Neronapu* llamado Onawa —le pidió la española sin rodeos.

—¿Onawa...? —preguntó extrañada la encargada de la Oficina de Turismo en un principio—. Se deja ver poco por el pueblo, aunque viene al menos cada dos semanas a hacer su compra habitual a los supermercados, para pertrecharse de víveres. Su casa está un tanto alejada del pueblo y es de difícil acceso, por lo que aprovecha las ocasiones en las que viene, para llevarse cuanto le pueda hacer falta —le explicaba la agradable mujer—. Allí, en su casa, es donde más probablemente lo puedas encontrar. A veces colabora con el ayuntamiento y como supongo ya sabes, también trabajó con Richard... Él era de alguna manera el intérprete del biólogo, para comunicarse con los *Nagonapu*. Estaba muy apegado a la tribu, y tras su desaparición, se le ve algo triste y distante —terminó diciendo.

—¿Me podrías indicar cómo puedo llegar hasta su casa? —le volvió a preguntar Alba.

—¡Sí, claro! Pero como te digo está algo aislada. Te lo marcaré en un mapa —manifestó la mujer, mientras cogía uno de los panfletos destinados a los turistas, donde al desplegarlo, en la parte trasera había un gran mapa de Scarlet Island—. Mira, te voy a indicar el trayecto exacto que debes realizar desde aquí —comentó marcando una x en la localización que se encontraban. Después comenzó a trazar una raya de tinta azul, con la que imaginariamente recorría el itinerario calle a calle, giro a giro por el pueblo, hasta salir por la carretera que lleva hacia el lago. La marca seguía adelante, dejando atrás el desvío en la curva cerrada por donde se entraba. Unos kilómetros más allá, apenas unos cuantos centímetros de tinta sobre el mapa, se desvió hacia la montaña, por una carretera que le advertía ser muy angosta y estar en malas condiciones.

—¡Y más con la lluvia de esta mañana...! —adujo mientras seguía ascendiendo por la montaña, en una serie casi indescriptible de curvas y más curvas, que marearían hasta a un astronauta. Finalmente, el camino se acabó, al menos en el mapa—. ¡Hasta aquí! —dijo la chica —, y eso si tienes la suerte de poder llegar, porque te puedes encontrar desde ramas, a rocas e incluso árboles enteros en mitad del camino, por no hablar de los hoyos... —comentaba negando con la cabeza.

—Bueno, habrá que ir con cuidado —respondió a media voz Alba, dubitativa.

—¿En qué vehículo te vas a desplazar hasta allí? —le preguntó Margaret.

—Había pensado alquilar una de esas pequeñas motos, del negocio que hay en Scarlet Avenue.

—Es exactamente lo que te iba a recomendar —expresó Margi sonriendo—. La movilidad que te ofrece una moto puede verte muy bien en ese camino si se encuentra en mal estado, pero ten mucho cuidado con todos los obstáculos que te he comentado y vas a encontrar en el camino, no quisiera que te lastimases.

—Gracias por preocuparte por mí, se agradece cuando una está lejos de la seguridad de su entorno habitual y su familia —respondió enternecida Alba—, pero no te preocupes, iré con cuidado —dijo finalmente despidiéndose con la mano alzada, mientras salía apresurada de la oficina en dirección a su siguiente objetivo.

Era la segunda o la tercera vez en su vida que conducía un ciclomotor, y la verdad es que con el estado de la carretera después del chaparrón no era lo más adecuado. A la patente inseguridad debido a la inexperiencia, se sumaba esas grandes balsas de agua que se acumulaban por la calzada. La tenía que ir esquivando en la medida de lo posible o bien las atravesaba muy despacio para intentar no empaparse, nada más iniciar la marcha. Pero el sol del mediodía apretaba con fuerza y pronto secaría.

Con cuidado de no acabar en el suelo, tan solo un instante después de salir de Black Port Town, Alba echaba de vez en cuando un vistazo al mapa, que llevaba doblado temerariamente en una de las manos. Comenzaba a conocer bastante bien la isla, al menos los lugares que había visitado, al fin y al cabo, esta no era demasiado grande. Pero no quería distraerse y de esa manera pasar de largo el camino que debería tomar, tras dejar la vía principal que en ese sentido la llevaba hacia norte.

Los aromas que la lluvia traía consigo eran una delicia. Alba los sentía en todo su esplendor durante su agradable paseo en moto, ya que solo llevaba puesto uno de esos cascos llamados coloquialmente “quitamultas” que solo protegen la parte superior de la cabeza. La brisa perfumada de flores tropicales y la vegetación húmeda, así como la tierra, acariciaban el delicado cutis de la española. Decelerando un poco echó otro vistazo al mapa y se dio cuenta de que el camino que debía seguir, marcado por la tinta azul del bolígrafo de Margaret, estaba frente a ella, a su derecha, hacia donde torció. De pronto se encontró en mitad de los árboles, las palmeras y la vegetación, en una suerte de senda poco definida, que no desmerecía las considerables advertencias de su mal estado por parte de Margi.

Los hoyos eran más bien auténticos escalones, la broza y los matorrales en algunas partes prácticamente invadían el camino, e incluso la hacían dudar de por dónde debía continuar. Internamente daba gracias por haber tenido la idea de venir en moto, puesto que es mucho más ágil a la hora de esquivar obstáculos, algo que con un coche pensaba que no se habría atrevido a hacer. La cuesta arriba a la que tendía el camino cada vez era más patente. Tanto, que incluso en ocasiones, Alba paraba la moto y se apoyaba con los dos pies en el suelo pensando que no podía subir, pero poco después reanudaba la marcha de nuevo. Las curvas en plena ascensión dejaban a las claras la altura que estaba ganando rápidamente en sus vértices externos, reflejadas en pavorosos precipicios de algunas decenas de metros, que comenzaba a intuir a su lado. Las piernas le flojeaban y un escalofrío le recorría el cuerpo de arriba abajo, al tener que acercarse a alguno de ellos obligatoriamente por tener que esquivar algún agujero mastodóntico.

Estaba comenzando a agobiarse de veras. Tanto, que en un par de ocasiones miró hacia atrás, con serias intenciones de volver sobre sus huellas, dejadas por las ruedas de la moto en la tierra mojada. Pero cuando peor lo estaba pasando, llegó a un punto en el que la perspectiva y la altura, le permitieron ver una panorámica excepcional del lago desde su vertiente suroeste. Desde allí se

veía más hacia al norte el salto de agua maravilloso, con ese efecto arcoíris habitual producido por los rayos del sol sobre el agua en suspensión. La chica se apeó de la moto no sin dificultad, porque al apoyar la pata de cabra en el barro a punto estuvo de vencerse hacia ese costado y aplastarle la pierna derecha, pero la sostuvo hasta colocarla correctamente. Se acercó al borde del abismo lo máximo que le permitían sus enardecidos nervios, para desde allí quedarse completamente embelesada con ese espectáculo, digno de admiración y pasión.

Por un momento pensó que podría sentarse allí durante horas, sin dejar de mirar cada detalle, cada recoveco del lago y su preciosa morfología. Los destellos de la flor escarlata a lo lejos, los reflejos de la luz en la superficie del lago, todo resultaba delicioso desde allí. No había película, ni pantalla plana de última generación, ni tan siquiera obra de arte hecha por humanos, comparable al arte con el que se expresa la naturaleza en ciertas ocasiones.

Tras unos devotos minutos de encantamiento, observó que no muy lejos de allí, en mitad de la frondosidad del bosque, surgía una hilera de humo que ascendía unos cuantos metros por encima del manto verde que envolvía la montaña. Alba se preguntaba si sería la casa de Onawa, de ser así, se dio cuenta de que no se encontraba muy lejos, y de prisa reanudó la marcha con su motocicleta de alquiler.

De nuevo los baches, las piedras y la maleza que quería apoderarse del camino, hacían de su itinerario un peregrinaje de lo más desquiciante y traumático. Como si el destino estuviese en su contra, un tronco de considerable tamaño cayó por sorpresa delante de ella, a poco más de dos metros. Por suerte, no llegó a impactar sobre Alba, pero sí que la obligó a girar la dirección de la moto bruscamente para tratar de frenar su marcha. Hasta que la ley de la gravedad se opuso en su camino, haciéndola caer y que se golpeará en un costado de la cabeza, contra el inoportuno tronco. Con una brecha preocupante y el cuerpo algo dolorido, Alba trató de ponerse en pie. Pasó por encima del inoportuno árbol para intentar llegar a la casa de Onawa y pedir ayuda.

Debía encontrarse a unos doscientos o trescientos metros a lo sumo, veía el humo de la cabaña relativamente cerca, pero no sabía si iba a tener fuerzas para llegar. Las piernas le flojeaban, la mano derecha era un mar de sangre, porque con ella trataba de contener la hemorragia craneal sin éxito. Se sentía desfallecer, pero cabezota como ella sola, sacaba fuerzas de flaqueza para tratar de continuar. Hasta que su cuerpo dijo basta y cayó en el margen derecho de aquel camino hacia el infierno, que había podido con ella. Estaba sola, tirada en el suelo, con una inconsciencia inminente y en mitad del bosque, en mitad de la nada...

La primera visión que tuvo cuando volvió a abrir los ojos, dolorida y confusa, fue la de un simpático pajarillo que revoloteaba por delante de ella en el suelo. Era negro, pero tenía reflejos amarillos en el pecho, verdes en las alas y naranjas encima de sus grandes ojos, que la miraban con curiosidad torciendo la cabeza a un lado y a otro. Cuando Alba fue recuperando la conciencia lánguidamente, se preguntó cuánto tiempo habría transcurrido allí tirada. Al aclarársele la mirada se dio cuenta que estaba anocheciendo, por lo que la respuesta debían ser muchas horas, no obstante, era poco más de medio día cuando se dirigía hacia la casa del tal Onawa.

La oscuridad se cernía sobre el bosque a gran velocidad, y Alba lo sabía, pero no había perdido ni un ápice de ganas de llegar a la vivienda del *Neronapu*. Aunque sabía que lo que primaba era buscar refugio y que la socorriera. Entendía que la noche podía ser muy traicionera, podría perderse buscando la casa o con la moto volviendo. Así que levemente mareada se puso en pie, siguió en la dirección donde, presumiblemente, creía que se encontraba la cabaña, mientras se frotaba una y otra vez la herida de la cabeza, ya cortada la hemorragia, con un pañuelo húmedo.

La noche llegó y con ella la inquietud. Alba pensaba que el bosque era el lugar menos agradable que podía imaginar en la penumbra. Muchos eran los sonidos perturbadores, muchas las posibilidades macabras y todas esas historias en su mente. Una brisa meció sus cabellos... Comenzaba a ponerse realmente nerviosa y a mirar a todos lados, mientras apretaba el paso en dirección a la casa, hacia la que se dirigía más que nada por intuición, porque ya no veía nada.

El camino por el que aún transitaba seguía siendo incómodo hasta para un peatón. A cada pequeño intervalo de tiempo tropezaba con uno de esos atroces hoyos, con alguna piedra o roca maciza. Alba se detuvo en seco, algo más adelante llamó su atención, apenas veía nada, pero de alguna manera sabía que había algo allí. Se trataba de un extraño bulto oscuro que se alzaba frente a ella, en mitad del camino. De pronto se desplazó veloz hacia el interior de la maraña arbolada, pero Alba seguía sintiendo esa presencia a su alrededor. Miraba a todos lados asustadísima, juraría que eran varias las presencias que por allí merodeaban, pero ni tan siquiera sabía si era real esa que le había parecido ver en mitad del camino. Como psicóloga titulada, sabía perfectamente que en momentos de estrés tan grandes como ese, en el que incluso la supervivencia se ponía en entredicho, la mente es capaz de inventar situaciones que poco o nada tienen que ver con la realidad, en pos únicamente de la supervivencia.

Pero en ocasiones la realidad supera a ficción, a la imaginación e incluso al instinto de supervivencia más innato. Seis luces tan claras como si de grandes lámparas de luz blanca se tratase, se encendieron por sorpresa a su alrededor, por todos lados. Eran luces independientes entre sí, pero algo hacía pensar a Alba que conformaban un solo conjunto «¿pero de qué...?», se decía mientras miraba atónita dando vueltas sobre sí misma, intentando dilucidar qué eran esos destellos desconocidos, que aparecieron de pronto entre los árboles. No encontraba explicación lógica alguna que tuviese sentido, lo único que deseaba la joven era salir de allí cuanto antes, porque lo que sí tenía claro es que esas luces aparecieron allí por ella.

Alba, más inconsciente que valiente, trató de acercarse un poco a una de ellas, la que tenía justamente a su izquierda. Se colocó en un costado del camino, con intenciones de salir e ir directamente hacia ese resplandor misterioso, que iluminaba espacios interiores entre la maleza más allá de la senda, pero no dejaba ver qué lo producía directamente.

De pronto, esa luminaria inició un desplazamiento lateral casi imperceptible, hacia su derecha. Alba se percató de ello y lo observaba con intriga. Para su sorpresa, el resto de luces que conformaban una especie de círculo inmenso con ella en el centro, se movían en la misma dirección y sintonía que la primera. Esta se aproximaba al camino. Surgió del bosque lo que en apariencia parecía una suerte de esfera energética luminiscente, que suspendida en el aire se desplazaba hipnóticamente hacia el centro del camino en el más absoluto silencio, tan solo obviado por pequeños y sonoros chispazos, de algo así como energía electrostática a su alrededor.

Alba no daba crédito, esa bola de luz se detuvo frente a ella al igual que las demás alrededor. Por sorpresa y sin previo aviso, cuando más concentrada estaba Alba escudriñando cada recoveco de ese hito mágico que se apostaba delante suya, esta salió disparada hacia su posición con una velocidad inverosímil, máxime partiendo de cero. Alba trató de darse la vuelta y correr, pero resultó imposible. La esfera, con un extraño sonido, que recordaba a un grito metálico femenino y escalofriante, le dio alcance en un santiamén y la traspasó de forma incomprensible a toda velocidad, para desaparecer de la misma manera.

La joven quedó literalmente helada. La esfera la atravesó haciéndola sentir un frío muy intenso y una sensación muy extraña. Incluso juraría que en las pocas décimas de segundo que tardó en

aproximarse, pudo vislumbrar una suerte de silueta humanoide en su interior, que no hizo sino alarmla más si cabe. Por esa razón, cuando el resto de luces comenzaron de nuevo a girar, saliendo otra de ellas del bosque y quedando fijada en el centro igual que la anterior, como un proyectil preparado para ser disparado, Alba, sin detenerse a pensar ni un instante, se dio la vuelta y corrió como una loca hacia el interior de la maleza, abandonando la tibia seguridad del camino.

Se apartó cuanto pudo de la trayectoria lógica por donde pasaría la luminaria. Serpenteaba cuanto podía para que no la alcanzara, ya que presentía que en cualquier momento saldría disparada como la anterior. En su huida pasó no muy lejos de otra de esas bolas de luz. De pronto sintió el movimiento brusco de la esfera del camino que de nuevo salió a toda velocidad. Intuía que se aproximaba sin tan siquiera girar la cabeza, porque a su paso iluminaba la maleza. Un atroz grito, sin duda humano, acompañaba a esa otra bola que pasó a menos de un metro de Alba. Ella, despavorida continuaba con su espantada hacia ninguna parte.

Su terror iba en aumento cada vez que veía pasar una de esas cosas cerca de ella. Jadeaba incesantemente, a punto de caer rendida al suelo, tanto por el esfuerzo como por el miedo que rebosaba cada célula de su cuerpo.

—¡Ah! —gritó aterrorizada Alba, cuando un hombre la agarró con fuerza por los brazos.

—¡Pero... ¿quién demonios eres tú?! —le preguntó extrañado Onawa—, y lo más importante, ¿qué haces sola en el bosque... y de noche? —añadió el *Neronapu*, formulando la segunda pregunta incluso antes de recibir respuesta alguna de la primera.

—Soy... mi nombre es Alba —balbuceó la chica—, ¡me están persiguiendo! ¡Unas extrañas aureolas vienen tras de mí! —gritaba enloquecida.

—Tranquilízate, no hay nada a tu alrededor —dijo con total calma el desconocido. Alba miró en todas direcciones y efectivamente tan solo había oscuridad.

—¿Eres...?, ¿tú eres Onawa? Yo te he visto antes... —afirmó algo más tranquila, al resultarle su cara familiar.

—Sí, nos vimos una mañana en la playa. ¿Pero cómo sabes mi nombre? —contestó extrañado el nativo.

—¡Eras tú...! ¡Gracias a Dios! Vengo en tu busca —le dijo dejando al hombre boquiabierto. Sin dudarle un segundo al verla malherida, la guio hasta su casa, que estaba a poco más de cuarenta metros.

—He escuchado tus gritos, por eso llegué hasta ti —le explicaba el hombre una vez dentro de su cabaña de madera, donde unas austeras antorchas colgadas en la pared hacían las veces de lámparas y las ascuas incandescentes de una hoguera calentaban una olla humeante. Parecía una escena sacada de otra época, donde las condiciones de vida eran tan básicas como las materias primas que utilizaban para crear sus hogares, otorgadas todas ellas por la naturaleza.

—No creo que fuese yo quien gritaba —espetó ella—, pero te lo agradezco mucho, de veras —dijo Alba, que miraba con curiosidad el interior de la vivienda de Onawa, donde apenas unos muebles viejos de madera en la cocina, unas estanterías repletas de comida, una mesa con tres sillas alrededor, y un catre con aspecto mugroso conformaban todo su patrimonio—. ¡Había... había unas luces! —dijo temblorosa—. El camino hasta aquí ha resultado un auténtico infierno. Me he caído con la moto provocándome esta brecha, incluso he estado unas cuantas horas inconsciente. Pero después, cuando ya estaba cerca de tu casa, ha pasado algo, cuanto menos, extrañísimo. De pronto me he visto rodeada por una serie de esferas luminosas de dudosa procedencia que han surgido de la nada, en mitad de la maleza más espesa. He sentido como si

hubiese alguien a mi alrededor. Tenía un miedo terrible... Hasta que por suerte me has encontrado —explicó abrumada por el recuerdo de la experiencia extrema y con los ojos inundados, a punto de desbordarse—. ¿Qué diantres ocurre en esta isla, Onawa? ¿Qué hay en estos bosques?, y por supuesto, ¿qué fue lo que verdaderamente le ocurrió al doctor Richard? ¡Necesito respuestas, y las necesito ya! —exigió contundentemente Alba.

—Son muchas preguntas, ¿no crees? —dijo Onawa—. Sobre todo, teniendo en cuenta que no te conozco —adujo con cierta gracia áspera, mientras le posaba con mucha delicadeza un trapo húmedo sobre la herida de la cabeza, y le limpiaba la sangre seca de la cara—, tienes un fuerte golpe en la sien, creo que deberás pernoctar aquí y mañana te llevaré de vuelta.

—Lo siento, tienes razón —reconoció Alba.

—¿Cómo dices? —preguntó sin entenderla.

—No me conoces y no sabes qué es lo que hago aquí —le dijo al hombre. Alba comenzó entonces a explicar su historia, el porqué de su presencia en la isla y de haber ido a buscarlo, mientras saboreaba en un tazón ese sabroso caldo que cocinaba a fuego lento en una olla ennegrecida por las llamas.

—Sé que fuiste el intérprete de Richard cuando visitaba a los *Nagonapu* y estoy convencida de que sabes más de lo que dices —comentó Alba agresiva, mirando a los ojos directamente a Onawa, a quién le costaba mantener la mirada firme, dotando de cierta veracidad la afirmación recién hecha por Alba, debido a su nerviosismo—. A Richard tuvo que pasarle algo, ¿no es así? Y qué decir de la desaparición de los *Nagonapu* como por arte de magia... Además de todas las cosas inexplicables que ocurren aquí. Por el amor de Dios... estoy segura de que todo debe tener una interconexión, ¿me equivoco? —Siguió jugando Alba a policías y ladrones con su interrogatorio, en el que el rostro del interpelado respondía por su persona, a falta de confesiones literales.

—El bosque no es seguro para alguien como tú —se limitó a decir—. Incluso, si me apuras, la isla entera. Yo que tú llevaría cuidado con lo que vas preguntando por ahí, Alba —dijo cortante en esta ocasión. A la chica se le heló la sangre al escuchar esa frase, marcándose un farol había intentado hacerse la valiente con esas preguntas provocadoras, para tratar de remover la conciencia de Onawa. Intentó colarse por la grieta de inseguridad mostrada en su persona, pero esa respuesta que no sabía si interpretar como una amenaza directa o como una advertencia amable, derrumbó su estrategia.

—¿A qué te refieres con que la isla no es segura para mí? —preguntó en esta ocasión con mucho más tacto y sin altanerías.

—Creo que está bastante claro. La isla no es segura, y menos si te dedicas a ir preguntando según qué cosas —adujo de nuevo Onawa en tono enigmático, confirmando los temores de Alba.

—Pero, por supuesto, no me vas a explicar claramente por qué —afirmó sarcásticamente la psicóloga.

—Si te lo dijera, te pondría en el punto de mira de gente a la que deberías temer en gran medida —volvió a expresar el hombre asustando aún más si cabe a la española—. De hecho, al venir aquí tú sola en mi busca, puede que ya lo hayas hecho. —añadió para más inri.

—Si querías asustarme, lo has conseguido, ¡te felicito! —confesó la chica sintiendo que había sobrepasado ciertos límites sensibles con su fisgoneo.

—Solo te intento ayudar. Yo nunca haría daño a nadie, pero todo el mundo no es igual...

—Y si está pasando algo tan importante de manera soterrada, ¿por qué no vas a las autoridades y lo denuncias? —preguntó Alba en un último aliento valeroso.

—Aquí en la isla no sabe uno en quién puede confiar y en quién no —sentenció Onawa para rematar a la ya angustiada española. Después se levantó de su lado acercándose a una de las ventanas, que permanecían abiertas para que entrase algo de fresco, tal eran la humedad y el calor. Se detuvo frente a ella como si hubiese escuchado algo afuera, a lo que estuviese prestando atención.

—Va a llover, será mejor que cerremos todo —inquirió sin más, dejando descolocada a Alba, que lo seguía con la mirada expectante.

Al poco más de media hora, el agua caía de forma grotesca, con tal virulencia que las puertas y ventanas golpeaban una y otra vez sin descanso contra la madera de la casa. Mientras tanto ambos se encontraban mirando las brasas en silencio, cada uno en sus quehaceres mentales, divagando, mientras removían aquella suerte de sopa que Onawa había servido. El hombre había preparado una serie de sábanas y cojines grandes en el suelo, para hacer las veces de cama de invitados. Alba, internamente dio gracias porque no le hubiese cedido el catre a ella para dormir, tal era su aspecto harapiento. Sin embargo, esas sábanas y cojines que colocó sobre otras en el suelo, donde se encontraba ahora reclinada mirando los rescoldos de la hoguera, intentando en silencio descifrar lo que hubiese en la mente de aquel misterioso personaje, eran de lo más cómodas, y para su tranquilidad olían muy bien.

La iluminación de los tremendos rayos se colaba por entre las rendijas de las rústicas ventanas de la cabaña. Alba se decía a sí misma que de estar allí sola moriría de miedo. Aún seguía intentando imaginar, qué diantres eran esas esferas que había visto allí afuera, entre aquel entorno natural envidiable.

—¿Qué eran esas luces? —preguntó de pronto Alba—. Tú las debiste vislumbrar, estabas muy cerca. ¿De dónde salieron? —tal y como dijo esas últimas palabras, un intenso haz luminoso se coló por un ventanuco alto de la vivienda en primera instancia, para después hacerlo por la ventana que tenían al lado y recorrer gran parte del interior, muy lentamente. Alba se sintió sobrecogida, como si se encontrase de nuevo en mitad de la jungla oscura, sola, y con esas cosas a su alrededor. Pero por suerte no lo estaba.

Onawa le colocó su enorme mano izquierda en la nuca, invitándola a agacharse hacia adelante tirándose al suelo. Cuando lo hizo, la dejó allí y se acercó con sumo cuidado a otra ventana lateral, para asomarse y tratar de escudriñar el exterior, intentando descubrir la procedencia de esa fluorescencia. Alba, que lo observaba asomado, comenzó a reptar hasta llegar a la pared de madera que tenía a un par de metros. Una vez allí se acurrucó sintiéndose más segura, encontró frente a sí una hendidura en un tablón de la vertical de la casa, a través del cual podía alcanzar a mirar algún resquicio del exterior, si se acercaba mucho. Con gran incertidumbre, posó la zona del maxilar superior por debajo de los ojos contra la madera, apoyando también la ceja. De esa forma intentaba concentrar de la mejor manera la visión de su ojo, para descifrar de una vez por todas la procedencia de esas enigmáticas luces.

Al principio apenas veía nada en la oscuridad, cuando el cielo, aún enfurecido, relampagueaba, conseguía vislumbrar algo, pero con mucha dificultad. Las luces iban y venían por los costados de la zona de visión de Alba, por lo que tampoco le ayudaban a saber de qué se trataba, hasta que una de ellas hizo una barrida despacio, dejándole advertir lo que tenía justo enfrente, entre la maleza más cercana. Si los nervios no le jugaron una mala pasada a la psicóloga, creyó ver una silueta humana con una linterna de gran potencia en una mano y en la otra un rifle preparado para ser utilizado. Aquello la dejó boquiabierta.

Al parecer nada tenía que ver con lo que anteriormente presenció en mitad del camino antes de

toparse con Onawa. Eran varias personas, lo sabía porque había al menos tres puntos diferentes desde donde surgían las luces. Una bota se posó justo delante de ella en la parte exterior de la cabaña, por sorpresa. La vio muy claramente, le provocó un gran espasmo, estaba a menos de un metro de ella, pero por fuera. Sentía mucho miedo, no sabía quiénes eran esas personas ni lo que querían, ni tampoco de lo eran capaces. Alba volvió la mirada entonces hacia donde estaba el hombre, que se encontraba sentado con la espalda pegada a la pared, con cara de agobio. Dedujo que, si Onawa tenía miedo, era porque los conocía y sabía que podían ser peligrosos. Pero tal como llegaron, las luces desaparecieron, y la calma tensa se volvió a apoderar de la cabaña y el exterior.

—¿Quiénes eran esas personas, Onawa? —dijo Alba en voz baja aún, por miedo a que les escuchasen—. ¡Iban armadas, por el amor de Dios! ¿Me vas a contar de una vez por todas lo que ocurre en la isla...? —adujo esta vez con rabia, tratando de contener un grito interior que luchaba por brotar.

—¡Te deben haber seguido...! ¡Son gente peligrosa, Alba! No puedo... ¡Solo conseguiría ponerte aún en más riesgo! Pero ten cuidado, ellos deben estar controlándote. ¿Has notado en algún momento que alguien te siguiese en la isla? —le preguntó. A la española se le hizo un nudo en la garganta al escuchar esas palabras, que automáticamente la retrotrajeron a la noche en la que ella y Valentina volvían de su salida nocturna y se dieron cuenta que alguien las siguió hasta la puerta de su casa—. Deduzco por tu rostro lívido que he dado en el clavo. Ten cuidado, Alba, esa gente es capaz de todo —sentenció categóricamente.

La noche transcurrió pesada, espesa. Las ideas se le amontonaban en la cabeza a Alba, y Onawa no soltaba prenda. Trató de dormir un poco, pero salvo alguna cabezadita, le resultó harto difícil.

—¡Es el momento de irse! —adujo el *Neronapu* susurrándole al oído. Eran las cinco menos cuarto de la mañana, cuando Onawa se acercó a ella, y le posó una mano en el hombro para llamar su atención. Alba se incorporó confusa, pero confiaba en aquel hombre, por extraño que le resultase.

Ambos salieron despacio al exterior de la cabaña, tratando de hacer el menor ruido posible. La humedad les golpeó de lleno, no obstante, había estado buena parte de la noche lloviendo. Los charcos estaban por todos lados y trataban de esquivarlos; a veces sin fortuna; daba la poca visibilidad que había, el paisaje solamente se iluminaba con la luna, que surgió con ímpetu tras las nubes de tormenta. Alba seguía a Onawa sin saber muy bien qué pretendía. Avanzaban a gran velocidad entre los árboles, la vegetación, las rocas y los sonidos nocturnos del bosque. Él se manejaba con maestría en ese hábitat. A cada poco miraba hacia atrás para confirmar que la chica lo seguía. Quedó gratamente sorprendido por su potencia, resistencia y coordinación a la hora de esquivar obstáculos en aquellas difíciles circunstancias y empapada por los charcos, claramente debido a su entrenamiento diario.

Llegado el momento, el hombre se detuvo detrás de un gran árbol, que tenía un diámetro de seis o siete metros al menos, en la base del tronco. Era algo descomunal. Tenía grandes oquedades en su interior, era muy irregular, nada uniforme. No era un tronco redondo al uso, sino que parecían otros más pequeños, que por diferentes zonas se fundían o solapaban, para componer uno muy accidentado y casi monstruoso, colosal.

A las puertas de una de esas grietas, casi grutas, que escondía en su interior, se encontraba Onawa. Alba detrás de él recuperaba el resuello tras la carrera. El hombre miraba a todos lados nervioso, asegurándose que nadie los había seguido. Sin articular palabra alguna, se introdujo en

ese agujero natural en plena oscuridad y para sorpresa de la española, salió de allí con una moto de Cross bastante alta, dada su amortiguación, preparada para escenarios muy abruptos.

Con un golpe firme a su pedal de arranque la puso en marcha y coronó su lomo. Realizó un gesto mudo con la cabeza a la chica, indicándole que subiese en la parte trasera, mientras abría gas en punto muerto de manera ensordecedora. Encendió su precario foco con el que se pretendía orientar por semejante jungla. En cuanto Alba aseguró su posición, la moto salió disparada cual rayo con enorme potencia entre los árboles, la noche y el barro que lo cubría prácticamente todo. Alba, acongojada por la extrema temeridad a la hora de conducir de Onawa, cerró los ojos y se agarró con todas sus fuerzas a su torso, que se intuía como esculpido en mármol. Iba campo a través y cuesta abajo entre los árboles a una velocidad pasmosa, dando brincos por un lado y otro, aprovechando las rampas naturales que el bosque le brindaba en su loco descenso. La psicóloga, poco dada a asuntos religiosos, de pronto se sorprendió a sí misma rezando cuanto sabía, tal era el miedo que albergaba su persona y las pocas posibilidades con las que contaba de salir indemne de semejante estampida.

Pero por fin, tras descender en picado a una velocidad endiablada, y atajando lo máximo, humanamente hablando, irrumpieron en la carretera de asfalto que debía ser por la que había llegado hasta allí Alba, antes de adentrarse en ese otro tortuoso camino. Cuando pudo dejar de temblar de puro miedo tras la bajada camicace y animada por la suavidad que sentía de pronto, en ese nuevo trazado que recorrían con la moto, abrió los ojos por fin, comprobando que, en efecto, la estaba llevando de vuelta a Black Port Town.

—¡Pero he dejado la moto de alquiler abandonada en mitad de la nada...! —recordó la chica preocupada gritándole cerca del oído.

—¡Tranquila, me hago cargo! Mañana iré a por ella y la traeré de vuelta —adujo volviendo la cara hacia atrás para alivio de Alba. Más relajada se recostó sobre su espalda, con un sentimiento tan grande de gratitud, que solo pudo agarrarlo por detrás con fuerza y apretarlo, pegando su cara en la espalda y llorando, mientras las lágrimas quedaban atrás, tal y como se iban acercando a su casa.

Con suma cautela, la llevó a un punto que no llamase demasiado la atención, cercano a su vivienda, donde Alba se apeó de la moto y corriendo entró en el portal del edificio, ante la atenta mirada de Onawa, que a lo lejos la resguardaba.

Aterrada, magullada y muy cansada, pasó la joven el día tras su aventura al ir a buscar al tal Onawa, pintoresco personaje que sin duda sabía mucho más de lo que decía. Tan solo se decidió a salir, cuando Valentina la invitó a volver a su casa a cenar y continuar viendo las grabaciones de Richard.

—¿¡Pero qué coño te ha ocurrido!?! —dijo impulsivamente Valentina, al ver el estado físico en el que se encontraba su amiga. La española llevaba un pequeño apósito en la frente, así como sendos vendajes en codo y rodilla derecha, por la caída.

—Es una larga historia —respondió Alba cabizbaja.

—Pues empieza a contármela cuanto antes, no perdamos el tiempo —le respondió preocupada, abrazándola cariñosamente.

—¿Y no has ido al hospital a que te mirasen ese golpe en la cabeza, ni a la policía a denunciar a esos peligrosos individuos? —preguntó enrabiada la bióloga tras la narración de lo ocurrido.

—Como ya te he dicho, según Onawa “*aquí en la isla no sabe uno en quién puede confiar y en quién no*” y no seré yo quién le contradiga. Probablemente me ha salvado de un entuerto muy serio —dijo la española ciertamente afligida—. Además, no sabemos quién es el enemigo ni por

qué, ni tan siquiera lo que ha hecho, así que no puedo ir a las autoridades, ni tampoco quiero llamar la atención en el hospital. Lo mejor ahora es pasar desapercibida. No te preocupes, estoy perfectamente, lo de la cabeza no es más que una pequeña brecha, y lo demás, simples rasguños —añadió queriendo tranquilizar a Valentina.

—Entonces, ¿crees realmente que corremos peligro al querer indagar en torno a lo ocurrido con Richard y el poblado nativo? —inquirió Valentina.

—Es posible, pero yo no he venido hasta aquí de turismo —aseguró Alba con tenacidad—. Tengo unos objetivos claros, y todos ellos pasan por esclarecer, sea lo que sea, lo que está ocurriendo aquí. Porque lo único que es seguro, es que hay una trama oculta, aunque al parecer casi nadie la conoce, y que presumiblemente esté detrás de los enigmáticos sucesos de la isla, o al menos, de algunos. Así que sigamos con el plan establecido, es decir, veamos el siguiente videoblog de Richard —sentenció con vehemencia la joven.

—Admiro mucho tu arrojo, Alba —afirmó Valentina halagando a su amiga—. Resulta inspirador. Bien, pues sigamos con Richard, a ver qué tiene que ofrecernos —bromeó, mientras introducía el siguiente CD, perteneciente a la séptima grabación del malogrado biólogo.

—Buenas noches, son casi las once en Scarlet Island, el calor es abrumador, nada que no pudiese esperar aquí en la zona intertropical, por otra parte. Como podéis comprobar en los resultados de las experimentaciones con los ratones, por desgracia no son satisfactorios. Las vacunas llevadas a cabo, a través de las plantas que he probado hasta el momento, no han tenido el efecto esperado. Apenas han interferido en los roedores infectados de VIH. Al primero le inyecté una dosis baja, con el segundo doblé la dosis, con el tercero doblé la dosis del segundo, y con el cuarto la del tercero. Pero por desgracia, tres días después de su administración los resultados son insignificantes, prácticamente inapreciables.

»Con los ratones que contienen células cancerígenas el resultado fue incluso peor. Al administrarles las vacunas, estas desaparecían literalmente, no tenían influencia alguna. De igual manera, ocurrió con el Évola y la Polio. Así que todo el esfuerzo y las esperanzas puestas hasta ahora no han servido de nada. Pero aún tengo la ilusión de conseguir algo importante con la flor escarlata. No se por qué, pero tengo un presentimiento con ella, por eso la he dejado para la última, quiero recrearme en su estudio. Si no conseguimos nuestros objetivos siempre nos quedará la industria cosmética, donde sin duda podríamos utilizar algunas de estas plantas para crear cremas hidratantes que luchen contra el envejecimiento de la piel, como tantas otras veces hemos hecho...

»Las muestras de las vacunas experimentales ya viajan camino a Madrid en su caja refrigerada de poliuretano a menos ochenta grados Celsius, tal y como requiere el protocolo, para que contrastéis y confirméis los malos resultados. Saludos, os mantendré informados... Por cierto, Onawa me ha dicho que ha sido aceptada mi petición para probar la “ayahuasca” Nagonapu. La semana que viene podré participar en un ritual similar al de los adolescentes que pretendían pasar a ser considerados adultos. Eso sí, lo haremos en la intimidad, tan solo Onawa, el chamán que produce el brebaje, yo y poco más. No estará presente todo el poblado porque podría estar mal visto, según me explicó Onawa. Este me ha confesado que también sabe producir esa bebida, pero que no le está permitido hacerlo para nadie más que a sí mismo, ya que mientras el chamán de la tribu ocupe su lugar, él debe ser el encargado de su preparación. Quiero tratar de grabarlo con la cámara de vídeo. Ya os contaré cómo ha ido mi experiencia».

—¡Qué fuerte, lo va a probar! —dijo Alba—. A mí también me habría encantado.

—Yo no lo haría por nada del mundo. Sabe Dios qué le echarán a eso, y lo perjudicial que

puede ser para las neuronas —argumentó escéptica Valentina—. Lo que ha dicho de los resultados, es descorazonador. Yo por el momento tampoco he conseguido nada reseñable. Los ratones no muestran evoluciones favorables, pero con los comentarios de Richard en el vídeo, creo que puedo dejar de esperar y pasar a una siguiente fase. ¿Sabes? Yo también he dejado la flor escarlata para el final. No me preguntes porqué...

—¿Intuición quizá? —preguntaba Alba.

—Introduce el siguiente y veamos cómo continua esta intrigante historia —dijo Valentina.

—De acuerdo, se trata de la octava grabación en su novena semana en la isla —señaló Alba con el próximo CD en la mano—. Por cierto, ¿a ti nunca te obligaron a realizar este tipo de grabaciones? —le preguntó Alba a la bióloga.

—En un principio me dijeron que yo también tendría que hacerlos, pero yo me negué rotundamente y como no tenían muchos candidatos donde elegir para venir aquí, dieron su brazo a torcer y me salí con la mía. Esos videoblogs me parecen un coñazo, además de que no estaba dispuesta a realizar las cosas de la misma manera que alguien a quien le había ido tan mal... por nada del mundo —argumentó Valentina—. ¡Qué mal rollo! Creo que con los mails es más que suficiente —finalizó diciendo.

—Entiendo —adujo Alba. Se volvió hacia el DVD y suspiró—. ¡Allá vamos! —Lo introdujo y pulsó el temido botón de inicio.

—Buenas noches, señores, estoy desarrollando un antígeno a partir de moléculas derivadas de la flor escarlata, para tratar de desencadenar una respuesta inmune protectora cuando este sea introducido en un organismo con células cancerosas, sean del tipo que fueren. El antígeno se une a ciertos anticuerpos, propiciando o activando una defensa de las células infectadas. Se las voy a inyectar a los seis roedores con los distintos tipos de cáncer más recurrentes. Esperaremos unos cuantos días para ver los resultados de la investigación.

»Mañana vuelvo con Onawa a Chambea, que es como se denomina en el idioma Nagonapu el poblado nativo, voy a probar ese brebaje similar a la “ayahuasca”. Llevaré la cámara, y si no me dejan grabar abiertamente la esconderé con disimulo en mi mochila, porque quiero saber exactamente lo que me va a ocurrir. Ya os contaré qué tal me ha ido, mientras tanto esperaremos los resultados de las nuevas vacunas. Tengo buenas sensaciones con ellas, creo que la flor escarlata puede tener una novedosa composición que la haga extraordinaria, algo fuera de lo común, nunca había visto nada parecido. Ojalá pudiésemos conseguir resultados, sería maravilloso poder ayudar a tantos y tantos enfermos en todo el mundo.

De pronto, Richard se tiró de la silla hacia un lado de manera escalofriante. Chocó estrepitosamente contra el suelo ante la perplejidad de las amigas. Su imagen desapareció de la pantalla, quedando la silla de ejecutivo con ruedas en la que estaba sentado detrás de una mesa, girando lánguidamente. Alba y Valentina estaban espeluznadas, tras unos cuantos segundos, seguían sin ver en la pantalla al biólogo y sin saber qué diantres le había ocurrido, mientras la silla seguía moviéndose poco a poco, amenazante. Las amigas se pegaron la una a la otra, aterradas ante la inverosímil escena que estaban presenciando en la pantalla, hacia la que cada vez se les hacía más difícil mirar. Una calma tensa se adueñó de la grabación, en la que únicamente seguía viéndose la silla detrás de la mesa, ya detenida.

Los corazones de las chicas intuían que algo iba a ocurrir. Se sentían como si estuviesen viendo una película de terror, pero el hecho de saber que era real las asustaba mucho más. Un fuerte golpe en la grabación sustrajo a ambas de su enfermiza imaginación. La cámara vibró, pero nada se pudo advertir por ningún lado. Richard seguía sin aparecer y las chicas estaban desquiciadas por

la incertidumbre. La luz del apartamento de Valentina se apagó de sopetón, para desgracia de ambas. Todo quedó en penumbra, sembrando el salón de la italiana de gritos de puro pavor. Las amigas apenas se movieron de donde se encontraban, agarradas fuertemente una a la otra. Transcurridos unos veinte segundos, Valentina hizo ademán de desembarazarse de Alba para ir a mirar el automático de luz en la entrada, pero la española la asía con más ímpetu aún cuando notaba que la bióloga intentaba moverse. Algo que no resultó necesario, ya que la corriente eléctrica reanudó su cometido tan sorprendentemente como dejó de funcionar. La televisión también se encendió e incluso el vídeo continuó por donde se había detenido, pero con una diferencia evidente, ya que en ese momento el tiro de cámara captaba algo donde antes no había nada.

Richard se encontraba al fondo del cuarto donde hacía sus grabaciones, a unos tres o cuatro metros de distancia de la cámara. Su posición corporal era ciertamente sombría. Mantenía la cabeza gacha, con la barbilla tocándose el pecho. Su respiración era alarmantemente acelerada, incluso por momentos parecía sufrir convulsiones. Alba y Valentina se sentían morir al contemplar semejante contexto. De pronto, Richard se lanzó a la carrera en dirección a la cámara. Un grito doble rompió el silencio tenso que reinaba en la casa de Valentina. Pero el biólogo, que daba la impresión de ir directo a por el aparato, se arrojó en plancha al suelo por encima de la mesa de despacho frente a la cámara, desapareciendo por segunda vez del plano. La toma de la videocámara vibró de nuevo, como si el hombre hubiese topado con el lugar en donde estaba apoyada.

—¿Pero qué cojones...? —clamó Valentina, desquiciada—. ¡Voy a quitar esta locura ahora mismo! —adujo levantándose del sofá con energía. Pero al ponerse en pie y acercarse al DVD que estaba junto a la televisión, el rostro de Richard apareció en un perturbador primer plano en toda su extensión. La cara desencajada y psicótica surgida desde abajo terminó de rematar los nervios de Valentina, que justo frente a la tele, quedó impresionada sobremanera al ver esa imagen y encima tan de cerca. Tanto fue así que cayó de espaldas al suelo y reculando volvió al amparo de Alba, que desde el sofá la abrazó con vigor.

La cara desequilibrada de Richard desapareció enseguida de la pantalla, pero el encuadre comenzó a temblar. La cámara se movía, Richard debía haberla cogido, aunque no se le veía. De pronto se elevó al menos medio metro y comenzó a desplazarse por su antigua vivienda, ahora de Valentina. Giró sobre sí mismo y encaró la puerta de la habitación en la que se encontraba. Las chicas no daban crédito a lo que veían sus ojos, aquella pesadilla no parecía tener fin. El hecho de ver la imagen grabada de esa cámara de video, deambulando por la misma casa en la que se hallaban resultaba estremecedor.

Salió de la habitación donde llevaba a cabo los videoblogs, justo enfrente del cuarto de Valentina. Se adentró por el pasillo en dirección a la puerta. Se desplazaba casi en la oscuridad total, por eso encendió una luz auxiliar con la que iba equipado el aparato. La filmación avanzaba con ese pequeño haz de luz blanca e inquietante a través del pasillo que tenían junto al comedor, donde estaban en ese momento. Hacia él miraba Alba con recelo y de reojo mientras volvía la vista de nuevo a la pantalla. Se detuvo en la misma puerta de la vivienda, enfocándola. La grabación giró hacia la pared y se orientó a una cajetilla de plástico. La mano, presumiblemente de Richard, apareció en escena y abrió dicha tapadera para después bajar las clavijas del automático. Justo en ese momento la luz de todo el piso desapareció de nuevo y no precisamente en el videoblog. De nuevo se quedaron a oscuras, pero en este caso y tras multitud

de nuevos gritos, no parecía que la electricidad tuviese intención de volver a funcionar rápidamente como antes.

—Valentina, ¿qué ha sido eso? —dijo Alba, absolutamente sobrepasada por la situación—. ¡Es como si Richard hubiese apagado la luz desde dentro de la grabación... es de locos! —susurró aterrada a su amiga, que ya no sabía ni lo que contestar para calmarla.

—No es posible... ¡No puede ser! —fue lo único que acertó a decir tartamudeando. Después de pensarlo unos segundos, se levantó y comenzó a caminar muy despacio hacia el tenebroso pasillo que acababa de ver en el CD.

—¿Pero a dónde vas? —musitó en voz baja Alba—. ¡Ni se te ocurra dejarme aquí sola! —añadió y levantándose rauda siguió los pasos de su amiga hasta agarrarla por detrás y avanzar con ella hacia el pasillo. Acababan de ver ese mismo lugar a través de la pantalla en el que Richard hacía exactamente lo mismo que ellas ahora. Parecía una situación tramada por una mente maquiavélica, cruel y desquiciantemente ingeniosa. Algo digno de un buen guion en el que nunca esperas por dónde van a ir los tiros, si en otra dirección o en la tuya propia... Avanzaban con cautela parsimoniosa, sopesando la importancia de cada paso hacia el lugar en este caso no deseado, pero necesario. Ya estaban frente a él, la cajetilla de plástico que cubría las distintas fases de la luz corriente de esa vivienda, que reposaban detrás. A duras penas la verían de no ser por la claridad que se colaba por alguna rendija, seguramente del alumbrado público de la calle. Valentina, mirando previamente a todos lados, alargó el brazo y abrió esa tapadera.

—Están todos los automáticos arriba... entonces, ¿qué diantres ocurre? —se preguntaba.

—No tengo ni idea, pero nada de todo esto me parece mínimamente normal, ¿no sé si a ti...? —adujo Alba.

En ese momento y de manera instintiva giró la cabeza a su espalda, hacia el fondo del pasillo, en dirección al comedor en esta ocasión. Donde a ojos de Alba, una forma o más bien un bulto oscuro con aparente aspecto humanoide, pasó caminando despacio frente al marco que daba lugar al pasillo en el que se encontraban. Andaba por mitad del comedor como si tal cosa. El grito interior que proyectó la española, en el exterior debía ser de tal magnitud, que a punto estaría de romper los cristales de las ventanas. Pero no se permitió el lujo de dejarlo brotar, así que lo amarró con tamaña dificultad en lo más profundo de su estómago y lo transformó en reacción, moviendo su cuerpo. Blanca como el papel, cogió a Valentina por la muñeca con exagerada fuerza y la condujo bruscamente y sin articular vocablo alguno hacia una puerta cercana, en la que ambas se introdujeron.

—¿Pero qué haces? —preguntó Valentina extrañada al ver la reacción de su amiga, y sin comprender qué la provocó. Alba cerró la puerta del que era el cuarto de Valentina tratando de hacer el menor ruido posible. Se giró nerviosa mirando a todos lados sin prestar aparentemente atención a la pregunta realizada por la bióloga. Buscaba algo con apremio. Fijó la mirada en la mesita de noche. Avanzó rauda hacia ella y la levantó en peso con sorprendente facilidad, para después transportarla hasta la puerta del cuarto, en donde la inclinó un poco para que quedase atrancada.

—¡Creo que lo he visto...! —aseguró volviéndose hacia la italiana al sentirse más segura.

—¿Cómo que lo has visto? ¿A quién te refieres? —respondió, temiendo conocer la respuesta.

—Juraría que he visto a Richard andando por el salón. ¡Te lo digo en serio, ha pasado caminando, está ahí afuera! —decía tratando de no alzar la voz, aunque le costaba mucho esfuerzo llevarlo a cabo.

—Pero Alba, eso es imposible —adujo aterrada. Un fuerte golpe de cristal roto en el interior de

la casa, cercano a la habitación, estremeció a ambas.

—¿Lo ves? ¿Qué me dices ahora? —reivindicó Alba. Las chicas corrieron para coger todo cuanto pudieran poner frente a la puerta, con intención de dificultar la presumible entrada de quien estuviese por allí, merodeando en su casa. Tras las carreras y el pánico, ambas se sentaron cogidas de las manos en el borde de la cama, mirando con cara de cordero degollado hacia la puerta y rezando porque no se moviese, como finalmente ocurrió.

La tensión y el cansancio de la noche acabó rindiendo a las chicas ante el sueño. Se quedaron profundamente dormidas hasta que los primeros rayos matutinos comenzaron a colarse por debajo de la puerta del cuarto.

—¡Ah! —gritó Alba al despertarse sobresaltada y confusa.

—¿Qué hora es? —preguntó más tranquila Valentina desperezándose.

—Son la ocho y media —dijo Alba—. ¿Salimos? —preguntó temerosa.

—No podemos quedarnos aquí para siempre, ¿verdad? —contestó en broma Valentina.

—Por desgracia no —dijo Alba riendo nerviosa. La luz del nuevo día despejó un poco el miedo y el desánimo sufrido ante la inexplicable situación que vivieron de madrugada. Abrieron la puerta con total sigilo, y despacio, cual espías, recorrieron la vivienda pegadas la una a la otra con la esperanza de no encontrar nada que sus dotadas mentes no pudiesen explicar. Pero desafortunadamente no fue así. El suelo del salón, casi en su totalidad, estaba cubierto por pétalos rojos de la flor escarlata. La estampa dejó boquiabiertas a las amigas. Se desplegaron alrededor de la estancia, caminaban despacio y pisando inseguras esos pétalos misteriosos e inofensivos por sí solos, pero que aparecidos de la nada sembraban de dudas e incertidumbres sus vidas.

—¡Por Dios! Pero... ¿qué demonios está ocurriendo Alba? —susurró entre lágrimas Valentina.

—No lo sé, pero sea lo que sea, está a nuestro alrededor —sentenció la psicóloga.

—¿Qué es eso? —preguntó la bióloga señalando al suelo, junto al sofá.

—Parecen los restos del jarrón de cristal que tenías en esa mesita —dijo Alba colocándose en cuchillas frente a los trozos hechos añicos en el suelo—. Un momento... —adujo Alba al coger uno de esos pequeños fragmentos y observar algo así como una inscripción justo debajo de este, y de los pétalos, que prácticamente cubrían el piso. Con la mano hizo un movimiento imitando un limpiaparabrisas, y apartó aproximadamente un par de metros de hojas apostadas allí. Lo que encontró no fue para nada del agrado de ninguna de ellas.

—¡Oh, Dios mío! —suspiró Valentina.

—¡Diecisiete de abril de dos mil dieciocho! —dijo Alba, leyendo lo que encontraron toscamente escrito con una especie de tinta roja en el suelo, que si bien parecía sangre, ambas intuían que se trataba del tinte que solían hacer los *Nagonapu* con la flor escarlata.

—Es la fecha de la... de Richard —dijo Valentina. Alba se levantó y se apartó de allí, acercándose a ella.

—En efecto. Es de locos —dijo la española. Valentina se echó las manos a la cabeza mientras se dirigía hacia la cafetera con intención de prepararse una taza, para propiciar que el engranaje de su agotado y enloquecido cerebro volviese a funcionar a buen nivel.

—Pero ¿qué pasa ahora? —dijo Valentina al tratar inútilmente de encender el aparato—. No me digas que aún no funciona la corriente eléctrica. —Alba se acercó a una llave de la luz que tenía al lado, y tras comprobarla infructuosamente, confirmó las sospechas de la italiana. Esta volvió a atravesar el salón con ese elegante tapiz natural, mirando de reojo aquella maldita combinación de números que conformaba una terrible fecha por lo que en ella aconteció. Volvió

a ojear el automático de la luz tal, y como hicieran la pasada noche antes de encerrarse a la carrera en el cuarto—. Aquí está todo bien. No sé qué es lo que ocurre con la luz en esta casa... bueno, ni con todo lo demás —sentenció apesadumbrada.

—¿Crees que se trata del espíritu de Richard? —preguntó de sopetón Alba sin rodeos—. ¿Crees que de alguna manera estará atrapado en este lugar? —continuó preguntando.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —dijo malhumorada Valentina—. Pregúntaselo a tu amiguito George, que es parapsicólogo —añadió de manera ácida—. Lo siento... —dijo después de escuchar el insultante tono con que esas palabras brotaron de sus labios hacia su amiga—. Es que todo esto me supera, odio no tener el control de las cosas, me pone furiosa. Y aquí no tengo ni pajolera idea de lo que ocurre. No sé si se trata de fantasmas realmente como todo hace pensar, de locura colectiva producida por la isla, o qué sé yo... —dijo para disculparse—. Además, las entidades energéticas suelen quedarse atrapadas en el lugar donde fenecen cuando hay de por medio una muerte violenta, por lo que he oído. Richard no murió aquí, así que no sé por qué debería seguir en este lugar —manifestó.

—Quizá esté aquí porque quiera decirnos algo... A veces lo que pretenden es simplemente comunicar algo que les quedó por decir en vida, algo importante —elucubró Alba.

—¿Te das cuenta de que estamos hablando de fantasmas...? —preguntó incrédula Valentina—. Llamaré a un electricista —finalizó diciendo secante.

Cuando pensaban que no había nada más que las pudiese sorprender esa mañana, el técnico descubrió que la luces no funcionaban porque les habían cortado, literalmente, los cables desde afuera.

—¿Lo ve? —decía el tipo en el gran cuadro de luz que había tras unas puertas metálicas en la entrada del edificio—. Han seccionado los cables de alimentación de su vivienda. ¿Tiene usted problemas con algún vecino? —preguntó de pronto el electricista a Valentina.

—¿Cómo dice? —dijo sorprendida.

—Bueno... Está claro que han querido sabotear su bienestar cortándole el suministro eléctrico. He visto muchas veces asuntos de este tipo. Vecinos que no se llevan bien entre ellos por pequeñas rencillas banales de necesidad —adujo el veterano técnico.

Valentina y Alba se quedaron sin aliento, pensativas y en silencio se miraron sin responder.

—¿Podrá arreglarlo? —preguntó queriendo cambiar de tema y así dar por zanjado el peliagudo asunto.

—¡Por supuesto, en un periquete! —dijo sonriendo con cierta guasa.

¡*Ring, ring, ring...*! Comenzó a sonar el teléfono móvil de Alba, que llevaba en el ceñido bolsillo trasero de sus shorts.

—Es George —dijo intrigada, al ver su llamada entrante—. ¡Dime, George!

—Hola, Alba, ¿cómo te trata la isla? —preguntó el chico cortésmente.

—Pues... no es precisamente la pregunta idónea en este momento —alegó sin pensárselo.

—¿Estás bien? ¿Te ha ocurrido algo? —preguntó de nuevo George, esta vez preocupado.

—No... perdona George, estoy bien, no quería asustarte. Es una larga y extraña historia —respondió la española.

—Si quieres me la puedes contar esta noche mientras cenamos. ¿Qué te parece? —le dijo el joven—. Así podremos hablar de la sesión de investigación que llevaremos a cabo el próximo viernes por la noche, en los alrededores de Blood Lake... Necesitaré tu ayuda y la de tu amiga —le comentó dejando a cuadros y en silencio a la chica durante unos segundos—. Espero que no hayáis cambiado de idea al respecto.

—¡No, no! —adujo dubitativa Alba—. Es que me has pillado de imprevisto. ¿Te han concedido los permisos? —le preguntó con la boca pequeña tras la experiencia de la pasada velada. Quería tratar de parecer interesada e implicada.

—¡Así es, por fin lo he conseguido! —exclamó eufórico—. No me lo puedo creer... Después de tantos años deseando llevar a cabo este proyecto y por fin se va a hacer realidad —decía sin tener ni la más remota idea de que en esos momentos era lo que menos deseaba Alba, aunque sabía que podía ser interesante para su tesis.

—¡Te felicito! —se obligó a decir—. ¿A qué hora y dónde nos vemos esta noche? —dijo Alba tratando de que su voz resultase convincente mientras su cara lívida era un poema.

—No te preocupes, de momento te quedarás en mi apartamento. De ninguna manera volverás a esa casa, al menos por ahora —le decía cariñosamente Alba a Valentina abrazándola junto a la puerta, antes de acudir ambas a su cita con George.

—Muchas gracias. No sé qué haría sin ti, en serio... —aseguró la italiana besándola en la mejilla—. ¿Entonces no te importa que venga Peter con nosotras?

—Al contrario, así te sentirás mejor, ¿verdad? —dijo sonriendo de forma picarona a su amiga, mientras le hacía cosquillas en el estómago—. Salgamos, nos debe estar esperando.

—Vamos a tratar de pasarlo bien esta noche —aseguró Valentina cuando salían por la puerta. En la acera se encontraron a Peter que ya encaraba el timbre de la entrada al edificio para llamarlas. Al verlas, sonrió de forma afable como siempre, saludó a Alba y después le dio un beso en la mejilla a Valentina.

—¡Estáis guapísimas! —les dijo, mirando sobre todo a la bióloga, que llevaba unos pantalones vaqueros cortos dejando ver sus definidas piernas, y una camiseta rosa ancha de tirantes. Sus *looks* esa noche eran de lo más casual, puesto que iban a la playa, aunque se habían pintado sutilmente la cara y arreglado sus rebeldes melenas.

—Lo dices por cumplir —bromeó Valentina—. ¿Hoy es un día festivo aquí verdad? Creo que conmemoráis algún suceso histórico, si no me equivoco —se interesó cuando los tres empezaban a caminar en dirección a Pearl Beach.

—Así es. Se trata de una de las celebraciones tradicionales más bonitas, sin duda. Para mí es la mejor —comentaba entusiasmado—. Recrean la llegada de las primeras naves occidentales a este lugar. La leyenda cuenta que lo hicieron de noche para no ser vistos, por si la isla estaba habitada —explicaba mientras paseaban en contraposición de la brisa, que les obsequiaba con un suave masaje por todo el cuerpo—. En realidad, no se dirigían aquí, sino al denominado Nuevo Mundo, pero las malas condiciones de la mar que encontraron, junto con la desmejorada salud física y mental de la tripulación, por las miserias soportadas en tamaño viaje, sumado a la insoportable inanición, les obligaron a desembarcar cuando por suerte se toparon con este paraíso. Se trataba de tres embarcaciones con alrededor de ciento cuarenta personas. Los nativos no los vieron llegar, se los encontraron aquí de pronto sin saber qué o quiénes eran. Hoy se lleva a cabo una bonita recreación de aquel desembarco que realizaran los europeos, ya hace alrededor de quinientos años —comentaba el joven autóctono mientras relajados caminaban por el último tramo de puerto, antes de la playa.

Había gente por todos lados. Muchos iban con sus cámaras de fotos preparadas, para immortalizar el espíritu de cualquier instante. Se trataba de turistas la gran mayoría. Todos se

dirigían en una riada de cabezas hacia el mismo lugar, la playa nocturna, que era una delicia con el reflejo de la luna llena colgada del cielo.

Al dejar atrás el puerto, atravesando la senda arbolada que lo separa de la playa, pudieron tener una primera imagen de la costa que los hipnotizó. Cientos de pequeños fuegos se extendían a lo largo de los varios kilómetros de orilla, al estilo de la noche de San Juan en las playas españolas. Los tres, extasiados por la belleza de la panorámica con que esa loma les deleitaba, comenzaron a descender hasta la arena propiamente dicha. Allí fue donde Alba había quedado con George y sus dos amigos, y allí los encontraron, sumamente puntuales.

—¡Buenas noches, George! —dijo Alba tal y como llegó, regocijándose interiormente con su presencia.

—Hola, Alba, buenas noches —saludó el chico, admirando embozado su belleza mediterránea, cuando se acercaba a darle un beso. George trataba de acallar a las cientos de mariposas que enloquecidas revoloteaban en el interior de su estómago, produciéndole una sensación de embriaguez emocional. Ese beso le supo a tan poco, que de pronto sintió la necesidad de abrazarla fuerte, aplastando el pecho de ella contra el suyo propio, acariciando esa melena azabache arrebatadora, y besando por fin esos labios carnosos que invitaban al pecado. Pero tendría que esperar.

Tras los saludos, los seis se dirigieron por la arena clara hacia el centro de la playa. George y sus amigos cargaban con dos neveras que se intuían pesadas. Había gente que cantaba y bailaba alrededor de las hogueras, otros simplemente disfrutaban relajados del lugar y el precioso contexto, sentados en cómodas hamacas mientras miraban la luna llena reflejada en el mar calmado. Bastantes personas se bañaban tranquilamente, en esas dóciles aguas que invitaban a refrescarse. En la lejanía interior del líquido medio, algunas parejas se besaban abrazadas, rozando sus cuerpos mojados y excitados con total naturalidad, lejos de miradas incómodas y llenas de reproches.

—Aquí estaremos bien, ¿nos os parece? —dijo George, dejando caer a la arena una pesada nevera, repleta de bebidas que portaba junto con la ayuda de su amigo.

—Sí, es un buen lugar para ver el desembarco —afirmó Peter.

—¡Por fin, pensaba que no aguantaría más! —suspiraba Adam frotándose el brazo dolorido por el peso. Junto con Robert, eran los dos mejores amigos de George.

—¡Estas hecho un blandengue! —dijo en broma Peter, dándole un cariñoso cachete en el trasero.

—¡Es un sitio magnífico! —exclamó Valentina animada, asintiendo Alba que estaba justo al lado.

—¡Saquemos las cervezas, chicos! —gritó Robert, justo cuando una serie de cohetes luminosos ascendían hacia el cielo, lanzados por alguien cercano a donde ellos se encontraban.

—¡Oh, es precioso! —dijo Valentina.

—E ilegal —añadió serio Peter—, nadie puede tirar fuegos artificiales en la playa, existe un gran riesgo de incendio, ¿sabes? Pronto se lo recriminarán, espera y verás... —adujo.

Varias personas pasaron de pronto corriendo en dirección hacia donde habían surgido las bengalas. Se trataba de los guardas *Neronapu*, que con una sonora reprimenda advertían que a la próxima vez que alguien de ese grupo, fuese quien fuese, lanzara otra bengala, todos sin excepción serían expulsados de la playa.

—Es algo muy perseguido en estas festividades —dijo George—, los fuegos artificiales en manos de gente ebria y en un lugar con tanta aglomeración de personas y esta vegetación, resulta

algo muy peligroso —aseguraba cabal el joven.

—De hecho, ya en el pasado ha habido muchos accidentes por este motivo —explicaban a las chicas, mientras todos observaban el tremendo rapapolvo que estaba sufriendo el ideólogo de la hazaña luminosa. Alba, con Valentina a su lado que la miraba cariacontecida, sintió encoger el corazón al ver a esas personas uniformadas y con las armas colgando en sus anchas espaldas. Algo se removió en su interior. Una punzada de miedo atravesó su espinazo. Los guardas se retiraban ya, terriblemente enojados y con cara de muy pocos amigos. Al pasar junto al grupo de Alba y los demás, las miraron directamente a los ojos tanto a ella como a Valentina, de forma inequívocamente provocadora. Alba quedó petrificada al ver la actitud de esos hombres hacia ellas, pero cuando bajó la vista por casualidad hacia su calzado, aún se asustó mucho más. Reconoció sin género de duda esas botas pseudo militares que observó en casa de Onawa, con aquellos peligrosos hombres desconocidos a su alrededor.

—Son unos imbéciles, aunque tengo que reconocer que en este caso tienen razón —dijo Adam mirándolos cuando se iban.

—Siempre han sido unos prepotentes, pero desde que hace unos cinco años los nombrasen guardas forestales de la isla, parecen estar endiosados, se sienten por encima del bien y del mal —comentó Peter al mismo respecto.

—A mí me dan muy mala espina —apuntó George—. No sé... hay algo en ellos que no me gusta, no me parecen de fiar. ¿Has visto cómo las han mirado a ellas? —reseñó observador—. ¿Los conocéis de algo? —les preguntó mirando a Alba que se sentía temerosa.

—No... para nada. Tan solo los había visto una vez, cuando fuimos a Blood Lake con Peter, estaban trabajando en la senda de entrada —dijo tratando de disimular su nerviosismo.

—Ellos ni tan siquiera tienen buena relación con el resto de *Neronapu*, y con los *Nagonapu* apenas cruzaban palabra. No eran bien recibidos en el poblado, decían que eran unos jóvenes pendencieros e impulsivos. Mala combinación —aseveró Peter.

—Se estaban pavoneando un poco, nada más —dijo Valentina para intentar zanjar por fin esa conversación, a la vista de lo que intuía que significaba la cara de absoluto terror de su amiga.

—Bien, chicos y chicas, vamos a abrir unas cervezas y disfrutar de esta noche tan especial, mientras tanto y hasta que empiece la arribada a las doce —dijo George mirándose el reloj—. Os explicaré lo que haremos en la experiencia de investigación que vamos a llevar a cabo por fin, junto al lago —manifestó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Sí, eso es! ¡Lo haremos por fin! —vitoreaba y aplaudía su amigo Adam entusiasmado.

—¡Sí... vamos a hacerlo, George! —animaba también Robert, en contraposición de las caras de las chicas, mucho menos excitadas debido a los últimos acontecimientos.

—¡Enhorabuena, George! —exclamó Peter—. Nadie antes lo había hecho, debes estar orgulloso.

—La verdad es que es un sueño para mí —corroboraba el parapsicólogo—. Llevo muchos años buscándolo con ahínco.

—¿Vosotros ya os conocíais de antes, verdad? —preguntó Alba.

—Prácticamente todo el mundo se conoce aquí en la isla, aunque se tenga más o menos trato con unos o con otros —adujo George.

—¿Qué es lo que vamos a hacer exactamente? —preguntó Valentina en esta ocasión.

—Vamos a realizar un estudio de campo pormenorizado, basándonos en las claves de la parapsicología —decía George—. Lo primero, será instalar el equipo en un centro de mando propiamente dicho. Colocaremos aparatos de grabación de audio y vídeo por la zona en la que

llevaremos a cabo la experiencia. Flanquearemos un perímetro de estudio mediante sensores de movimiento y de medición volumétrica, para asegurarnos de que nadie penetre en ese espacio durante la experimentación contaminando los datos que arroje el estudio —seguía explicando el muchacho—. Una vez esté todo listo, haremos varios grupos de dos o tres personas para llevar a cabo una suerte de batida por ese espacio acotado, separados, pero en sincronización mediante los radiotransmisores, que nos mantendrán en continuo contacto. —Alba y Valentina se miraban de reojo con cara de circunstancias—. Durante esa marcha trataremos de captar todo lo posible con nuestros aparatos, para intentar sacar conclusiones que nos lleven por fin a entender algo de lo que ocurre en ese enigmático lugar —explicaba el joven con un semblante de excitación tal, que no podía dejar de sonreír de manera inconsciente.

—¡Va a ser genial, tío! —exclamó Adam con júbilo.

—En realidad, no es lo que yo entiendo por una noche de ensueño... pero si necesitáis ayuda, yo podría echaros una mano —dijo Peter.

—Contaba con ello —respondió George—. De lo contrario, te habría pedido que te marcharas de aquí antes de empezar a explicar los pormenores del plan que trazaremos, porque una de las condiciones que me obligaron a aceptar desde el consistorio, fue que nadie ajeno al estudio fuese informado, es decir, la experiencia se va a llevar a cabo en el más estricto secreto. Nadie tendrá conocimiento de nuestra presencia allí esa noche, así que estaremos completamente solos —concluyó volviendo el rostro emocionado hacia las chicas, que forzaron una mueca de entusiasmo irreal mientras tragaban saliva con dificultad.

—¡Será una pasada, estoy deseando que llegue el momento! —aseguraba Robert con mucho ímpetu.

—¿Cuál será exactamente el área que abarcará el experimento? —preguntó Valentina intuyendo la respuesta.

—Englobará un perímetro de aproximadamente cinco kilómetros cuadrados, comprendidos desde la loma de la flor escarlata hasta poco más allá de Chambea, el pueblo *Nagonapu*, y desde allí hacia el interior del bosque, pasadas las ruinas de los colonos en toda su amplitud y de vuelta a la loma. La zona marcada en un mapa describe la forma de un triángulo equilátero casi perfecto. Lo podríamos llamar el triángulo mágico de Scarlet Island —añadió George bromeando—. Como todos sabéis se trata de los puntos candentes en cuanto a las experiencias extrañas de la isla se refiere.

—¿Y no crees que pueda resultar peligroso dados los antecedentes que reseñas? —preguntó certera Valentina.

—Como ya he dicho, es el lugar en el que mayor número de casos han sucedido, pero ninguno de ellos ha resultado finalmente perjudicial para nadie, literalmente hablando y gracias a Dios —comentaba el chico tratando de resultar convincente.

—¿No?, y... ¿qué me dices de Richard, el biólogo? Desconozco el lugar exacto, pero apuesto lo que quieras que está dentro de ese triángulo trazado en el mapa —alegó Valentina—. ¿Me equivoco?

—¡No, y sí! —respondió confusamente George—. No te equivocas en cuanto a que lo encontraron dentro de esos límites, y sí en cuanto a que a Richard no le ocurrió nada, simplemente estaba chiflado, o eso es al menos lo que dice la gente que trataba con él, ¿verdad, Peter?

—Ya les he explicado que el pobre parecía estar desequilibrado, y que las últimas semanas iba por libre y hacía cosas extrañísimas. Le perdí la pista hasta que lo encontraron allí, tirado...

—comentó afligido.

—¿Y cómo sabemos que no le ocurrió nada y que fue solo su locura la que le llevó a semejante final?, ¿quién puede asegurarlo? —preguntó entonces Alba.

—En realidad creo que nadie estaba allí para verlo, pero fue lo que determinaron las autoridades tras sus exhaustivas pesquisas —respondió Adam en esta ocasión—. Tendremos que creer la versión oficial, no queda otra alternativa —dijo el joven.

«Eso habrá que verlo», pensaba Alba para sus adentros. Hubo un largo e incómodo silencio con miradas escrutadoras de ida y vuelta entre unos y otros, que sembraron las dudas en el grupo, pero el grito de una chica justo al lado de ellos los sacó a todos de esas elucubraciones en las que estaban inmersos.

—¡Ya llegan! —aseguraba una joven adolescente levantándose y señalando con la mano hacia el interior del mar. Todos se incorporaron tras el anuncio acercándose cuanto pudieron a la orilla, desde donde, mojándose los pies, a duras penas se apreciaba la silueta de varios navíos espectaculares que se intuían en la lejanía oscura.

—Parecen verdaderos galeones de tiempos inmemoriales —declaró sorprendida Alba.

—Son réplicas de naves de la época, aunque por supuesto más pequeñas que aquellas. Al verlas desde lejos infunden verdadero respeto —decía el chico—. Te hacen de alguna manera retrotraerte mediante la imaginación a aquella otra época tan remota, tan salvaje. Es increíble cómo podían atravesar medio mundo en semejantes aparatos rudimentarios.

—¡Debía ser de locos! —exclamó Peter.

—Y sucedió justo aquí en realidad, en donde nos encontramos. ¿No os parece fantástico? —comentaba George.

—Es culturalmente delicioso —dijo Alba disfrutando de la noche y de esa magnífica recreación.

—¿Cuántas naves desembarcaron? —preguntó Valentina—. Yo acierto a ver al menos tres.

—En efecto, son tres —confirmó Robert—, como tres fueron las que llegaron cargados de gente y miseria en un principio.

—Parece como si se hubiesen detenido, ¿no se acercan más a la orilla? —se interesó Alba con ganas de verlas más de cerca.

—No pueden hacerlo —le respondió Robert de nuevo—, quedarían varadas en los bancos de arena. Esa es la zona más cercana a la que pueden acceder, tal y como hicieron en su momento los colonos. El lecho marino alrededor de la playa es sumamente poco profundo en comparación con el puerto, hay lugares en los que se puede caminar varios kilómetros hacia el interior del mar sobre grandes bancos de arena, sin apenas mojarse las rodillas, es maravilloso. Pero por donde han entrado los navíos constituye una excepción, se trata de un canal natural que ya entonces era la zona menos peligrosa para aproximarse a la costa lo máximo y desembarcar. La zona del puerto era mucho más abrupta y rocosa, al igual que en el resto de la isla.

—¡Vamos, chicos! —dijo Adam quitándose la camiseta—, ellos no pueden acercarse más, pero nosotros sí podemos hacerlo.

—¡Sí, vayamos a su encuentro! —exclamó animado George.

—Pero... yo no he traído bañador —dijo Alba.

—¡Ni yo tampoco! —dijo Valentina.

—¿Acaso crees que yo he traído...? —preguntó Adam bajándose los pantalones cortos y quedándose en calzoncillos. Se los sacó por las piernas y depositándolos junto a las neveras,

echó a correr hacia el agua hasta brincar por encima de una pequeña ola y zambullirse en picado en aquel precioso mar nocturno.

—Aquí no nos hace falta bañador para refrescarnos —dijo George que seguía los pasos de Adam, con Robert haciendo lo mismo a su lado—, mirad a vuestro alrededor —recomendó a las chicas de pronto.

Alzando la vista a los grupos de personas más cercanos, Alba y Valentina pudieron comprobar que la mayoría de la gente se estaba desvistiendo para entrar en el mar. La gran mayoría, tanto chicos como chicas, se quitaban sus atuendos quedándose en ropa interior sin pudor alguno. Ambas se miraron riendo, muy sorprendidas.

—Sí, bueno... digamos que es una tradición bañarse esta noche, ya sea con traje de baño o sin él —dijo riéndose Peter mientras se quitaba la camiseta, e invitaba a hacer lo propio a Valentina estirando la mano para que esta se la agarrara.

—Casi todo el mundo entra al agua para ver el desembarco de los colonos, es una forma de acompañar la recreación, viviéndola desde lo más cerca posible —comentaba George—. La gente forma un gran pasillo en el que esperan a los marinos que vienen a remo con sus botes, una vez han dejado los navíos anclados más allá. Cuando topan con la arena y no pueden acercarse más a la costa, bajan de las barcas ya rodeados de la muchedumbre que en silencio observa la secuencia —explicaba George—. ¿Os animáis? —le preguntó a las chicas mirando sobre todo a Alba.

Las amigas se miraron directamente a los ojos, sonrieron de manera cómplice y sin durarlo ni un instante se quitaron raudas las frescas camisolas que portaban y después los pantalones, quedando completamente en ropa interior en mitad de la playa a la luz de la luna. A su alrededor, cientos de personas se adentraban en esas aguas calmadas y misteriosas, que en otros tiempos vieron el comienzo de la durísima andadura de los occidentales en aquellas tierras recónditas.

Los chicos les ofrecieron sus manos para ayudarlas a entrar al mar, como enseguida hicieron. Un par de gritos siguieron a su internada al medio líquido, por el frescor que notaron, pero en menos de un par de minutos ambas estaban disfrutando de un maravilloso e inesperado baño multitudinario, sumergiéndose por completo en el agua complaciente bañada por la luz de la luna, de la mano de esas personas especiales para ellas.

—¡Cuánta gente hay este año! —Se asombró Adam que abría el grupo por delante con Robert, avanzando con agua hasta la ingle. Los demás iban detrás disfrutando del momento, que resultaba un tanto sexi para las parejitas en ciernes. El pasillo humano estaba bastante perfilado ya, tanto que les costó trabajo encontrar un lugar libre de personas en el cual pudiesen colocarse los seis para contemplar ese espectáculo. Tuvieron que adentrarse bastante. Tanto que el agua les llegaba por encima de la cintura. Los galeones replicados a escala se alzaban apenas a cincuenta metros de allí, impertérritos, dibujando sus siluetas en el horizonte gracias a la claridad que les proporcionaba la luna. Todo el mundo miraba hacia ellos, los tres se colocaron en paralelo a la costa en una misma línea a escasos veinte o treinta metros unos de los otros. Resultaban imponentes.

De pronto, unos bultos negros que parecían descender por los laterales de los navíos hacían intuir que estaban bajando las barcas para tomar tierra finalmente. Un fuerte golpe al dejarlos caer bruscamente al agua confirmó esa presunción. Dos botes de cada barco salían a golpe de remo en busca de la tan ansiada tierra prometida. Ya se acercaban en completo silencio. La gente apenas murmuraba, se comportaba de manera respetuosa mientras veían el espectáculo. Alba sentía fuegos artificiales en el estómago mientras, en ese maravilloso contexto, George la

abrazaba por detrás provocando que sus cuerpos húmedos se rozaran, incrementando sobremanera el deseo que sentían el uno por el otro. Valentina sentía lo propio, mientras Peter le agarraba con ternura de las manos, jugueteando en el agua como adolescentes enfervorecidos en sus primeros amoríos.

La noche no podía estar resultando más hermosa. Los botes llegaban y ya se veían a esos curtidos navegantes ficticios, llevando a cabo sus avatares de forma tan realista, que cualquiera diría que eran realmente los primeros colonos europeos que alcanzaron este paraíso. El aspecto de los actores perfectamente caracterizados hizo estremecer a más de uno al verlos justo enfrente. La primera barcaza topó con la arena a la altura de Alba y los demás. Los otros cinco fueron llegando segundos después, y colocándose en los laterales del primero, paralelamente a este.

Un primer marino con rostro lúgubre y andrajoso se lanzó sin pensarlo al agua ya rodeado de decenas de espectadores atónitos. A este que parecía erigirse en el líder le siguieron todos los demás, que sumaban al menos treinta y cinco. Con paso firme y recio incluso en el agua, se abrían camino sin articular palabra ni sonido alguno, cual escuadrón fantasma por aquel pasillo de almas. Valentina se erizó, cuando al contemplar semejante e imponente grupo de valientes pasando en esa semioscuridad, comprobó cómo uno de ellos giraba la cabeza con rostro severo y despiadado. Agarró más fuerte a Peter atrayéndolo hacia sí.

Pasaron de largo y desde su posición los veían cómo se acercaban a la costa, hasta que tomaron tierra finalmente. Un tremendo grito de celebración de uno de ellos rompió el profundo silencio, dando lugar a un sinfín de silbidos, aplausos y gritos, conmemorativos de tal hazaña por parte de los cientos de personas que se arremolinaban a su alrededor y a lo largo de la playa. Los vítores festivos duraron unos cuantos minutos, en los que la gente celebraba de forma efusiva la conmemoración un año más de esa importantísima efeméride. Se brindaba con botellas de cerveza, refrescos e incluso champagne a lo largo y ancho de la playa. Los que aún estaban dentro del agua, alzaban los brazos y festejaban igualmente. Los actores, relajando ciertamente ya sus poses, comenzaban a interactuar con los turistas haciéndose fotos y hablando con ellos.

George, aprovechando la coyuntura positiva, agarró a Alba con sus brazos por la espalda y las piernas elevándola sutilmente dada la ligereza de su esbelto cuerpo. La alzó dando varias vueltas sobre sí mismo por encima del agua, obligando a la española a aferrarse fuerte a su torso antes de detenerse mareado. La gente ya se retiraba volviendo a la orilla, momento en que Alba y George quedaron relativamente a solas al amparo nocturno. Se miraron a los ojos en esa singular velada, más tarde a los labios y se besaron por fin.

Sus cuerpos se fundieron en uno, con esa semidesnudez embriagadora que hizo estremecer a ambos. El beso se tornó de lo más húmedo, haciendo aflorar esos sentimientos reprimidos, amarrados en su interior desde que se conocieron. Las manos de los jóvenes, completamente desinhibidas, sondeaban sus cuerpos tersos y firmes prendiendo finalmente la llama de la excitación. Ambos cuerpos se dejaban caer en el agua para sumergirse en busca de cierta privacidad. De repente, la poca ropa que llevaban les estorbaba, por lo que se la quitaron, propiciando que la suave piel de los dos se fundiese en una sola, a tal temperatura que debía incluso calentar el agua a su alrededor. Los pechos de Alba rozaban y se embutían en el cuerpo de George una y otra vez, turgentes y cálidos, mientras sus zonas erógenas se encontraban.

Nadie en la playa los observaba, pasaban completamente desapercibido en mitad de la festividad y la algarabía como tantas otras parejas en su misma situación. Los suaves movimientos compenetrados de ambos los condujeron inevitablemente a la rampa de salida de la montaña rusa del placer más instintivo. El clímax sexual se aproximaba con cada certera

arremetida de George, sus músculos se tensaban en la espalda y los brazos, bajo las manos extasiadas de Alba que estaba experimentando la situación más excitante de toda su vida, entregándose por completo a la irremediable lujuria. De pronto y por instinto miró hacia la orilla, en donde comenzaban a elevarse de manera mágica cientos de farolillos voladores blancos con su llamita diminuta, plagando el cielo de una belleza insoportable en mitad de la noche. En ese momento sus cuerpos explotaron de pura pasión al unísono, mientras los farolillos se internaban hacia el mar sobre sus cabezas conducidos por la brisa. Un instante inolvidable desbordado de placer y belleza al mismo tiempo. Sus movimientos tensos se suavizaron, mecidos por la leve marea que con su vaivén los abrazaba, mientras besándose profundamente, gozaban frotando sus cuerpos con los últimos coletazos de placer y excitación.

—¡Qué fuerte, tía... no me lo puedo creer! —le decía Valentina a Alba, cuando la psicóloga le explicaba a la mañana siguiente en su casa, lo que había sucedido en el mar con George—. Yo también he besado a Peter, pero nada más, de momento...

—Lo sé, Valentina, esas cosas no son propias de mí, te lo aseguro, pero el momento, el lugar, la pasión... —trataba de justificarse—. Me he dejado llevar, el deseo entre los dos era irresistible. Puede que todo el estrés y el agobio vivido en los últimos días hayan a florado de mi interior de esa manera —seguía excusándose Alba, algo avergonzada.

—¿Pero qué dices...? —la reprobó su amiga—. A mí no tienes que darme explicación alguna. Ojalá yo hubiese encontrado el momento para haber podido vivir semejante subidón. Debe haber sido magnífico, ¿verdad? —preguntaba a su amiga.

—¡Uf... ha sido fabuloso, inexplicable! —se sinceraba Alba ya más tranquila, por la inexistente censura de Valentina—. Lo más maravilloso que jamás he experimentado.

—Qué envidia, cariño. Esas son las vivencias que una recuerda cuando siendo viejita al lado del fuego, la mente se retrotrae a la juventud, y piensa que por cosas así su vida ha merecido la pena —aseguraba Valentina, llegando a emocionar a la joven, que quedó prendada de esa nostálgica imagen.

—¡Tienes razón! No tengo de qué avergonzarme, esto nos es sino la vida en sí misma —reflexionaba Alba—. Volviendo a lo que nos concierne —adujo Alba dando por zanjado el tema—. Tenemos que seguir con los vídeos de Richard por mucho que nos cueste Valentina, hay que llegar de una vez por todas al fondo de este turbio asunto, y no sé por qué me da la impresión de que no tardaremos demasiado en lograrlo —insinuó—. ¿Viste a aquellos hombres, los guardas? —preguntó de sopetón.

—Por supuesto, y sobre todo advertí tu mirada aterrada. Eran ellos los que estaban en el exterior de la cabaña de Onawa, ¿verdad? —preguntó intuitiva.

—¡Juraría que sí! Sus botas, las armas, ¿quién si no? —confirmaba la joven—. Con lo cual, y según Onawa, ellos deben ser esas personas peligrosas.

—Que por otra parte es justo lo que estaban diciendo los chicos, que son realmente pendencieros —añadió Valentina—, y supones que están detrás del corte de luz y que pueden ser quienes nos siguieron. ¿Piensas que realmente van tras nosotras por estar investigando el caso de Richard?

—¿Por qué si no? Creo que de alguna manera deben ser parte de la supuesta trama, pero aún no sé de qué forma, puesto que no conocemos dicha trama —reflexionaba Alba—. ¿Acaso no viste sus miradas amenazadoras cuando nos cruzamos? ¡Lo saben! Son ellos y saben lo que

pretendemos hacer y probablemente no les guste nada en absoluto —terminó diciendo. Valentina quedó pensativa y con la mirada perdida en ninguna parte.

—En ese caso habrá que actuar con sigilo y presteza. Esta tarde pasaré por mi apartamento para coger los discos y parte de mi instrumental, y así poder seguir aquí con los experimentos —convino con su amiga—. Por la noche seguiremos con esos desconcertantes vídeos.

—¡Perfecto! —dijo Alba—. Yo esta mañana seguiré desarrollando mi tesis. Por la tarde tengo la que creo será la última de mis entrevistas, y mañana por la noche es el estudio de campo —comentó estremeciéndose interiormente.

—¿Y qué piensas realmente sobre lo que ocurrió en mi apartamento? —le preguntó muy seria—. No lo hemos vuelto a comentar, pero ¿dijiste que te pareció ver a Richard, verdad? Y qué decir de los pétalos y la inscripción en el suelo...

—Fue lo que vi, aunque a veces tengo serias dudas —reconoció mirando al suelo—. ¿Y las flores...? Resulta todo tan incomprensible que ya no sé qué creer sobre lo que ocurre aquí.

—¿Es tarde para negarnos a acompañarlos en la experiencia de investigación, verdad? —preguntó bromeando, pero a la vez mostrando su sentir.

—Creo que sí —se lamentaba la psicóloga.

Alba caminaba por la acera derecha de Scarlet Avenue en sentido contrario al puerto. Con la cabeza gacha escudriñaba la pantalla de su móvil en busca de la dirección que le había mandado Margaret, en donde se encontraría con el último de sus citados. Su mirada en ocasiones se desviaba hacia las flores escarlata que se podían encontrar plantadas a lo largo y ancho de dicha avenida del mismo nombre. Su rojo intenso semejante a la sangre la hizo reflexionar por un instante, sobre cuanto de este líquido vital no se hubiera derramado en este lugar para ser lo que hoy es, para que ella misma anduviese por esa acera, en esa ciudad de estilo occidental con todas sus comodidades.

La especie humana, a ojos de una psicóloga recién titulada como Alba, de mente e ideas frescas, no era sino como una plaga de langostas, capaz de arrasar con todo aquello que nos encontramos sin contemplaciones. Pero aun en la actualidad en un mundo mucho más encorsetado geopolíticamente hablando, seguíamos sintiendo los mismos impulsos autodestructivos. «¿Hacia dónde nos dirigimos...?», elucubraba Alba mientras se permitía disfrutar del agradable trayecto. Sentía que la especie humana iba por mal camino. Increíblemente, parecía que poco o nada habíamos aprendido de las tragedias que asolaron el mundo en el siglo XX. Por unas u otras razones, las personas de a pie como ella sentían en su fuero interno que las cosas no se estaban haciendo bien, y eso provocaba un temor intrínseco, acechante, con el que la gente había aprendido a vivir en este mundo moderno y desalmado del que todos formamos parte.

Ya se encontraba en el lugar indicado según la ubicación que Margaret le había mandado vía WhatsApp. Alzó la cabeza extrañada, mirando el hotel con poca clase que encontró en dicho lugar. Se preguntaba quién sería la persona con la que le había citado Margaret en semejante cuchitril. Entró al hall desprovisto de todo lujo, de apenas veinte metros cuadrados. Miró a la mujer de alrededor de cuarenta años mal llevados, con cara de frustración y pocos amigos, que debía ser la encargada de recepción, al menos en ese momento.

—¡Buenas tardes! —dijo educadamente Alba a aquella mujer que no se dio por aludida—. ¡Ejem, ejem! —carraspeó la española para hacerse notar, logrando captar esta vez la atención de la recepcionista, que irguió la cabeza abandonando sus quehaceres—. Estoy buscando al señor...

Coleman —dudó mirando la nota de WhatsApp de Margi—. Me ha citado aquí para tener una reunión con él.

La seca recepcionista miró a Alba de arriba abajo, pensando Dios sabe qué, incomodándola. Sin pronunciar ni una palabra, centró su mirada en el desfasado ordenador que tenía justo delante, y después de teclear aquel típico apellido británico en su base de datos de las reservas, se volvió hacia ella con intención de abrir la boca por fin.

—Habitación número cuarenta y uno, quinta planta a la derecha. —Y volvió a cerrar la boca dando por zanjado su servicio hacia Alba y la conversación en sí. La joven encaró lo que parecía un viejo ascensor con más pinta de montacargas que de lo primero, debido a lo antiguo que se intuía. Durante el corto trayecto, se preguntaba cómo era posible que una persona tan estúpida trabajase de cara al público con semejante amargura, que, con tan solo verla, le quitaba a una las ganas de vivir.

Con ese pensamiento subió despacio en el esperpéntico ascensor hasta la quinta planta, donde aguardaba su próxima fuente de información. Giró a la derecha, tal y como le había indicado la mentecata de recepción, y aporreó sin pensárselo un segundo la puerta donde había un cuarenta y uno con el uno algo desalineado, medio caído. La hoja se abrió enseguida, dejando ver tras ella a un personaje algo menudo que con traje impecable y un cigarrillo en la boca la esperaba.

—Buenas tardes, señorita Alba —dijo con un castellano tan perfecto que enseguida dedujo que aquel hombre era de nacionalidad española.

—¡Hola, buenas tardes, señor Coleman! —respondió sorprendida al escuchar su dialéctica—. ¿Es usted... español, verdad? —preguntó.

—Así es, compatriota, veo que me ha calado enseguida —respondió soltando una copiosa humareda nicotinada que asqueó a Alba—. Estaba esperándola, pase a mi humilde habitación.

La joven avanzó un par de pasos mientras el tal Coleman retrocedía hacia el interior para permitirle el acceso. Se detuvo en el umbral de entrada dubitativa, aquel tipo le daba mala espina, pero no sabía por qué. Entró finalmente.

—Pensaba que se trataba de una persona de nacionalidad británica, ya sabe... por su apellido —le dijo Alba tal y como entró, para ir rompiendo el hielo.

—Mmm... sí, me suele ocurrir con frecuencia. Soy español cien por cien, pero de madre inglesa —dijo el hombre mientras le acercaba una silla a la chica, para que se sentase a un lado de la pequeña y simple mesa de aquella más que austera habitación.

—¡Gracias! —expresó Alba tomando asiento, algo incómoda por el lugar de la entrevista. Pero al recordar que Margaret, en quién confiaba a pies juntillas, fue quien le pasó ese contacto, las dudas se disipaban.

—Bien, señorita Alba —comentó el tal Coleman—, he oído que va recabando información acerca de los inusuales acontecimientos que de vez en cuando tienen lugar en esta maravillosa isla, ¿no es así? —preguntó.

—Efectivamente, estoy llevando a cabo mi tesis doctoral en esta isla —explicaba Alba abiertamente—. Soy psicóloga, y me interesa mucho cómo esos sucesos afectan a las personas que los experimentan o que los sufren, según se mire, e incluso a las que no.

—Entiendo —respondió Coleman—. Pues yo le contaré una historia que le va a interesar mucho... —insinuó cebando ese instante—. Trata de una joven, de más o menos su edad y también española. Resulta que esa chica decidió venir desde muy lejos a esta isla misteriosa, movida por una ilusión. El poder de atracción que sentía la joven por los acontecimientos que desde la lejanía se rumoreaban, eran de tal envergadura, que no pudo eludir el instinto de viajar

hasta aquí, a Scarlet Island. Pretendía comprobar de primera mano lo que realmente pasaba. Comenzó a indagar por su cuenta y riesgo, hablando con unos y con otros. Con cada historia que escuchaba quedaba más y más prendada del misterio que envolvía a este lugar —explicaba aquel extraño hombre.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba esa joven? —preguntó de pronto Alba cortando la narración casi teatralizada del señor Coleman.

—Aún no se lo he dicho —mencionó cortante—. Haga el favor de no volver a interrumpirme, pronto lo entenderá... —espetó con aire desafiante—. Como le decía, esa joven, de la noche a la mañana se vio envuelta en el centro mismo de los insólitos sucesos que tanto le habían llamado la atención. Ahora era ella a quien le ocurrían en primera persona. Comenzó a sentirse en el ojo del huracán de esa espiral incomprensible, de la que en un momento dado ya no sabía cómo zafarse, hasta que resultó ser demasiado tarde. Ya no podía rectificar la errónea trayectoria que estaba dibujando su tambaleante existir.

»Se adentró más de lo debido por el camino equivocado, tanto que cuando quiso parar y dar media vuelta era demasiado tarde. Estaba, metafóricamente hablando, de barro hasta los ojos —continuaba su extenso monólogo ese hombre ante la nerviosa mirada de Alba, que cada vez estaba más inquieta, porque todo aquello le causaba muy malas vibraciones. Se sentía en peligro—. Pero continuó y continuó tras los consejos compasivos de quien no tenía porqué, ni tan siquiera, avisarle de su error, tal era su poder, que con tan solo un chasquido de dedos la podía hacer desaparecer del mapa y de la historia. —A esas alturas de la narración y sintiendo la cruda mirada de Coleman clavada una y otra vez en su persona, como si de un puñal se tratase, Alba incluso miró en dirección a la puerta aterrada, con intención de echar a correr literalmente. Al adivinar su pensamiento, Coleman se puso lentamente en pie, alzó la silla donde se sentaba y la colocó entre Alba y la puerta, para después volver a sentarse.

—Como decía... —continuó el desquiciante personaje con su verborrea exasperante— la pobre chica, haciendo caso omiso a quien tan solo quería ayudarla, persiguió el camino que le dictaba su corazón, hasta que se vio superada por el entorno y lo que en este ocurría. Por desgracia, la encontraron sin vida en mitad del bosque, sola, desamparada, enloquecida. Unos dicen que fue un suicidio, otros que simplemente se volvió loca, otros solamente guardan silencio. Y eso es, querida Alba, lo que contarán de ti y de tu efímera y triste estancia en el paraíso, si sigues por este sendero erróneo y sin hacer caso de quien simplemente te quiere ayudar —dijo terriblemente para acabar aquella suerte de amenaza macabra tan cruelmente elaborada, que dejó sin aliento ni capacidad de respuesta a la audaz española. La pobre tan solo acertaba a respirar entrecortadamente, mientras unas lágrimas de puro pavor resbalaban por sus mejillas hacia el abismo, como su vida.

—¿Co... cómo? —es lo único que pudieron decir sus labios temblorosos. Sentía que no podía respirar en aquella asquerosa habitación, con ese ser despreciable, del que pudo percibir desde el primer momento que lo vio, una altanería y soberbia, digno de una espantosa persona.

El tal Coleman, sonreía cruelmente viendo a Alba descompuesta y paralizada por el miedo. Por si fuera poco, se levantó ligero de la silla para colocarse delante mismo de Alba, que a punto estuvo de caerse de la suya de puro susto.

—Espero haber sido lo suficientemente claro en mi exposición... De lo contrario nos volveremos a ver muy pronto —añadió esa alma podrida y carroñera, a poco más de dos palmos del fino rostro de Alba, para terminar de amedrentarla hasta el tuétano. Después se hizo hacia

atrás y abrió la puerta de la habitación, con la mirada complacida de quien ha conseguido lo que pretendía, invitando a Alba a que saliese de allí, sana y salva, pero completamente aterrada.

La joven contuvo la respiración al pasar por su lado, y ya en el pasillo echó a correr llorando irremediamente hasta las escaleras, sin tan siquiera querer esperar para tomar el desvencijado ascensor. Pasó corriendo por delante de recepción deseando salir de aquel tugurio en forma de hotel y respirar el aire limpio y renovador de la calle. La recepcionista apenas levantó la mirada al verla atravesar la estancia. Una vez en la calle miró al cielo con angustia, como esperando una señal o un guiño de Dios que significase «no te preocupes, no te va a pasar nada, yo te protejo», pero no observó nada. Sorbía su nariz tratando de calmarse mientras intentaba recobrar la lucidez intelectual que le caracterizaba, ahora arrebatada por el sentimiento más puro de terror.

Se le ocurrió de repente una idea que por sí sola le repugnaba, pero quizá le ayudase a dilucidar algo sobre la escabrosa e indeseable persona que acababa de conocer. Volvió sobre sus pasos en contra totalmente de sus deseos más profundos y se introdujo de nuevo en el hotel. Encaró a la recepcionista secándose las lágrimas del rostro tan rápido como podía.

—Perdone señora —dijo haciendo un soberano esfuerzo para que la voz no se le entrecortase—. El señor Coleman me ha pedido que le haga un envío, pero se le ha olvidado darme su nombre completo y dirección, por lo que me será imposible llevar a cabo tal empresa —dijo inventando sobre la marcha, astuta por demás—. Me preguntaba si sería posible que usted me facilitase esos datos y de esa manera que no tuviera que volver a subir a su habitación y tener que molestarle. Creo que se iba a echar un rato —terminó trenzando la ocurrencia improvisada.

La mujer se quedó mirándola de la misma forma vacía e insulsa que antes, y sin decir nada, provocando de nuevo en Alba un nerviosismo que a punto la llevaron a derrumbarse otra vez. Pero sin mediar palabra alguna, la exasperante mujer se volvió hacia su computadora, y tecleando con desdén y apatía, buscó los datos de ese extraño hombre.

—El señor Coleman se registró en el hotel esta misma mañana, y no ha facilitado ningún otro dato personal más, al margen de ese, su apellido —dijo la mujer—. ¿Quiere que llame a su habitación y le pase con usted? —dijo poniéndole el vello de punta al colocar las manos sobre el teléfono, con la clara intención de comunicarle con aquel odioso sujeto.

—¡No, por Dios...! —se apresuró a decir Alba—. ¡Déjelo descansar, estará agotado el pobre! De cualquier manera, muchas gracias —espetó horrorizada ante la idea. Se giró y salió de allí por fin a paso ligero.

—¿Margaret? —preguntó enseguida de haber descolgado el teléfono su amiga, mientras volvía a casa.

—¡Hola, Alba! —respondió con agrado—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Margaret, ¿quién diantres es la persona con la que me has citado hoy? —preguntó enojada—. ¿La conoces bien? Me ha dicho unas cosas... parece peligrosa.

—¿Cómo dices?, no sé de quién estás hablando, cariño... Yo no te he citado con nadie hoy —reveló para asombro total de la española.

—¿Pero cómo que no, si he recibido uno de tus WhatsApp con la dirección, la hora y el nombre de una persona para otra entrevista...? —dijo Alba desconcertada.

—Te aseguro que yo no te he mandado nada en absoluto —afirmaba categóricamente Margaret—. Aunque ahora que lo dices, esta mañana he tenido problemas con mi teléfono móvil, parecía haberse vuelto loco, entraba y salía de aplicaciones por sí solo, se quitaba el bloqueo de manera automática, incluso ha estado más de media hora que no reaccionaba cuando pulsaba en las teclas para controlarlo. Era como si estuviese estropeado —dijo atando cabos mentalmente—. ¿Y dices que el mensaje te llegó desde mi teléfono? —volvió a preguntar.

—Así es, ahora mismo en cuando te cuelgue te lo reenvío para que lo veas —citó.

—¿No creerás que me lo han hackeado? —preguntó de pronto.

—Yo ya no sé qué creer, Margi —terminó diciendo, dando por finalizada la conversación.

Al despedirse de su amiga, la cabeza le daba vueltas y más vueltas, tratando de encontrar una explicación lógica y plausible a todo lo que le estaba sucediendo, y al giro inesperado y peligroso que había tomado aquella historia. La terrible amenaza sufrida en su persona de manera tan directa, le hizo pensar en la posibilidad de acudir a la policía, pero entonces, aquellas palabras que se le quedaron grabadas a fuego pronunciadas por Onawa, retumbaron en su cabeza como dos grandes timbales, «*aquí en la isla no sabe uno en quién puede confiar y en quién no*». Pensamiento que erradicó por completo la posibilidad de acudir a las autoridades.

Se encontraba cerca de su casa. La joven caminaba más tranquila, reflexionando sobre qué es lo que debía hacer a continuación, en esa misteriosa bifurcación existencial en que se hallaba. Estaba atravesando un callejón relativamente estrecho y desierto que desembocaba cerca del apartamento, cuando una mano salida de detrás de una furgoneta solitaria, aparcada allí, la agarró por el brazo con vehemencia atrayéndola hacia sí, hasta quedar ella y la persona que la había agarrado, escondidos detrás del vehículo, lejos de miradas curiosas.

—¿Onawa? —gritó estremecida Alba—. ¡Casi me muero del susto, por el amor de Dios!

—¡Deberías salir de la isla, y convendría hacerlo ahora! —le dijo sin mediar palabra alguna—. Estás en un serio aprieto, ¿me oyes? Aquí en la isla nada es lo que parece, ellos lo controlan todo —dijo con cierto aspecto de desequilibrado.

—¿Ellos? ¿A quién te refieres con ellos? —preguntaba exaltada—. Me acaba de hacer una encerrona un hombre trajeado, menudo y muy siniestro, que me ha amenazado directamente por estar indagando sobre los secretos de la isla, entre los que se encuentra el suceso de Richard y la desaparición de la tribu —le espetaba a Onawa enrabiada, sin dejarle ni siquiera contestar a sus preguntas.

—Mira, no debería contarte esto, se supone que no podemos hacerlo... Pero hace unos meses, cuando aún nada de todo este follón había ocurrido, cuando los *Nagonapu* estaban tranquilamente en el poblado y el señor Richard se dedicaba a investigar con sus plantas, el chamán *Nagonapu*, un gran amigo mío, tuvo una suerte de visión o premonición, en la que vislumbraba todo esto, que finalmente a acontecido, en mitad de un trance místico, propiciado

por un ritual antiquísimo a base de la ingesta de varias plantas, entre las que se encontraba la flor escarlata. Este, me lo trasladó a mí de manera absolutamente privada, en pos de la amistad y el cariño que nos teníamos. Él era para mí como un maestro, incluso más que eso diría, un padre. Le preocupaba que esa premonición fuese a convertirse en realidad y quería que, de ser así, quedara constancia de ello en mí. Yo intuía que algo malo podía ocurrir, pero nunca pensé que llegase a ser tan catastrófico.

En esa visión incluso acertó a señalar que vendría una mujer con un gran corazón, movido por ideales honorables, que intentaría traer luz en donde solo hay oscurantismo —seguía explicando de forma evocadora—. Por eso aquella mañana nos encontramos en la playa, él conocía el día y la hora exacta, yo sabía que estarías allí. Tenía que constatar que estaba en lo cierto con respecto a ti. Pero también le mostraron que difícilmente lo conseguirías... No le fue revelado el desenlace de tan complicado entuerto, pero sí dejaron claro que la vida de esa mujer, tu vida, pendería de un hilo, Alba —terminó dejando de nuevo sobrecogida a la chica.

—¿Onawa, pero ¿qué es exactamente lo que está ocurriendo? —exigió respuestas la española—. Si sabías lo que iba a ocurrir, si sabes qué pasó con Richard y los *Nagonapu*, ¿por qué no avisaste a las autoridades? —preguntó colérica.

—¿No podía hacerlo...! No sé qué fue de los nativos, ni lo que le ocurrió al biólogo, simplemente sabía que podían desaparecer.

—¿Pero sabes quién lo hizo, verdad? —preguntó mirándole a los ojos directamente, con la intención de ver la respuesta reflejada en ellos. El hombre bajó la mirada hacia el suelo, respondiendo positivamente tan solo con la expresión corporal.

—¿Son ellos, verdad?, ¿son esos guardas *Neronapu* que se creen los dueños de la isla? —preguntó agresiva Alba, queriendo por fin respuestas concretas. Onawa alzó la mirada hasta encontrar la de ella, no articuló vocablo alguno, pero respondió claramente sin hacerlo—. ¿Pero por qué?, ¿qué demonios está ocurriendo para que esos rufianes estén detrás de todo esto? Debe haber algo muy importante que se me escapa... —reflexionaba Alba—, ¿y quién es ese perverso hombre que me ha intimidado?, ¿qué conexión tiene con los demás? —Se estrujaba los sesos la psicóloga—. ¡Dame respuestas de una vez por todas! —le exigió al *Neronapu* zarandeándolo por los hombros.

—¿No tengo todas las respuestas, Alba! —gruñó—. Siento que ellos están detrás de todo, pero no sé por qué —confesaba apesadumbrado—, así que no puedo denunciarlos. Además, son como mis hermanos, tenemos un vínculo racial indestructible. No puedo hacerles daño, ni ellos a mí, aunque estos creo que ya son capaces de todo, porque intuyen que lo sé —se sinceraba Onawa con los ojos vidriosos—. Nos hemos criado juntos, crecimos juntos, aprendimos todo sobre la naturaleza unidos como hermanos de sangre, éramos como uno solo. Hubo un tiempo en que cualquiera habría entregado la vida por los demás, pero de eso ya hace mucho.

»En la adolescencia comenzaron a cambiar y a convertirse en una especie de banda agresiva. Siempre querían imponer sus ideas a los demás, lo que les llevó a tener fricciones con gran parte de los *Neronapu* e incluso con los *Nagonapu*. Se volvieron fríos y calculadores, y muy rencorosos con quienes no les bailaban las aguas. En esos tiempos yo me desvinculé por completo de su entorno, algo que nunca me han perdonado —seguía explicando—. Y lo último que les faltaba es que los nombraran guardas de la isla, se sintieron endiosados... Mucho miedo les tienen que tener algunos políticos para otorgarles ese puesto —decía el *Neronapu*—. No me extrañaría que los amenazasen para tal fin. Son extremadamente peligrosos, fuertes y ágiles.

Conocen la isla y su naturaleza como la palma de la mano y creo que ahora mismo no conservan escrúpulo alguno...

—¿Y qué me dices del hombre que me ha amenazado? —preguntó acongojada por las malvadas cualidades de esos individuos.

—No sé quién puede ser. Aunque la descripción que me has dado diciendo que iba trajeado, y el poco interés que tiene en que metas las narices en estos asuntos, me lleva a pensar que fuese de alguna gran empresa, a la que no le beneficie en absoluto que la verdad salga a la luz, y que seguramente esté muy interesado por algún recurso natural de la isla —sugirió sorprendiendo a Alba—. *En lo más profundo, en lo más húmedo, en lo más oscuro se halla tu tesoro vital...* —pronunció finalmente.

—¿Cómo dices...? —reclamó Alba extrañada.

—Fueron palabras pronunciadas por el chamán, cuando me comentó esas visiones que le preocupaban tanto. Reseñó que zumbaban en su cabeza una y otra vez como un mantra, y que no alcanzaba a saber a qué atendían, como aún me ocurre a mí a día de hoy —le explicó el curioso personaje.

Esa fue la última frase que pronunció Onawa, que dejó trastocada y muy pensativa a la española, antes de pedirle que se fuera de nuevo de la isla o que de lo contrario extremase la precaución mientras estuviese aquí. El *Neronapu* se fue tal y como había llegado, sembrando aún más dudas y temor si cabe en su mente.

—¿Sí? ¡Dime, Margaret! —contestó Alba a la llamada telefónica frotándose las sienes cansada. Tenía un tono de voz algo decaído, estaba recostada en el sofá de su casa, acababa de terminar de explicar lo ocurrido a Valentina, que aún mantenía el rostro lívido.

—He hecho algunas llamadas a unos amigos del ayuntamiento y me confirman que nadie de esas características es residente habitual de la isla, ni ha llegado recientemente como turista —explicaba la mujer—. Lo siento, Alba, el nombre que te dijo debía ser falso... Por cierto, un técnico informático del consistorio ha confirmado que me han hackeado el teléfono, dicen que se han tomado muchas molestias para hacerlo, que no era obra de principiantes —adujo—. Le he dicho que no lo comente con nadie, me lo ha arreglado como favor personal, pero creo que deberías acudir a la policía... —sugirió.

—Tengo que pensarlo Margi, no sé qué debo hacer —le confesó—. Muchas gracias y no te preocupes.

—Ten mucho cuidado y si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme —respondió la encargada de turismo.

—Lo sé, Margi, muchas gracias, de corazón —le agradecía.

—Alba, creo que es hora de hacer una llamada a la policía —intervino la bióloga en cuanto finalizó la llamada—, todo esto ha llegado demasiado lejos.

—No te negaré que estoy bastante asustada —exteriorizó Alba—, pero si lo piensas fríamente, ¿qué les voy a decir? ¿Que un individuo del cual no conozco el nombre, ni su identidad, ni tan siquiera dónde vive me ha amenazado? —dijo sarcástica la española—. Puede que me pregunten si era un fantasma. Quizá si les digo que sus guardas son unos chicos malos y que están detrás de las desapariciones de sus apreciados *Nagonapu* me hagan algún caso, pero cuando me pidan alguna prueba y no se la pueda proporcionar, ¿qué haré entonces...? —ironizaba desanimada.

—Si Onawa quisiera hablar con ellos... —insinuó Valentina.

—Nunca lo hará, tienen una suerte de compromiso de honor. Pero en cualquier caso tampoco posee prueba alguna —terció Alba—. Tenemos que seguir investigando. Debemos estar muy cerca de la verdad, por eso nos atosigan, además mañana es la gran noche de George, y por nada del mundo se la estropearía —aseguró con una convicción y arrojo impropias de su juventud—, pero ahora sí, más que nunca, tendremos que andar con mil ojos querida amiga —sentenció—. ¿Qué gran empresa puede tener intereses ocultos en cuanto a algún recurso de la isla? —se preguntaba Alba en voz alta a sí misma.

—¡Ni idea! —espetó Valentina—, de esas características tan solo conozco la farmacéutica para la que trabajo —dijo sin pensarlo siquiera. Tras unos segundos de silencio reflexivo, ambas se miraron despacio, con los ojos abiertos de par en par—. ¡Creo que haré unas llamadas...! —anunció Valentina asombrada.

Media hora después, Valentina no hacía más que mirar una y otra vez por la ventana de forma casi psicótica, mientras Alba terminaba de colocar todo para cenar frente a la televisión, en donde volverían a poner los perturbadores CDs del malogrado Richard. La italiana se sentía muy insegura después del episodio de su casa y luego el de Alba con ese extraño personaje desconocido. Mirando ensimismada hacia la calle a través de la ventana, no podía sino imaginar innumerables artificios de los cuales podrían ser víctimas ante esos hombres desalmados, a cual más atroz.

—¡Oye! —le dijo de sopetón Alba a su amiga prendiéndola por el hombro y asustándola—. ¡Te he llamado tres veces...! ¿Acaso estás sorda? La cena ya está preparada —le recriminó con cariño fraternal.

—¡Qué susto me has dado, Alba! —le dijo—. Estaba absorta en mis aterrados pensamientos.

—Pues apártalos de tu cabeza y ven a cenar. Debemos mantenernos frías —decía tratando de auto convencerse—. He abierto la botella de *Ramón Bilbao*, seguro que nos vendrá bien.

—Me has leído la mente preciosa, es justo lo que necesitaba —convino riendo.

Llegó el momento, cenaron en mitad de una calma tensa que poco a poco, copa a copa, fue diluyéndose al compás de la botella de tan exquisito brebaje. Alba servía un cuenco de deliciosa fruta cortada a tacos, con la cual apurarían los últimos resquicios de vino, mientras Valentina estaba metiendo en el aparato reproductor, el mismo CD que en la última ocasión, para ver un segundo video que grabó esa semana.

—*Buenas noches, amigos y compañeros, hace un par de días probé la “ayahuasca” Nagonapu por así nombrarla, y debo decir que fue una de las experiencias más impresionantes de toda mi vida...* —decía ese hombre que intimidaba sobremanera a las chicas a través de la pantalla, tanto por lo desconcertante de su final, como por la forma absurda e irracional que tenía de actuar en ocasiones—. *A Onawa y a mí nos citaron a la hora del crepúsculo en un lugar cercano a Chambea, para no levantar revuelo entre los nativos por lo que íbamos a hacer. Se trataba de una zona de intensa arboleda que otorgaba cierta privacidad a la reunión clandestina. Allí encontramos al chamán de la tribu, que resulta ser muy amigo de Onawa, por eso ha accedido darme a probar esa pócima varada en el tiempo.*

»*Asegura que se realiza exactamente de la misma manera desde el período de los primeros colonos, ahí es nada. Me siento como si me colase por un túnel del tiempo para vivir algo que no es de este lapso actual. Es un magnífico vínculo cultural que nos une con el pasado, un lazo*

invisible y etéreo de incalculable valor, que va de un extremo a otro en el curso de la historia —manifestaba con cierto aire trascendental y con la gratitud a flor de piel dada la oportunidad que le brindaron—. Un chico joven de alrededor de trece años acompañaba al hechicero tribal, Onawa me dijo que se trataba de uno de sus siete hijos, el menor en este caso. Los tres se saludaron efusivamente. Se notaba en ellos una complicidad intrínseca forjada a lo largo de los años. A mí también me recibieron con mucho respeto.

»Lo primero que me dijeron que hiciese mediante gestos con las manos y sonidos de una lengua absolutamente desconocida para mí, era que me quitase toda la ropa, incluida la interior, y así colocarme entonces una suerte de taparrabos que me facilitaron para la ocasión. Onawa me dijo que le había preguntado si podía grabar esa ceremonia como yo le pedí que hiciese, siendo negativa la respuesta —seguía con su extensa explicación—. Eso sería entendido como una afrenta hacia esa atávica ceremonia. Pero yo, que no podía dejar escapar esa oportunidad de documentar el maravilloso ritual, y arriesgándome a una gran reprimenda por parte tanto del chamán como del mismo Onawa, me afané mientras me desvestía en colocar una mini cámara espía que graba en alta definición en un lugar oculto. Ya la había utilizado en otras ocasiones en grabaciones secretas de este tipo.

»La puse en una diminuta hendidura de la corteza del árbol más cercano a donde me iba a sentar, apenas a dos metros. Lo más interesante de esta cámara es que graba por detección de movimiento, es decir, cuando está encendida guarda reposo, solo se activa y graba cuando detecta movimiento en su área de acción, mientras tanto, ahorra batería. De esta forma puede incluso permanecer días funcionando antes de quedarse sin energía. Tuve todo el cuidado del mundo, al margen de hacerlo rapidísimamente, a la hora de elegir la dirección de enfoque, ya que de ella dependería que la imagen se viese de forma correcta o no.

»El ritual propiamente dicho comenzó cuando me senté a lo indio donde me indicó el chamán, frente a él. La brisa del anochecer se colaba entre los árboles ensortijados y la más intrincada vegetación de ese bosque, que al caer la noche parecía sacado de una película de terror. La temperatura era agradable, y yo me encontraba de lo más cómodo sentado frente a ese interesante personaje, que más de una lección podría enseñar a nuestro “supermoderno” mundo occidental. Onawa y el descendiente de aquel maestro, me flanqueaban en ambos costados, aunque unos metros más alejados que el chamán, que apenas distaba de mí uno solo. En las manos portaban unas pequeñas antorchas que nos proporcionaban cierta claridad.

»El hombre empezó a sacar varios utensilios de una suerte de bolsa o saco que portaba, hecha seguramente con piel animal. Primero un cuenco, luego un palo de madera corto y grueso, que a todas luces parecía ser un mortero para machacar algunos ingredientes en el cuenco. Seguidamente desembolsó lo que me recordaba a una rústica maraca con motivos tropicales, plumas, colorines varios y un sonido bastante parecido, aunque más apagado al que estamos acostumbrados. Por último, vi que agarraba de dentro algo así como una pequeña rama de algún árbol con muchas preciosas flores azules diminutas, que a su vez estaba adornada con unas cuerdecitas de piel de donde colgaban otras flores secas y lo que debían ser dientes de animales. Al sacudirla hacía un sonido también bastante característico.

»Comenzó a macerar unos pétalos rojos que creo que eran de la flor escarlata. Los sacó de un pequeño bolsito que portaba colgado del taparrabos a modo de riñonera. De ese mismo lugar, además, extrajo en unas bolsitas independientes otros hierbajos y florecillas diferentes, que enseguida añadió al cuenco para continuar machacándolo todo. Yo miraba de reojo una y otra vez en la dirección hacia donde había instalado la cámara, rezando internamente porque

estuviese bien colocada. Volví la mirada de nuevo hacia aquel sanador de otra época, observando cómo añadía un líquido blanquecino al conjunto desde una pequeña botellita, me dio la impresión que podía ser agua de coco. Una vez vertida, continuó removiendo ese singular brebaje mientras recitaba en voz baja un mantra agradable y repetitivo que acariciaba y seducía mi sentido del oído.

»Al poco, dejó el cuenco con la “ayahuasca” terminada en el suelo justo enfrente mía, y se levantó declamando una y otra vez ese sonido místico ininteligible. En una mano llevaba la rama de flores azules con los demás abalorios y en la otra inflamó un pequeño manojo de raíces secas, que al apagarlas enseguida continuaban humeando. Su aroma me recordaba al incienso. El chamán daba vueltas y más vueltas paulatinamente a mi alrededor. Me pasaba esas raíces humeantes una y otra vez por los hombros, la cabeza e incluso cerca de la cara, para después con la ramita retirarlo utilizándola a modo de abanico. Miré a Onawa de reojo, quien hizo un casi imperceptible gesto de aprobación con la cabeza, parecía disfrutar con el ceremonial.

»Tras al menos quince minutos de cánticos y mantras que ascendían en intensidad mientras la “ayahuasca” reposaba sus propiedades naturales frente a mí, por fin llegó el momento tan esperado. El chamán se agachó ya en silencio para coger el cuenco, lo elevó con las palmas de las manos por debajo mostrando devoción, como quien alza el santo grial. Lo colocó frente a mi rostro pausadamente, cebando ese momento de manera trascendental, y por fin me lo ofreció. Yo estiré los brazos acercando las manos a mi objetivo. Lo cogí con infinito cuidado para que no cayera mientras el chamán retiraba las suyas, curtidas tras una dura vida en plena naturaleza. Me lo acerqué despacio a la boca y por fin lo ingerí tal y como me había explicado Onawa que debía hacerlo, sin olerlo y de una sola vez.

»Traté de no degustar esa espesa solución natural al pasar por mi boca, para que no me diese asco y corriera el riesgo de vomitar. La verdad es que me costó controlar las náuseas producidas de manera natural debido al sabor tan amargo, que aun sin querer saborearlo no pude dejar de lado. Al minuto más o menos de tomar la “ayahuasca”, una contracción abdominal me dobló sobre mí mismo, haciendo que cayese de lado encima de la broza, retorciéndome de dolor. Sentí una punzada tan intensa que pensé que se me debía haber perforado algún órgano interno, pero en unos segundos desapareció el dolor gracias a Dios. En ese momento abrí los ojos tremendamente aliviado con la cara pegada en el suelo y un hilillo de babas que descendía desde mi barbilla hasta la tierra húmeda recubierta de hojas secas. Miré a mi alrededor descubriendo que estaba solo... «¿dónde diantres se habrán metido, y por qué me han dejado aquí, en medio de la nada?» pensaba para mis adentros.

»Confuso, mareado y con el estómago un poco revuelto aún, me incorporé para tratar de buscarlos por las cercanías. Sin saber muy bien por qué, comencé a andar por la única senda que creía conocer desde allí, una que me llevaba hacia el fuerte colono. Pronto vi la silueta de su imponente muralla dibujada por la luz que me proporcionaba la luna en su máximo esplendor esa noche, mientras me abría paso como podía entre la espesura. Fui rodeándolo hasta dar con la entrada, que estaba en muy malas condiciones. Decidí acceder dentro de sus muros.

»En su interior me di cuenta, que por primera vez podía contemplar las estrellas del firmamento, desde que ingresé en el denso bosque con Onawa una hora antes. El cielo era un espectáculo sin igual, las estrellas resplandecían con fuerza allí colgadas, tan lejanas. Me sentía ligero. Mi cuerpo pesaba menos de lo habitual, pareciera que la gravedad de pronto no me atrajese tanto hacia el suelo terrestre como un rato antes, así que decidí dar grandes saltos.

»Primero fueron tan solo de un par de metros, pero poco después me di cuenta que podían ser

mucho mayores. Al poco, me encontraba saltando de casa en casa de las ruinas. A veces me subía a sus techos, si estos lo permitían. En otras ocasiones saltaba directamente por encima de las viviendas derruidas, tocando de nuevo el suelo más allá. Incluso de un solo salto subí arriba de la muralla, que mediría más de quince metros de altura. Excitado por demás, me puse a caminar por en medio del poblado, me sentía como un superhéroe con poderes adquiridos de buenas a primeras.

»Unas luces cegadoras irrumpieron por todos lados a mi alrededor. Eran como bolas de energía de al menos dos metros de ancho que surgían por cada callejuela de la antigua urbe de los colonos. Habría decenas, cientos quizá, y comenzaron a dar vueltas a mi alrededor en mitad de la plaza a una velocidad endiablada. Tanto, que de pronto, dejaron de serlo para convertirse en una especie de aro luminiscente inmenso que giraba a velocidad de vértigo, como si de una rueda enorme se tratara. La luz repentinamente se volvió más y más intensa, hasta ser realmente deslumbrante. Me coloqué las manos en los ojos para protegerme de esa cegadora irradiación que explotó por sorpresa en mitad de un silencio extraño, lanzando una onda expansiva hacia todos lados que me atravesó vertiginosa, pero que al pasar permitió ver el interior de mi cuerpo como si de una ecografía se tratase.

»Todo quedó en calma tras la luz durante unos segundos. De pronto escuché un sonido desde la parte opuesta de la placeta en donde estaba yo, algo se aproximaba con rapidez hacia mí... Cuando vi lo que se me acercaba, con tal cara de bravura enloquecida, me quedé blanco como la cal. Un soldado, con aspecto del medievo occidental, venía hacia mí con claras intenciones perniciosas, blandiendo una temible espada justiciera. Me aparté de su trayectoria por instinto, pasó de largo y se volatilizó, desapareciendo tan rápido como había venido.

»Continué caminando amedrentado por la visión. Miraba compulsivamente hacia todos lados. Creía ver sombras a mi alrededor. Sentía que iba a ser atacado desde cualquier lugar y en cualquier momento. Estaba en mitad del poblado cuando me pareció distinguir una silueta oscura en lo alto de la muralla, de pronto observé dos más allá, luego cuatro más... Cuando me quise dar cuenta, cientos de lo que parecían temibles indígenas pintados con rayas negras por todo el cuerpo, se alzaban en lo alto de la muralla mirando hacia el interior.

»Se intuían oscuros como la noche misma, algunos de ellos portaban máscaras de madera tallada cubriendo sus rostros, que les proporcionaba un aspecto monstruoso. Todo el vello de mi cuerpo se erizó al unísono al girar sobre mí mismo mirando tal aterradora estampa. Los indígenas se lanzaron al interior de la fortaleza como si de una sola unidad se tratase. Se desplazaban de manera ágil y certera, recordando en sus movimientos a una manada de felinos asesinos. Desplegándose por todas y cada una de las calles y recovecos del antiguo poblado colono, aquellos seres se acercaban a gran velocidad hacia mi posición, por todos lados... Yo daba vueltas y más vueltas sobre mí mismo sobrecogido, mientras veía cómo llegaban como una marea negra de muerte y destrucción.

»Me temí lo peor, ya casi los tenía encima, apenas a unos metros. Podía sentir sus pisadas ligeras pero potentes, cuando un ejercito de colonos salido de la nada apareció entre mi persona y los barbaros autóctonos. Ambos bandos se enzarzaron en una refriega descomunal, quedando yo en mitad de tal locura. Como podía, trataba de esquivar machetes, hachas, espadas y unas rudimentarias armas de fuego, que de vez en cuando, disparaban por los alrededores con gran estruendo y humareda, debido a la pólvora. La batalla rodeaba mi persona, mi vida pendía de un hilo, cuando recordé que podía dar grandes saltos, así que brinqué todo lo que mis asustadas piernas me permitieron, para tratar de huir de semejante horror.

»Al menos me elevé unos treinta metros, pero cuál sería mi sorpresa cuando descubrí que además tenía la capacidad de sostenerme en el aire. ¡Podía flotar! Así que conseguí mantenerme a una altura prudencial, alejado de esa barbarie que se estaba viviendo a pocos metros por debajo. Era testigo de excepción desde un lugar privilegiado y aparentemente seguro. Desde allí escuchaba los gritos de los hombres atacando, los heridos retorciéndose de dolor con miembros amputados, heridas de toscas balas ancestrales perforando la piel pintada de esas bestias de la noche. Estaba completamente alucinado observando aquella escena frente a mis narices, cuando percibí un objeto que se aproximaba a toda velocidad cogiendo altura hacia mí.

»La flecha me atravesó el hombro por la zona de la clavícula antes de que tan siquiera hubiese podido moverme. En el momento que la miré cómo entraba por delante y salía por mi espalda, ya me encontraba cayendo, me precipitaba hacia el suelo malherido. El impacto fue brutal, pero mi conciencia por desgracia seguía operativa. Desolado vi cómo una mala bestia en taparrabos cercano a los dos metros, lleno de cicatrices de arriba abajo y con su cuerpo decorado con motivos bélicos en forma de pintura negra, se acercaba a mí con una maza de madera que portaba una piedra descomunal, para asestarme el golpe de gracia.

»Tenía la boca y los dientes tan oscuros como los tintes de su piel, y una mirada escalofriante que denotaba su mentalidad salvaje y asesina. Alzó la maza al cielo con un terrible bramido y la bajó con brutal potencia... ahí fue cuando desperté gritando como un niño al vivir su primera pesadilla infantil. Onawa me miraba con una media sonrisa, pero con rostro aliviado. El chamán y su hijo se alzaron sin mediar palabra y con semblante de satisfacción, y volviendo sobre sus pasos se perdieron en el bosque por donde habían venido.

»¿Qué tal su viaje señor Richard?, me dijo de pronto Onawa, haciéndome comprender que todo había sido una alucinación... una increíble alucinación irreal, que a todas luces me había parecido absolutamente veraz. Resultó ser la experiencia más increíble de mi vida —terminó diciendo el biólogo, explicando su vivencia con la “ayahuasca”—. Estaba tan conmocionado al despertar que incluso olvidé recoger la mini cámara. Pero he reservado lo mejor para el final, me hacía ilusión contaros esta experiencia primero, porque en realidad lo que os voy a decir ahora no está del todo confirmado, puesto que deben pasar unos pocos días para ver realmente el resultado y que vosotros lo contrastéis, por eso no he empezado el vídeo con ello.

»No quiero crear falsas expectativas, pero la verdad es que cabe la posibilidad de que hayamos encontrado la clave para lograr la cura del cáncer... No de uno u otro cáncer en concreto, sino de todos los que conocemos —dijo dejando pasmadas a las chicas—. Una bombilla de ingenio se encendió metafóricamente hablando en mi cerebro. Esta me llevó a probar alternativas que antes ni tan siquiera se me habían pasado por la cabeza, no me las había planteado. Al cabo de dos días había producido una vacuna experimental diferente a todo lo hecho antes, a base de las propiedades de la flor escarlata. Algo me dice que tengo entre manos un hito histórico.

»Lo probé con los roedores enfermos de diferentes tipos de cáncer, la mejoría es débil, pero palpable. Desde entonces y de eso hace tres días ya, no han parado de mejorar, muy levemente sí, pero hay mejoría, ¿sabéis lo que puede significar eso? Puede que hayamos encontrado la panacea en la flor escarlata... no sé qué es exactamente lo que tiene de diferente, pero lo es. Se trataría de un punto diferencial en la historia de la medicina, pero hay que ser cautelosos con estos resultados.

»Esta mañana os he mandado las muestras, mientras tanto, no quitaré ojo a la evolución de

los roedores —aseguraba con pasión infinita y un brillo en los ojos especial—. *¿Pero por qué pones esa cara?* —añadió por sorpresa mirando al lado de donde estaba la cámara grabando, como si ahí hubiese alguien—. *¡Sabes que no me gusta que pongas caras raras, me asustas, ya te lo he dicho...!* —las amigas una vez más no daban crédito a lo que ocurría ni entendían nada, simplemente estaban perplejas ante el estrafalario comportamiento del biólogo—. *¡Déjalo ya, odio que hagas esas cosas, tu aspecto es... aterrador!* —decía Richard muerto de miedo, echándose hacia atrás como si alguien se estuviese acercando a él poco a poco—. *¡Aahh!* —gritó con gesto desencajado un segundo antes de detener la grabación. Después, la perturbadora niebla hizo acto de presencia en la televisión para desasosiego de las espeluznadas chicas, que, inmóviles, tardaron unos segundos en apagarla, sin duda tratando de buscar explicación lógica alguna a semejante majadería.

—¡No... no entiendo nada, te lo juro! —expresó Alba sobrecogida.

—No eres la única —adujo Valentina mirando temerosa a la puerta de entrada.

—¿Qué coño le pasaba a ese hombre? —preguntó la española—. Tan pronto parece un genio que va a revolucionar el mundo, como segundos después se vuelve completamente loco. Desvaría por momentos —dijo con rabia.

—Ya no sé qué es real y lo que no de las cosas que dice. ¿Lo de la cura del cáncer lo diría en serio? —se preguntaba su sustituta—. ¡Sería genial conseguirlo! Pero por desgracia creo que no podemos confiar en sus afirmaciones.

—Como tú dices, yo tampoco sé qué debo creer. Trato de atar cabos, pero no lo consigo, todo parece un sinsentido. Un biólogo loco que tan pronto dice tener la cura para el cáncer, como se pone a hablar con alguien seguramente inexistente. Una suerte de banda pseudo mafiosa que supuestamente nos quiere intimidar, porque estamos metiendo las narices en algo que les concierne, ¿pero en qué...? Un completo desconocido que me amenaza descaradamente de buenas a primeras, y, por si fuera poco, todo lo que pasa en este lugar. A veces entiendo a Richard, es como para perder el juicio —reflexionaba Alba en voz alta.

—¡Pon el siguiente! —ordenó Valentina. Alba lo hizo sin rechistar. Colocó el disco en el lector, lo introdujo y pulsó de nuevo el temido botón de play, pero cuál sería su sorpresa al ver en la pantalla una leyenda que apareció con el mensaje:

—¡¿Dvd vacío!?! El vídeo del dos de abril está sin grabar... —leyó asombrada Valentina.

El disco estaba virgen, no había contenido alguno en su interior. Lo tenía preparado para filmar, incluso tenía puesta la fecha de cuando lo pretendía hacer y su nombre con rotulador permanente negro, pero no llegó a ejecutar su propósito. En los dos siguientes discos pasaba exactamente igual, no había nada, solo su nombre y las fechas pretendidas.

—El último vídeo que hemos visto debió ser también su postrera filmación —dijo apesadumbrada Alba—. A partir de ahí perdió la cabeza del todo, o esa es mi impresión al menos. Su comportamiento es muy poco fiable e incoherente. ¿Qué demonios le estaría pasando? —trataba Alba de conjeturar—. Ahora entiendo por qué la policía dilucidase su defunción como natural en última instancia, cualquiera que viese estos vídeos pensaría enseguida que su locura lo llevó a la muerte. Aunque yo no lo tengo claro del todo aún. Hay algo que no me cuadra, pero no consigo saber qué es —le decía a su amiga estrujándose las neuronas.

—Ojalá supiéramos qué fue lo que pasó aquella noche en el bosque... —suspiró Valentina con resignación mirando hacia el suelo. Una bombilla con una luminiscencia cegadora se encendió de golpe en el discernimiento de Alba, prendida por la última frase de la italiana.

—¡La cámara...! —exclamó Alba sobresaltada.

—¿Cómo dices? —respondió sin entender nada la italiana.

—¡La cámara que colocó Richard para grabar su sesión con la “ayahuasca”, estaba en el bosque el día en que ocurrió su fatal accidente! —dijo brotando sus palabras de manera incontrolada y casi inentendible—. En el vídeo dice que con el shock producido por *su viaje psicotrópico* olvidó recogerla. Hay cámaras de ese tipo que aguantan horas y horas antes de quedarse sin batería, incluso días. Ya lo has oído, permanece en reposo mientras no detecte movimiento. ¿Te imaginas que hubiese captado algo?

—Sería un milagro que con lo grande que es ese bosque, Richard hubiese ido a morir justo enfrente de donde colocó anteriormente su grabadora —ironizó Valentina.

—Estoy de acuerdo, siempre y cuando su muerte fuese realmente natural, ¿pero y si en verdad lo perseguían? —preguntó aguda Alba—. ¿Si fueras tú no querrías haber dejado constancia visual de tus asesinatos en la medida de lo posible?

—Me parece una conclusión bastante rocambolesca y, en cualquier caso, la policía ya la habría buscado. —Se negaba a creer Valentina esa hipótesis.

—Es probable, pero puede que con lo desequilibrado que parecía Richard en los vídeos no le diesen mucha importancia a lo que decía, o que simplemente no la hayan encontrado —respondía Alba animada ante esa posibilidad—, mañana durante la experiencia de investigación la buscaremos, esa será nuestra prioridad encubierta —zanjó el tema con vehemencia.

Llegó el día, esa noche el grupo se dirigiría al bosque en busca de respuestas vitales, de pequeñas briznas de certezas que dieran sentido a sus vidas, a la vida. Se dice que la intuición es una de las más poderosas armas del ser humano, la que nos ayuda a prosperar en la vida, a perseverar como especie en el trascurso de la historia de este mundo previamente desangelado. La misma intuición que nos lleva a cavar con los largos dedos de la imaginación en ese túnel del conocimiento en el que nos encontramos desde que somos lo que somos. Desde que nuestra inteligencia tira de nosotros de manera desenfadada, para continuar cavando nuestro túnel del saber y del destino, oscuro como si de una mina de carbón inhóspita se tratase, incierto como nos lo ha sido todo progreso racional, hasta que lo hemos encontrado e iluminado con la inteligencia.

Cavamos con nuestras manos desnudas en ese incierto túnel traicionero que nunca sabes qué te deparará, ni en qué forma ni cuándo, pero seguimos cavando en pos de nuestra intuición. Porque sentimos que hay algo más detrás de la tierra que tenemos delante y que no nos deja ver más allá de nuestras propias narices.

Con dicha intuición apasionada, ese grupo de jóvenes continuaría cavando en el bosque desangelado, en mitad de la oscuridad, tirando sin apenas darse cuenta del resto de la especie humana, haciéndolos avanzar en el túnel de la evolución intelectual y el placer cognitivo, de conocer los secretos que esta enigmática vida aún nos esconde con celo.

Con esa mentalidad citó George a todos en un pub a las ocho de la tarde. Allí cenarían para coger fuerzas de cara a afrontar una larga noche y mientras tanto repasarían el plan que más tarde iban a ejecutar.

Todos fueron puntuales. En la iglesia repicaban las ocho campanadas no muy lejos de allí, mientras Alba entraba en el pub, seguida de Valentina. Con la puerta abierta, se detuvo antes de traspasarla escuchando ese resonar característico. Miraba en la dirección en la que intuía que procedía el sonido, pero sin poder apreciar el campanario.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Valentina que iba justo detrás, al verla detenerse y volver la cabeza hacia un costado—. ¿Estás bien, cariño?

—Sí, solo escuchaba las vibraciones de las campanas mientras se dispersan por todos lados hasta que las percibimos —dijo mirando al infinito—. Están ahí. No las vemos, pero están a nuestro alrededor —dijo dejando desconcertada a Valentina.

—En efecto —respondió extrañada la italiana—, el sonido se transmite por vibración —señaló irónicamente y bromeando—. Entremos, pequeña Nietzsche. —Rio posando la mano derecha en su hombro.

—¡Hola, a todos! —dijeron las chicas al llegar a la esquina del pub en donde estaban sentados los chicos, incluido Peter que lo hizo por su cuenta. Todos saludaron, con alguna que otra mirada especial de ida y vuelta. Valentina se sentó a su lado y Alba, junto a George. Robert y Adam cerraban el grupo.

—¡Bien, chicos! —comenzó diciendo George, líder natural e ideológico del equipo—. Es un orgullo que estéis esta noche tan especial a mi lado —explicaba con un brillo en los ojos cercano a la emoción—. Llevo toda mi vida, o mejor dicho desde que tengo uso de razón soñando con este día. El día en el que es posible que respondamos a las preguntas, que todo el que vive aquí se hace, incluso que todo el mundo desde afuera se formula mientras de reojo mira hacia aquí con un escalofrío recorriendo su espalda. Puede que nosotros arrojemos luz sobre ese oscurantismo que siempre ha marcado nuestras vidas, que siempre ha envuelto la cultura de nuestra isla, encontrando de esa forma respuesta a las inquietantes preguntas y misterios que siempre han formado parte de nosotros, pero que en los últimos años incluso se han visto incrementados con la terrible desaparición de nuestras raíces, nuestros nativos —pronunciaba sin titubeos y con cierto aire de solemnidad—. Esta noche será recordada como la noche en que unos pocos valientes salieron al inseguro bosque en busca de la verdad con la mejor de las intenciones. ¡Pondremos nuestro nombre con letras de oro en nuestra querida tierra! —terminó alzando un poco la voz viniéndose arriba.

—¡Sí, eso es! —exclamaba entre aplausos Adam, excitado por el inspirador discurso de su amigo.

—¡Bien dicho, amigo! —Hacía lo propio Robert. El resto miraban sonriendo.

—¡Alimentaos copiosamente, amigos, pues la noche se presenta apasionante! —apuntó finalmente George entre los aplausos y vítores de sus compañeros.

Tras la animada y distendida cena, George comenzó a explicar exactamente lo que pretendía de cada uno de ellos en esa noche.

—De acuerdo, equipo —dijo de pronto George posando las palmas de las manos abiertas encima de la mesa, acallando varias conversaciones simultaneas que estaban teniendo lugar para que todos se centrasen en él—. Esta velada trataremos de obtener pruebas fehacientes para certificar de una vez por todas, que en la zona de Blood Lake, el poblado y las ruinas, hay una impregnación de energías causante de los extraños sucesos de muchos de nuestros vecinos, incluso de nosotros mismos y de la alargada sombra en forma de mística reputación de la isla —explicaba George—. Para ello contaremos con un sofisticado equipo de estudio de campo, cuya centralita será instalada en el interior de una gran tienda de campaña, por si lloviese esta noche, algo que no está previsto en principio, pero ya conocéis lo cambiante del tiempo en la isla. Adam se encargará de todo lo relativo a comunicaciones y coordinación desde esta suerte de campo base.

»Todos y cada uno de nosotros llevaremos un dispositivo de geolocalización vía satélite, que

permitirá saber a través del número que asignemos a cada persona el lugar exacto en que os encontráis. Os colocaremos unos brazaletes con pantallas de cinco pulgadas, donde gracias al GPS se os mostrará en un mapa representado en tiempo real, la ubicación de cada uno de vosotros. También llevaréis incorporado en vuestro equipo un transmisor de radio por el que Adam podrá escuchar todo lo que decimos, a través del cual os podéis comunicar con él y con cualquiera de nosotros.

»Portaréis además unos cascos de seguridad que incorporan una linterna de gran potencia y una mini cámara de alta definición. Todo cuanto veáis, oigáis y casi sintáis, quedará registrado. Vamos a situar sensores de movimiento en puntos estratégicos, por delante de los cuales no tendría más remedio que pasar lo que fuera que se moviese dentro de la zona acotada para la experiencia. Además, dispondremos de cámaras fijas en diversos lugares —seguía su monólogo el joven de manera apasionada—. A todo esto, hay que sumar unos cuantos juguetitos que llevaremos en nuestras mochilas: cámaras de infrarrojos y ultravioleta, detectores de fluctuaciones electromagnéticas, detectores térmicos, gafas de visión nocturna y un largo etcétera de artilugios experimentales de lo más interesantes.

—¿Y se puede saber de dónde han salido los fondos para todo ese material? —curioseaba Valentina.

—Mejor que no preguntes —le respondió George sin querer dar explicaciones—. Tan solo te diré que hay instituciones culturales a nivel global, muy interesadas por lo que hoy suceda aquí...

—Mmm... —susurró la italiana sorprendida.

—Bien. Como os he dicho anteriormente, Adam se quedará en la centralita del campo base, los demás formaremos grupos, yo iré con Alba, Peter lo hará con Valentina y Robert tendrá que ir solo... Espero que no te importe, amigo —se disculpaba de alguna manera George por su distribución de los recursos humanos.

—Tranquilo, lo entiendo, no te preocupes, estaremos en continuo contacto con la radio —comentó tratando de mostrarse valiente.

—Exacto. No estarás del todo solo, nosotros no andaremos demasiado lejos y la comunicación será constante, ¿de acuerdo? —preguntó George.

—¡No hay problema! —aseguró el chico—. ¡Hagamos historia! —exclamó fervientemente.

—Eso es lo que pretendemos Robert, pero quiero dejaros una premisa meridianamente clara —aleccionaba el líder—. Lo prioritario es la seguridad de todos y cada uno de nosotros. Al más mínimo resquicio de peligro, duda o cualquier otro agente externo que ponga la integridad del equipo en entredicho, abortaremos nuestro cometido y volveremos enseguida al punto de encuentro, que siempre será el lugar en donde instalemos la centralita —exhortó con sus palabras al grupo—, y para cumplir con esas condiciones tendréis que seguir mis indicaciones al pie de la letra, ¿ha quedado lo suficientemente claro a todo el mundo? Imaginad que estamos subiendo al Everest y yo soy vuestro guía, no tenéis otra opción que hacer exactamente lo que yo os diga, pues de ello puede depender vuestra vida y la de los demás. De alguna manera nosotros también buscamos coronar un lugar en el que antes ningún otro ser humano ha estado, pero en este caso no se encuentra a ocho mil ochocientos cuarenta y ocho metros de altura sobre el nivel del mar, sino en este mismo lugar en el que nos encontramos, a nuestro alrededor, en el bosque, en el lago y las ruinas, en estas calles, en la playa y en el puerto, en la montaña y los acantilados. Está en toda la isla, pero en otro plano existencial que en ocasiones se funde o entrelaza con el nuestro —explicaba con tal pasión que nadie hacía más que escucharlo, sin articular palabra alguna,

embelesando a todos que estaban boquiabiertos—. Como dice mi buen amigo, ¡hagamos historia! —arengó finalmente a sus «tropas».

Se pusieron en marcha. El crepúsculo se desvanecía en el horizonte, mientras la pick up de Peter cargada de material e incertidumbre y el coche de Adam detrás, se desplazaban a la zona cero de lo irracional, dejando el pueblo atrás. Se dirigían al lugar de donde parecía brotar la historia negra de la isla, con esa espiral de magnetismo y controversia que atraía a tanta gente. Era el momento idóneo. La oscuridad abrigaba a los dos vehículos al abandonar la carretera de asfalto y adentrarse en el túnel natural de ramas, en donde la noche aún parecía más cerrada. En el asiento de atrás de la pick up, las chicas se miraban de reojo expresándose sin palabras. La tensión crecía cuando salieron de nuevo a campo abierto tras el pasadizo natural, seguramente a otra dimensión. La luna resplandecía en el lago de manera mágica, dando la bienvenida a sus huéspedes. Peter y George apenas hablaban en los asientos de delante, se les veía concentrados.

George le indicó dónde debía detener el coche, mucho más allá de la zona habitual de aparcamiento, en un lugar en el que nunca nadie se solía adentrar, al margen de los guardas cuando era necesario. El semisecreto beneplácito adquirido por George para esta actividad, del que apenas dos o tres personas tenían noticia en la isla, así se lo permitía. El objetivo era no ser vistos y trasladar cuanto antes y con el menor esfuerzo posible el material.

De esa forma rodearon por la cara interior la loma, rebosante de la flor escarlata, dejando el lago al otro lado. Se detuvieron a unos pocos metros de la primera línea de árboles, de aquel misterioso entramado de historia viva. Tremendos tuvieron que ser los bárbaros acontecimientos de los que debían haber sido testigos en el pasado. Allí los coches pasaban prácticamente desapercibidos.

—Como sabéis, Chambea está unos doscientos metros en esa dirección —señalaba con el dedo índice de la mano derecha George, cuando todos bajaron de los automóviles—, pero nosotros iremos en esta otra, al cobijo del follaje —dijo para disgusto de las ya asustadas chicas, señalando los amenazantes árboles tenebrosos—. El punto exacto donde montaremos nuestro pequeño campamento apenas dista unos cien metros de aquí, así que coged todo lo que podáis y seguidme. Pero no cargad en exceso, pues de lo contrario el trayecto se os hará muy largo, ya que la superficie es muy irregular —les aconsejó a todos mientras bajaban mochilas y cajas de los coches.

En efecto, en la senda que eligió George para llegar al lugar deseado, el suelo era muy variable. Tan pronto encontraban delante de sí una enorme roca que tenían que saltar o rodear, como unos intrincadísimos árboles con ramas inmensas que se extendían a su alrededor, zonas de broza alta o inesperadas y profundas hendiduras en el suelo, seguramente horadadas por violentos torrentes de agua de enormes lluvias.

Alba y Valentina caminaban en silencio en el centro del grupo que cerraba Adam. Miraban a todos lados impresionadas por la quietud del imponente bosque nocturno y los sonidos que lo envolvían. Cualquier chasquido de ramas, graznido de aves, chillido de simios cercamos o ruidos desconocidos a su alrededor suponían un pequeño sobresalto en los ya amedrentados corazones de las jóvenes. La sugestión, que traían adquirida por todo lo que les había sucedido en las últimas fechas, iba aumentando. Pero ninguna quería que ese miedo interno que sentían se notase. Los cien metros se hacían muy largos al ir esquivando obstáculos, cargados además con peso en los brazos, tal y como avisó George, que iba abriendo camino. Pero por fin, tras una serie de palmeras en relativo mal estado, apareció un pequeño claro de unos veinte metros a lo sumo, con el aspecto adecuado para acampar.

—Aquí es chicos, este es el lugar —dijo George aliviado, tras posar su carga en el suelo casi completamente despejado de broza, salvo cuatro matas que enseguida quitarían.

—¡Por fin... creía que no llegaba! —se sinceró Robert.

—Ya os lo advertí —le recordó—. Bien, amigos, son las diez de la noche, como mucho a las doce me gustaría tenerlo todo a punto para comenzar con la experimentación. Empezaremos por montar la tienda de campaña y todo el material del control de mando y después distribuiremos las cámaras, sensores de movimientos y demás... —organizaba George—. A partir de ahora os pido máxima atención, abrid bien los ojos, si comenzáis a encontraros de forma extraña, mareados u otra sensación inusual, sea cual sea, decídmelo enseguida. Pero, sobre todo, avisadme si veis algo raro. ¿Entendido? —aleccionaba al grupo inquietantemente. Todos asintieron con rostro de cierta ansiedad.

Seguidamente se pusieron manos a la obra. Adam y Robert montaban la gran carpa de la tienda de campaña, después de haber limpiado la zona de matorrales y piedras, a la luz de un gran foco alimentado con varias baterías portátiles. Valentina y Alba sacaban todos los aparatos que transportaron hasta allí en las cajas, para posteriormente depositarlos en una mesa plegable, como les había encomendado George, que junto a Peter volvieron al coche a traer el resto del material.

En la siguiente hora y cuarto se dedicaron a organizar todo. Colocaron cámaras fijas en puntos estratégicos como el pequeño túnel de entrada a las ruinas, con un pequeño foco que iluminaba el interior, dentro del fuerte pusieron dos más. Hicieron lo propio en los alrededores de Chambea y en su interior, en lugares con cierta visibilidad, gracias al resplandor de la luna llena reinante esa noche. También colocaron dos en aquel ancestral altar de sacrificio tragado por la vegetación circundante, con otro foco portátil debido a la oscuridad imperante allí. En la plaza central del fuerte, así como en mitad de Chambea, instalaron unas que rotaban sobre sí mismas para grabar en formato panorámico de trescientos sesenta grados. Adam, desde el puesto de mando indicaba por radio cuál era el lugar idóneo en donde situarlas.

Alba pudo observar la imagen mientras pasaba por detrás de este, sentado frente a varios monitores, la hizo estremecer. Era una tétrica visión, un lugar clave para la investigación por lo atroz de lo ocurrido allí. La cámara de trescientos sesenta grados abarcaba lo que tenía enfrente e iba girando y cambiando su ángulo de visión hasta dar la vuelta completa a su alrededor una y otra vez. Alba apartó la mirada, puesto que tenía la impresión de que con ese movimiento, en cualquier instante, iba a aparecer algo pavoroso por sorpresa.

Por muchas de esas zonas entre otras, también fueron instalando sensores de movimiento. La calma imperante en aquel mar de olas verdes inquietaba aún más a George mientras se desplazaban de un punto a otro, distribuyendo sus artilugios según las indicaciones del mapa previamente efectuadas. A las once y treinta y cinco todo estaba listo y preparado para comenzar con la ansiada investigación propiamente dicha.

El equipo al completo se encontraba dentro de la tienda de campaña principal, que más bien parecía uno de esos hospitales de campaña portátiles, que establecen las fuerzas de seguridad y sanidad, en emplazamientos azotados por catástrofes de cualquier tipo. Resultaba realmente confortable, constaba de al menos tres metros por cuatro de perímetro, formando un rectángulo. La lona de la entrada, elaborada de material sintético de última generación, como el resto, estaba enrollada y recogida hacia arriba, permitiendo el acceso a su interior de los componentes del grupo completamente erguidos, tal era la altura de la carpa. En mitad de la única gran estancia, Adam instaló su central de operaciones sobre un par de mesas plegables en forma de L. Allí tenía

dos portátiles con diversos programas abiertos, que tendría que usar más adelante, varios monitores para poder ver todas las cámaras al mismo tiempo, los sistemas de transmisión a través de la radio y los chivatos luminosos de los detectores de movimiento, entre otras muchas cosas, y papeles. Él estaría sentado frente a la puerta.

En los laterales, dos grandes ventanales; que no eran sino unos recuadros de plástico transparente, le permitían ver el exterior. A sus costados había varias mesas plegables más con material sobrante, recambios de baterías, focos que iluminaban el interior de la tienda de campaña y una cafetera, que sobre un pequeño hornillo a gas, comenzaba a esparcir ese delicioso aroma a buen café recién hecho, tan necesario para semejante noche.

—Por fin... ¡ya está todo listo, chicos! —afirmó George resoplando—, y en tiempo récord.

—Creo que necesitaré varios cafés seguidos —dijo Robert con semblante fatigado, mientras se desplomaba sobre una silla plegable que se quejaba mediante crujidos.

George reunió a todos por última vez antes de dar comienzo a su sueño, para que descansaran unos minutos y mientras tanto proporcionar las últimas consignas.

—Bueno, chicos —comenzó diciendo—, una vez llegados hasta aquí, no puedo sino daros las gracias de todo corazón, por ayudarme a hacer realidad la utopía que hace tantos años rondaba en mi imaginación, en esos tiempos que iniciaba los estudios encaminados a este apasionante mundillo. Solo os pido que tratéis de disfrutar y que os enfoquéis en el objetivo de todo estudio científico, al margen de su extravagante formato, el conocimiento. Así que finalmente, tan solo me resta deciros que vamos a por ello y como decían en *Expediente X*, aquella mítica serie que a tanta gente nos dejó huella, “*la verdad está ahí fuera*” —dijo señalando de manera graciosa y un tanto *friki* hacia el oscuro exterior a través de la puerta de entrada. Consiguió que todos rieran y de esa manera distender el ambiente. Aunque a las chicas, que miraban hacia el exterior con recelo, bajo el sutil manto de la oscuridad de la noche seguramente aleposa, no les hacía demasiada gracia lo que fuese que pudiera estar realmente allí, esperándolas...

—Son las 23:50h. ¡En este momento damos comienzo a la investigación! —dijo George, pulsando un cronómetro que contaría el tiempo exacto que llevaban con ella y mirando directamente a una cámara fija que había en el interior de la carpa. Al oírlo pronunciar esas simples palabras, con ese insospechado final, el vello de las chicas se erizó de manera espontánea y simultánea, mientras que el resto tragaba saliva. Los tres grupos partieron en diferentes direcciones desde el claro del campo base, en donde Adam desde fuera de la tienda los veía marchar con expectación e intriga. Alba y George se dirigían a Chambea, Valentina y Peter por su parte a las ruinas de los colonos, y Robert, en solitario, deambularía por el bosque en dirección al lugar donde se encontraba el altar de sacrificio.

Los cinco valientes se desvanecieron en la noche ante la vista de Adam, que mirando intimidado a su alrededor, hacia el bosque misterioso que lo envolvía, rápidamente se introdujo en la tienda tomando posiciones en su centralita. Allí se sentía un poco más cobijado y seguro. Pero aun así, no podía evitar mirar por el rabillo del ojo de manera casi compulsiva, hacia los ventanales transparentes de los costados o hacia la puerta, como esperando ver algo escalofriante que por el momento solo estaba en su cabeza.

Alba caminaba, estremecida para sus adentros, tras los pasos de George. A cada pocos metros, se volvía y miraba a su espalda, aunque no encontrara nada. Pero su mente sentía cosas diferentes, algo comenzaba a oprimirla en su interior. Un temor en forma de presentimiento oscuro que crecía en sus entrañas, algo así como una premonición que merodeaba su intuición.

—¿Adam, me oyes? —dijo George a través de la radio a modo de prueba, tal y como se iban

alejando los unos de los otros.

—Alto y claro, amigo —respondió con premura y simpatía.

—¿Y los demás estáis ahí, verdad? —preguntó para verificar las comunicaciones.

—Aquí estamos, chicos —dijo la voz de Peter.

—¿Ya nos echas de menos? —bromeó Valentina.

—Muy bien. Solo faltas tú, Robert —dijo, y el silencio obtuvo por respuesta—. ¿Robert, estás ahí? —volvió a preguntar mientras miraba en la pantalla de su brazo el mapa interactivo de la zona facilitado por el GPS. En él aparecían los puntos luminosos que representaban a cada uno de los miembros que conformaban el grupo. El punto de Adam con el número seis en pequeño al lado, estaba detenido en el lugar que debía, el campo base. Los dos puntos que le representaban a él y a Alba, con los números uno y dos respectivamente, se encontraban desplazándose hacia la izquierda desde donde habían salido, en la dirección correcta hacia Chambea. En el lado contrario, a la derecha, estaban Peter y Valentina, que también llevaban un trayecto adecuado hacia las ruinas de los colonizadores británicos. Sus identificadores luminosos, con el tres y el cuatro, se desplazaban denotando el movimiento de sus avatares, pero algo llamó la atención de George y los demás, al fijarse en el punto de Robert, que aún no había respondido al llamamiento de este.

—Robert, ¿estás ahí, por qué no contestas? —le volvió a preguntar al darse cuenta alarmado de que su punto, con el número cinco, estaba detenido en la pantalla. No se movía—. Robert, ¿no puedes oírme? ¿Por qué estas parado? Si tienes algún problema con la radio y nos escuchas, pero nosotros no a ti, hazte notar, muévete formando pequeños círculos —le instaba George ya alarmado sin éxito alguno. Cuando por sorpresa su luz desapareció del mapa—. ¡Robert, Robert! —gritaba infructuosamente George.

Robert marchaba por entre los árboles abriéndose paso como podía con un machete que portaba en la mano diestra, mientras que daba pequeños golpecitos con el dedo índice de la mano izquierda al GPS, sujeto con un brazalete elástico en pleno bíceps derecho. En la pantalla, el circulito luminoso que indicaba su posición se detuvo de pronto, incluso cuando el chico continuaba desplazándose. Podía observar cómo el resto de sus compañeros seguían en dirección a sus objetivos, pero no así él. La situación le extrañó sobremanera, creía que debía de ser un fallo técnico por lo que se dispuso a dar conocimiento de tal caso.

—Adam, creo que estoy teniendo problemas con el GPS —aseguraba a través de la radio esperando respuesta de su amigo—. ¿Adam me oyes?, mi posición en la pantalla es errática, se ha detenido mientras yo sigo en movimiento. Creo que puede haber algún problema de señal o algo así —volvió a intentar explicar sus sospechas—. ¿Adam, estás ahí? —preguntó empezando a impacientarse—. George, creo que tengo problemas con el equipo. No sé si me escucháis, yo a vosotros no, y el GPS no funciona debidamente —le decía a George esta vez, con la misma poca fortuna—. George, ¿tú tampoco me oyes? —dijo mirando a su alrededor un tanto agobiado por el aislamiento—. ¿Alguien me escucha? ¿Chicos...? —preguntó cada vez más tenso. Volvió a mirar a su espalda creyendo haber oído algo, pero no encontró nada. Se dio cuenta entonces que dudaba de su orientación. No sabía exactamente si distinguía dónde se encontraba. Echó un vistazo de nuevo a la pantalla del GPS y para disgusto suyo, todos los puntos habían desaparecido. Se encontraba a ciegas. Un matorral se agitó con fuerza a pocos metros detrás de él. Se giró asustado, pero no había ni rastro de lo que fuese que lo había bamboleado.

Inquieto, decidió continuar en la trayectoria que consideraba la correcta. A los pocos metros recorridos creyó vislumbrar luz, entre la maleza enjambrada que se plantaba delante suya.

Extrañado, convino que debía acercarse para descubrir la procedencia de esa luminosidad. Mediante pasos cortos se arrimaba con poca o ningunas ganas de más sorpresas, sopesando seriamente qué era lo que le estaba ocurriendo y por qué no funcionaban ni la radio ni el mapa interactivo proporcionado por el GPS. Las dudas se acumulaban en su cerebro tornándose poderosas y peligrosas consejeras.

Cada vez veía más cerca esa luz que brotaba en mitad de la naturaleza, en mitad de la nada. La tenía justo delante. Apenas una decena de árboles se interponían entre ellos. Una sensación de *Déjà vu* comenzó a recorrerle el cuerpo de arriba abajo, cuando se detuvo al borde de los últimos árboles que había antes del claro donde estaba su tienda de campaña, y pudo comprobar alucinado, que la luz que veía no era sino la de los focos que ellos mismos habían instalado allí poco antes. «¡He vuelto al punto de partida...! ¿Pero cómo... si iba en dirección contraria?», se preguntaba desconcertado.

Pero por si fuese poco el sinsentido instalado en su aturullada mente ya, aún se quedó mucho más pasmado cuando se percató de la escena que tenía delante. Se trataba ni más ni menos, de cuando estaban dentro de la tienda de campaña tomando un café, mientras escuchaban las últimas consignas de George. En efecto, Robert se estaba viendo a sí mismo junto con el resto de sus compañeros, en un acto pasado apenas una hora antes, pero desde otra perspectiva. «¡Pero qué coño... esto es de locos!», pensaba Robert mientras se ubicaba, tratando de encontrar la mejor posición para observar aquella pequeña parte de su vida desde afuera.

La mente no le daba más de sí. No acertaba a comprender si se trataba de una suerte de sueño, de una alucinación producida por vete tú a saber qué droga o algo mucho más extraño y enrevesado. Un impulso le hizo dar un paso adelante, quedando ciertamente al descubierto frente a ellos mismos, que estaban a punto de verle acercarse. Su intención era aproximarse directamente a ellos y tratar de dilucidar qué era lo que se escondía detrás de esa chifladura, pero cuando se disponía a dar el siguiente paso y quedar completamente a la vista, reparó en algo que había más allá de la tienda, en un segundo plano, agazapados en la oscuridad de la noche y al cobijo de los árboles. Se trataba de varios pares de ojos sibilinos, que pudo distinguir perfectamente en mitad de la penumbra parcial. Había alguien alrededor de la tranquilidad aparente del grupo de investigadores, en disposición acechante... Robert dio un paso atrás inmediatamente, volviendo a su situación de seguridad para no ser visto tras la maleza.

Si se fijaba mucho en aquellos ojos repletos de arrogancia, ira y codicia, desde allí podía distinguir las robustas siluetas que conformaban el resto de aquellos cuatro o cinco hombres, que les asediaban con funesto propósito desde afuera, y que antes no pudieron percibir. «¿Será por eso que de pronto ahora estoy viendo esta suerte de visión?», se preguntaba tratando de encontrar algo de sensatez en mitad de semejante majadería. «¿Será un aviso...?».

—¡Robert, Robert, amigo! —gritaba George desesperado al encontrarlo en tamaño estado—. ¡Robert, dime algo, por Dios! ¿Qué te ocurre? ¡Respóndeme! —se desgañitaba observando sus ojos que miraban a ninguna parte, mientras lo zarandeaba una y otra vez con tremenda fuerza—. ¡Robert, eso es, mírame, soy yo, George! —pronunció con síntomas de alivio cuando vio que los ojos de su amigo por fin se enfocaron en los suyos—. ¿Qué demonios te ha ocurrido? ¿Te encuentras bien? —preguntaba compulsivamente aturullando al chico.

—¿Qué... qué ha pasado? —inquiría confuso mirando a su alrededor.

—No lo sé, Robert. De pronto hemos perdido tu posición en el GPS y las comunicaciones contigo eran imposibles, y al venir a buscarte te he encontrado en un extraño estado de letargo. Estabas de pie, completamente inmóvil, como ausente, ciertamente ido, diría —le explicaba

dejándolo sin palabras—. Mirabas a la nada y tu respiración era casi imperceptible, parecías una estatua. Era como si no estuvieses aquí —sentenció George, provocando con esa afirmación un *clic* en la mente ya lúcida de Robert, que parecía haber regresado por completo.

—En realidad, creo que no lo estaba... —le dijo mirándolo a los ojos intensamente, creyendo haber comprendido lo que había ocurrido por fin—. He visto algo, George, se me ha mostrado para advertirnos que no estamos solos en este lugar. Alguien merodea a nuestro alrededor y dudo que lo haga con buenas intenciones... —dijo susurrando al oído del sorprendido George.

Alba observaba la escena a un par de metros con el vello de punta. Tenía la absoluta certeza de que lo que acababa de presenciar en primera persona, no era sino lo que contaban que ocurría una y otra vez en este misterioso lugar, sobre todo, y en toda la isla en particular. Lo acababa de grabar todo con la cámara de vídeo del casco, quedándose a unos metros de la escena, tal y como George le había pedido al encontrar a Robert de esa guisa. En la otra mano, sostenía al alcance del enfoque de la cámara de vídeo y sin estorbar apenas la insólita escena de Robert, un medidor térmico que marcó de pronto una bajada súbita de temperatura de unos seis grados, junto con una fluctuación magnética importante.

—¿Lo tienes? —le preguntó George volviéndose hacia ella que no les quitaba ojo. Tenía cara de asombro, por lo que le acababa de contar Robert sobre una especie de visión.

—Sí —dijo Alba, con un débil hilo de voz apenas perceptible por el miedo que todas las células de su cuerpo estaban experimentando en ese momento. Sus piernas temblorosas le flojeaban. De repente tenía mucho frío y se sentía totalmente expuesta en aquel lugar desangelado, al margen del anormal olor a flores que de pronto los envolvió a los tres.

Juntos, volvieron hacia la ruta inicial que debían seguir George y Alba, que habían abandonado para ir en busca de su amigo. George convino que era lo mejor tras lo ocurrido, decidió que nadie más iría solo esa noche. Apenas hablaban. George iba delante. Intentaba dilucidar cuánto de real podía tener la visión que decía haber experimentado su amigo, o qué era lo que realmente había presenciado. Aunque a sus ojos era indudable lo registrado por los aparatos de medición.

Alba, en medio de los dos, trataba de mantener la compostura, pero estaba verdaderamente sugestionada. Ella no tenía duda alguna sobre lo que había ocurrido. Y Robert cerraba el grupo por detrás, tratando de asimilar la extraordinaria experiencia que había vivido e inquieto por el devenir futuro de la noche y esas inquietantes sombras que merodeaban junto al equipo, si es que eran reales. Todo resultaba realmente volátil e incierto.

—Bien, seguimos con el plan establecido para los dos grupos restantes. Si nos da tiempo trataremos de abarcar también la zona prevista en principio para Robert —comunicaba por radio el líder al otro grupo y a Adam que no salían de su asombro tras conocer lo acontecido. Mientras tanto, una silueta clandestina se desplazaba a pocos metros en paralelo a la trayectoria que dibujaban los tres, con asombrosa agilidad y destreza, propio de alguien muy ducho en esas lides.

Por fin llegaron frente al que fuera el poblado de la magnífica tribu indígena tristemente desaparecida. La luz de la incombustible luna dibujaba las siluetas de las humildes chozas de Chambea, ahora despobladas. Los tres se detuvieron a admirar esa preciosa, a la vez que inquietante estampa, antes de introducirse en sus callejuelas poco o nada organizadas. De pronto una brisa que meció los cabellos de Alba, mientras andaban en estricta fila de a uno por mitad de aquel antiguo asentamiento, la hizo mirar con recelo a su alrededor. Se dirigían al lugar más céntrico, en donde tenían previsto hacer una serie de mediciones.

En ese mismo punto habían colocado anteriormente la cámara panorámica que les procuraba cobertura visual, es decir, Adam podía ver lo que ocurría desde la centralita y grabarlo todo, al

igual que hacía con las cámaras incorporadas en los cascos, pero en este caso la grabación resultaba de más calidad. Una pequeña lucecita se encendió en un lateral al paso de la pequeña comitiva.

—George, el sensor de movimiento número dos se ha encendido —dijo Adam al instante protocolariamente, intuyendo la respuesta—. ¿Habéis sido vosotros, no?

—Sí, lo hemos atravesado para colocarnos en el lugar establecido para el estudio —le respondió a su compañero seguidamente, ante la atenta mirada de Alba, que no se había dado cuenta de la luz del sensor de movimiento—. ¡Reinícialo! Acabamos de pasar por delante del lugar de influencia de un sensor de movimiento, por eso se ha encendido —explicaba a la chica—. Ahora estamos en el interior de un perímetro con forma cuadrada, con cuatro sensores que delimitan sus extremos. Digamos que es como un área de seguridad, nada ni nadie podrá entrar aquí sin que nos demos cuenta —le comentaba a Alba que atendía interesada.

—¡Eso espero...! —Rio nerviosa.

Llegaron al lugar exacto y enseguida dejaron en el suelo con cuidado las mochilas con sus aparatos electrónicos, porque comenzaban a pesarles en los hombros tras la larga caminata. Una vez repuestos, sacaron de esos mismos petates una serie de artilugios de los que Alba ni tan siquiera había oído hablar antes.

—Adam, ¿estamos en antena, verdad? —preguntó bromeando, para asegurarse de que se encontraban en el lugar correcto en donde la cámara los captase con las mayores garantías.

—¡Así es! ¡En antena y grabando! —dijo el joven que les guardaba las espaldas desde el centro de mando.

—¿Y qué es exactamente lo que pretendes hacer aquí adentro? —preguntaba Alba cariacontecida mientras miraba a su alrededor de manera compulsiva, creyendo ver sombras donde no había nada.

—Pronto lo verás... —indicó George cebando su inquietud.

Mientras tanto, Peter y Valentina habían llegado frente a la turbadora puerta de la fortaleza de los colonos, que estaba medio en ruinas y con esa luz previamente instalada en su escalofriante túnel interior. Se introdujeron en la gruta con cautela. Peter iba delante muy despacio para no tropezar y caer al suelo, Valentina lo seguía prácticamente pegada, tocándolo. Cuando se encontraban aproximadamente en la mitad de aquel húmedo lugar, la luz del foco se apagó por sorpresa. Valentina se abalanzó impulsivamente sobre Peter, consiguiendo asustarlo aún más si cabe. Se sintieron ciertamente expuestos y deslumbrados por la luz del foco que aún recordaba sus pupilas.

Peter, nervioso, encendió una linterna pequeña que proyectaba un haz de luz de unos dos metros en forma circular. Esa luminosidad les permitía ver todo aquello que enfocaban, pero el resto quedaba inquietantemente a oscuras. Cuando giraba rápido la linterna creían que iban a encontrar algo extraño en cualquier rincón... Por fin surgieron al otro lado de aquel angosto pasaje que mantenía a ambos sin aliento.

Se encontraban en el interior de la fortaleza europea, cuando a sus espaldas escucharon un ruido muy característico, una rama quebrada al ser pisada. Ambos se volvieron al unísono, miraban hacia la bocana oscura de aquella entrada defensiva con un nudo en la garganta, como el torero que espera ver salir de chiqueros al morlaco derecho hacia él, a todo correr. Nada surgió de la nada, pero la luz del foco que anteriormente les abandonó, volvió a funcionar de repente,

dejando ver en mitad del túnel, un felino estilizado de tonalidad muy oscura que les cortó la respiración.

La pantera los miraba de forma inequívoca, incluso dirían que directamente a los ojos. Parecía dispuesta y preparada para atacarlos. Comenzó a dar pequeños pasos en su dirección, Peter y Valentina se sentían congelados, incapaces de moverse. Cada vez estaba más cerca y flexionando las articulaciones de sus portentosas patas delanteras, se preparaba para abalanzarse sobre ellos.

Pero, justo cuando llegó al umbral en el cual terminaba el túnel y comenzaba el espacio interior de la ciudadela propiamente dicha, algo llamó la atención de la pantera que giró su musculado cuello hacia la izquierda y comenzó a rugir de forma defensiva. Se agachó por completo hasta quedar prácticamente en el suelo, y bramando de manera pavorosa, comenzó a recular ante la mirada de incredulidad de la pareja, que, alumbrando a la oscuridad con la linterna, no veían lo que fuese que había asustado al animal de semejante manera. Tal y como llegó la sigilosa pantera, desapareció en la oscuridad de la noche, más allá del túnel.

Peter y Valentina quedaron estremecidos, sin saber a qué temían más, si a la pantera, o a lo que la había asustado...

Volvieron de nuevo a encarar las viviendas ancestrales de los sufridos invasores ingleses, echando aún la vista atrás de vez en cuando. Caminaban por la arteria principal de la rústica urbe en completo silencio, únicamente acompañados por el resplandor de una insolente luna. Fueron derechos al centro tal y como les había indicado George que debían hacer. El siguiente cometido, resultaba cuanto menos, inquietante. A Valentina no le había hecho ninguna gracia, pero aceptó a regañadientes con tal de ayudar. Se trataba ni más ni menos de practicar una güija es ese lugar tan inhóspito, el peor que podía imaginar en ese momento la italiana. Pero no contento con eso, habría que llevarlo a cabo rodeado de velas y siendo grabado por la cámara de trescientos sesenta grados, apostada allí con anterioridad.

George era absolutamente escéptico con respecto a la valía de esa suerte de juego macabro. Lo que quería era demostrar que no surtía ningún efecto, incluso en un lugar tan supuestamente especial como era el fuerte colono. La idea era probar con la güija, y si como esperaba George, no conseguían nada, después comenzarían a lanzar una serie de preguntas en voz alta y grabadora en mano, para tratar de provocar alguna reacción de cualquier tipo.

Peter dejó la mochila en el suelo, y agachándose a su lado comenzó a extraer de ella los cirios blancos, que colocarían a su alrededor. Según George, la luz de las velas resultaba un gran atrayente de entidades energéticas. Por si fuera poco, en mitad de la sesión tenían previsto encender un aparato experimental, que lanzaba por así decir un barrido electromagnético a su alrededor, propiciando que este tipo de entidades se mostrasen debido a la energía absorbida.

Valentina fue quien puso el último de los diez velones en el suelo, mientras Peter detrás de ella se aproximaba encendiéndolos. Sacaron la tabla de güija de chapa fina plegada, y la abrieron para colocarla en el suelo en mitad de aquel escenario, que ya por sí solo resultaba estremecedor. La joven miraba a su alrededor y aún no se explicaba cómo habían podido convencerla para llevar a cabo semejante extravagancia. Jamás habría pensado que los estudios de biología, por una causa u otra, le condujesen a esta situación.

—Estamos en disposición de comenzar —dijo por radio Peter para avisar a Adam y a los demás.

—¡Recibido! —musitó Adam—. Os tengo en pantalla y grabando. Empezad cuando queráis —les avisó.

Todo estaba preparado. Valentina y Peter se colocaron uno frente al otro con la tabla en medio,

se cogieron por las manos y cerraron los ojos unos segundos para concentrarse. Al hacerlo, pudieron escuchar con más claridad los sonidos de la jungla, que alrededor de la fortaleza acariciaban sus muros, intentando la invasión velada del lugar. Los simios gritaban cercanos. Los grillos se escuchaban por todos lados. Una bandada de pájaros revoloteaban ruidosos en un árbol, por algo que los habría espantado. La fresca brisa de la noche ululaba por entre las ruinas y cascotes de las muchas casas derruidas, al tiempo que acariciaba la delicada tez de Valentina.

—¡Vamos allá...! —dijo Peter para auto convencerse abriendo los ojos.

Mientras tanto, en Chambea, George iba a sorprender de manera negativa a sus amigos.

—Necesito un voluntario —dijo de buenas a primeras cuando se encontraba sacando artilugios de la mochila. Antes de que ninguno le pudiese preguntar para qué quería a ese voluntario, George extrajo una pequeña silla plegable y la colocó en el suelo. Junto a ella dejó una botellita de apenas doscientos mililitros, de un líquido blanquecino y espeso, que le resultó vagamente familiar. Alba trató de enfocarse en ese recipiente y de pronto recordó de qué le sonaba.

—“¡Ayahuasca!” —averiguó Alba estremecida—. ¿Has traído “ayahuasca” para que uno de nosotros la pruebe y así poder grabar lo que ocurre? —le preguntó en voz alta.

—No es exactamente Ayahuasca, pero sí muy parecido. En efecto, tal y como acabas de intuir —confirmó George sin tapujos.

—¿Pero no puede ser peligroso? —se mostró ciertamente preocupada Alba.

—Yo estaré aquí en todo momento, no hay de qué preocuparse. Además, el efecto de este tipo de narcótico dura solo unos treinta minutos. Después, todo vuelve a la normalidad —les explicaba para tranquilizarlos, aunque por sus caras no parecía estar surtiendo efecto.

—¿Y de dónde diantres la has sacado? —preguntó Robert.

—La ha elaborado Onawa, un buen amigo, dice que es prácticamente idéntica a la que hacían los *Nagonapu*, y ya sabes lo que se rumoreaba sobre sus efectos... —añadió intrigante George.

—¿Onawa...? —dijo sorprendida.

—Así es, ¿lo conoces? —le preguntó George.

—Sí... tuve una entrevista con él —dijo para no tener que dar explicaciones.

—Pero eso solo son leyendas —adujo Robert.

—Si lo son o no, eso es lo que quiero comprobar. Casi nadie la ha probado antes, al margen de los *Nagonapu* claro. Es un privilegio —decía George tratando de animarlos.

—¿Y qué es eso que se rumorea sobre sus cualidades? —preguntó inquieta Alba.

—Bueno... según las habladurías de las gentes de la isla, y digo habladurías porque nadie antes lo ha podido demostrar, la persona que toma este misterioso brebaje producido entre otras cosas con la flor escarlata adquiere por espacio de un tiempo limitado, la capacidad de ver más allá, por así decir... De hecho, el nombre de *Nagonapu*, en su idioma significa “*la flor que te hace ver*” —explicaba el joven parapsicólogo.

—¿Cómo más allá...?, ¿te refieres al Más Allá? —repreguntó estupefacta.

—Algo así. Me refiero más bien a los seres del Más Allá —adujo George confirmando sus sospechas.

—¿Fantasmas, espíritus, entidades? —seguía indagando Alba con los ojos fuera de sí.

—En realidad, sí. Pero como te digo, son habladurías —decía tratando de calmarla y quitarle hierro al asunto, al detectar el miedo en su rostro—, no conozco a nadie fuera de los *Nagonapu* o algún *Neronapu* con suerte que lo haya probado.

—Yo sí... —afirmó Alba sorprendiendo a ambos.

—¿Cómo puede ser, a quién? —preguntaba Robert.

—En realidad no lo conocí en vida, pero vi un vídeo en donde explicaba que lo había probado —señaló Alba.

—¿No te referirás a Richard, el biólogo loco? —dijo con sorna Robert.

—¡Exactamente! —respondió cortante Alba, a quien no había gustado nada la referencia hecha por este—. No se demostró que estuviese loco, ni tan siquiera que su muerte fuese verdaderamente accidental —insinuó enojada la española.

—Yo apenas crucé palabra con él, pero se dice que parecía bastante desquiciado. Aun así, deberíamos guardar más respeto por una persona difunta, ¿no crees, amigo? —preguntó mirando a Robert, invitándole a ensayar una disculpa.

—Tienes razón —aceptó—, y más teniendo en cuenta que ocurrió no muy lejos de aquí —añadió el chico acaparando toda la atención de Alba.

—¿Conocéis el lugar exacto en el que lo encontraron? —preguntó ávida de información.

—Sí, apenas dista desde aquí unos trescientos metros —afirmó rotundo George.

—Si acepto probar esa especie de “ayahuasca”, ¿me llevarás más tarde a visitar ese lugar? —chantajeó sutilmente Alba a su amante.

—No es algo que estuviera dentro de mis planes esta noche, pero me parece un trato justo, y podría resultar interesante probar allí algunas cosas —comentó de buen grado.

—En ese caso, comencemos —dijo tragando saliva Alba, al tiempo que se sentaba en la endeble silla de plástico, frente al semblante atónito de los chicos, por la valentía que demostraba.

—Seres del más allá, almas perdidas, espíritus atormentados varados en el tiempo, manifestaos ante nosotros a través de este canal de comunicación —decía Peter a quien por poco no se le escapa una risita, mientras pronunciaba esas palabras que llevaba apuntadas por George en una pequeña chuleta.

—Venga, Peter, tómatelo en serio —espetó Adam por radio al escucharlo hablar, mientras los miraba a través de la cámara de trescientos sesenta grados, que inquietantemente no dejaba de dar vueltas sobre sí misma.

—¡Peter...! —le reprendió también Valentina sonriendo.

—Está bien, está bien. Lo siento... —se disculpó y se puso serio.

Tomó de nuevo las manos de su apreciada Valentina, y unidas las posaron encima del señalador inerte que debía servir de comunicador con ese otro supuesto mundo, que dicen hay dentro mismo del que conocemos.

—Somos investigadores y queremos conocer la verdad, ¿hay alguna entidad energética en este lugar que quiera o pueda entablar comunicación con nosotros? —Un largo silencio precedió a esa pregunta que en voz alta formuló Peter, lanzando vibraciones en forma de palabras por todos lados, dentro del fuerte silencioso y en completa calma. La frase resonaba etérea, rebotando en la muralla, contra las casas en donde se introducía y volvía a salir al exterior. Las vibraciones del sonido de su voz recorrieron en unos segundos todos los rincones de aquel lugar aparentemente solitario.

De pronto, un trueno inesperado rompió la monotonía acústica de la noche. En el horizonte cercano, el cielo parecía estallar como si del mismísimo infierno se tratase. Una gran tormenta surgida del océano parecía aproximarse temible, y todos la miraron sorprendidos.

—¿Cómo es posible? —se preguntaba Valentina—. No había previsión de tormenta alguna para esta noche.

—La meteorología en la isla es imposible de prever —afirmó Peter mirando con recelo la caverna celeste, que iba siendo invadida rápidamente por una oscuridad pavorosa, producida por esa tormenta en ciernes—. Espero que todos los aparatos estén preparados para el agua —añadió.

—Tranquilos, así es, no pasa nada si se mojan. Es algo que teníamos previsto —dijo la voz de Adam surgida a través de la radio.

—¡Peter, mira...! —le llamó la atención Valentina para que reparase en algo.

—¿Has sido tú? —le preguntó el chico, al darse cuenta de que el señalador con sus dos manos encima estaba apuntando hacia él.

—Por Dios, ni tan siquiera me había dado cuenta de que se ha movido... —aseguró la italiana con sus ojos cristalinos repletos de verdad. Con el sonido estruendoso de la tormenta prominente ninguno se había percatado.

—¿Quién hay ahí...? —dijo con voz entrecortada Peter. De nuevo un silencio escalofriante recorría ese lugar teñido de sangre, dolor y muerte. Las ráfagas de aire con las primeras gotas gordas de agua, barrían todo cuanto encontraban a su paso. Anunciaban que la tormenta se encontraba irremediablemente sobre ellos.

El indicador de madera de la tabla de güija comenzó a vibrar bajo sus delicadas manos, para mayor asombro de la pareja. En un acto reflejo e impulsivo, ambos las apartaron del objeto encantado, que continuaba temblando con aún más fuerza, si cabe. Valentina y Peter se echaron hacia atrás por la impresión. Ella fue al encuentro del chico. Abrazados, observaron atónitos, cómo el señalador, redondo por uno de sus lados y puntiagudo por el otro, se ponía en una imposible posición vertical sobre su vértice picudo, mientras la potencia de la tormenta se incrementaba, exponencialmente a su estado de pánico.

Por si fuese poco lo inverosímil de la situación, de pronto el caprichoso señalador, inmóvil por unos interminables segundos en semejante posición, salió despedido por los aires en dirección al suelo, hacia el lado opuesto de donde se encontraba la pareja que palidecía por momentos. En ese instante lo perdieron de vista, la luna empezaba a ser engullida por las rabiosas nubes y apenas se veía nada. Sabían que había ido a parar al suelo, pero no exactamente dónde había caído, así que ambos se pusieron de pie cariacontecidos, para aproximarse con cautela al lugar donde pensaban que debía encontrarse.

No se lo podían creer. Contemplaron de manera turbadora, cómo ese dichoso utensilio que hacía las veces de altavoz de según qué entidades, se encontraba de manera totalmente autónoma o al menos a simple vista, excavando en la tierra cada vez más húmeda que había bajo sus pies.

Sin palabra alguna mediante, Peter agarró la cámara de mano que llevaba y comenzó a dejar constancia digital de aquella suerte de hechizo, que le ponía los pelos de punta. Mientras lo hacía, se recordaba a sí mismo que, si el objetivo de George en aquel experimento era conseguir pruebas sobre ese otro mundo paralelo al de los vivos, del que nunca nadie pudo antes demostrar su existencia, en esta ocasión y con semejantes evidencias, estaba más que aclarada, aunque no así su entendimiento, de momento.

El objeto de madera, en algún prodigio de encantamiento, cavaba a una velocidad difícil de creer incluso desde el punto de vista mecánico. Tras un par de minutos delirantes, Valentina se percató de lo que estaba haciendo aquel instrumento escalofriante, y esto no era sino... ¡escribir directamente en el suelo!

—Todos... nos... ¡Todos nosotros! —suspiró, intuyendo a mitad de palabra lo que quería decir

—. ¿Qué fue lo último que preguntaste? —le comentó a Peter volviendo la cara hacia él, y viendo cómo seguía grabando aquella locura con rostro desencajado.

—Creo... creo que fue, ¿quién hay ahí? —recordó abrumado.

—¡Pues ahí tienes tu respuesta! —confirmó anonadada Valentina, al ver acabada la inscripción del suelo, en forma de agujeros que se estaban llenando del agua de lluvia. Cada vez se tornaba más torrencial, hasta el punto de tener que taparse con las manos la cara para protegerse de la virulencia del líquido medio.

—¡Espera, que sigue...! —anunció Peter perplejo, al ver que después de terminar la frase excavada en la tierra, aún continuaba con algo más.

—¡Chicos...! —dijo Adam por radio—, creo que debería deciros algo.

—Espera, Adam, ¿es que no ves lo que está ocurriendo o qué? —le reprendía Peter.

—¡Sí, claro que sí! —decía inseguro Adam—. Lo estoy escuchando y además lo estoy viendo por la cámara. Por eso es mi deber advertiros que, junto a vosotros, a vuestra derecha exactamente, se aprecia en la pantalla una silueta oscura con forma humana —espetó con un miedo tácito en la garganta, dejando petrificados a los jóvenes. Un trueno demoníaco, seguido por el relámpago más sublime que jamás habían presenciado, los terminó de acobardar—. Rectifico... hay decenas de sombras a vuestro alrededor —añadió Adam, tras lo que pudo observar gracias a la iluminación del rayo, sintiendo un escalofrío que subía por su espalda mientras pronunciaba esas palabras.

—¿Qué...? —acertó a decir Peter mirando de reojo a su lado.

—¡Ayudadlos! —suspiró en un susurro aterrado Valentina, ya que apenas podía respirar, tal era su estado de pánico absoluto. Ayudadlos fue lo que terminó escribiendo ese pedazo de madera supuestamente inerte, delante de sus narices.

Sin apenas esforzar su vista, por si veía esas sombras, Peter, sobrepasado por las circunstancias, agarró fuerte a la italiana y la condujo a la carrera entre relámpagos y truenos que parecían perseguirlos, al interior de una de las pocas casas que parecían ciertamente estable en su estructura. En el interior se sintieron por fin a salvo, al menos por un lapso de tiempo.

En Chambea, George alucinaba con lo que acababa de oír que sucedía en el fuerte, y se frotaba las manos con todas las pruebas irrefutables que seguramente conseguiría. No quiso interferir en el natural transcurso de los hechos, para conseguir de alguna manera no intoxicar la experimentación.

Excitado e ilusionado, en ese momento se encontraba trasladando el material unos metros más allá, de donde pretendía en principio que Alba tomase la “ayahuasca”. Intentaba colocarlo todo bajo una rústica techumbre fabricada con ramas de árboles y hojas de palmera, que hacía las veces de porche de una de las cabañas *Nagonapu*. La tormenta ahí, de momento tan solo era una simple llovizna, por lo que consideró que estarían más cómodos en el nuevo emplazamiento antes de volverse más intensa, sobre todo, la chica.

De nuevo todo estaba preparado. Alba, sentada en la silla plegable, se concentraba con la botellita de “ayahuasca” en la mano, mientras que el aire de tormenta golpeaba en su juvenil rostro. De manera hipnótica, veía acercarse los relámpagos incendiarios en el cielo enfervorecido. George, a su lado, pretendía grabar con la cámara de mano también lo que fuera que ocurriese, y Robert, intrigado, se preguntaba qué pasaría.

Alba se bebió el amargo brebaje de un solo trago y sin saborear, tal y como le habían indicado a George. Las arcadas no se hicieron esperar. La joven se dobló sobre sí misma, a la vez que un gran relámpago que estalló sobre ellos, anunciaba la llegada del temporal. A punto estuvo de tirarse al suelo y revolcarse por él, de puro malestar. George sufría lo indecible tanto por su chica, como por la preocupación que le producía el hecho de que vomitase la infusión natural, conseguida con gran dificultad. Pero, por suerte, todo pasó. Alba se incorporó de nuevo y recuperó la posición natural sobre la inestable silla.

Con los ojos cerrados, comenzó a sentir un prominente bienestar, que poco a poco iba invadiendo cada una de las células de su esbelto cuerpo. Se dejó llevar por esa confortable sensación, a sabiendas de que los chicos, a su lado, velaban por su seguridad y no había nada que temer. Así que trataría de disfrutar al máximo de su “viaje”. No en vano, el hecho de poder vivir la experiencia de probar semejante bebida ancestral, y aún más en ese lugar en donde seguramente se creó cientos de años antes, constituía un gran privilegio, y así lo entendía Alba.

Su mente de pronto comenzó a divagar sobre todo y sobre nada. La percepción de los sentimientos que albergaba en su interior se hicieron mucho más notorios, se intensificaron. El amor por su familia palpitaba e incluso la llegaba a emocionar. La ilusión que le producía su nuevo amor, de pronto la elevaba a cielos repletos de nubes perfumadas y esponjosas. Entre ellas saltaba como un libre y despreocupado conejito en el paraíso de Adán y Eva. La pasión por conseguir sus objetivos, le abrasaban las manos y el pecho. Se sentía poderosa e invencible, como un corcel indomable que nadie podría detener.

Al fondo de todas esas emociones, veía una luz brillante que por momentos la deslumbraba. Estaba ahí, sabía que era ella, la felicidad plena, la plenitud espiritual y mortal se escondía tras sus anhelos más queridos. La tenía al alcance, a la vuelta de la esquina. Todo flotaba a su alrededor, como planetas orbitando en torno a la estrella mayor de una galaxia lejana, esplendorosa, colosalmente mágica. Todo estaba conectado, unas cosas influenciaban a otras, pero antes tendría que conseguir sus propósitos, y estos pasaban en ese instante por resolver de una vez por todas y para siempre, los misterios que envolvían al pedazo de roca en el que se encontraba, isla enigmática como pocas, quizá tocada por una varita mágica en su creación. Quién sabe...

Alba dejó a un lado las preciosas aspiraciones que albergaba su alma, y se concentró de nuevo en la isla. Abrió los ojos despacio, como si despertase de un largo sueño. Lo primero que observó al hacerlo, fue la lluvia cayendo de manera constante pero calmada. El agua se precipitaba con naturalidad desde las nubes, para volver a ser parte de la tierra, como hiciera antes una y otra vez, ciclo tras ciclo. Alba lo miraba todo con detenimiento y deleite. El relámpago no le produjo ningún temor, tan solo le facilitó la tarea de ver todo cuanto tenía alrededor. Sus compañeros estaban a ambos lados y parecían congelados, pero en realidad se movían increíblemente despacio, como si lo hiciesen a cámara superlenta.

De pronto cayó en la cuenta de lo que podía tratarse aquello. Se le ocurrió, que esa famosa suerte de “ayahuasca” de la tribu *Nagonapu*, lo que produjese en realidad, fuera la activación de cierta parte neurológica que llevase al cerebro humano, a tener la posibilidad de funcionar a más velocidad o con más capacidad. Ya que de todos es sabido, que apenas usamos un diez por ciento en condiciones normales.

Aquella idea la maravilló por completo y la ilusionó «¿será eso lo que realmente produce en los seres humanos esta poción mágica, por así llamarla? ¿Por qué no?», se decía a sí misma fantaseando. Pensaba que, si realmente despertaba ciertos “parámetros dormidos” de nuestro

increíble cerebro, esto podía ayudar a conocernos mucho más y proporcionar a la especie otro salto evolutivo. Incluso creía, que podía tratarse de la llave de acceso a ciertas dimensiones paralelas a la habitual, pero que siempre han estado ahí.

Con ese aire existencialista desmesurado, se incorporó de la silla que George le había procurado, mientras miraba a sus compañeros que apenas se movían. Cuando se alzó, fue consciente de que parte de su ser había quedado allí, porque veía su imagen que continuaba sentada, con los ojos cerrados y semblante de bienestar. En ese momento comprendió lo que debía haber pasado, su alma se había desdoblado de su cuerpo, saliendo de este, dividiéndose. Quedó realmente alucinada. Se encontraba embriagada, por las sensaciones totalmente desconocidas de las que estaba gozando. Tras un incierto tiempo, consiguió apartar la mirada de sí misma y se giró hacia ese otro mundo, ignoto para ella.

Comenzó a caminar muy lentamente, hasta salir del resguardo de la pequeña cubierta. El agua caía sobre ella, pero no sentía que la mojase, lo que resultaba extraño. Observó su alrededor con detenimiento, todo era quietud y oscuridad. En cambio, sí podía distinguir los placenteros aromas de la lluvia, a tierra mojada, esa humedad tan característica, la fragancia de las plantas balsámicas cercanas... Hasta que no muy lejos de allí, advirtió algo que llamó su atención. Se movía al amparo de la oscuridad, pero no pudo dilucidar de qué se trataba, así que se encaminó hacia donde había visto aquella sombra, por llamarla de alguna manera.

Bordeó con sigilo la cabaña donde la distinguió, pero nada encontró en sus contornos. Examinó con detenimiento las silenciosas y extremadamente rústicas construcciones posteriores, y de pronto volvió a creer advertir un leve movimiento de algo escurridizo, que escapaba a la mirada, ansiosa de conocimiento, de Alba. De nuevo fue en su busca, pero por segunda vez nada obtuvo por respuesta.

Entonces, aquella sombra pasó por sorpresa justo a su lado, tan cerca que la podría haber tocado de ser esa su intención. Alba se quedó petrificada, no pudo distinguirla con claridad, pero la sintió tan próxima que la hizo estremecer. «*Pon, pon, pon, pumm... pon, pon, pon, pumm. Pon, pon, pon, pumm*» un sonido rítmico, empezó a dejarse oír de forma velada, vaporosa, en aquel ambiente tan enrarecido.

Alba comenzaba a inquietarse de veras, algo pasaba a su alrededor, pero no acertaba a saber qué era. Trataba de encontrar la procedencia de aquella percusión, en forma de rumor misterioso que parecía envolverla por todos lados, cuando para su sorpresa, esa silueta oscura se dejó divisar con nitidez, inmóvil, temible, no muy alejada de ella. Pero con total calma y parsimonia fue andando hasta perderse tras otra choza. Alba, que la avistó claramente aun con la falta de visibilidad que la rodeaba, intuyó que quería mostrarle algo y trató de seguirla, mientras los sonidos de percusión iban en aumento.

La oscura y etérea imagen, llevó a la española serpenteando por el poblado unos minutos, con los golpeteos de lo que parecían timbales y tambores como telón de fondo. Por fin se detuvo en el espacio abierto central, donde en principio iba a estar sentada para probar la “ayahuasca”. Sus compañeros seguían casi en la misma postura en las cercanías, junto a su cuerpo totalmente relajado en la silla.

Ella se encontraba a unos veinte metros de esa misteriosa sombra clandestina, cuando unas llamaradas la sorprendieron sobremanera al verlas surgir de la nada, como si de un gran lanzallamas apuntando al cielo se tratase. Tanto fue así que la impresión a punto estuvo de hacerla caer. La explosión fue espectacular, pero una vez pasó la primera gran llamarada, de al menos quince metros de altura, Alba creyó entender de qué iba aquello finalmente. Se trataba ni

más ni menos, de una gran hoguera alrededor de la cual se movían infinidad de sombras indefinibles, en una suerte de confuso baile ritual o celebración, o al menos eso era lo que evocaba.

La española quedó anonadada ante la visión que estaba presenciando. Las múltiples siluetas, brincaban y se movían al son de los repetitivos sonidos, que volvían una y otra vez sobre los mismos ritmos, sin aflojar ni por un segundo en su ímpetu «*pon, pon, pon pumm... pon, pon, pon, pumm*», sonaban cual mantra tibetano. Tras el primer vistazo de fascinación, la chica reparó de nuevo en la silueta del ser velado que la condujo hasta allí. Seguía tan inmóvil como antes, pero de repente, Alba sintió una punzada en su estómago, porque se dio cuenta que le resultaba familiar, aunque no acertaba a averiguar por qué. En un determinado momento, su rostro se giró medio iluminado por la hoguera que bullía tras él, dejando ver ese afable y sereno rostro del biólogo, que tantos dolores de cabeza le había traído. La miró directamente, estaba de alguna manera observando aquellos bailes ancestrales junto a la fogata, pero se volvió hacia ella. Se volvió, y por un momento descubrió sus ojos. En ese justo instante reanudó su marcha, volviendo de nuevo la vista al frente despacio, sin prisa, mientras continuaba observando a Alba.

La joven sintió por fin que entendía lo que estaba ocurriendo, Richard debía querer mostrarle algo y comenzó de nuevo a caminar para que Alba le siguiese, como así hizo. Al pasar más cerca, frente a la hoguera, se le erizó el vello, sabiendo que eso no debía ser sino la representación de una escena pasada, vivida realmente allí, pero que no estaba ocurriendo en ese momento. Le querían hacer ver algo, ¿pero qué...? Los sonidos se difuminaban a su espalda cuanto más y más se alejaba de la zona central del poblado. La extraña silueta del malogrado Richard se dirigía inequívocamente hacia el bosque, en donde se introdujo volviendo primero la vista atrás, para otra vez fijarse en Alba. No sabía si era buena idea seguir a esa suerte de entidad por mitad del bosque, resultaba una empresa perturbadora tan solo de imaginar, pero en el fondo sentía que no tenía qué temer.

Se introdujo en el mar verde, con la tormenta aún descargando sobre su cabeza. El agua, que no la mojaba, corría por el suelo siguiendo el curso natural que durante miles de años había horadado en aquellas tierras. En algunos puntos se formaban ya verdaderos riachuelos. Alba apenas sabía hacia dónde debía caminar por la espesura que se plantaba frente a ella, con la dificultad añadida, de que a duras penas veía a la sombra que iba persiguiendo, que se desplazaba unos metros por delante. Se dejó llevar, intuyendo hacia dónde se dirigía, pero antes de llegar a ese lugar descubrió otro, que francamente no esperaba. Alba surgió de entre la espesura a un pequeño claro, en el que se encontró esa aura intrigante ofreciéndole la espalda como casi siempre. La chica miró a todos lados sin saber qué hacía allí, cuando una idea atravesó su mente, a la misma velocidad del rayo que en ese instante encendió el cielo.

Algo le decía que aquel podía ser el lugar en el que encontraron su cuerpo. De hecho, al mirar con más detenimiento la sombra de Richard, parecía enfocado en un punto concreto. La joven avanzó unos pasos para tener visión directa hacia allí, donde parecía mirar, y en efecto, descubrió que estaba fijada en un lugar del suelo a su izquierda.

Estaba segura, fue allí. Un presentimiento interior se lo indicaba inequívocamente. «La cámara puede que estuviera por aquí cerca, si es que nuestras conjeturas son correctas» pensaba Alba mirando a todos lados. Recordó a Richard en el vídeo, comentando que la puso en un árbol cercano, por lo que enseguida miró al que se debía referir, con una increíble sensación de seguridad en su idea. Tenía la esperanza de ver alguna señal que le ayudase a encontrar la que sería una prueba capital de lo que le ocurrió en realidad a Richard.

Otro gran rayo partió en dos el cielo encapotado, amedrentando el ánimo de Alba, que estaba empeñada en encontrar la cámara escondida por Richard. La joven miraba por todas partes compulsivamente. La energía lumínica producida por el rayo en cuestión creó un reflejo al impactar sobre algo, aunque no en el árbol que imaginó, sino justo al lado de este, en lo que parecía un tronco inerte cortado a medio metro de altura, con el interior hueco y cubierto de moho. La chica se percató de ello enseguida, por lo que se centró en el emplazamiento del que procedía ese reflejo. Aguardaba impaciente a que otro relámpago hiciese acto de presencia y confirmase lo que intuía, es decir, que allí debía haber algún aparato metálico, con capacidad de hacer las veces de espejo que reflejaba la luz procedente del cielo.

Poco se hizo esperar el siguiente destello, que permitió a la española fijar el origen de la luz reflejada. Se acercó un poco, y confirmó que en efecto surgía por una grieta lateral, de ese ahuecado y vasto vestigio de tronco. Quizá por eso nadie lo había encontrado allí. De alguna manera debió caer del árbol y colarse en ese inesperado recoveco. Sin mirar en su interior, sabía fehacientemente que estaba allí, a la espera de ser recuperado por alguien, y ese alguien sería presumiblemente ella.

Cuando hizo ademán de acercarse para tratar de meter la mano en el boquete oscuro, la silueta del biólogo inició de nuevo la marcha, sin dar tiempo alguno a la joven de confirmar su teoría, para su desesperación. Alba echó un último vistazo a la zona a donde tendría que volver en otro momento a buscar la cámara, para que no tuviese duda alguna del lugar en el que se encontraba. Con algo de rabia interior, volvió la vista al frente, para seguir de nuevo a la entidad que se introducía en el denso bosque. Pero sería por poco, ya que a escasas decenas de metros, en otra planicie circular respetada por la vegetación que lo abarcaba todo en aquellas tierras, encontró unas esculturas o tótems familiares, que le ponían los pelos de punta al más pintado, junto a un altar de piedra muy desgastado. En efecto, se trataba del siniestro lugar que ya visitó con George, quien le explicó que allí se hicieron verdaderas atrocidades y salvajadas, con sacrificios humanos tanto entre los mismos indígenas, como a los colonos que eran capturados.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Alba, estaba allí en mitad de tan tétrico escenario, sola. La silueta de Richard, tal y como llegó a aquel amplio e inhóspito lugar, se esfumó, por lo que ahora Alba no sabía qué debía hacer. Con cierto atrevimiento se acercó al altar, al cual se accedía subiendo por unas escaleras de piedra, formada por bloques con sus contornos muy desgastados por el tiempo y las inclemencias meteorológicas. La española tuvo el impulso de subir, y así lo hizo valientemente. Coronada la cumbre y frente al altar, casi podía sentir los lamentos y súplicas de clemencia de los sentenciados a muerte que perecieron allí. La evocación la sobrecogió por completo.

Se imaginaba los burdos y ruidosos vítores de los salvajes, jaleando a esos verdugos desalmados, para que acabaran con las bestias de piel blanca que habían venido de la otra punta del mundo a masacrarlos y esclavizarlos. En cierto modo, las barbaries indígenas podían parecer bastante comprensibles. Y allí estaba Alba, que turbada, miraba al cielo de donde el agua no cesaba de precipitarse de forma constante. Pensaba en las atrocidades de las que el hombre ha sido capaz una y otra vez a lo largo de nuestra historia, incluso en el presente. Buscaba a su alrededor, pero ni rastro del espectro de Richard. «¿Qué debo hacer ahora?, ¿será todo una alucinación producida por el estupefaciente natural?», se preguntaba con serias dudas.

En ese instante y para su desesperación, unas fortísimas manos invisibles agarraron sus antebrazos, privándole de cualquier posibilidad de movimiento voluntario. Un grito atroz brotó de su garganta espeluznada. Se giraba a un lado y a otro, pero no veía nada. Ese poder

incorpóreo, la hizo retroceder hasta topar con el altar manchado de la sangre de tantos infelices. El hecho de no ver qué la sujetaba, resultaba aún más terrorífico por la incertidumbre de no saber qué era. Las manos etéreas la arrojaron con fuerza encima de la gran losa del altar. Alba, sintió un repelús instantáneo al verse acostada por la fuerza sobre esa espantosa piedra, que tantas y tantas vidas había visto terminar. No la dejaba incorporarse. Sentía que tenía una losa sobre ella que prácticamente le impedía cualquier movimiento. El estado de pánico que la invadió fue de tal calado, que su cuerpo comenzó a convulsionar con brusquedad.

Por si fuera poco, la obligaron a doblar la cabeza hacia la derecha, pegando su mejilla con rudeza en la fría roca, y de esa manera poder observar lo que se aproximaba frente al altar, bajo los peldaños. La figura oscura de Richard se entreveía con un contoneo desquiciante y esa cara de biólogo loco que helaba la sangre, tal y como la peor de las que recordase haber visto en los vídeos. Ya en ese momento el cuerpo de Alba estaba entrando en un estado de colapso, sus pulmones apenas podían saciar de aire los órganos, el desmayo era inminente.

La infame imagen del biólogo comenzó a subir los peldaños en su afán por acercarse a la chica, que se encontraba paralizada sobre ese asqueroso altar y acorralada como un corderillo en el matadero. Finalizó su inquietante ascensión alargando los brazos hacia ella, y con una cara perturbadora se acercó hasta ponerse a su lado. En ese maquiavélico lapso, las fuerzas invisibles giraron su cabeza de nuevo colocándola boca arriba, al mismo tiempo que un rayo encendió el firmamento encapotado, lo que le permitió contemplar el hacha que finalmente se lanzó sobre ella de manera feroz...

—¡Aaaaah! —gritó Alba con el rostro completamente desencajado por el más absoluto espanto —. ¡Aaaaah... ayayay! —seguía gimoteando en la silla de George, de la que a punto estuvo de caer, de puro miedo. Suerte que este la agarró raudo, tratando de calmarla y preservando su verticalidad.

—¡Tranquila, cielo, ya has vuelto! ¡Estás a salvo conmigo! —le decía repetidamente con voz serena, para tratar de aplacar su tremenda inquietud. George estuvo grabándola en toda la sesión con la cámara de vídeo, y los demás aparatos de medición, y varias fueron las sorpresas que consiguió documentar—. Ya está, cariño, estás a salvo, a salvo... —le repetía una y otra vez apretándole el rostro lívido contra su pecho, al ver que esta no cejaba en los lloros y convulsiones impregnados de terror.

—¡George... George, creía morir, pensaba que era el final! —sollozaba volviendo poco a poco en sí, al reconocer a su joven amor—. ¿Qué ha pasado...? He visto... he visto cosas que son difíciles de creer —le explicaba.

—Tranquila, preciosa, ya no tienes nada que temer. El efecto de la droga ha terminado. Te debe haber causado potentes alucinaciones —comentaba George—. Ya pasó, aunque tendremos que estudiar bien los datos registrados durante la sesión y el vídeo. Hemos captado relevantes fluctuaciones electromagnéticas y cambios de temperatura importantes, además de repentinos...

—¿Cómo...? —preguntaba Alba sobrecogida—. ¿Crees que había realmente algo a mi alrededor? —musitaba.

—No lo sé, solo digo que hay que estudiar todo con detenimiento —razonaba el joven.

—He visto a Richard —soltó de improviso—. Lo he visto con mis propios ojos, incluso le seguí. Parecía querer mostrarme algo. Pero finalmente... —sintió un escalofrío al recordarlo.

—¿Cómo a Richard? —preguntaba sorprendido George—, ¿a su... espíritu te refieres? —indagó.

—No sé. Supongo que sí, ¿qué si no? —elucubraba Alba.

—No creo que debas darle mucha validez, ese brebaje es un fuerte narcótico, muy probablemente solo fuera eso, una alucinación, una suerte de ensoñación.

—Pues te puedo asegurar que resultaba de lo más real —respondió ella.

—Ya sabes lo que te hemos contado sobre la tradición de la poción elaborada con la flor escarlata —irrupió Robert en la conversación con vehemencia.

—La tradición cuenta muchas cosas de dudosa veracidad, Robert, y lo sabes —rebatía el jefe del equipo—. Si tuviéramos que atenernos a todo lo que se dice y se cuenta, en vez de a datos reales extraídos de una investigación seria como esta, caminaríamos por aguas pantanosas.

—La flor que te hace ver... —recordó susurrante y con semblante perplejo la intrépida española—. Pero ¿qué es lo que te hace ver?

—He ahí el dilema, querida —adujo George—. ¿Qué es lo que te hace ver? ¿El otro lado, como muchos aseguran? ¿Otra dimensión, paralela a la nuestra terrenal? ¿O más bien se trata de simples alucinaciones, producidas por el aletargamiento y la confusión temporal del discernimiento, provocado por la droga? —les preguntaba—. Aunque me cueste reconocerlo, ya que me encantaría que se tratase de una llave al otro lado, yo me inclino por esto último.

—Podría ser, ¿pero y si no lo fuese? —añadió Robert, para sembrar la semilla de la incertidumbre.

—De ser así lo descubriremos —sentenció George dejando cariacontecida a Alba.

—Chicos, no quisiera molestaros en vuestro trascendental debate, pero si hubieseis visto lo que nosotros, este no existiría, os lo aseguro —dijo Peter convencido—. Seguimos aquí adentro escondidos, ¿qué hacemos?, ¿ves algo en las cámaras, Adam? —le preguntó Peter asustado recordando la experiencia.

—Todo despejado, tenéis vía libre —sonó por radio. En ese momento, un leve pitido comenzó a dejarse oír en el interior de la mochila de Peter. Ambos se miraron con gesto de incredulidad. Peter abrió la mochila y sacó aquella especie de mando a distancia que medía las fluctuaciones electromagnéticas, cuando estas eran considerables.

Al ver los leds rojos encendidos en el interior de la mochila, Peter sintió un escalofrío que atravesó su espinazo. Lo extrajo del interior del macuto impermeable y se lo quedó mirando con cierto estupor. El mensaje implícito que aquellas luces sugerían golpearon en las sienes de ambos como un gran puño. Para colmo, la temperatura descendió de golpe, hasta verse la respiración en forma de vaho blanquecino de ambos claramente dibujada en el aire. Los dos miraron al unísono a su alrededor, muy inquietos. A poco más de un metro de su posición ya no se apreciaba nada a simple vista, todo era oscuridad, pero algo les decía que no se encontraban solos.

Peter agarró de nuevo a Valentina, esta vez para sacarla de allí. Cuando salían a toda prisa, Valentina creyó diferenciar una silueta humanoide en la esquina opuesta de donde estaban, que parecía ir girando la cabeza a su paso, como si los estuviese mirando directamente. Ni tan siquiera le brotó la voz de sus cuerdas vocales para decírselo a Peter, que sin mirar atrás tiraba de ella hacia fuera.

—Recoged todo amigos, el trabajo ahí es más que suficiente. ¡Enhorabuena! —gratificó con su reconocimiento a la pareja, intuyendo grandes pruebas.

—¡Será un placer! —espetó a la carrera Peter, mientras se dirigían entre la lluvia, ahora más débil, a la zona en donde practicaron la impredecible güija.

Después de desmontar el material en tiempo récord, de haber hecho varias fotos a las alarmantes marcas del suelo en forma de letras y sin dejar de mirar de reojo a todos lados, Peter cogió la mano de Valentina y la guio de vuelta por las calles desiertas del fuerte, con la intención

de salir de allí cuanto antes. Algo llamó su atención, cuando ya veía al fondo la puerta medieval cercana, por la que tenían que salir. Giró a la izquierda llevando aún asida a la italiana, que no entendía lo que se proponía, y posteriormente se ocultó de sopetón detrás de un muro con zonas derrumbadas y agujeros en sus restos.

—Movimiento en la entrada del fuerte —se apresuró a decir Adam—. Repito, el sensor de movimiento de la entrada registra actividad, y por lo que veo no sois vosotros, ¿verdad? ¿Quién coño hay ahí? —espetó.

Ambos se agazaparon en un rincón, escuchando cómo Adam confirmaba las sospechas de Peter. Apagaron de inmediato la luz delatora de la linterna. Peter pasó una mano por el hombro de la chica hasta rodearle el cuello y tapar su boca de manera suave. Simultáneamente, con la otra mano le hacía el gesto de silencio pegado a sus labios. Al cabo de treinta o cuarenta segundos, oyeron movimiento afuera. La chica, ya sin la mano de Peter en la boca y este, se asomaron por un boquete del tamaño de una pelota de baloncesto que presentaba el muro, y observaron atónitos desfilar delante de sus narices, a tres sigilosas siluetas sin poder reconocerlas en primera instancia, envueltas en el manto de la noche. Peter intuyó con acierto que alguien merodeaba a su alrededor.

—¿Quiénes son esa gente? —susurraba con verdadera intriga Valentina.

—No lo sé, no alcanzo a verlos. Pero algo serio llevarán entre manos, como para estar en una noche como esta aquí... —contestó el chico.

Valentina trató de asomar todo lo que podía la cara por el agujero. Intentaba descifrar la identidad de esos individuos, que andaban por allí a esas intempestivas horas de una lluviosa madrugada, con la mala suerte de apoyar la mano en una roca del muro de varios quilos que estaba completamente suelta, y hacerla caer por un diminuto montículo de escombros con el consiguiente eco.

La respuesta de los desconocidos no se hizo esperar, se giraron velozmente hacia la dirección en la que habían oído el pequeño estruendo. Valentina y Peter pudieron apartar sus caras de la abertura de puro milagro, un segundo antes de que los otros enfocaran con potentes linternas en ese mismo lugar.

Observaron los últimos movimientos rotatorios de la roca precipitándose hacia la calle contigua a la casa, y raudos se acercaron a comprobar qué ocurría. Valentina y Peter pegaron sus espaldas al muro interior desvalidos, rezando introspectivamente para no ser descubiertos. El miedo se apoderó de ambos, al comprobar que se acercaban por sus consistentes pisadas, y esos haces de luz temblorosos que, rozándolos, se colaban por las brechas del muro a sus espaldas.

Los tenían encima, tan solo tenían que rodear las dos paredes que quedaban en pie de la vivienda, para encontrarlos agazapados como ratas. Podían ser descubiertos en cualquier momento. Los escuchaban ya muy cerca del otro lado del tabique, pero paralizados por la incertidumbre, no se atrevían a mover ni un dedo. La luz de una de las linternas se centró en el boquete por el que estaban anteriormente asomados ambos. Su portador se estaba acercando cada vez más, algo había llamado su atención, o su intuición le decía que allí podía encontrar aquello que buscaba. Estaba ya a pocos centímetros del agujero, Peter y Valentina esperaban lo peor, si metía la mano con la linterna serían descubiertos de inmediato.

—¡Ua, ua, ua, ua! —surgió vociferando un chimpancé renqueante como si tal cosa, frente la construcción contigua a donde se refugiaba la pareja, captando toda la atención de esas personas, y creyéndolo responsable del ruido producido anteriormente. Peter miró a Alba y cerró unos segundos los ojos con semblante de alivio.

—Maldito mono... ¡Fuera de aquí, estúpido! —espetó una de esas personas, tirándole de mala manera una pedrada que a punto estuvo de alcanzarle. El chimpancé corrió con su simpático contoneo hasta desaparecer en la noche.

—¡Despleguémonos, ya habéis oído al jefe! —dijo una voz que resultaba conocida para Peter—. Hay que encontrarlos y darles un buen susto. No permita el demonio que se huelan algo... —afirmó ese autoritario personaje, para sorpresa de Peter y su querida Valentina.

—¡Tú, a la puerta, que no salga nadie de aquí! ¡Tú, por ese lado y yo iré por el otro! Si los encontráis, llamadme, de lo contrario, nos veremos de nuevo aquí. ¡Corred! —exhortó con tono de mala baba ese hombre. Peter se atrevió a asomar el hocico por el boquete, con la suficiente antelación como para ver a uno de ellos pasar al trote y reconocerlo.

—¡Son los guardas! —dijo sorprendido por la revelación y lo escuchado—. ¿Qué demonios estarán tramando? —se preguntaba sembrando un mar de dudas en su mente y sobre todo en el de Valentina—. ¡Son gente peligrosa! Debemos salir de aquí de inmediato —susurró con sigilo.

—¡Chicos, creo que tenemos compañía! —cuchicheó a la radio cuando esos hombres se hubieron alejado.

—¿Cómo dices? —se sobresaltó George.

—Parece ser que los guardas nos andan buscando por el fuerte. Han comentado algo extraño de darnos un buen susto, por si nos olíamos algo... No me ha gustado el tono en absoluto, creo que deberíamos salir de aquí cuanto antes.

—¡Volved enseguida y tened mucho cuidado! Esos hombres son unos mercenarios y no sé de qué son capaces —les instó George, alarmado.

—En la pantalla no veo a nadie por el momento —añadió Adam.

—¡Eran ellos...! —musitó entre dientes Robert—. Os lo dije, nos estaban observando, están al acecho —insistía.

—Pero ¿qué querrán? —se preguntaba George ante la atenta mirada de Alba, que intuía por dónde iban los tiros.

—Creo que pueden tener relación con la muerte de Richard —reveló de sopetón la joven española, no pudiendo ocultar más sus temores.

—¿Cómo? No creo que sean capaces de llegar a tales extremos —decía Adam.

—¡Son ellos! Ocultan algo y a nosotras nos quieren intimidar porque piensan que podemos averiguar la verdad —aseguró vehementemente—. Llévame al lugar donde encontraron a Richard de inmediato. ¡No hay tiempo que perder! —le dijo agitada a George.

—¿Para qué? Creo que debemos salir de aquí —respondió.

—Necesito ver algo. Será solo un momento, ¿está cerca de aquí verdad? —añadió—, estaremos de vuelta antes de que lleguen Valentina y Peter, y todos saldremos de aquí. ¡Es muy importante...! —adujo la joven.

—De acuerdo, pero no te podrás recrear demasiado, esta gente está por aquí. Si en el fuerte hay tres de ellos, aún quedan otros tres al menos que pueden estar cerca —comentó para consternación de Alba—. Peter, Valentina, volved de inmediato y abrid bien los ojos.

—¡Chicos, hay uno de ellos en la entrada! —anunció Adam—. Lo veo por la cámara fija, los otros deben estar buscándoos por dentro. Lástima que ya no tenga visual de la cámara de la placeta que habéis desinstalado.

—Pero ¿cómo salimos de aquí sin ser vistos con ese guarda apostado esperándonos? —preguntó preocupado, Peter.

—En el último edificio del extremo suroeste, hay una casa que escondía un pasadizo

subterráneo con salida al exterior —le confió George—. Se encuentra bajo unos tablones de madera esquinados y en mal estado, en la única estancia del edificio. Se trataba de una salida secreta de emergencia al otro lado del muro. Pero debéis tener cuidado, seguro que ellos también la conocen y además el túnel no debe estar en demasiado buen estado —les aleccionaba George—. Nos reuniremos donde hemos dejado los coches —indicaba el líder del grupo, que veía cómo su sueño se complicaba, tornándose más bien pesadilla.

—¡Adam, recoge cuanto puedas en lo que llegamos! —le indicó a este.

—¡Oído!

Se asomaron por las brechas del muro, y al no ver a nadie, salieron de inmediato.

—No hay tiempo que perder —dijo Valentina excitada.

Por fin en el exterior giraron hacia la derecha, por donde habían venido. Se detuvieron en la esquina frontal de la casa donde se refugiaron anteriormente para asomarse al pasillo central. Por suerte, gracias a Adam, no salieron sin mirar porque como les dijo, bloqueando con su presencia la entrada había una de esas personas que les habían seguido, «los demás no andarán muy lejos», pensó Peter sintiéndose atrapado. Se giró de nuevo sobre sí mismo, y trató de ir hacia la parte opuesta de la vieja construcción que les resguardaba, rumbo al suroeste como les había indicado George. Pero en el momento en que se disponían a pasar frente a las ruinas que le dieron cobijo, observaron una luminosidad de aspecto mágico, que se colaba desde el interior hacia fuera, por las rendijas de los muros desvencijados.

La imagen los hizo detenerse quedando embelesados ante semejante fenómeno desconocido. Parecía que se desplazaba hacia el exterior; pronto surgiría aquello que fuese esa luz frente a ellos. De manera impulsiva y sin tan siquiera mirar a la mochila, Peter introdujo sus manos y sacó una cámara de vídeo un tanto especial. Justo cuando la estaba encendiendo comenzó a salir con parsimonia, una suerte de esfera luminosa de una belleza extraordinaria, que dejó a ambos sin aliento. Se desplazaba tan despacio que apenas se distinguía movimiento alguno, pero lo hacía. Sin poder articular palabra, Peter alzó la cámara de espectro con la que podía observar radiaciones electromagnéticas invisibles al ojo humano tales como infrarrojas, ultravioletas o de espectro total, y enfocó a esa misteriosa luz desconocida, que aún le tenía preparado una sorpresa mucho mayor.

Al comenzar a grabar esa emanación lumínica, en la pantalla digital de la cámara pudo comprobar, que de pronto adquiría con forma difusa el aspecto de una silueta humana. Al darse cuenta de ello, le dio tanta impresión que a punto estuvo de caérsele la cámara de las manos. Valentina no podía apartar los ojos de esa figura que tenía enfrente, no acertaba a saber de dónde procedía, pero le daba un miedo atroz. Al ver la cara de Peter al mirar a través de la pantalla, ella hizo lo propio y vio lo que tanto le había perturbado. Ambos se acuclillaron al contemplar semejante visión espectral, mirando a todas partes, ya que los que les buscaban no tardarían en advertir ese resplandor. En ocasiones se intuía sus ropajes, que debían consistir en una capa que lo cubría, unas botas y un típico sombrero triangular inglés.

—¡No puede ser...! —acertó a decir únicamente Peter.

De pronto, y para mayor espanto de ambos, ese espeluznante ser giró la cabeza hacia ellos con rostro grave, al mismo tiempo que comenzó un desplazamiento lateral extrañísimo que lo alejaba de la pareja, pero esta vez a una velocidad endiablada. La visión les puso los pelos de punta. Sin la cámara de por medio, se vio como si de una estrella fugaz se tratase, hasta que por fin desapareció dejando un destello de unos treinta metros más allá. Peter y Valentina no podían cerrar la boca, tal era su asombro.

—Chicos, ¿estáis bien?, ¿qué ocurre? —preguntó Adam de repente al ver sus puntos luminosos detenidos en el GPS y oír las palabras de asombro de Peter. A punto estuvo de hacerlos gritar a ambos por la impresión que les ocasionó escuchar su voz en ese inesperado momento—. ¿Qué está pasando, por qué no habéis salido ya? —se preocupó por ellos.

—Porque... —respondió cortante Peter—, prepárate a ver lo que hemos captado por la cámara de espectro —dijo justo antes de volver a coger a Valentina de la mano, ayudar a levantarla y salir de allí en dirección a la casa que les había indicado George.

Adam quedó intrigado por la afirmación de Peter acerca de la documentación obtenida. De repente, le dio la impresión de que algo pasó por delante de una de las ventanas plastificadas a su lado, la que estaba a la derecha más concretamente. Adam se giró raudo y alarmado, se puso de pie y muy despacio fue acercándose para mirar al exterior. Al asomarse no vio nada directamente, pero cuando volvió la vista a los monitores, todos estaban en negro y emitían unos destellos de lo más extraños. A través de los altavoces, una serie de interferencias propiciaban unos ruidos que recordaban a palabras ininteligibles. Un escalofrío atravesó su espinazo. La iluminación comenzó a entrecortarse de forma preocupante. Adam, temeroso, miraba a todos lados dando vueltas sobre sí mismo. Una gota de sudor frío caía de su frente. Se sentía de lo más vulnerable allí solo, en mitad de esa selva tan especial y ahora más con esas personas buscándolos.

Los destellos de los monitores se tornaron de lo más cegadores, resultaban casi insoportables a la vista. Por eso, Adam, en un arrebato impulsivo desenchufó los mismos del aparato eléctrico donde estaban conectados y los apagó. Algo más tranquilo les dio la espalda y comenzó a recoger con presteza. Metió a la carrera cuanto encontró en una caja y cuando se disponía a encarar la puerta de la tienda de campaña en dirección al coche, a su espalda los monitores se encendieron de nuevo, esta vez sin fuente de alimentación alguna. Percibiendo lo que ocurría detrás y sin tan siquiera querer girarse a ratificarlo, echó a correr entre la maleza en dirección a los coches, poniendo tierra de por medio. Se sentía verdaderamente aterrado.

George, Alba y Robert se aproximaban al lugar del fallecimiento de Richard. La española, que increíblemente recordaba el camino que siguió en esa suerte de alucinación experimentada con la potente “ayahuasca” *Nagonapu*, adelantó a su amado dejándolo boquiabierto al ver que sabía a dónde iba.

Unos metros más allá salió al claro con ímpetu y fue derecha al lugar exacto en donde encontraron el cuerpo de Richard. Los amigos llegaron unos segundos después. La miraban con asombro, preguntándose cómo era posible que conociese el punto justo de la tragedia. Ella se quedó inmóvil. Observaba al detalle cuanto podía, gracias a la escasa claridad que le proporcionaba la luna, que de vez en cuando comenzaba a escapar de su encierro entre las nubes. Se sentía ciertamente emocionada y sobrecogida, tanto por estar en el lugar en el que murió ese hombre, como por darse cuenta de que la supuesta alucinación no era errónea, sino todo lo contrario.

—¿Estás bien? —le preguntó George posando una mano en su hombro—. ¿Cómo es posible que...? —insinuó.

—No preguntes... —evadió la interrogación Alba. Tras unos segundos de recogimiento ceremonioso, su mente recordó con pasión, la razón que la había llevado hasta allí. Alzó la vista y contempló el enorme árbol y la hendidura en donde debía estar oculta la cámara de Richard.

Justo a su lado, se encontraba ese tronco; tan mimetizado con la superficie circundante; que recordaba a una gran roca cubierta de moho, en donde presumiblemente se coló cuando cayó del primer escondite. Se acercó rauda, y comprobó que la grieta lateral no era lo suficientemente amplia, como para introducir su fina mano en la oquedad.

No tuvo más remedio que meterla por la parte superior, de ese tronco de al menos medio metro, en descomposición. La sensación no resultaba en absoluto de su agrado. No era capaz de distinguir nada allí adentro, así que tan solo le quedaba probar con su mano a tientas, hasta topar con algo, si es que realmente lo había.

Por suerte, pronto agarró aquello que debía ser lo que buscaba, además de llevarse unos buenos picotazos de alguna hormiga o termita peleona. Extrajo su brazo, ennegrecido en algunas partes y enrojecido por otras. Abrió la palma de la mano donde guarecía tan ansiado objeto, y se lo mostró complacida a sus compañeros.

—¿Qué es eso? —preguntó alucinado Robert—. ¿Algún tipo de aparato?

—¿Quién dejó eso aquí? —le preguntó sorprendido George—. ¿No sería...? —insinuaba mirando la media sonrisa de satisfacción de su chica.

—Así es. Aunque en realidad Richard lo puso en este árbol —le explicaba señalándolo—, y de alguna manera tuvo que caerse aquí dentro.

—¿Y cómo demonios lo sabías? —inquirió curioso.

—Es una larga historia —le dijo para no entrar en detalles—. Debemos irnos, convendrías conmigo en que no es el momento idóneo para las explicaciones, ¿no crees? —convino exultante al ver la cara de sorpresa del joven, que para nada esperaba aquello.

—Tienes razón, pero al volver tendremos una larga charla... —sonrió.

—La aceptaré de buena gana, pero vayámonos de aquí —dijo un instante antes de escuchar como si alguien se acercase. De repente, unas luces comenzaron a pasar por los alrededores, entre la densidad del bosque oscuro que los envolvía. Las había por todos lados, a derecha y a izquierda, por delante y por detrás. Ese fenómeno, desconocido para ellos, resultaba tan intrigante como bello, las luces deambulaban de forma pausada y en línea recta alrededor del claro en donde se encontraban, entre los árboles y palmeras que por momentos resultaban iluminados.

Todas se dirigían de manera acompasada en la misma dirección. Parecía algo mágico y, de alguna manera, sentían que no corrían ningún riesgo al encontrarse en medio de esa vorágine luminiscente tan especial. Los tres giraban sobre sí mismos contemplando ese hermoso espectáculo que nunca antes, excepto Alba, habían visto. Cualquiera diría que los espíritus del bosque querían descubrirse ante sus ojos. Todo resultaba iluminado a su alrededor, pero de repente se quedaron inmóviles.

Alba trató de acercarse a uno sintiendo una suerte de *Dèjà vu*, embelesada por esa belleza, pero cuando caminaba en dirección a la línea de árboles más cercana, detrás de donde se encontraba una de esas luces, estas desaparecieron al unísono, en lo que a sus ojos parecía ser un acto coordinado y exageradamente veloz.

—¡Vamos chicos, es por ahí! —Pudo oír claramente Alba una vez desaparecieron las luces. Alguien se aproximaba en su dirección—. ¡Provenían de allí! ¡Las luces venían de ahí detrás! —aseguraba una y otra vez la voz desconocida.

—¡Salgamos de aquí! —les instó George susurrando. Cogió a Alba y tiró de ella para volver cuanto antes. Los guardas estaban cerca y no sabía con qué intenciones. Conocía bien su codicia, pero ignoraba hasta dónde eran capaces de llegar por sus ansias de poder. Pero lo que tenía

meridianamente claro era que, si esa noche se habían tomado las molestias de ir a buscarlos, es que la cosa iba en serio.

Los tres volvieron con celeridad a los coches, en donde se encontraron por suerte con Valentina y Peter, sanos y salvos. También estaba un asustadísimo Adam, que ya no había querido volver al campamento base de ninguna manera. Recogieron en pocos minutos y tomaron rumbo a la salida con las luces de los coches apagadas. Iban uno tras el otro, casi pegados. Todos rezaban para no tener que toparse con los guardas al volver, pero conociéndolos, resultaba un pensamiento demasiado optimista.

Con el alma en vilo, los conductores de ambos automóviles se acercaban al paso cubierto, que obligatoriamente tenían que atravesar para irse. Los motores ronroneaban a las mínimas revoluciones posibles, para tratar de no hacer demasiado ruido. Peter iba al frente de la comitiva con su pick up. Se detuvo justo antes de introducirse en el angosto paso, que en esa situación resultaba muy imponente. Encendió la luz de su coche, porque apenas veía algo del interior de aquel indeseable tramo. Nada les cortaba el paso, pero la imagen resultaba muy inquietante.

—¡Allá vamos! ¡No queda otra...! —dijo Peter, antes de introducirse de manera aturullada, con el robusto coche en el túnel natural. El segundo vehículo hizo lo propio con Adam al volante, aún sobrecogido, que trataba de ir lo más cerca posible a Peter. La cara de las chicas eran un poema. Alba apretaba con fuerza la cámara de Richard en su mano derecha, mientras miraba al exterior con mucha tensión. Se sentían como en un pasaje del terror, pero este era real.

Peter comenzó a acelerar, tal y como se iban adentrando más y más en el túnel, pronto alcanzarían la mitad de su extensión. Pero un par de personas surgieron de entre la maleza lateral por sorpresa, y se plantaron en mitad del camino. Aquellos individuos apuntaban con sus rifles de manera amenazadora, hacia los vehículos que se aproximaban veloces. Su intención era clara, obligarlos a detenerse por la fuerza.

Peter, por un momento dudó si frenar o acelerar aún más, tal fue la impresión que se llevó al verlos salir de la nada. Finalmente comenzó a decelerar para detenerse justo enfrente de ellos, a poco más de tres metros. Se trataba, en efecto, de los guardas forestales de la isla. Su todoterreno negro se aproximaba por detrás, para cortarles una posible huida de vuelta al lago.

La tensión resultaba exasperante. Los motores a ralentí y esos hombres apuntándoles con sus rifles. Nadie sabía qué era exactamente lo que iba a ocurrir. La española miraba a todos lados nerviosa, tratando de imaginar un lugar indetectable, en donde esconder la cámara de Richard. Pensaba que si estos rufianes la encontraban en su poder, podría pasar cualquier cosa. El coche de los guardas ya estaba parado detrás de Adam. De él surgieron cuatro impresionantes hombres, ciertamente musculados y con semblante muy serio, que helaban la sangre. Alba se metió por fin la cámara en el canalillo, tan resguardada como pudo.

Esos armarios empotrados, rodearon raudos los coches con un lenguaje corporal agresivo y temible. Todos, excepto uno de ellos, levantaron sus armas y encañonaron al ya de por sí acongojado grupo de investigación paranormal.

—¡Señores y señoritas, bajen de los vehículos! —dijo el único de ellos que no empuñaba arma alguna y parecía erigirse en el líder de la manada. Su voz era grave y autoritaria, tal era así que cortaba la respiración. George, como responsable del equipo fue el primero que salió, muy despacio y con las manos levantadas.

—¿Qué es lo que sucede para que nos apuntéis de esa manera como si fuésemos criminales? —les dijo el joven con aplomo y tratando de pedir explicaciones.

—Creo que sabéis de sobra que está absolutamente prohibido, llevar a cabo este tipo de

estudios de campo en la zona, ¿no es así? —le contestó el *Neronapu*.

—Tienes razón, pero me otorgaron un permiso especial y puntual del consistorio, que me permite tal actividad esta noche —rebatía George tratando de ser convincente—. Aquí mismo lo tengo. Lo voy a extraer —advirtió señalando un bolsillo que llevaba en el pecho.

Tres de los hombres no quitaban ojo a las chicas, daban la impresión de querer intimidarlas con la mirada. Sin duda, ellas eran sus principales objetivos. George le ofreció el papel donde traía firmado por el gobernador el permiso del que le había hablado. El hombre moreno y de rasgos nativos, lo agarró de mala gana y miró también a las chicas con desdén, algo de lo que se percató George.

—¿Y a qué se debe el despliegue que tenéis montado aquí? —preguntó con arrojo el investigador, tragando antes saliva—. Tenía entendido que por la noche no solíais llevar a cabo este tipo de guardias tan multitudinarias. ¿Ocurre algo especial hoy? —se atrevió a insistir. Una mirada del jefe de los guardas le atravesó como un puñal sin tan siquiera abrir la boca, antes de volverla a bajar al documento que le ocupaba. George entendió que debía cerrar la boca en ese momento.

—Digamos que tenemos que velar por nuestros intereses... —insinuó el *Neronapu* mal encarado, mirándolo a los ojos directamente de manera pendenciera—. Hemos sabido de vuestra presencia esta noche aquí de manera indirecta, por así decir. Queríamos haceros compañía, y de ese modo comprobar exactamente, qué os dedicabais a hacer por las tierras de nuestros antepasados.

—Te recuerdo, que esos antepasados eran tanto tuyos como nuestros —le soltó George.

—Permíteme que yo no lo vea de tal forma, puesto que cuando tus antepasados llegaron a este lugar, los nuestros llevaban aquí seguramente cientos de miles de años... —elevó el tono.

—¿Y a qué viene eso ahora? —trató de esquivar el conflicto geo histórico.

—¿Qué es exactamente lo que buscabais? —le preguntó directamente dando un par de pasos en su dirección, hasta plantarse frente a él de forma abrumadora e intimidatoria.

—Soy parapsicólogo, creo que ya lo sabes. Solo hemos venido a llevar a cabo una investigación de campo en este sentido, y el hecho de haberla realizado de noche, no es sino porque las condiciones son las idóneas, además de ser el momento ideal para que nadie fuera consciente de ella, y, por consiguiente, no herir sensibilidad alguna —trataba de explicarse vehementemente—. No hay ninguna otra razón de nuestra presencia aquí.

La explicación de George no parecía terminar de satisfacer al jefe, que miraba a unos y a otros para tratar de leer en sus rostros de nerviosismo, los pensamientos de sus mentes.

—¿Y esas chicas? —preguntó el jefe.

—Son unas amigas a las que yo mismo invité a venir —respondió—. ¿Hay algún problema, algo va mal? De lo contrario, no entiendo a qué viene tanto interrogatorio. El permiso del ayuntamiento nos avala, y no creo que vosotros estéis por encima de la ley. —Apretó los dientes tal y como pronunció esas arriesgadas palabras, para tratar de que les dejaran marchar, pero a sabiendas de que podía herir su orgullo enaltecido y eso resultaría peligroso.

—¡Ja, ja, ja, ja! —Rio de manera burlona el *Neronapu* engreído—. ¡Abrid los maleteros, ahora! —exclamó volviendo su rostro en un gesto de tensión y gravedad, que heló la sangre de los investigadores.

Peter bajó la portezuela de la pick up y quitó la lona que cubría el material. Adam elevó la puerta del maletero de su coche.

—¡Tened cuidado, es un material muy costoso! —dijo Robert enojado, porque los *Neronapu*

comenzaron a revolverlo todo de malas maneras.

—¡No se os ocurra romper nada o de lo contrario os denunciaré y os lo haré pagar! —farfulló Peter con rabia contenida.

—¿A quién vas a hacer pagar tú, inglesito...? —le ridiculizó uno de los matones. Peter se fue derecho a él mordiéndose el labio, pero Adam y Robert lo agarraron con fuerza para que apaciguara sus intenciones.

—Sí, por favor... dame una buena excusa. —Reía aquel nativo acariciando su rifle.

—Cálmate, Peter. Mantén la cabeza fría —le aconsejó Adam susurrándole al oído. Peter se zafó de las manos de sus compañeros y tranquilizándose volvió a una posición secundaria, ante la cara de satisfacción de su opresor.

—¿Habéis conseguido lo que buscabais? —preguntó de pronto el *Neronapu* jefe de los guardas, mirando directamente de forma inquietante y escrutadora a Alba y Valentina, para unos interminables segundos después, volver a mirar a George.

—Hay que revisar todo, es pronto para sacar conclusiones —respondió echando balones fuera el joven.

—Tened mucho cuidado con lo que aireáis, no sea el diablo que posea tal envergadura que se os pueda venir encima y sepultaros —volvió a hablar mirando a las chicas directamente. Aquello sonó a amenaza velada.

—Esas palabras suenan intimidatorias —apuntó con valentía Alba—. ¿Tenéis algo que ocultar? —Hurgó en la herida, absolutamente muerta de miedo en el fondo.

El *Neronapu* sonrió mirando a sus compañeros que hacían lo propio.

—Señorita, no creo que esté en disposición de hablarnos con esa insolencia —manifestó fanfarrón—, le aconsejaría que controlase su lenguaje, ya sabe que en esta isla pasan cosas... extrañas —la volvió a amenazar sutilmente. Alba palideció.

—¡Nada! —le dijo al jefe en voz baja otro de los guardas, tras revolverlo todo y escarbar incluso el interior de los coches. La española lo escuchó, sabía qué era lo que buscaban con tanto interés.

—¡Registradlos a todos! —ordenó en voz alta.

Los matones comenzaron a situar al grupo contra los vehículos sin dejar de apuntarles. Las chicas las pusieron las últimas.

—¡Ni se te ocurra ponerme una mano encima! —le dijo con cara de asco Valentina a uno de ellos, que la agarró de mala manera por el antebrazo. Los ánimos estaban muy exaltados y los nervios a flor de piel.

Una vez en fila, comenzaron con George y Adam que eran los primeros. Dos *Neronapu* palpaban sin decoro alguno todo el cuerpo de los jóvenes. Buscaban algo y lo buscaban con ahínco. Alba pensaba que si se atrevían a ponerle sus sucias manos en el pecho, acabarían notando exactamente lo que pretendían encontrar y los descubrirían. Estaba aterrada, ya se encontraban registrando a los dos siguientes, después les tocaba a ellas. Valentina y Alba se miraron, y en esos ojos, la italiana dedujo lo que portaba su amiga sin tan siquiera habérselo dicho.

—¡Las siguientes! —dijo encantado uno de los dos malhechores, gustosos de registrar a tales bellezas.

—¡No la toques, ¿me oyes?! —dijo, justo cuando le iban a poner la mano encima a Alba. Valentina se abalanzó sobre el *Neronapu* para tratar de impedirlo, empujando al guarda con furia. Un compañero la agarró por detrás y el primero le profirió un sonoro bofetón, que hizo

saltar a Peter fuera de sí y darle un puñetazo. La escaramuza estaba en marcha. Dos guardas embistieron a Peter con la intención de reducirlo, mientras Robert y Adam trataban de quitárselos de encima. Alba y Valentina, sin saber qué hacer, miraban temblorosas el devenir de la contienda, en la que tenían todas las de perder. Un disparo inesperado sorprendió a todos y detuvo la refriega.

—¡Todos quietos de una puta vez! —dijo el jefe de los guardas *Neronapu* apuntando hacia arriba, en dirección al techo de ramas y hojas, muchas de las cuales se precipitaban despacio sobre él, debido a que la bala de su rifle atravesó la cubierta.

—¡Contra el coche, no te lo volveré a repetir! —instó a Alba con recia mirada y voz serena, mientras comenzó a acercarse a ella para ser él mismo quien la registrase.

Alba se giró sin alternativa alguna, y apoyó la palma de las manos en la carrocería de la pick up, mientras un trueno tremendamente sonoro y seco, hizo acto de presencia impresionando a todos. La tormenta parecía recrudecerse sobre la isla. Los rayos encendían el cielo con gran virulencia. Desde el interior del pasadizo de ramas, tan solo se veían los estallidos lumínicos, tanto en un extremo, como en el otro. La naturaleza parecía enfurecida.

Alba sintió un cierto temblor en el coche al que estaban apoyadas sus delicadas manos, que llamó su atención. Todos notaron un extraño movimiento de los vehículos, que no se correspondía a nada de naturaleza conocida. El líder *Neronapu*, se detuvo sorprendido por el bamboleo automático que estaban adquiriendo los tres coches, mientras afuera, los incendiarios rayos solo eran comparables al colosal rugido que dos segundos después traían consigo, consiguiendo poner los pelos de punta a todos y haciéndolos sentir insignificantes.

Alba apartó las manos, asustada, de la pintura metalizada del coche, que se movía a un lado y a otro como si dos o tres personas lo empujasen por cada uno de sus costados. Nadie sabía qué ocurría. Todos giraron de manera impulsiva la cabeza hacia el extremo interior del túnel que daba al lago, algo llamaba su atención. Las luces de los tres vehículos empezaron a languidecer con repetitivos bajones de tensión. Algo se dirigía hacia ellos, pero no eran capaces de saber de qué se trataba. Nadie quitaba ojo a aquella única entrada al lago, que se encendía de manera endiablada con cada rayo recurrente. Un rumor que se acercaba veloz se dejó oír de pronto como si de un sonido de ultratumba se tratase, a la vez que los rayos; con cada estallido; dibujaban unas extrañas siluetas de forma inhumana aproximándose.

Estaban encima. Un grito atroz, femenino y metálico, cercano al lamento furibundo, lo envolvió todo y a todos, junto con un aire helado que remolineaba de manera anormal, en los contornos del grupo. Las luces de los tres coches se apagaron definitivamente, mientras esas extrañas sombras, los envolvían moviéndose como serpientes sigilosas a su alrededor. Susurros indescifrables salidos de ninguna parte flotaban entre ellos y los atemorizaban. Los escuchaban a su espalda, pero al girarse, entonces lo hacían junto a sus hombros o a sus rostros... El coche de los guardas se elevó de manera extraordinaria, para girar sobre sí mismo y caer del revés ante los espeluznados testigos, que no sabían ni qué hacer ni cómo defenderse.

—¡Ra-ta-tá!; ¡ra-ta-tá! —sonó un arma de pronto.

—¡No dispaes o nos matarás a todos, maldito imbécil! —le increpó el líder *Neronapu* a uno de ellos, que abrumado tiró de gatillo, exhortándole a cejar en su empeño.

La oscuridad era casi total, tan solo entorpecida por los repentinos e instantáneos flases lumínicos de los rayos, que cada vez que hacían acto de presencia, era para acongojarlos más, permitiéndoles contemplar las siluetas extrañísimas que los acompañaban, junto a todos ellos. Un guarda trató de abrir la puerta del coche de Adam para guarecerse de semejante visita o para huir,

pero no le fue posible, estaba aparentemente bloqueada. Desquiciado y al borde de la locura, comprobó que las restantes estaban en el mismo estado, además, con cada rayo, distinguía una sombra atroz que lo seguía muy de cerca, según se desplazaba.

Pensó en dirigirse al otro coche, dada la infructuosidad de su intento con el primero, pero esa entidad se colocó delante suya cortándole el camino. La vio tan solo unas décimas de segundo con otro resplandor efímero, pero el vigilante estremecido no pudo dar un paso más. Con el siguiente relámpago dio por buena su intuición, que le señalaba que esa cosa se acercaba a él. Confirmó que poseía una cara deshumanizada, más en la línea de un monstruo de pesadilla inventado por una infantil mente con recursos ilimitados y sin tabúes alguno. Se colocó a escasos dos dedos de la suya. El rugido que emitió aquel ser, fue de tal magnitud que todos los presentes cayeron al suelo, unos mareados debido al puro estado de miedo que albergaban, y otros directamente inconscientes por la incapacidad de sus mentes de asimilar algo tan espantoso.

Alba, gateando a tientas, se acercó a la pick up y trató de abrir una de sus puertas con la suerte de conseguirlo. En mitad de aquel infierno en el que se había convertido el corredor, como pudo llamó la atención de su amiga y la condujo al interior del automóvil. Una vez dentro, intentó arrancar el motor, pero la batería, renqueante, no parecía ofrecer garantía alguna de que lo fuese a conseguir.

Mientras tanto, en el exterior, la locura continuaba y se magnificaba. El pico más virulento de la tormenta había traído consigo casualmente, unos espeluznantes convidados del todo indeseados. Un resplandor instantáneo, permitió a Alba y Valentina vislumbrar desde dentro del coche, a un ser temible justo delante de ellas, que daba la impresión de cortarles el paso. La duración del lapso de luz procedente del rayo era muy escasa, pero les bastó a ambas para creer ver, lo que a todas luces dirían que era una especie de guerrero o lo que quedaba de él en la otra vida. Su aspecto era espeluznante, parecía estar todo pintado de negro, con sus cabellos agarrados en largas trenzas, taparrabos, lanza en mano preparada para utilizar, y en la otra, un certero puñal.

Al ver esa increíble figura, lo primero que le vino a la cabeza a Alba, de manera natural e instantánea, fue la historia de Peter y esa tribu tan brutal, que guiaba al resto de nativos en la batalla contra los occidentales. A los que estos llamaban los diablos de la noche. Estaba segura de que se trataba de uno de aquellos guerreros ancestrales, algo en su interior se lo decía.

Al siguiente estallido de un rayo ya no estaba allí, pero George apareció en la ventana de su lado por sorpresa, propinándole un soberano susto. Abrió la puerta y se introdujo junto con Peter en el coche. Adam y Robert consiguieron hacer lo propio en el suyo. Esas terroríficas figuras parecían centradas en increpar a los guardas, que ya corrían en dirección hacia el lago con incierto destino.

—¡Gracias a Dios...! —musitó Alba cuando consiguió arrancar la pick up—. ¡Salgamos de una vez por todas de aquí! —gritó animada acelerando con potencia, seguida por Adam que hizo lo propio.

Trascurrieron al menos un par de minutos y unos cuantos kilómetros de trayecto bajo la lluvia y los relámpagos serpenteantes, hasta que alguien se atrevió a abrir la boca. La tormenta poco a poco iba quedando atrás, junto con sus miedos.

—¿Me podéis explicar qué es lo que ha sucedido...? —preguntó alucinado por la electrizante vivencia Peter.

—Creo que cuando llegemos a casa tendremos que explicaros varias cosas, con una buena taza de café... —convino simpática Alba, con los ojos abiertos mirando fijamente a la nada. Aún

estaba aterrada.

—Para mí, té, por favor... —respondió a la gracia George, a quién a duras penas le brotaba la voz de su garganta.

Una hora estuvo en su apartamento Alba, explicando a los chicos todo lo que había pasado en los últimos días, junto a la italiana. Estos aún no daban crédito a lo ocurrido, sobre todo George que encontró en su investigación muchísimo más de lo esperado. Todo lo que vieron esa noche, resultó verdaderamente sobrenatural, con insólitas luces, entidades salidas de la nada, la güija, los ruidos, las visiones... Pero después de conocer lo que sospechaban las chicas, estaban más sorprendidos, si cabe.

—¿Entonces creéis que ellos están detrás de la muerte de Richard? —preguntaba atónito Peter.

—¿Por qué si no habían de mostrar tanto agravio e interés por nosotras? —respondió Valentina.

—En cierto modo eso tiene sentido, pero la pregunta es obvia, ¿por qué? —dijo George haciendo brotar la duda en el ambiente—. ¿Cuál es la razón de fondo?, ¿qué verdad oculta encierra todo este lío?

—Eso es lo que aún no sabemos, pero incluso te podría decir que siento que esta trama va más allá, y también está relacionada con la desaparición de la tribu —aseguró firmemente Alba.

—¿Qué trama oculta puede llevarse a cabo en esta isla, y además de tal envergadura, como para que hagan esfumarse a nuestro símbolo, a nuestro corazón?, ¿y con qué propósito? —expresaba Adam—. No creo que sea así, o al menos prefiero creer que la desaparición de los *Nagonapu*, obedezca a otra naturaleza menos despreciable.

—No hay tal riqueza en esta isla, como para que meneen sus cimientos... —adujo Robert.

—Sea así o no, lo descubriremos, pero por lo pronto tenemos que descansar. —Organizaba al grupo, Alba, tomando las riendas de la situación, cual adalid—. Esta noche nos reuniremos nuevamente aquí con la mente más despejada, y las ideas estructuradas en nuestros cocos, y veremos lo que nos tiene que mostrar la mini cámara de Richard —sentenció, para concluir la increíble aventura de esa noche que tocaba a su fin. Los primeros rayos del alba asomaban en aquella extravagante madrugada, al tiempo que el cielo sobre la isla, empujaba a las nubes de tormenta fuera de su radio de acción, para dar a luz un espléndido y halagüeño día soleado.

Alba cayó en la cama rendida, la noche había resultado una auténtica locura. Antes, bajó las persianas cuanto pudo, para que la claridad del nuevo día no entorpeciese su descanso más que merecido. Cuando cerró los ojos, ya escuchaba los resoplidos de Valentina durmiendo en la cama de al lado, agotada, y eso que no había hecho más que tumbarse. Las dos estaban desechas, y tras la agradable ducha, cayeron a la cama en redondo.

La mente de Alba, pese al cansancio, era un turbado mar de preguntas, dudas e inquietudes insatisfechas. Flotando en su cabeza, tenía las piezas muy definidas de ese puzle misterioso que resultaba la isla. Por un lado, los *Nagonapu* desaparecidos, pero ¿por qué, y quién propició esa desaparición?, ¿o se fueron ellos libremente...? —discurría su agitada mente—. Después, la muerte de Richard. ¿Natural o provocada? ¿Con qué fin lo matarían, si ese fuese el caso? Más tarde estaban los guardas, que era evidente que ocultaban algo, ¿pero qué? —se preguntaba atormentándose, tratando de encontrar los lados contiguos de cada pieza que encajasen con los de otro de ellas—. ¿Ellos mataron a Richard?, ¿o quizá saben quién lo hizo?, y los *Nagonapu*, ¿sabrían realmente qué les ocurrió? —estrujaba sus últimas neuronas activas, luchando contra el

prominente sueño, que veloz iba conquistando su consciencia—. Entonces, ¿en qué parte del puzle encaja el detestable hombre, que por pequeño espacio de tiempo me secuestró?, y para rematar están esos... fantasmas. —Tembló—. Es lo más increíble que he visto en mi vida —se decía—, esta isla es un auténtico vergel de lo inverosímil. Una locura cognitiva, que te empuja a los límites sensoriales humanamente conocidos. —Fue lo último que pensó, antes de caer en los largos brazos de un dulce y profundo sueño, que la envolvió con ternura y calidez, para restaurar todas y cada una de las células de su cuerpo, maltrechas y fatigadas.

Lo último que vio Alba antes de tenderse en su lecho, al dejar caer la persiana de su habitación para lograr un agradable ambiente que propiciase el descanso, fue un cielo que a poco a poco se iba encendiendo, prendida su mecha por el sol y abriéndose al nuevo día. Ese nuevo cielo en ciernes estaba completamente despejado, aunque aún se veía, alejándose ya en el horizonte, eso sí, la tormenta que con tanta potencia azotó esa noche a Scarlet Island, sobre sus cabezas.

Por eso le extrañó tanto escuchar el sonido de la lluvia de nuevo, cuando sus ojos se abrieron sobresaltados y ella ciertamente desorientada. No sabía cuánto tiempo llevaba dormida, ni tan siquiera si era de día o de noche. Miró hacia la cama de Valentina y no estaba, únicamente la fina sábana arrugada con que a veces se cubría, determinaba que alguien había pernoctado allí. Echó un vistazo a la puerta entreabierta, con un mal presentimiento latándole en el pecho.

Una luz que parpadeaba y cambiaba a cada poco de intensidad y color, se intuía reflejada en la pared del pasillo. Con los ojos muy abiertos la observada con detenimiento, tratando de dilucidar su procedencia. Como si con ello fuese a agudizar su oído, para captar algún tipo de movimiento de su amiga en el exterior, pero el silencio la preocupó aún más.

Alba, con desgana y un prominente nerviosismo, se incorporó y colocó sus pies desnudos en el fresco piso.

—¿Valentina...? —preguntó a media voz, algo insegura—. Valentina, ¿estás ahí? —La nada obtuvo por respuesta.

Se puso de pie y dio un par de pasos hacia la hoja entreabierta. Un rayo iluminó la estancia con su luz al menos por dos segundos, en los que Alba contuvo la respiración. El trueno seco y brutal le puso la piel de gallina de arriba abajo, animándola a cerrar con un definitivo portazo y volver corriendo a acurrucarse en la cama protectora. Hizo totalmente lo opuesto. Abrió algo más la puerta para poder salir sin dificultad, ese resplandor cambiante reflejado en la pared, cada vez le resultaba más familiar, intuía su procedencia.

Salió despacio volviendo la cabeza hacia el salón, en donde la luz era mucho más brillante e iluminaba toda la estancia. El gran ventanal del fondo, que regalaba una estupenda panorámica del puerto, no hacía sino recibir embestidas del agua que caía con rabia y remolineando. Producía un quejido constante, casi rítmico. Continuó avanzando poco a poco por el pasillo hacia esa habitación. De pronto, sintió un olor fétido que golpeó su sentido del olfato, preocupándola aún más.

Estaba en el umbral de la puerta del salón, cuando vio a su gran amiga allí, de rodillas frente a la televisión encendida, en donde para su disgusto, se encontraba la imagen de la silla vacía frente al escritorio, en la que solía hacer sus famosos videoblogs Richard. Había apartado el sofá a un costado para procurarse esa extraña posición en mitad de la estancia. La imagen era de lo más turbadora. La luz del televisor, casi deslumbrante respecto a la oscuridad del resto de la sala, dibujaba la silueta absolutamente inmóvil de la chica. Por más que lo intentaba, Alba no acertaba a imaginar qué diantres hacía allí de esa guisa.

Con un par de pasos al frente, se colocó detrás de esta sin decir ni media palabra, no se atrevía.

Decidió rodearla por su costado, para verle la cara y tratar de entender algo de lo que le estaba ocurriendo. De sobra era sabido por ella, que su amiga en condiciones normales no haría nada semejante, y menos después de lo que habían sido testigos la pasada madrugada.

Caminó hasta ponerse sigilosamente a su lado, ya empezaba a ver su hermoso rostro. Su pobre corazón, de nuevo bombeaba sangre acelerado por la excitación, en este caso, negativa. La adrenalina, recorría sus venas de forma notable, provocando una activación y concentración de su persona fuera de lo normal. De alguna manera se preparaba para lo peor. Era pura supervivencia.

El rostro de su amiga le produjo tal aprensión, que nunca lo podría haber imaginado. Su boca, dibujaba una mueca de sonrisa forzada, que helaba la sangre. Su mirada con ojos vacíos navegaba perdida en el inquietante mar misterioso que suponía la sugerente imagen de la televisión. Alba se detuvo ante semejante estampa, y sacando valor de algún recóndito lugar de su interior, trató de decirle algo a su venerada amiga.

—Valentina... —pronunció asustada y con las piernas flojeándole—. ¿Qué te ocurre? —consiguió enunciar, no sin mucho esfuerzo. El agua de la lluvia seguía cayendo contundente en un segundo plano, junto al rumor de los truenos casi incesante.

Un golpe inesperado procedente de la cocina, sobresaltó hasta el extremo a la joven española, algo pesado había caído al piso por sorpresa. Por más que lo intentaba, no podía determinar de qué se trataba, pero entonces comenzó a acercarse rodando por el suelo. El sonido era claro, se estaba aproximando. En ese momento y a su paso, unas letras blancas de madera colocadas en vertical sobre un mueble en las que se podía leer Valentina, regalo de esta misma, cayeron contra este, solo algunas de ellas, propinándole otro susto.

Centró su atención en aquello que se acercaba despacio rodando por el suelo, con ese ruido tan característico. Cuando finalmente comprobó que se trataba de una botella de vino, al verla pasar y detenerse junto a su amiga, que con esa alarmante mueca perturbadora en su rostro seguía mirando la televisión, pensaba que había perdido la cabeza, que su cordura había cedido a tanto desvarío.

En la siniestra pantalla, sin previo aviso y al amparo de un terrible trueno, apareció la imagen de Richard que la miraba directamente a los ojos con rostro grave, acongojándola sobremanera. Pero nada en comparación como cuando vio elevarse la botella de vino por encima de su amiga, la cual comenzaba a girar la cabeza con la insoportable mueca terroríficamente forzada, hasta encontrar su mirada. Alba pensaba que era el fin, que no podría soportar más tensión.

—¡Ayudadlos, ayudadlos...! ¡Ayudadlos! —comenzó a gritar la imagen de Richard con vehemencia a través del monitor, como si este más bien fuese una ventana a otro lugar. Al mismo tiempo, el tapón de la botella de vino suspendido en el aire sobre su amiga, salió disparado, sujeta por una fuerza incorpórea, y se comenzó a verter en su cabeza sin que esta se inmutase. Asemajaba sangre claramente.

La mirada escrutadora de Valentina no varió, ni tan siquiera su sonrisa desquiciante. Richard continuaba con su mantra exhortativo una y otra vez —¡Ayudadlos, ayudadlos!—. Los rayos y truenos vapuleaban, junto al agua y el aire, la pequeña isla, y, por si fuera poco, una figura oscura de ingrato recuerdo para Alba, comenzó a manifestarse en la pantalla, justo detrás de Richard. Surgía en su misma retaguardia, con su despiadada cara pintada de negro, en un apabullante segundo plano. Pareciera como si un ascensor invisible lo trajese de una planta inferior, por la manera en que se elevaba empezando por su cabeza, hasta el resto de su aterradora presencia.

Estaba ahí, detrás de Richard, como si tal cosa. Comenzó a caminar hacia la cámara, acercándose al biólogo que no se percataba de ella. Lo tenía ya justo a su espalda. Un puñal apareció despacio aproximándose peligrosamente al gaznate de Richard. Esa cosa iba a acabar con él, lo degollaría.

—¡Aghgggggh! —gritó de sopetón Valentina sobrecogiendo a Alba, para luego reír a carcajadas de forma burlona—. ¡Ja, ja, ja! —La española, al borde del colapso, volvió la mirada a la televisión donde ya no había nadie, con esa risa maléfica de su amiga de fondo. Ni Richard, ni la figura del temible guerrero indígena. Buscó desencajada por todos lados, como esperando

encontrarlos por allí, a su alrededor. Se sentía muy angustiada. Valentina empapada en vino seguía riendo mientras la miraba.

¡*Toc, toc, toc!* Sonó en la entrada tres fuertes golpes. Silencio. Muy despacio, pasito a pasito, se fue acercando al umbral de la puerta atravesando hacia el oscuro pasillo que finalizaba en la entrada de la vivienda, donde alguien llamaba desde fuera.

Se detuvo al final del comedor mirando fijamente hacia ese pasillo. Un rayo lo iluminó por completo. Resultaba verdaderamente aterrador. Tan solo su respiración acelerada y la lluvia en el exterior se dejaban oír. Para colmo, Valentina había desaparecido del lugar en el que se encontraba arrodillada, no había ni rastro de ella tampoco. No sabía qué hacer, ni qué esperar, no podía más. Una sombra pasó justo detrás de ella, Alba sintió el aire que produjo al hacerlo en su brazo desnudo.

—¡Aghggh! —Se giró gritando sin encontrar nada ni a nadie, pero algo invisible la agarró con una fuerza inusitada. Tanta, que la levantó un palmo del suelo y así, en volandas, la trasladó de espaldas en un santiamén, hasta topar contra el ventanal del comedor con tanta fuerza, que a punto estuvieron de abrirse las hojas bien atrancadas.

—¡Ayúdalos! —le dijo de nuevo Richard, de cuerpo presente para disgusto suyo, a menos de un palmo de su cara, en el costado izquierdo y con un espeluznante corte en el cuello, tal y como se estampó contra la cristalera.

—¡Ja, ja, ja! —Rio sarcástica en el otro costado Valentina. De pronto se abrió la puerta del piso de manera sutil. La hoja se movía despacio con un leve rechinar de bisagra, hasta golpear lánguidamente contra el tope de la puerta instalado en el suelo.

Alba quedó sola de nuevo en el salón. Sentada en el suelo y con la lluvia golpeando sobre el cristal, donde apoyaba su espalda. Se sentía incapaz de moverse. Su mirada desorbitada estaba anclada en la entrada abierta a Dios sabía qué. Lágrimas, que brotaban silenciosas en sus demacrados ojos, manifestaban lo sobrepasada que se encontraba a esas alturas. «Debe ser el final...». Algo se preparaba para entrar de una vez por todas. Algo terrorífico que ya se escuchaba en el final del pasillo al desplazarse.

Unas sutiles llamas azuladas que apenas emitían luz, se encendieron en el exterior de la vivienda, tras la puerta abierta. Estas luces, perfilaron la espantosa silueta de lo que fuese que se acercaba caminando ya a mitad del pasillo.

Se intuía un ser con grandes plumajes a la altura de los hombros y la cabeza. Caminaba medio encorvado y con uno de sus hombros, al menos, dos palmos más alto que el otro. Parecía una auténtica aberración de la naturaleza. Además, se desplazaba cual tullido renqueante de una pierna, le debía costar mucho avanzar, pero lo hacía con soltura.

Alba abrió la boca aterrorizada intuyendo su final y rezando para que esa suerte de bestia acabase rápido con ella. Cuando alcanzó la puerta del salón, el ser giró la cabeza hacia la izquierda, dejando entrever un morro alargado con dientes temibles, gracias a la extraña luz que lo iluminaba desde atrás. Resultaba escalofriante verlo acercarse, con ese aspecto, que lo hacían parecerse al peor demonio que nadie pudiese imaginar.

Dio un par de pasos más en su dirección y se detuvo en mitad del salón, con las luces azuladas cual antorchas en mitad del pasillo. Alba pudo escuchar su respiración profunda. Intentaba poner forma finalmente a ese engendro, pero le resultaba muy difícil. La luz de otro relámpago lo iluminó un par de segundos, en los que la joven, por fin distinguió que se trataba de una suerte de chamán, ciertamente terrorífico, sobre todo en esa situación.

Llevaba una calavera con dientes encima de la cabeza y plumajes de animales cubrían sus

hombros y taparrabos. La cara, rigurosamente oscura, seguramente pintada de negro. Portaba un bastón con el que se apoyaba en una mano, y en la otra una lanza corta, decorada con flecos y abalorios. Por un momento, Alba respiró aliviada, al descubrir que no era el monstruo que parecía en un principio.

—¡Natupasechinse! ¡Natupasechinse! —gritó con voz descomunalmente grave y rasgada, alzando la mano donde portaba la pequeña lanza, aparentemente, en la dirección de Alba. Las luces azules de pronto avanzaron hasta colocarse justo a su espalda, había al menos seis en el pasillo que alumbraban tenuemente. Parecían ser portadas por seres encapuchados.

—¡Natupasechinse! ¡Natupasechinse! —volvió a repetir en su idioma. Justo al terminar de pronunciar de nuevo esas palabras, extrañas para Alba, el espantoso guerrero pintado de negro que vio surgir en la televisión, detrás de Richard, hizo acto de presencia al fondo del ligeramente iluminado pasillo. Iba derecha a ella, lo sabía. Caminaba boca arriba por el techo de manera demencial, en ocasiones como si lo hiciese por el suelo, y otras reptando escalofriantemente. Pasó por encima del chamán y se dejó caer entre este y Alba. Soltó un grito abrumador y se abalanzó sobre la joven, que mentalmente se despedía de su vida.

Alba se incorporó sudando en su cama. Respiraba con mucha dificultad. Miró a todos lados sintiendo una mezcla entre alivio y terror, al darse cuenta de que había tenido una tremenda pesadilla. Buscó con la mirada a su amiga, que como en el sueño no se encontraba en la cama desecha. Se levantó y fue rauda en su busca. Para su tranquilidad, la encontró en la cocina preparando un plato de pasta, que a la vista y el olfato resultaba muy apetecible. La abordó con un abrazo inesperado, que a punto estuvo de dar con sus huesos en el suelo.

—¡Pero bueno...! —dijo asustada la italiana, toledana de adopción—. ¡Me has dado un susto de muerte! —le recriminó sonriendo mientras la abrazaba con ahínco, hasta que le costó respirar. Valentina se rindió y correspondió a ese abrazo, claramente lleno de cariño.

—¿Qué es lo que te ocurre, cielo? —le preguntó sintiendo que algo la preocupaba.

—¡He tenido una terrible pesadilla! —confesó—. Prométeme que nunca me abandonarás a mi suerte en esta maldita isla —exigía la joven.

—¿Pero en verdad lo dudas? —le respondió de manera sincera—. Siempre estaré cerca de ti para cuidarte —finalizó con ternura.

—¡No me lo vuelvas a hacer! —le dijo cogiéndola con gracia del cuello.

—¿Que no vuelva a hacer el qué? —preguntó extrañada—. ¿Te refieres a tu pesadilla? ¿Es que salía en ella? —inquirió sorprendida.

—Mejor no preguntes... —adujo Alba soltándola por fin.

—¿Qué hora es, y qué es eso que huele tan bien, por Dios? —Señaló hambrienta mirando el sofrito que cocinaba su amiga.

—Son casi las tres de la tarde señorita —le respondió de manera graciosa Valentina—, te llevo casi dos horas de ventaja hoy, y estos, son unos estupendos macarrones con verdura que acabo de traer, con los que te vas a chupar los dedos —le explicaba animada.

—¿Has salido? —preguntó de pronto Alba—. ¿Has ido al supermercado?

—Así es, preciosa. ¿De dónde crees que han salido estas verduras frescas y todo lo demás que ahora colma tu frigorífico? —le preguntó. Alba miró entonces recelosa a la televisión desde su posición y después a la puerta. Un escalofrío la hizo estremecer, al recordar la agonía de ese funesto mal sueño.

—Claro, es verdad —reconoció, tratando de volver a los pensamientos agradables—, ayer apenas quedaba nada. Voy al cuarto de baño a lavarme al menos la cara y comemos, ¿no?

—Por supuesto, estoy hambrienta. Los macarrones estarán listos en unos minutos —dijo Valentina.

Alba giró sobre sí misma, para volver a su habitación por el pasillo, y justo antes de traspasar el umbral del salón, miró a la izquierda en donde estaban las letras que conformaban el nombre de Valentina, con piezas blancas de madera que se colocaban verticales. Cuando pasó a su lado, comprobó que muchas de ellas se habían caído hacia delante, entonces recordó, fatalmente, que en mitad de su pesadilla ocurría eso. Se detuvo en medio del pasillo, deshizo tres o cuatro pasos andando de espaldas, hasta que de nuevo alcanzó a ver esas letras sobre el mueble. Se las quedó mirando fijamente «no puede ser...», pensó, y continuó hacia su cuarto quitándose esa idea de la cabeza.

—Estaban deliciosos, Valentina —aseguraba Alba con respecto a la pasta. Se notaba el toque italiano y su buen hacer en estos platos.

—Gracias, querida, están hechos con mucho amor. —Sonreía al decir esas palabras—. Y bien, ¿qué haremos ahora?, los guardas nos tienen enfilados definitivamente —preguntaba Valentina.

—Llegaremos hasta el final con seguridad —dijo Alba—. Hay que esclarecer de una vez por todas lo que está ocurriendo aquí, y el primer paso será por supuesto ver lo que la cámara de Richard nos puede ofrecer —le explicaba a su amiga—. Cada vez que recuerdo todo lo que vimos y sentimos anoche... es de locos. Ahora sí que podemos decir abiertamente que la zona del lago, las ruinas y el poblado, están verdaderamente encantados.

—¿A quién crees que se referirían las letras, que el señalador de la güija excavó en la tierra? —preguntó la italiana, mientras Alba mareaba el último sorbo de vino que le quedaba en la copa, mirando con recelo las letras volteadas.

—No lo sé, pero te contaré algo interesante —indicó—. En la pesadilla que he tenido esta noche aparecía Richard, que una y otra vez me decía esas mismas palabras: ¡ayudadlos, ayudadlos!

—¿En serio? ¿Crees que puede ser a causa de la sugestión, que sea un acto reflejo de tu mente saturada? —le preguntó Valentina.

—No tengo ni idea. Aquí hay veces que ya no sé qué creer y qué no —adujo dejando un halo de duda en el ambiente—. Por cierto, ¿has tirado tú las letras que hay tumbadas de tu nombre? —inquirió sin quitarles ojo.

—No, yo no he sido, ¿por qué lo preguntas? —inquirió extrañada.

Alba se levantó sin contestar a la última pregunta de su amiga y se fue derecha a las letras, la bióloga la siguió y ambas se colocaron frente a estas. De la palabra Valentina, habían caído hacia delante de izquierda a derecha la V, la E, la T, la I, la N y la A. La española cogió las letras caídas y las colocó de cara a ellas, puesto que estaban boca abajo debido a la caída.

—¡Ah... ¿sabes cómo terminaba mi pesadilla?! —le preguntó a modo de acertijo.

—Ni idea —dijo Valentina.

—¿Recuerdas los seres que pudimos ver en el túnel de ramas? —volvió a preguntar, mientras comenzaba a mover las letras tratando de formar algo con sentido.

—¡Sí, claro! Nunca se me olvidarán esas visiones, por llamarlas de alguna manera, eran terroríficas. Fijo que eran los espíritus de esos guerreros temibles que Peter nos explicó, que fueron el azote de los colonos, ¿verdad? —elucubraba la joven—. Esos que se pintaban la cara de negro y atacaban por sorpresa a los europeos, a quien estos más temían.

—Sí, esa es la impresión que tenía yo también, por las similitudes con las explicaciones de Peter —reconocía Alba moviendo letras a un lado y a otro bajo la atenta mirada de Valentina—.

Pues estos también estaban en mi pesadilla y te aseguro que me asustaron muchísimo. Preguntabas a quién se referían esas palabras escritas en el suelo ¿verdad?, ¡ayudadlos, ayudadlos!, tal y como me decían en el sueño. Pues creo que empiezo a intuirlo... —insinuó finalmente cuando colocó la última letra en su lugar, para esta vez sí, formar una palabra con sentido, y mucho, además.

—NATIVE... ¡Los nativos! —gritó la italiana impresionada.

—¡Exacto!

¡*Ring, ring, ring...*! Comenzó a sonar inoportunamente el teléfono de Alba.

—Hola, George, ¿qué tal?

—Me han llamado del ayuntamiento para preguntarme que si había visto a los guardas esta noche —le comentaba el chico.

—¿Y eso por qué? ¿Ha ocurrido algo? —inquirió intrigada.

—Sí, que han desaparecido del mapa, nadie sabe de ellos desde ayer y no aparecen por ningún lado. Han encontrado su coche volcado, tal y como lo dejaron al salir huyendo, pero nada más.

—¿Cómo?, ¿y no creerás que esas cosas...? —sugirió Alba.

—No lo sé, pero por lo pronto no hay rastro alguno de ellos —decía George—, si me entero de algo más te llamo, de lo contrario, nos vemos esta noche.

—De acuerdo, George, mantenme informada.

La tarde pasó despacio. Las ganas de que llegase la hora de la reunión con el equipo eran muy grandes. Adam traería el hardware que presumiblemente les permitiría visualizar y extraer el contenido de la mini cámara de Richard. Todos estaban expectantes ante lo que ese diminuto aparato les pudiese mostrar. Los guardas seguían sin aparecer y George y los demás se temían lo peor.

—Alba, ¿recuerdas cuando te dije que iba a hacer unas llamadas, acerca de la farmacéutica para la que trabajo? —su amiga asintió—, pues lo que hice realmente, fue mandar un mail a un buen amigo que trabaja en la administración. Le pedí que, por favor, me explicase cómo se conformaba la estructura ejecutiva de la empresa, propiamente dicha, y más expresamente, quién era el responsable directo de la vertiente de la farmacéutica aquí, en Scarlet Island.

—¿Y bien...? —se interesó Alba.

—Me ha revelado información que no debería salir de sus oficinas, pero lo ha hecho como un favor personal. Se la ha jugado —aseguraba—. Resulta que la empresa está compuesta por alrededor de diez grandes accionistas mayoritarios, y otros cientos minoritarios. Como suele ocurrir en este tipo de grandes organizaciones, los accionistas más importantes son los que copan el consejo ejecutivo de la misma y siempre suelen haber varios que pugnan por adquirir el control total —explicaba Valentina—. Pues en esta empresa no iba a ser diferente.

»Al parecer, el accionista mayoritario, y heredero original de la farmacéutica, por ser el hijo del fundador, es un hombre de mediana edad del norte de España, que viene manteniendo durante unos años una guerra abierta con el que le va a la zaga. Este segundo accionista, es madrileño de origen, pero de ascendentes ingleses. Me comenta que es un tiburón sin escrúpulos, que en ocasiones se vale de las más viles artes para lograr sus objetivos —le reseñaba concienzudamente, ante la mirada de interés más absoluto de Alba—, dice que está enemistado con bastante gente aquí, pero que es muy poderoso.

»El primero de los dos accionistas más importantes, fue al que se le ocurrió la idea de mandar a Richard a Scarlet Island. De hecho, creó un proyecto al respecto, de la mano de este. Lo presentó a la ejecutiva, para que fuese consensuado y de esa manera, sumar a sus votos los de algunos otros accionistas. Con los suyos solos no le llegaba para imponer su criterio. En un principio la idea fue bien acogida por el consejo. Se trataba de hacer un estudio de la flora de ese lugar tan aislado y único. Parecía que obtendría su beneplácito sin demasiadas dificultades. Pero de pronto, el segundo mayor accionista comenzó a hacer una campaña en su contra, aduciendo que su plan de investigación en la isla era demasiado conservador. Según él, debían ser más agresivos en su proceder.

»Finalmente y debido a su gran determinación, convenció al consejo de que debían hacerlo a su manera. Le otorgaron la dirección de la operación, de la que se había aprovechado, siendo idea originariamente de su rival y atribuyéndose méritos inexistentes. Así que todo cuanto ocurre en relación a la estancia de Richard aquí e incluso la mía, sigue siendo responsabilidad de ese hombre de dudosa integridad.

—Qué interesante —dijo Alba que la escuchó sin abrir la boca—. ¿Y tú no sabías de esos menesteres? —le preguntó.

—En realidad, no —se sinceró—. Ya sabes cómo son estas empresas tan grandes, nunca sabes quién está realmente arriba del todo en la pirámide de poder. Hay infinidad de personas importantes entre medias: responsables, encargados, administradores... —explicaba—. Además, yo soy relativamente nueva, apenas llevo un par de años con ellos.

—Y, por supuesto, no tendrás una foto de ese personaje que mueve los hilos, ¿verdad? —le preguntó.

—¡Pues sí, en realidad sí que la tengo! —adujo, sonriendo a viva voz—, es justo lo que te iba a enseñar a continuación. También lo ha enviado mi contacto, a petición mía, claro está —le dijo sacando complacida de su bolsillo el teléfono móvil, y buscando en la lista de mails recibidos, uno en concreto—. Veamos... ¡Aquí está! —indicó al encontrarlo—. ¿Es este el bastardo que te encerró en ese hotel mugriento?

—No... —dijo con gesto contrariado, por no saber aún quién era ese ser despreciable que la amenazó sin miramientos, pero aliviada en el fondo, de no ser el objetivo de semejante hiena—. No podía resultar tan fácil —dijo, mirando al suelo.

—¿No es? —preguntó con decepción Valentina—. Estaba casi segura de que... aunque pensándolo bien, sería un error monumental por su parte mostrarse tan a la ligera, ¿no crees? —elucubró.

—Es posible. Supongo que esa clase de personas tendrán mucha gente alrededor que se encarguen del trabajo sucio... —insinuó Alba.

—Exacto. Así que no descartemos nada —añadió la italiana.

—¿También tienes su nombre completo? —preguntó de pronto.

—Sí, aquí está. —Se lo mostró.

—Deja que tome nota —dijo escribiendo en un WhatsApp—, ahora trataré yo de averiguar algo... —comentó murmurando mientras se lo mandaba a Margi.

—Bienvenidos, amigos —dijo Alba, al abrir la puerta de su apartamento e invitar a pasar a sus compañeros en esa inverosímil aventura, que ahora les concernía de una u otra manera a todos.

—¿Qué tal estáis chicas? —les preguntó Adam al pasar—. ¿Algo más tranquilas?

—Difícilmente, Adam, pero gracias por preguntar —agradeció con una palmada en el hombro mientras entraba, antes de abrazar a George, que era el último de los cuatro.

—¿Hay novedades sobre el paradero de los guardas? —preguntaba Valentina a Peter haciendo lo propio.

—Por el momento, no. Se les vio por última vez ayer por la tarde, pero nadie ha sabido nada más de ellos desde entonces, excepto nosotros, claro —dijo el chico.

—¿Hay gente buscándolos, verdad? —preguntó Alba.

—Únicamente la policía, porque nadie más se atreve a ir ahora mismo a ese lugar de manera voluntaria, como hiciesen en otras desapariciones —explicaba Robert—. La población, ahora sí, tiene mucho miedo.

—No me extraña... —ironizó Valentina—. Seguro que vendrán en nuestra busca cuando se enteren que ayer estuvimos allí, si es que aún no lo saben —añadió.

—Es muy probable —comentó George—, si así ocurre, les contaremos la verdad. Nosotros no hicimos nada malo.

—Incluso me atrevería a decir, que deberíamos ser nosotros mismos quien acudiéramos voluntariamente a contar lo que sabemos —opinaba Peter con sensatez—. Tarde o temprano se van a enterar, y cuanto más tiempo tardemos en hablar, más sospechosos parecemos.

—Creo que tienes razón —reconocían George y los demás asintiendo—, tenemos infinidad de pruebas de nuestro estudio, y menudas pruebas... —insinuaba—, pero antes veamos lo que guarda esta cámara, ¿no os parece?

—Está bien —dijo Alba resignada, al saber que probablemente tendría que soportar el mal trago de ir a declarar a la comisaría, con todo lo que ocurría a su alrededor.

Adam sacó de una mochila de piel marrón un cable, con un extremo mini USB. Lo conectó a la diminuta cámara espía cromada, que parecía más bien una batería externa de móvil o algo así. El otro lado del cable USB era el habitual. Lo introdujo en la clavija correspondiente de su portátil, y este a su vez lo conectó mediante otro cable HDMI a la televisión, para hacer con ella de doble pantalla, es decir, lo que reproduciese en el pequeño portátil, se vería al mismo tiempo en la gran televisión del salón.

El aparato no parecía reaccionar. La pantalla estaba completamente negra y todos aguantaban la respiración, deseando que no estuviese estropeada por las inclemencias meteorológicas. Su contenido podía ser de gran valor, de ahí que la tensión en esos segundos de incertidumbre fuese muy grande. Por suerte, en las dos pantallas aparecieron al unísono, el logo de la empresa fabricante, indicativo inequívoco de que el aparato se estaba encendiendo. La expectación era total. Los seis ansiaban saber más, sobre todo lo que concernía a esa demencial historia inconclusa.

—*Hola, mi nombre es Richard Bramson Jones. Si estás viendo este vídeo, probablemente yo esté muerto...* —dijo apareciendo la imagen de Richard con voz taciturna y aspecto desaliñado, dejando mudos a todos los presentes—. *Soy biólogo y trabajo para la farmacéutica española Farmadream S.L. : Hoy es domingo veinticinco de marzo, son las diez y trece minutos de la noche en Scarlet Island. Llevo aquí cerca de dos meses estudiando la flora de este rincón único en el mundo. Tan especial es, que creo haber encontrado la cura del cáncer gracias a su símbolo, la flor escarlata.* —Todos se miraron asombrados ante tal afirmación.

»*Desde el mismo instante que pisé la isla comencé a experimentar una serie de digamos... sensaciones muy extrañas, que en un principio me estaban llevando a pensar incluso que mi juicio languidecía. Se trata de alucinaciones muy potentes que me hacen sentir, ver e incluso*

hacer cosas en un estado de seminconsciencia preocupante, en el que no soy totalmente dueño de mí mismo.

»Al principio y dado el historial de sucesos paranormales, o dejémoslo en extraños al menos, con que cuenta este lugar, me hizo pensar que se trataba de eso, de alguna suerte de conjuro o maleficio que rondaba a mi alrededor y que me estaba volviendo completamente loco. En realidad, probablemente haya algo de eso también, pero lo que me ocurre a mí, al menos en la mayoría de las veces, es diferente. Presentía que debía atender a otras cuestiones más mundanas y no me equivocaba.

»Así que dejándome llevar por mi intuición, y siguiendo las señales que la naturaleza y la vida ponían frente a mí, llegué a la conclusión tras horas de estudio, reflexión, investigación científica y sobre todo experimentación, que todo lo que me pasaba era consecuencia directa de la famosa flor escarlata —explicaba ese hombre, dejando abstraídos al grupo con su historia real.

»¿Sabéis que aquí, en Scarlet Island, el porcentaje de enfermos de cáncer desde que se tienen conocimiento de datos estadísticos al respecto, allá por los años cincuenta, es prácticamente inexistente? Ese fue uno de los grandes motivos que nos llevaron a interesarnos por la isla, amén de la tribu Nagonapu y su interesante relación con los elementos de la naturaleza que los circundan.

»En Farmadream, los dos máximos accionistas son meridianamente contrarios en sus ideas y maneras de proceder. El número uno, Cayetano, es bondadoso, aunque serio en sus menesteres. Cree en el equilibrio moral que debe existir entre el negocio farmacéutico, puramente entendido, y la vocación de servicio a la sociedad que debería estar detrás de este tipo de empresas. El otro, Byron, “el inglés implacable”, como lo conocen en la empresa, es todo lo contrario. Es un manipulador nato que especula con lo máspreciado de las personas, la salud. Tanto le da estafar a la sanidad pública inflando precios de manera desmedida en medicamentos monopolizados, derivados de sus adelantos en investigación, que dejar morir a la gente bloqueando según qué avances para conseguir sus pretensiones mercantiles.

»Yo siempre he trabajado para el primero, el señor Cayetano, heredero natural del fundador, con el que además comparto valores y amistad. Incluso el proyecto de venir aquí, a Scarlet Island, fue una idea consensuada entre él y yo, de la que se apropió con sus malas artes el accionista traicionero, mister Byron.

»Por eso, cuando intuí lo que este haría con mi gran hallazgo, me puse en contacto con mi benefactor de manera clandestina, para que tratase de actuar en pos de lo mejor en cuanto al futuro de tal descubrimiento. Pero el muy granuja, como buen ladrón, que cree que todos son de su condición, se olió algo. Hackeó mi teléfono y mi correo electrónico, descubriendo mi increíble hallazgo y lo que me traía entre manos con su enemigo número uno sin hacérmelo saber, cual gran jugador de póker.

»Comencé a sentir que me controlaban y que ocurrían cosas extrañas a mi alrededor, al margen de las locuras transitorias que sufría a menudo, incluso en los vídeos que grababa. Yo, de alguna manera no era consciente de lo que me pasaba, pero al ver las grabaciones quedé absolutamente horrorizado con mi comportamiento. Tanto, que en un primer momento las iba a desechar, no enviándolas a la empresa. Aunque después se me ocurrió que podía desconcertarlos y hacerme ganar tiempo al verme tan mal. Pero por desgracia no ha surtido efecto alguno, dado que Mister Byron ya sabía a qué atendía mi extraño comportamiento, aunque de cara a la empresa lo utilice exponiendo que he perdido el juicio. Vengo recibiendo

información de un contacto dentro de la compañía partidario del accionista número uno, como yo, advirtiéndome de dicho control clandestino de mis cuentas y de que puedo estar en peligro.

»Dice que mister Byron tiene gente comprada aquí en la isla que me siguen la pista, algo que por otro lado es justo lo que estaba notando en los últimos días. Me insinuó que debía andar con mucho ojo ya que ese personaje es capaz de cualquier cosa, y más con algo tan valioso entre manos. Cayetano está atado de pies y manos. No puede revelar lo que sabe, ni hacer nada con ello, porque al estar al corriente su enemigo íntimo de su relación conmigo, lo tiene igualmente controlado y le pueden atribuir un acto de espionaje industrial interno, siendo por ello reprendido por el consejo.

»Así que todo sigue igual, mister Byron continúa con sus planes de comercialización salvaje para mi descubrimiento, de manera secreta. Pretende comprar el paradisíaco entorno en el que viven los Nagonapu, que es donde crece la mayor concentración de la flor escarlata. Mi contacto asegura que lo hará cueste lo que cueste, aunque tenga que desplazar a la tribu de allí tirándola a patadas, literalmente hablando.

»Por el hecho de posicionarme completamente en contra de sus soberbios planes desde el principio del proyecto, y sobre todo al descubrir que le ocultaba tal hallazgo, ha acabado cercándome cada vez más en la isla, tanto, que siento que algo malo me puede llegar a pasar... Incluso algunas noches me da la impresión que hay alguien merodeando en la puerta de mi casa, porque oigo ruidos que me despiertan alarmado y cuando me asomo por la mirilla un bulto sale corriendo y desaparece. Ya me han hecho tres marcas con pintura justo en la pared contigua a la puerta o en esta directamente. Me he informado, y resulta que son símbolos Nagonapu supuestamente demoníacos o de espíritus oscuros de su cultura.

»Mientras tanto, yo trato de seguir con normalidad en mi día a día, aunque me cuesta bastante. Sigo avanzando con el trabajo de afianzamiento de la vacuna aun sintiéndome en una posición muy débil y peligrosa. He pensado acudir a las autoridades, pero mister Byron no ha hecho nada reprochable judicialmente, por el momento. Sentimiento que me ha llevado finalmente a grabar este vídeo, en donde explico todo cuanto acontece a mi persona en esta aventura con incierto final que estoy viviendo. Necesito dejar constancia de la realidad, de mi complicada realidad, por si me ocurriese algo. Además, he puesto todo lo referente a mi investigación a buen recaudo en una cuenta de Dropbox a modo de prueba, junto con una copia de este vídeo, donde la clave de acceso es "LA FLOR QUE TE HACE VER".

»Por lo pronto seguiré haciendo lo que tenía previsto. Mañana iré a probar la "ayahuasca" con Onawa al poblado, y trataré de grabar con esta mini cámara la sesión. La gente por aquí me mira raro, piensan que me estoy volviendo loco o algo así, y no es para menos con las cosas que hago... junto con la presión de saberme perseguido. Creo que son los guardas los que andan tras de mí. Por cierto, aún no he explicado por qué me pasan esas cosas tan raras en esta misteriosa isla, al igual que a muchos otros antes a mí.

»Resulta que he descubierto que el polen de la flor escarlata, por sí solo, cura el cáncer e incluso lo previene. Sí, sí... lo que oyen. El polen de esta maravillosa flor, tiene una composición que, al entrar en contacto con células cancerígenas, las combate de manera bastante efectiva. De forma no demasiado rápida, pero las combate con firmeza. Así fue cómo me di cuenta de que al hacer una vacuna con ella podríamos dar con una cura mucho más efectiva y rápida para esta terrible enfermedad. Por cierto, mi investigación siempre ha ido por delante de lo que les hago ver en los vídeos que grabo, aunque eso es algo que Mister Byron descubrió pronto. Pero, aunque parezca increíble, todo esto tiene un inconveniente colateral. Este polen, en contacto con

las células cancerígenas, en muchos casos provoca la formación y segregación por parte del organismo de un fortísimo alucinógeno. De ahí provienen la mayoría de los incidentes extraños que les ocurren a las personas aquí, sucesos antes inexplicables.

»La gente con esta enfermedad, e incluso simplemente con pre- disposición genética a tenerla, puede sufrir grandes episodios de alucinaciones, lagunas mentales y comportamientos irracionales, como me ocurre a mí. En efecto, ya deben haber deducido que yo también estoy enfermo, y además en fase terminal. Pero desde que estoy aquí, increíblemente estoy mejorando en ese sentido, dejando al margen las alucinaciones claro. Incluso ahora, tras descubrir la vacuna que cambiará el mundo que conocemos, me permito el lujo de soñar con la recuperación total de mi organismo, a no ser que sea demasiado tarde para mí. En unos pocos días, en cuanto esté lista la vacuna definitiva para probar en humanos, me la inyectaré, y que sea lo que Dios quiera, si nada pasa antes... Soy Richard Bramson Jones y esta es la verdad de mi historia, la verdad de Scarlet Island. —Y cortó la grabación dejando a todos con un palmo de narices.

—¡No... no me lo puedo creer! —balbuceó Valentina.

—¡Veis! —dijo Alba pausándola cuando terminó de hablar—. Estábamos en lo cierto, se trata de los guardas. Estoy segura que fueron ellos quienes acabaron con la vida de Richard, y los Nagonapu... ¿Dios mío qué harían con ellos?

—Es la cura... ¡La cura definitiva contra el cáncer! —señaló Valentina en esta ocasión—. Yo iba por buen camino con mis investigaciones en base a la flor escarlata. Si lo que cuenta Richard es cierto, esto puede cambiar el mundo.

—¡Adam, coge tu portátil y trata de entrar en esa cuenta de Dropbox de la que habla Richard, a ver si es cierto que ha dejado allí todo lo que dice! —le ordenó Alba.

—¡Eso está hecho!

—Entonces... si míster Byron ya tenía lo que quería, ¿por qué me hizo venir a mí a la isla? —se preguntaba Valentina desconcertada.

—Para ganar tiempo mientras conseguía sus objetivos y de paso ocultar tanto su hallazgo, como la razón por la cual mató al pobre biólogo, que finalmente son la misma —sugería George—. Seguro que a ojos de la empresa no obtuvo resultados satisfactorios durante la estancia de Richard.

—Tienes razón —se dio cuenta la italiana sorprendida—, no soy sino la coartada de ese tal Byron...

—¿Cómo es posible que nadie antes descubriese los efectos del polen de la flor escarlata sobre las personas? —se preguntaba impresionado George—. Ahora podemos entender un poco más ese halo mágico que se le otorga desde tiempos inmemoriales. ¡Es verdaderamente especial!

Un sonido que recordaba a un silbato o algo similar se pudo apreciar en la sala. Se trataba del teléfono móvil de Alba, avisándole de que acababa de recibir un mensaje vía WhatsApp.

«Querida Alba, el nombre de esa persona que me has mandado aparece registrado en el hotel Rosewood Scarlet, en la milla de oro de la Scarlet Avenue. Es el mejor hotel de la isla con diferencia. A su nombre aparecen la reserva de dos habitaciones, una contigua a la otra. Ten cuidado y no dudes en contactarme si necesitas algo más. Saludos!!!», leyó para sí la joven, acongojada.

—¿Está aquí...? —le dijo asimilando la información a su amiga Valentina, sin que esta entendiese nada—. ¡Está aquí! —afirmó alzando la voz mientras le mostraba el mensaje a través del teléfono.

—¿Míster Byron? —leyó apesadumbrada Valentina.

—Seguro que ha venido para tenernos controladas y que no hagamos algo que le perjudique. Él nunca esperaría que investigásemos lo ocurrido. Apuesto lo que sea, a que disfruta de la compañía de un menudo personaje... —adujo Alba.

—¿Te refieres a ese hombre? —preguntó George.

—Sí. Mi contacto dice que tiene dos reservas a su nombre en el mejor hotel de la isla. ¿Quién si no? —añadió.

—Esta historia se complica —dijo Peter.

—O se clarifica, según se mire —afirmó Alba a su vez—. Creo que ya tenemos todas las cartas sobre la mesa. Ahora falta ver cómo termina la jugada —añadió, haciendo un símil referido a los juegos de azar—. Empecemos por terminar de ver el vídeo —comentó dándole al play.

Al volver a pulsar el botón de reproducción, la imagen cambió. El enfoque se movía, así como la visión de lo que grababa, que vibraba de manera nerviosa e incómoda en la pantalla. Se trataba de un primer plano de Richard, que aparecía manipulando la cámara con gesto nervioso. Intentaba colocarla disimuladamente en algún lugar concreto. Cuando lo consiguió, enseguida se apartó, alejándose. Por fin la imagen dejó de menearse, y Richard se posicionó claramente enfrente, mientras terminaba de acomodar en su cintura algo así como un taparrabos indígena que parecía ser de lo más incómodo.

Girando sobre sí mismo, se colocó junto a Onawa que se hallaba detrás, justo al lado de un nativo joven y el que debía ser el chamán de los *Nagonapu*.

—Es la filmación de su sesión con la “ayahuasca” de los indígenas —comentó Valentina.

—Es muy interesante, pero ya tendremos tiempo de verla —dijo Alba accionando el modo de reproducción rápida—. Ahora vamos a lo que nos concierne principalmente —comentó, haciendo referencia a la posible grabación de la muerte del biólogo.

En modo avance rápido, vieron cómo acabó la sesión con la droga natural y todos se fueron. Richard olvidó por completo la cámara. Esta dejaba de grabar si no detectaba movimiento a los escasos minutos. Casi instantáneamente se pudo apreciar otra vez la imagen, pero en esta ocasión tres horas y media después de la sesión anterior. Algo debió moverse alrededor de la cámara como para activarla y comenzar a grabar de nuevo, pero en la imagen oscura, el único movimiento apreciable fue el de unos matorrales cercanos. «Quizá fuese un animal», pensó Alba.

De nuevo negrura por espacio de un segundo o dos, e inmediatamente después la misma imagen otra vez, en esta ocasión de día. Un sigiloso cazador *Nagonapu* con una lanza, se colocaba acuclillado justo en el tiro de cámara del aparato, acechando al parecer a alguna presa. Salió del encuadre y al instante regresó la negrura. Las escenas se sucedían unas tras otras, a cada cual más insustancial. La cámara se activaba por cualquier cosa que cruzase delante de ella, ya fuese un pájaro, un simio o alguna persona que pasaba por allí. Pero tras unos minutos infructuosos, la siguiente imagen que observaron les puso el vello de punta a todos.

—¡Mirad, es Richard en mitad de la noche...! —dijo Valentina sintiendo un vuelco en el estómago, al ver con cierta nitidez y gracias a la enorme luna llena de esa madrugada, los andares titubeantes del biólogo. Se colocó en el punto exacto en donde la cámara que él mismo dejó allí, lo captaba con mayor garantía.

Su aspecto se intuía débil, como con cierta dificultad y fragilidad al moverse. Apenas anduvo dos metros dentro del radio de acción del aparato, tambaleándose y arrastrando en ocasiones los pies, hasta quedarse inmóvil. Su lenguaje corporal denotaba agotamiento, ya que no dejaba de jadear, pero también angustia y sufrimiento. «El pobre ya sabía cuál iba a ser su destino inmediato», pensaba Alba para sí.

—¡Son los guardas! —alzó la voz Peter al verlos surgir en la imagen, desplegándose como una manada de lobos alrededor de su presa.

Lo rodearon. Seguramente le estarían diciendo algo, pero por desgracia el pequeño altavoz de la mini cámara no había sido capaz de captarlo. Uno de los *Neronapu* dio un paso al frente acercándose al sobrecogido hombre, que por unas décimas de segundo miró con sus ojos asustados a la cámara directamente, quizá rezando al menos porque ese aparato dejase constancia de la atrocidad que iba a acontecer. En un vano intento trató de lanzarle un mandoble a aquel fornido descendiente de indígena, que sin dificultad alguna lo detuvo y le empujó hasta hacerle caer al suelo, profiriéndole un buen golpe en la cabeza.

Richard parecía muy aturdido. De rodillas se tocaba una y otra vez la sien, por donde debía sangrar. Trató de ponerse en pie, pero inesperadamente otro de los guardas lo empujó con potencia impactándole su pie derecho en el trasero, haciendo que volviese a golpear su cabeza contra una roca que había a su lado. El trompazo fue terrible, mayor que el primero, e hizo que Alba y Valentina se echaran las manos a la cabeza estremecidas. El hombre dejó de pronto de moverse. Los guardas se miraban unos a otros preguntándose si ya se habría acabado. El jefe se acercó entonces a donde yacía Richard, se agachó y tratando de buscarle infructuosamente el pulso en el cuello, confirmó que había fallecido.

Los asesinos se fueron sin mostrar signos de empatía alguna por su víctima. Solamente desaparecieron del encuadre de la cámara sin más... Valentina y Alba lloraban sin consuelo, sintiendo confirmadas de manera dramática las que fueran sus sospechas desde un primer momento. Pero el hecho de haber sido testigos de la crudeza y frialdad con la que ocurrió, las sobrepasó por completo. Por mucho que hubieran pensado con anterioridad en cómo pudo ser, la grabación de la espantosa realidad superó su imaginación.

El vídeo continuó unos segundos antes de detenerse, y volvió a cambiar a otra escena diferente, ya de día, pero nadie le prestaba atención. Se habían empapado por completo del contenido primordial de aquel aparato, las sospechas de Richard y su muerte a manos de esos deleznales *Neronapu*.

—Tenemos que llevar esto a la policía cuanto antes —acertó a decir Alba, cuando sorbiendo la mucosidad que se le escapaba producido por el llanto, se sintió algo más repuesta de la impresionante revelación.

—¡Yo lo haré! —dijo Peter—. Se lo debo... —afirmó con gesto compungido.

—Nosotros vamos contigo, les contaremos cuanto sabemos —dijo George, refiriéndose a él y sus dos amigos que asentían en segundo plano—. Vosotras, en cambio, por lo pronto quedaos aquí y descansad —ordenó finalmente, posando su mano en el hombro de Alba, que asentía mirando al suelo afligida.

—Muchas gracias —susurró su voz, casi inaudible, con la mandíbula temblorosa mientras cogía la mano de Valentina, que horrorizada, no podía sentirse más identificada con su compañero.

—Lo que decía Richard en el vídeo parece ser cierto. Probablemente usó otro aparato distinto al hackeado para crear una cuenta de correo electrónico nueva con la que a su vez darse de alta en *Dropbox* —dijo de pronto Adam—. He conseguido entrar en esa cuenta de almacenamiento de la que hablaba, y hay gran cantidad de documentos, que parecen referentes a su investigación.

—Descárgalo todo, se lo llevaremos a la policía junto con los vídeos —dijo Peter apretando en su mano la mini cámara espía con rabia.

—Lo mataron sin más... —decía una y otra vez la italiana—. Lo mataron sin más. Él solo

quería ayudar, y lo mataron.

—Tranquila, preciosa, estoy aquí contigo, no estás sola, ¿me oyes?, —pronunció Alba levantándose y abrazando a su amiga.

—¡Vámonos, no hay un minuto que perder! —dijo George abriendo la puerta del apartamento seguido de los demás.

Las chicas se quedaron solas, abrazadas y completamente derrumbadas.

«¡Ayudadlos, ayudadlos, ayudadlos...!», decía una y otra vez una extraña voz que susurraba en su cabeza mientras dormía. Consiguió despertarla. Alba se incorporó sobresaltada, hasta quedar sentada en la cama. Jadeaba y estaba sudando de manera preocupante. Miró a su alrededor y vio a su amiga en mitad de la penumbra durmiendo relajada junto a ella, en la misma cama.

Escuchó un golpe que procedía del salón, o esa fue la impresión que tuvo al menos. Con más miedo que curiosidad, salió del confort de la cama para acercarse a la puerta, que permanecía entreabierta para que entrase algo de frescor. Se asomó, mirando hacia el comedor con los ojos desorbitadamente abiertos. Una leve ráfaga de aire trasladaba hasta su olfato el aroma de la última cena. De nuevo escuchó ese sonido, algo estaba golpeando repetidamente por allí cerca. Salió al pasillo con paso inseguro, sintiéndose muy vulnerable. Llegó al comedor, en donde miró a todos lados sin dilucidar la procedencia de ese sonido recurrente, que había llamado su atención. Tantos días fuera de su casa en un lugar tan insólito, donde lo extraordinario resultaba banal, la enseñaron a esperar cualquier cosa en una situación así.

Miró a la televisión apagada y un estremecimiento atravesó su espalda al recordar la escena del asesinato de Richard. Un fuerte ruido a su derecha, la sacó de la ensoñación, poniéndola de nuevo en alerta. Se trataba de una ventana abierta por la poderosa brisa, al golpear contra la pared. Enseguida fue hacia ella y agarrándola con cuidado la cerró, afianzándola. Se giró de nuevo hacia el interior de la vivienda, quedándose inmóvil en mitad de la estancia. Sentía algo extraño, una suerte de premonición recorría su ser.

Su mirada se concentró en el mueble del salón, que poseía infinidad de cajones en su parte baja y un gran armario de doble hoja de cristal en la superior, custodiando algunas lejas a diferentes alturas. Todo estaba en orden allí. El sofá estaba un poco desaliñado, con la sábana que lo cubría arrugada y medio caída, evidenciando que estuvieron allí recostadas antes de irse a la cama. Las sillas de la mesa de comedor bajo esta, colocadas de manera poco simétrica, denotaban que los chicos las dejaron con escaso cuidado, al irse con verdadera premura al encuentro de las autoridades.

Entonces se fijó en la cocina, que guardaba un relativo orden, con algún plato y una copa similar a un cáliz usada a última hora, junto al fregadero. Al volver la vista al frente en dirección al pasillo, con intención de iniciar la marcha de vuelta a la habitación, detectó algo que apareció de pronto y que estaba segura, no había escasos segundos antes. Uno de los múltiples cajones de ese mueble de comedor estaba completamente abierto. Algo absurdo, ya que acababa de mirar hacia allí y permanecía cerrado. Sus piernas comenzaron a desplazarse despacio en dirección a ese cajón, desoyendo las indicaciones de su raciocinio.

No quitaba ojo al cajón hasta que se colocó justo enfrente de él, tan cerca como para poder estirar el brazo y alcanzarlo, pero prefirió asomarse sin tocarlo en primera instancia. Tan solo contenía papeles y folletos turísticos de la isla. Lo cerró con una sutileza que respondía a la inseguridad que se estaba manifestando cada vez más en su interior. Apartó rauda la palma de la

mano de la madera envejecida sin dejar de mirarla, como esperando irracionalmente que de nuevo se fuese a abrir frente a sus narices.

El sonido de un inoportuno WhatsApp en forma de trueno, la sacó de su burbuja imaginaria, asustándola mucho. Tenía el teléfono móvil justo detrás, en una pequeña mesita auxiliar pegada al sofá, donde habitualmente dejaban el mando a distancia de la televisión, revistas o las llaves, entre otras cosas. Se dio la vuelta espeluznada para comprobar, que efectivamente acababa de entrar un mensaje, como indicaba el logotipo de la multimillonaria aplicación en la pantalla iluminada tenuemente.

«¡Han aparecido...! Han encontrado a los guardas en una cabaña abandonada, en la cara este de la montaña, todos menos el jefe, del que aún no se sabe nada», rezaba el mensaje incompleto de George a simple vista. Alba se apresuró a poner la huella del dedo gordo en el lector del iPhone, para desbloquear el aparato y entrar de inmediato a ver el resto.

«Me comentan los policías que los han encontrado, que ya habían pasado anteriormente por allí y no estaban —continuaba el joven en su mensaje—, y lo más extraño es que todos sufren un estado psicológico deplorable, se encuentran como en estado de shock. Ninguno contesta a las preguntas de la policía, ni tan siquiera abren la boca para hablar entre ellos. Dicen que tienen la mirada perdida y no atienden a razón alguna. Es como si de pronto se hubiesen vuelto... locos», terminó diciendo, dejando impresionada a la española.

Algo se movió detrás de ella, tal y como terminó de leer el asombroso WhatsApp de George. Se giró bruscamente y volvió a encontrar el dichoso cajón abierto. La impresión que le dio fue tan grande, que se fue corriendo a su habitación, cerró la puerta y se metió con su amiga en la cama, donde se sentía algo más protegida de lo inexplicable.

—¡Alba, Alba, son casi las once! —le decía dulcemente Valentina—. Es hora de levantarse, pequeña. ¡El desayuno está listo, dormilona! —bromeaba.

«¿Dormilona...?» pensaba para sí la española, mientras se desperezaba acordándose de la inquietante noche que había pasado.

—¿Qué hora dices que es? —balbuceó entre bostezos Alba, remoloneando con la almohada.

—Son prácticamente las once. Debías estar muy cansada, con lo que a ti te gusta madrugar —adujo Valentina.

—Y si son las once, ¿por qué no hay apenas luz? —preguntó la joven, mirando hacia la ventana por la que entraba poca claridad.

—El cielo está encapotado, y llueve bastante —le contestó Valentina—. La isla debe estar triste por todo lo ocurrido —bromeaba sonriendo melancólicamente.

—¿Sabes lo de los guardas, verdad? —inquirió Alba.

—Sí. Peter me lo ha comunicado esta mañana. ¡Es increíble! No sé lo que les habrá pasado, ¡pero les está bien empleado! —dijo enfurecida.

—Los han puesto a disposición judicial, en cuanto han visionado la grabación de la cámara de Richard —explicaba, aportándole datos nuevos—. Dice Peter que los ha visto, y tienen semblante de haber vivido algo terrorífico. Parece como si se hubieran quedado trastornados, porque no hablan, ni responden a las preguntas de los interrogadores de la policía, nada de nada. No hay quien les saque una palabra a esos malnacidos. Están intentando averiguar si también tuvieron algo que ver con la desaparición de los *Nagonapu*, pero no sueltan prenda. Como tampoco dicen dónde está o qué le pasó a su jefe, que sigue en paradero desconocido.

—¿Qué demonios les ocurriría? —se preguntaba en voz alta Alba.

—Bueno, ya viste esos seres... y daban la impresión de ir a por ellos. Digamos que pudo haber sido algo así como una suerte de venganza, a quien tanto mal ha hecho —meditaba Valentina.

—Es probable, pero aun así, no deja de ser sorprendentemente increíble —reconocía.

—¡Todo aquí lo es! —añadió su amiga.

—¡Qué razón tienes! —suspiró—. ¿Crees que también son los responsables de la desaparición de la tribu? —le preguntó de nuevo.

—Es bastante probable, dados los tristes precedentes y las intenciones oscuras que manejaban los mandamases —respondió la chica.

—He vuelto a tener otra de esas vivencias o premoniciones esta noche, ¿sabes? —le confesó, aterrada tan solo al recordarlo, antes de contárselo todo.

—Cuando yo me he despertado ese cajón estaba abierto, efectivamente —comentó Valentina.

—A veces me da la impresión de que no volvimos solas aquella noche de investigación, y que alguien quiere decirnos algo referente a los nativos —se sinceraba Alba.

—¿Algo cómo qué?

—No lo sé, pero recuerda lo de las letras, y esas palabras de la pesadilla del chamán, que ayer volví a escuchar o... sentir o... no sé qué —explicaba dejando aflorar sus sensaciones.

—¿Te refieres a lo de “ayudadlos, ayudadlos”?

—Sí, a eso precisamente me refiero, ¿no crees que es demasiada casualidad? —se preguntaba Alba.

—Que es mucha casualidad no lo voy a negar, ¿pero no crees tú, como buena psicóloga, que pudiera ser sugestión? —repreguntó.

—Podría ser. La mente humana es muy compleja y enrevesada, pero tengo la sensación de que en este caso, todo va más allá de la mente humana y sus misterios —afirmó.

—No seré yo quien te diga lo contrario, puesto que hemos sido testigos de cosas inverosímiles desde que estamos en Scarlet Island. Por lo pronto mi cometido aquí toca a su fin, se acabó el utilizarme como tapadera —decía rabiosa—. Ahora que se ha destapado el pastel, a ver qué es lo que ocurre. Espero que detengan a ese tal Byron cuanto antes.

—La policía debe estar sobre él. George tiene la dirección de su hospedaje, no tiene escapatoria en esta isla tan pequeña —dijo Alba.

—Espero que los *Neronapu* testifiquen cuanto antes y obtengan pruebas acusatorias contra ese maldito hombre sin escrúpulos —expresó su sentir Valentina—. No quiera el demonio que todo quede en las palabras de Richard... Voy a ir a mi apartamento con Peter, recogeré mis cosas y enseguida vuelvo, ¿de acuerdo?

—Vale, pero, por favor, no tardes —dijo nerviosa Alba.

El sonido del claxon de Peter, hizo que Valentina saliese por la puerta a la carrera, mientras Alba la veía marcharse con cara de cordero degollado, tal era el miedo que sentía al quedarse sola. Asomada al gran ventanal del comedor, observaba cómo su amiga corría para tratar de no mojarse demasiado, refugiándose en el interior de la pick up de su amado, al que obsequió con un profundo y húmedo beso.

Alba vio marcharse al vehículo de Peter, dejando surcos al pasar por encima de los considerables charcos que ya dominaban la calzada. El agua caía con enjundia, golpeando el cristal frente a su cara y ya sentía temor al encontrarse sola en el apartamento. Se giró despacio mirando hacia la zona del mueble del comedor, con ese cajón juguetero y suspiró. Pensó que lo mejor que podía hacer para quitar de su cabeza ideas indeseadas era mantenerse ocupada, así que

sacó los documentos y apuntes en los que se basaba su tesis, se sentó en la gran mesa de comedor, de frente a la relajante lluvia que veía por el ventanal y continuó con su trabajo bajo la luz de un viejo flexo, que tendía a fallar de vez en cuando.

Le resultaba complejo mantener la concentración en lo que tenía delante, folios y más folios de notas e impresiones, de los que debía extraer lo fundamental, para plasmarlo de forma ordenada y lógica dentro del conglomerado que formaba la tesis. No hacía más que darle vueltas y más vueltas a lo sucedido, añadiendo a su intranquilidad, el saber que el culpable e ideólogo de todo lo deleznable que había ocurrido en la isla en los últimos tiempos, campaba a sus anchas por ese mismo lugar.

Trataba de imaginar en dónde diablos podría estar la tribu indígena y si hallarían al jefe de los guardas o nunca se volvería a saber de él. También elucubraba sobre el futuro de su amiga Valentina y sobre el suyo propio, cuando todo acabase. Ambas estaban claramente enamoradas de dos chicos de Scarlet Island, con las complicaciones que eso conlleva de cara a una relación sentimental.

Su mente era un crispado mar de sensaciones encontradas, tales como miedos, amor, incertidumbres y certezas irrefutables, pero nada había acabado aún. Alba miraba al infinito a través de la ventana empapada con cada impacto de las gotas de lluvia, que contra el vidrio ponían fin a su fugaz vuelo en libertad, para volver a formar parte de un todo. La luz del flexo comenzó a titubear como tenía costumbre. Era algo que ocurría bastante a menudo, por lo que tampoco le dio demasiada importancia, pero en esa ocasión parecía distinto. La bombilla del flexo, tan pronto parecía que se iba a apagar en cualquier momento, como se encendía enrabiada con una potencia inusitada, que daba la impresión de estar a punto de hacerla estallar. Se trataba de un comportamiento que resultaba cuanto menos alarmante. Alba se echó un poco hacia atrás mirándola con recelo.

En una de las avenidas energéticas, el flexo desplegó tal cantidad de luz en ese oscuro día, que produjo un reflejo en el cristal del ventanal permitiéndole ver estremecida lo que a priori había tras ella... el reflejo de Richard. La luz se apagó inmediatamente después. Se giró con la potencia de un gran resorte por puro miedo, pero sus ojos apenas podían ver nada, deslumbrados por el postrero flogonazo del defectuoso flexo. Cuando sus pupilas se adaptaron a la penumbra en que se había convertido su apartamento, no encontró nada. Sus pulsaciones disparadas le golpeaban en la sien con gran virulencia.

No era mucho más de mediodía, pero cualquiera diría que iba a anochecer en ese mismo instante, tal era la lobreguez que reinaba en el ambiente, igual que reinaba en la mente de Alba. Trataba de encontrar explicación plausible a lo que acababa de suceder. ¿Era su imaginación jugándole una mala pasada, o en realidad no...? Un sonido que le resultó tristemente familiar, la sacó de dudas. Ese dichoso cajón volvió a abrirse en el otro lado de la estancia, para estupor de la chica, a quien ya le costaba incluso respirar. Se levantó despacio de la silla y fue directamente hacia el interruptor más cercano desde su posición, que se encontraba justo antes de la cocina. Lo pulsó sin dejar de mirar ni por un segundo hacia el cajón, que, abierto en soledad, le imponía un respeto cercano al pavor.

La luz no funcionaba, para infortunio de Alba que, pulsando una y otra vez la llave, trataba de encenderla sin éxito. Tras cejar en el empeño, se adentró en la cocina y abrió un armario en busca de una vela a medio usar, que encontró en el piso cuando se instaló. La agarró con premura y prendió su mecha de algodón ennegrecida, con el mechero que utilizaba para encender los

fogones. Alargando el brazo todo lo que pudo, la puso delante de ella, como si de un arma se tratase.

El escaso haz de luz que producía la vela, le procuraba cierto bienestar y seguridad, pero las sombras que creaba a su alrededor resultaban de lo más inquietantes. Se dirigía hacia el cajón, que se había ganado un lugar destacado en sus más temidas pesadillas. Haciendo de tripas corazón se asomaría a su interior, para comprobar qué era lo que contenía de una vez por todas. Lo tenía justo enfrente, por si acaso Alba no dejaba de mirar a todos lados, sentía que en cualquier momento iba a ver de nuevo algo escalofriante, pero entonces pasó lo que nunca jamás podría haber imaginado.

La luz de la vela comenzó a cambiar su tonalidad de manera insólita. Su haz amarillento de pronto fue tornándose a un azulado fantasmagórico que estremeció completamente a la joven, quien alejó cuanto pudo la llama de su lado. Incluso comenzó a hacer movimientos imposibles. Tan pronto dibujaba formas extrañas, como espirales que se elevaban treinta o cuarenta centímetros hacia arriba, más propias de seres animados y con juicio.

Por si aquello fuera poco, salidas de la nada, empezó a percibir una serie de sutiles risas y susurros que parecían flotar por la habitación. Alba miraba a todas partes de forma psicótica, pero no podía emplazar exactamente el lugar del que partían esos sonidos espeluznantes. Palabras que sonaban incoherentes, atravesaban de un lado a otro, seguida de carreras de Dios sabía qué, golpes contra el mobiliario e incluso arañazos. Su apartamento se había convertido en un terrible y absoluto caos Poltergeist.

Pero todos esos sucesos no habían hecho más que empezar... Por desgracia para la joven, comenzó a ver con relativa claridad, teniendo en cuenta lo sombrío del lugar, una serie de sombras con un aspecto difuso cercano al humanoide, que flotaban despacio por la estancia como una plaga de medusas en una costa excesivamente cálida. Los sonidos incomprensibles se incrementaron, las risas sonaban burlonas y aterradoras. Un lamento en forma de grito siniestro que atravesó el comedor de ida y vuelta varias veces, paralizó definitivamente a la chica que se quería desmayar. Un pitido agudo se manifestó en su cabeza, indicándole que no soportaría mucho tiempo más esa situación tan estresante, que estaba acabando con ella literalmente. Los cajones y armarios de la cocina traqueteaban, los cuchillos colgados en la pared tintineaban, todo vibraba de manera sobrenatural, como si un temblor de tierra hubiese hecho acto de presencia.

Una serie de folios en blanco que tenía sobre la mesa en la que estaba trabajando, se elevaron en el aire como por arte de magia y comenzaron a entremezclarse con las sombras que giraban muy poquito a poco a su alrededor. Cuando algunas de estas pasaba cerca de ella, sentía un atroz rechazo y repulsa interior, porque sus difusos semblantes desencajados, le recordaban a momias con gestos de dolor o terror, algo así como el grito de Edvard Munch.

Algo la paralizaba, de repente sentía que no se podía mover, mientras comprobaba atónita que en los folios comenzaban a manifestarse unos trazos en forma de símbolo que no acertaba a distinguir, ni saber qué eran. Sintió algo detrás de ella. Alba miró hacia abajo y vio apesadumbrada unas oscuras manos que la sujetaban por los tobillos y otras por las muñecas. La chica lloraba desconsoladamente. Estaba completamente fuera de sí. Todo aquello era una tortura, como para volverse completamente loca.

Cada vez se congregaban más de esas sombras temibles que flotaban a su alrededor, enfocando sus atroces miradas en ella, centro de aquella vorágine de ultratumba. La vela azulada que aún soportaba en su mano, se le cayó al suelo por puro terror, pero su haz emprendió un movimiento de expansión, en el que su extremo superior se elevaba, alargándose hasta ser engullido por la

espiral en la que giraban las sombras, junto a los folios con esas extrañas inscripciones. La tenue luz se alargaba más y más, envolviendo la habitación, con Alba en el centro, en una espiral espectral que iluminaba aún más los rostros deshumanizados de esas horrorosas sombras.

Pensaba que moriría en cualquier momento por una insuficiencia cardiovascular o bien a mano de aquellas cosas. Todo continuaba flotando a su alrededor, los folios, las sombras, la luz, convertida en un auténtico torbellino mágico, precioso, cuando el cajón misterioso se puso a vibrar poco a poco, para más tarde cerrarse lánguidamente, como empujado por manos sutiles. Una vez que estuvo cerrado completamente, el maldito cajón salió disparado con fuerza, por cuenta propia del mueble, hasta llegar al vórtice de objetos que flotaban frente a ella, donde frenó su trayecto para incorporarse al movimiento pausado de la espiral.

Alba lo miraba con lágrimas de impotencia en los ojos, mientras completaba la primera vuelta a su alrededor con sus funestos acompañantes. Fue en ese preciso instante cuando lo vio... Estaba al fondo, en un segundo plano, al margen de todo aquello, en una esquina oscura. ¡Era él! Richard aparecía iluminado con ese haz azulado, cambiante, que variaba la luz sobre su rostro. En ocasiones tan solo era una sombra en un rincón, pero por segundos podía verse claramente sus rasgos y cómo miraba fijamente a Alba con gesto grave. Sus ojos hablaban por sí solos, repletos de angustia, de frialdad, de desamparo...

De nuevo esas palabras aparecieron en su cabeza, con una voz profunda y áspera que repetía incansablemente «¡Ayudadlos, ayudadlos!». No acertaba a distinguir si las escuchaba realmente o se trataba de algo más bien que solo sucedía en su mente, porque no quitaba ojo a Richard y sus labios no se movían. Pero sabía que aquella era su voz, no cabía duda alguna. Quería ayudar a los que en vida le ayudaron a él o más bien a sus almas, porque poco quedaría de sus cuerpos mortales a esas alturas.

Aquel mantra místico no cesaba de resonar una y otra vez en su interior, cuando con un fuerte golpe, Valentina abrió la puerta y entró cargada con una caja repleta deartilugios de laboratorio, llamando a voces a su amiga. Llegó al salón y se topó de bruces con aquel panorama, que jamás podía ni tan siquiera haber soñado. Vio a Alba paralizada en mitad de la habitación, muerta de miedo, con una suerte de halo mágico azulado girando a su alrededor, portando en volandas un puñado de folios y ese cajón maldito.

—¡Albaaaa...! —gritó estremecida, y corrió hacia ella hasta abrazarla con toda su alma por la espalda, mientras ambas veían cómo a su alrededor esa llama azulada comenzaba a desaparecer paulatinamente, y las hojas, junto con el cajón, perdían altura despacio, amortiguadas sin saber cómo, hasta tocar sutilmente el suelo y quedar todo tirado por allí.

Alba no articulaba palabra, solo jadeaba y lloraba en silencio aterrorizada, pero en el fondo sentía una enorme felicidad y gratitud, al sentir el aliento de su buena amiga en la nuca, junto a su sincero y fuerte abrazo. Todo quedó en calma por fin. El cajón, se posó sugerentemente, justo delante de Alba, y la luz volvió a encenderse como si nada.

—¿Estás mejor? —le preguntaba Valentina por decir algo, veinte minutos después, aunque sabía que era imposible.

—Quiere decirnos algo... —dijo mirando al cajón posado en el suelo, al que aún no se había atrevido a asomarse—. Quiere que hagamos algo, e intenta indicarnos cómo, Valentina. Era él... lo pude ver con claridad —afirmaba rotundamente y con gesto de sufrimiento—. ¿Tú lo llegaste a ver?

—En realidad, no... Pero no dudo de tu palabra —la apoyó—, aunque sí que vi todo lo que flotaba a tu alrededor, y te aseguro que fue una imagen impactante.

—¡Miremos el interior del cajón de una vez por todas! —exclamó recuperando el ánimo, tras su tormento paranormal. Se levantó de la silla en la que la acomodó su amiga en la cocina, dejó la tila humeante a medias que esta le había preparado, y se dirigió hacia el cajón, seguida de cerca por Valentina, con convicción.

Se detuvo cuando estaba a un metro aproximadamente, miró la cara de Valentina, que era un poema, y acuclillándose cogió primero uno de los muchos folios que habían tirados por el suelo. La italiana tomó otro, y sorprendidas, comprobaron que en ambos había un dibujo similar, como si lo hubiesen ilustrado unos niños. Era una semicircunferencia grande que ocupaba casi el folio completo, con un punto o círculo representado en medio. Parecía un garabato sin más, igual a todos los demás papeles escampados por el suelo. Valentina tomó una foto de uno de ellos con el móvil, en absoluto silencio y tragando saliva.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó la italiana.

—Ni idea... —reconocía Alba.

Dejó el papel y se centró de nuevo en el cajón. Se agachó sobre él, tratando de no tapar la luz de la lámpara, que se proyectaba justo desde encima suya. Distinguió en su interior algo así como un folleto publicitario con colores. Lo agarró con determinación al fin, y comprobó de qué se trataba.

—¡Un mapa! —dijo sorprendida—. ¡Es un mapa de la isla! —exclamó.

—¿Un mapa...? —se preguntaba en voz alta Valentina.

—Lo había olvidado. Ese mapa me lo dio Margaret al llegar aquí, mi amiga de la oficina de turismo —recordaba—, en él me señaló los principales lugares de interés de Scarlet Island —dijo mientras lo desplegaba frente a las dos.

—¿Y no hay nada más? —preguntaba Valentina.

—Parece que no —respondió la joven mirando el fondo del cajón desnudo, para volver a fijarse en el mapa, y en el significado que podía tener.

—Un mapa... Un mapa... —se decía a sí misma en voz alta mirando a la nada—. Los mapas son representaciones gráficas a escala de un territorio y nos sirven para encontrar lugares concretos y así poder ir a ellos —decía, creyendo intuir por fin, a qué se debía todo ese misterio—. Nos está intentando indicar un punto en concreto de la isla, y no me extrañaría nada que sea el lugar en donde esos guardas salvajes acabaron con los *Nagonapu*... —sugirió excitada.

—¡Es verdad! —aducía Valentina—. ¡Puede que sea donde estén enterrados esos pobres!

—¡En efecto! —dijo Alba—. No sé a qué hace referencia el símbolo de los folios exactamente —comentaba—, pero siguiendo con la macabra conclusión a la que hemos llegado, si te fijas en el dibujo, ¿no crees que esa semicircunferencia podría representar un montículo de tierra y el punto que está en el centro, algo enterrado bajo este...? —elucubró esa escabrosa idea, que la hizo incluso sentirse mal.

—¡Podría ser! —consideró la italiana—, pero hay que tratar de averiguar si el símbolo tiene algún otro significado.

—Estoy de acuerdo —dijo Alba—. Se supone que si este símbolo tuviese que indicar un lugar concreto en el mapa, tendría que aparecer por algún lugar, y no lo veo por ninguna parte —se frustraba ojeando una y otra vez el mapa.

—Seguro que indica un lugar, pero aún no sabemos cuál —sentenció Valentina.

—Todo esto ha evocado en mí unas palabras que pronunció Margaret una de las primeras veces

que hablamos, aludiendo a la búsqueda de los indígenas desaparecidos por parte de los guardas *Neronapu*, “*nada puede escapar a su búsqueda...*” me dijo. Ahora entiendo que en verdad tenía toda la razón del mundo, nada podía escapar a su búsqueda, y si lo hizo, no fue sino porque ellos mismos eran los principales responsables de la desaparición. En todo momento sabían dónde estaban y qué fue lo que les ocurrió. Ahora lo veo claro, pero supongo que nadie en la isla podía llegar a pensar en algo tan siniestro y retorcido —explicaba con repugnancia, viendo todo por fin con la claridad meridiana que otorga el punto de vista del conocimiento—. ¡Acabo de tener una gran idea! —gritó animada Alba—. ¡Voy a llamar a Onawa!

—¿A Onawa, para qué? —inquiría su amiga.

—¿Y dices que no los han encontrado...? —le preguntó la española a George abatida por la noticia.

—Por desgracia, no... —se lamentaba el chico, sabiendo lo que suponía para su amada—. Cuando la policía se ha personado en el hotel, ya se habían ido.

—¿Pero hay constancia de que hayan salido de la isla? —indagó preocupada.

—No, al menos por las vías oficiales, avión, barco... —le dijo.

—¿¡Es decir, que puede que estén por aquí aún!?! —cavilaba inquieta.

—Cabe la posibilidad, sí —confirmaba George—. Pero la policía ha decretado para ellos una orden de búsqueda y captura. Los encontrarán antes o después, aunque los *Neronapu* aún no han abierto la boca, ni para culparlos, ni para lo contrario. Pero son muchas las pruebas que pesan en su contra, creo que podrían ser condenados por incitación al asesinato.

—Espero que así sea, y cuanto antes, a poder ser —suspiró Alba.

¡*Ding, dong!* Sonó el timbre del apartamento, que dio por zanjada la conversación.

—¡Ese debe ser Onawa! —dijo Alba nerviosa, unas tres horas después de haber hablado con él, mientras miraba a su amiga que estaba a su lado, junto a George.

—¿Estás segura de querer hacer esto? —le preguntó Onawa con gesto serio, una vez dentro de la vivienda, ofreciéndole un pequeño recipiente con un líquido blanquecino.

—Por supuesto, además no es la primera vez que tomo esta “ayahuasca” —dijo sonriendo, mientras miraba a George con complicidad—. Muchas gracias por proporcionármelo tan rápidamente.

—Espero que sirva de ayuda, si es que estás en lo cierto —dijo tras haber escuchado la suposición de Alba con respecto a los *Nagonapu*—, y ten mucho cuidado, recuerda lo que hablamos... —adujo, haciendo referencia a la supuesta premonición acerca de su persona por parte del chamán, tiempo antes de llegar a isla, y ese peligro, ahora evidente, al que se vería expuesta.

—Lo sé, no te preocupes —le quitaba hierro al asunto Alba, despidiéndose de él en la puerta.

—¡Ha llegado la hora de la verdad! —exclamó tal y como salió Onawa de su vivienda, girándose con determinación hacia George y Valentina—. ¿Dónde está Peter? —preguntó extrañada al ver que no llegaba, tal y como había anunciado.

—No lo sé —respondió Valentina—, al mandarle la foto del garabato por WhatsApp para ver si lo conocía, me ha dicho no sé qué de un mapa, y que tardaría un poco más, que iba a buscar algo.

—En ese caso, ¡comencemos! —dijo con arrojo—. ¡Necesitaremos muchas velas...! —afirmó misteriosamente.

A los veinte minutos ya tenía todo dispuesto, para llevar a cabo su plan. Apartaron todo cuanto pudieron de mitad del salón, el sofá, la televisión con su pequeño mueble, la mesita auxiliar junto al sofá... todo. Solo entonces, pusieron la mesa completamente despejada en el centro, en donde Alba se sentaría en uno de los extremos, con unas diez velas que bajó a comprar George, como únicas acompañantes. Mientras tanto, Valentina, George y Peter, cuando llegase, esperarían sentados en segundo plano en el sofá, recolocado junto al mueble de comedor, de donde salió disparado el cajón.

—O sea, a ver si lo he entendido... —comentaba irónica Valentina—. Tu plan consiste en encender un puñado de cirios, apagar la corriente eléctrica, sentarte sola en mitad del salón en esa punta de la mesa rectangular, donde posarás las velas como si esperases invitados... y tomar esa suerte de “ayahuasca”, una droga potentísima, tratando de contactar con el alma de un muerto que te guíe a su vez para encontrar una fosa común, por así decir, de decenas de personas... ¿Estoy en lo cierto, verdad? —preguntó bromeando finalmente, pero con verdaderos ojos de espanto.

—Exactamente, ni yo misma lo habría explicado mejor. —Rio nerviosa Alba.

—¡Ya veo! Todo muy edificante... —continuaba con la broma para rebajar la tensión.

—Bueno, viendo que Peter tarda tanto, vamos a empezar —dijo Alba.

—¡No sé dónde se habrá metido! —comentó extrañada Valentina.

—Por favor, sentaos en el sofá, y no intercedáis en ningún momento, a no ser que veáis que me encuentro en verdaderos apuros, ¿entendido? —preguntó mirando con tremendo cariño a esos dos pilares fundamentales en los que se sostenía su vida en esos convulsos tiempos.

—¡Entendido! —dijo George.

—Perfectamente —añadió la italiana.

—En ese caso, ¡vamos allá! —suspiró Alba, comenzando a encender los cirios blancos que dispuso por toda la superficie de la mesa de forma salpicada. Después le dio un sentido beso en los labios a George, un abrazo a Valentina, y se sentó de cara a la entrada esperado a su invitado. Miró fijamente la botella del mágico brebaje, al que los nativos de Scarlet Island atribuían propiedades, insospechadas en el mundo occidental, más preocupado por mirarse el ombligo, creyéndose el centro de la creación.

La luz de las velas otorgaban un toque ciertamente romántico a la situación, que incluso por un momento llegó a emocionar a la joven, porque sentía que para bien o para mal, comenzaba a acabarse su trepidante aventura en la que seguramente se convertiría en la isla de su vida. Con los ojos humedecidos agarró la botella que contenía la “ayahuasca” con la mano izquierda. Con la derecha desenroscó lánguidamente el tapón, parecía estar paladeando cada segundo de aquel momento, que le resultó de lo más emotivo. Incluso por un momento creyó escuchar una canción por allí cerca, mientras se acercaba la droga a la boca, acompañando con sus tonos graves y calmados el momento. Aunque sabía que ese sonido solo estaba en su cabeza. Pensó que debía ser la droga que habría hecho efecto ya sobre ella, aunque aún no la había ingerido.

La amargura de la ingesta le resultó más llevadera que la primera vez que la probó. Mientras lo hacía no podía dejar de pensar en su familia y en cuanto los quería. Había pasado largo tiempo alejados de ellos, pero sentía que no a mucho tardar volvería a su lado. De pronto recordó a su madre en casa, siempre trajinando, con esa energía que solo son capaces de desplegar las madres. Una fuerza motriz que hace funcionar a tantas y tantas familias desde su interior, incansables, inagotables, madres... La recordaba con ternura, con su vieja bata de estar por casa, planchando, limpiando, desviviéndose por ella y por su hermano.

La añoraba tanto que por un momento sintió estar allí con ella, en casa. La observó tomando su indispensable café de la sobremesa, mientras, con la televisión encendida de fondo, a la que no prestaba la menor atención, pensaba en su hija allá donde estuviese y se imaginaba estrechándola entre sus brazos de nuevo. Juraría que era capaz incluso de apreciar ese aroma cálido de su hogar que siempre recordaría, a café recién molido, lavanda del friegasuelos y un suave toque a flores frescas, con las orquídeas en la entrada y algún jarrón con lilioms blancos en el comedor. Por un momento tuvo una sensación tan intensa de encontrarse en casa, que eso le hizo darse cuenta que la droga comenzaba a ejercer su enorme influencia en ella.

El silencio abrigaba la noche, ya entrada, en el salón del apartamento de Alba. Estaba todo a oscuras como dijo preferir, al margen de las velas, porque había oído que estas eran atrayentes de entidades. Tan solo se podía escuchar el rítmico cambio de posición del segundero de un viejo reloj de pared de la cocina. Lo demás era todo calma tensa dentro de una espera inquietante. George y Valentina observaban embobados, desde su perspectiva en el sofá, la imagen de Alba con la cabeza gacha y parte del pelo cubriéndole la cara. Su posición sentada frente a la mesa, con las palmas de las manos abiertas sobre la madera, y los titubeantes cirios alrededor, era de lo más perturbadora.

Un oportuno trueno, que anunciaba la llegada de una nueva borrasca, junto a las primeras gotas golpeando los cristales, terminaron de dotar a la situación de todo lo necesario como para sentirse dentro de una película de terror. El escenario apuntaba maneras. Valentina y George se miraron sin decir nada, ambos sabían lo que pensaba el otro. George jamás podría haber imaginado ver superadas de semejante manera sus pretensiones parapsicológicas, semanas antes de hacer su estudio. La realidad le golpeó con tal crudeza que le dejó gratamente impresionado, con aquella vorágine existencial que se entrecruzaba en Scarlet Island. En el fondo estaba disfrutando de cuanto presenciaba y todo ello le ayudaría a demostrar la naturaleza insólita y misteriosa de la isla, como él pensaba de antemano. Además, se dio cuenta que los estudios al respecto estaban a años luz de la realidad que él estaba experimentando esos días.

Valentina, sin embargo, al mirar a su amiga desde esa cómoda posición, pensaba en cómo podía querer tanto a esa chica, que poco tiempo atrás ni tan siquiera conocía. Los relámpagos se colaban desde el fondo de la estancia, estallando con virulencia sobre la costa enfervorecida, como si presagiase algo terrible que estaba a punto de acontecer. Las sinuosas llamas de las velas, de repente hicieron un movimiento imposible a ojos de un humano. Primero quedaron completamente inmóviles, para después, al unísono, girar hacia la izquierda según miraba Alba, llegando a un ángulo perfecto de noventa grados con respecto al cuerpo de la vela propiamente dicho, y la superficie de la mesa.

George y Valentina no daban crédito, mientras que Alba elevó la cabeza para ver ese efecto, imposible y conjuntado, de todas las velas, que le puso la piel de gallina. Su mente trataba de mantener vagamente la cordura, pero la sustancia psicotrópica la empujaba en sentido contrario. Un sutil frío comenzaba a hacer acto de presencia en la sala, haciendo que la respiración de los tres se convirtieran en una ligera neblina blanquecina. La batalla en el cielo se recrudecía, los relámpagos alarmaban a Valentina y sus posteriores truenos la sobrecogían.

La vela más alejada a la posición de Alba se apagó súbitamente, a los pocos segundos lo hizo la siguiente. Una tercera, la cuarta, y así una a una, se fueron apagando en su dirección, hasta quedar solamente una encendida. Se apagó... Todo quedó completamente a oscuras. Valentina y George miraban a Alba preocupados, porque en su expresión se podía intuir que le estaba sucediendo algo que comenzaba a asustarla, o a impresionarla. «La droga está actuando»,

pensaban sin quitar ojo a la mesa y alrededores, porque en ocasiones les parecía como si pequeñas oleadas de aire que agitaban las llamas de las velas, campasen a sus anchas por allí.

Alba estaba a oscuras, su respiración comenzaba a ser muy agitada. La escasísima luz ni tan solo le permitía ver a sus amigos en el sofá, velando por ella. Miraba a los lados tratando de apreciar algo a su alrededor, pero le resultaba muy complicado. Algo pasó de repente corriendo muy cerca, como pudo constatar por el aire que sintió al hacerlo. Se asustó mucho. Al instante, otro por el costado contrario; uno más, por detrás. Sin entender cómo, sentía que decenas de seres corrían a su alrededor, en mitad de la oscuridad. Un grito metálico atravesó la estancia, junto a susurros inconexos. Otro grito justo a su espalda aún más terrorífico la hizo girarse sobre la silla, aterrada. Esas cosas pasaban casi rozándola. De pronto, fuertes golpes dibujaban el macabro trayecto de algo que se dirigía desde el pasillo hacia ella muy rápidamente. Parecía un animal salvaje que saltó sobre la mesa y desapareció, estampándose contra el techo que había sobre él. Tenía tanto miedo que a punto estuvo de caerse de la silla. Pensó en tirarse y meterse bajo la mesa, pero vio abrumada como un bulto extraño salía reptando de allí abajo, mientras se sucedían una y otra vez esas pasadas que efectuaban junto a ella.

Por suerte todo quedó en calma, los extraños movimientos a su alrededor cesaron. La tormenta continuaba con su rumor en el exterior. Un relámpago iluminó de manera asombrosa el salón, durante al menos dos o tres segundos. Hecho que le hizo comprender por qué ya no sentía esas oleadas en sus costados, porque lo que fuese que lo producía, se encontraba inmóvil en mitad de la habitación. En realidad, eran como diez bultos o sombras de proporciones humanas, con capa larga hasta el suelo, cuello acabado en pico y aspecto rematadamente horrible. Un instante después, otro relámpago dejó ver que habían desaparecido, pero nada había acabado...

La lámpara cayó del techo por sorpresa, estampándose contra el suelo. Pero lejos de romperse en mil pedazos, alzó una suerte de patas que no eran sino los extremos de cada uno de los brazos, y comenzó a andar cual araña gigante por el salón. Alba no daba crédito a lo que intuía, ya que apenas podía verlo. Se movía torpemente haciendo un desagradable sonido al rozar sus patas contra el piso. Subió las piernas de manera impulsiva, mientras gritaba, por la impresión de saber que esa cosa andaba por allí como si nada y se preguntaba cómo era posible que Valentina, con lo miedosa que era, no gritase a su compás de pura aprensión.

Valentina y George continuaban embobados observando el desvarío progresivo de su querida Alba, que tan pronto gritaba como elevaba las piernas del suelo, vete tú a saber por qué. La escena era escalofriante. Alba, sin embargo, estaba pasándolo verdaderamente mal. Una opresión ascendía por su garganta en forma de angustia, por no saber a qué atenerse en semejante situación.

La araña artificial parecía alejarse paulatinamente de su posición, si se atenía al sonido que producía, cada vez más lejano. Fue entonces cuando la mesa comenzó a crujir, como si fuese a partirse en dos. Las velas se encendieron de sopetón, creando cada una de ella un pequeño fogonazo hacia arriba, lo que le permitió apreciar, cómo dicha mesa caprichosa empezaba a plegarse hacia arriba por la mitad más alejada de Alba, que lloraba de impotencia ante lo insólito de la situación.

La española posó de nuevo los pies en el suelo aterrada, para echarse hacia detrás en la silla ante semejante majadería. La mesa se estaba elevando poco a poco, y las velas de ese costado ni se inmutaban, quedando como pegadas a la madera con una inclinación que resultaba imposible. Cada vez estaba más inclinada, acercándose ya a los noventa grados.

Las velas parecían atornilladas a la superficie. Alba temía por si se plegaba completamente,

mitad sobre mitad y retrocedió aún más. Le preocupaba que cayera de golpe y le atrapara las manos. Pero cuando llegó a una inclinación justo de noventa grados se detuvo. La joven se la quedó mirando alucinada, parecía imposible aquella visión, y lo más extraño era que las llamas de cada vela ahora horizontales en vez de tender a ir hacia arriba, también estaban completamente horizontales, como si las leyes de la física se quebraran. ¿O quizá fuese su cerebro el que no estuviese del todo fino?

Ya no sabía qué era real y qué no, a qué tenía que hacer caso, en busca de respuestas y qué era simplemente un desvarío provocado por el estupefaciente. Trataba de diferenciar entre uno y otro, pero le resultaba hartamente complicado. Pensando en ello, cerró los ojos para intentar concentrarse profundamente y así encontrar las respuestas. El agua de la lluvia en la calle acompañaba sus cavilaciones con una relajante banda sonora de fondo, los truenos retumbaban a cada poco en el cielo enrabiado y ella cada vez se sentía más cómoda con los ojos cerrados. Su respiración más relajada, inundaba placenteramente el cuerpo de aire, que desentumecía poco a poco sus lastimados músculos, debido a la tensión que le produjo el miedo extremo que sentía.

Abrió los ojos al oír algo al fondo, y sorprendida comprobó que la mesa había vuelto a su ser, las velas seguían encendidas, y por suerte, podía volver a ver a duras penas con la escasa luz a sus amigos sentados en el sofá cercano, acompañándola, sonrientes al ver que volvía con ellos.

La puerta del apartamento se movió sutilmente, y fue abriéndose despacio, como empujada por un golpe de aire. Alba se tensó de nuevo, sobre todo al discernir entre aquella oscuridad, algo que se aproximaba despacio, podía escuchar sus pasos.

—No les mires a los ojos y no tendrás nada que temer —sonó una voz familiar en su cabeza, como un rumor lejano, difuso. Pensaba que esas palabras se referían a lo que fuese que se acercaba caminando por el pasillo, pero mirando de reojo a su izquierda, comprobó que no... que ya tenía, casi pegado a ella, una suerte de espectro encorvado para poder acercar su rostro al de Alba, el fantasma de lo que debía ser un colono inglés, con un hacha clavada en el cuello, que lo atravesaba casi por completo de un lado a otro.

Su cabeza estaba algo ladeada en dirección contraria a la mortal herida. Sus ojos abiertos con cara de psicópata recién desenterrado, resultaba tan cruda e insoportable, que Alba se orinó encima y eso que no llegó a mirarlo directamente.

Pero las sorpresas, lejos de concluir, iban en aumento. A su derecha sintió otro ser que aún más cerca la miraba fijamente, estando de pie. Este, sin embargo, era un nativo *Nagonapu*, sin duda, ya que iba con el torso descubierto y en taparrabos. Tenía el pelo muy oscuro que le llegaba hasta los hombros, con media cabellera recogida en una trenza y la otra media suelta sobre su espalda. Su tez era oscura y portaba pinturas negras que dibujaban figuras tribales sobre el pecho y un brazo. La miraba fijamente, y de forma rítmica, a cada cortos lapsos de tiempo, hacía un gesto recurrente y escalofriante. Abría al máximo su boca y sus ojos, en completo silencio, como si pretendiera morder a Alba o asustarla terriblemente. Pero eso es algo que ella no vio con todo detalle, porque como la voz le había indicado, no miró directamente al ser falto de vida.

Echando un ligero vistazo hacia arriba con un sutil movimiento de los ojos, intuyó que había otro en su retaguardia, también muy cerca. A todas luces intentaban intimidarla. Este era otro soldado colono que tenía seccionada media cabeza. Alba se centró en aquello que seguía acercándose por el pasillo, desde la puerta. Creía saber qué era y no se equivocó, porque cuando la escasa luz de las velas iluminó tenuemente su rostro, confirmó que se trataba de Richard.

Su rostro resultaba afable y confiado, casi familiar, en comparación con las aberraciones que la circundaban. Se centró en la mirada de Richard y este no le quitaba ojo a ella, mientras que dos

cuerpos surgidos de la nada, cayeron por sorpresa cual ahorcados, con sendas sogas atadas a sus cuello, oscilando a lo largo de sus costados. Alba cerró los ojos por un momento impresionada, porque el bamboleo que traían hacia delante con fuerza, los hizo pasar no muy lejos de ella. Pero se obligó a mirar solo y exclusivamente el alma del biólogo, que parecía decir, «céntrate solo en mi, estoy aquí. No temas, yo te ayudaré...», o eso deseaba ella.

Una corriente de agua considerable entró de sopetón por la puerta abierta y comenzó a girar en círculos alrededor de Alba en mitad del salón, la mesa con las velas y los doce o trece seres, a cual más espeluznantes, que la rodeaban. Cualquiera diría que se trataba de un pequeño torrente de un riachuelo o algo similar. Alba no daba crédito a lo que estaba viendo y sintiendo en sus pies mojados, por esa agua misteriosa que ya la cubría hasta la espinilla, pero ella no quitaba ojo a Richard.

Las paredes de su piso comenzaron a escurrirse literalmente, cayendo a esa agua que remolineaba en el salón, con ella en medio. Parecía una locura, pero se deslizaban hacia abajo por secciones de unos dos metros de ancho, como pegatinas defectuosas, siendo engullidas por la fuerza del remolino, y dejando un escenario o un entorno diferente tras ellas. Descendían paulatinamente, como quien baja una pesada persiana, pero lo que vio detrás la dejó seriamente descolocada. Árboles... tras esas paredes que ya desaparecían en el agua había árboles y más árboles. Richard seguía plantado delante suya, inmóvil, mientras que increíblemente parecía encontrarse en mitad del bosque, en pleno transcurso de un riachuelo que pasaba por allí, remolineando bajo sus pies, hasta filtrarse en la roca hacia posiciones inferiores. Estaba en el bosque en mitad de la lluvia, sentada en la misma silla, con las manos sobre la misma mesa, y las diez velas encendidas que misteriosamente no se apagaban bajo el aguacero.

Richard se giró hasta darle la espalda. Volvió la cabeza un instante para mirarla, invitándola a seguirlo. Comenzó a caminar alejándose de la mesa en medio de la naturaleza. Alba sintió una sensación conocida, como de algo que ya había vivido antes al verlo hacer eso, y levantándose deprisa se fue detrás de él, apartando las ramas de los árboles y la maleza espesa que comenzaba pocos metros más allá.

La lluvia seguía cayendo y Alba se movía tan rápido como podía, tratando de discernir qué iba a pasar a continuación y si estaba realmente en ese lugar o este era parte de su mente. Se percató de que cuanto más avanzaba, más se apreciaba un sonido rumoroso que creía haber oído antes. Iba corriendo lo más veloz que podía para no perderle la pista a esa entidad, pero con cuidado de no tropezar y caer, hasta que apartando unas ramas se quedó, para disgusto suyo, al borde de un cortado rocoso con una pared vertical de, al menos, unos veinte metros de altura. A punto estuvo de despeñarse dada la velocidad que traía, pero se pudo detener al borde, donde miró hacia abajo y un espasmo le recorrió el cuerpo.

Una vez más calmada, observó que unos metros más allá había agua. Se trataba de una suerte de pequeño embalse circular en una zona alta de la montaña al borde de un precipicio, donde se filtraba el agua que se despeñaba hacia abajo, de ahí el sonido que escuchaba anteriormente. No había visto nunca ese lugar, pero dedujo que debía de tratarse del nacimiento del salto de agua de Blood Lake, por la descripción que su amiga Valentina le dio cuando estuvo en él con Peter. Se quedó muy asombrada al verse allí, cuando de pronto recordó su propósito, debía seguir a Richard. Se asomó al ligero precipicio buscándolo en la parte de abajo, ya que arriba, donde ella se encontraba, no estaba. No tardó demasiado en divisarlo, introduciéndose en la coqueta piscina natural, que formaba el agua en ese increíble balcón de la montaña.

Se adentraba en el medio líquido que comenzaba a cubrirle cada vez más y más, cuando de

nuevo echando una sutil mirada atrás, a su posición, la invitó a que lo acompañase. Alba bajó el terraplén como pudo por un costado menos escarpado y a la carrera se metió al agua bajo la lluvia incesante, tras la pista de Richard. Un rayo iluminó gran parte de la isla, retorciéndose en el antipático cielo, lo que le permitió vislumbrar una maravillosa perspectiva, desde la altura en donde se hallaba.

Volvió la vista rauda hacia la zona en la que se encontraba Richard, y el último resquicio luminoso de ese impresionante rayo, le permitió distinguir como se introducía bajo una pequeña cascada, seguramente a la cavidad interior de la que tanto le habló Valentina fascinada. Corrió de nuevo en su busca, entrando con cierto respeto en aquellas aguas oscuras, en plena noche y lloviendo de forma torrencial. Ya tenía la cascada delante suya, miró hacia arriba para tratar de vislumbrar su origen, pero le resultó imposible. La observó unos segundos con deleite y se introdujo bajo esta con determinación, para atravesarla.

En su interior apenas veía nada. Caminaba a oscuras, abriéndose paso en unas aguas más calmadas, y dejando atrás el zumbido de la cascada. Algo le atrapó el pie derecho bajo el agua, agarrándola sin dejarla avanzar. Alba daba patadas y trataba de zafarse de su captor, pero no le resultaba nada fácil. Estaba poniéndose histérica y a punto de gritar, cuando se dio cuenta de que se trataba de la rama seca de un árbol. Se agachó para cogerla con la mano zambulléndose hasta el cuello, y consiguió apartar la rama del tobillo en donde se había encallado.

En cuanto pudo se irguió de nuevo dispuesta a continuar. Vio asombrada unas luces que se encendieron en mitad de la completa oscuridad que la rodeaba. ¡Pero estaban bajo el agua! Algo se movía allí abajo no muy lejos de su posición, removiendo el agua, calmada en un principio. Alba miraba con recelo aquello que parecía que iba a surgir en cualquier momento. Alucinada, pudo observar como asomaron nueve velas encendidas brotando del agua, sobre una mesa que poco a poco se elevaba dejándose ver, en mitad de una suerte de piscina natural en el interior de aquella grandiosa cavidad.

En efecto, era su mesa, que más que un mueble, daba la impresión de haberse convertido en un vehículo de transporte psíquico, por así decirlo. Pareciera que subía impulsada por un elevador desde una planta inferior. Alba se quedó petrificada al verla allí en medio, con las patas surgiendo del agua que la cubrían hasta la mitad, y esa silla justo delante. Una silla mágica que bien podría ser descendiente de las que usara Harry Potter en Hogwarts, por las propiedades fantásticas que estaba demostrando tener, al igual que la mesa.

Se acercó al mobiliario desplazándose por el agua, hasta detenerse a su lado. Al observar las velas, tratando de entender cómo era posible que ardieran bajo el agua, reparó en que faltaba una de las diez que habían encendido en su apartamento. Decidió sentarse en su silla, frente a su mesa, porque le resultaba obvio, que si de nuevo habían aparecido allí debía ser para eso. Al poco de hacerlo, la décima vela también se encendió, pero no se encontraba encima de la mesa como las demás, sino en las inmediaciones oscuras de aquel lugar misterioso, al que la habían atraído por algo.

El haz de la décima vela se desplazaba lánguidamente como por arte de magia, en esa suerte de caverna ancestral. Parecía como si flotase por sí sola en el aire, pero pronto descubrió que, como no podía ser de otra manera, era portada por el espíritu de Richard, que se dejó entrever en mitad de la opacidad, acercando la llama a su temible rostro.

Richard se movía despacio, apenas podía verle medio cuerpo cuando tenía cerca la llama de la vela. La impresión de Alba desde su localización era que flotaba, ya que solo veía, con suerte, la parte superior.

Se detuvo en un lugar concreto, y con la vela iluminó una cavidad que, a su vez, se encontraba dentro de aquella caverna. Le dio la impresión de que era algo así como un conducto horadado en la roca, que desembocase allí. Su tamaño era considerable, puesto que prácticamente cabía de pie allí dentro, en donde se metió con la pequeña candela un par de metros al menos. Continuó caminando tras salir de allí y a poco más de cinco metros encontró otra cueva similar, e hizo lo mismo, se adentró unos metros dejando al descubierto esa nueva gruta con el tenue haz de luz que se proyectaba en sus paredes. Más allá de aquella cavidad, hizo lo propio con una tercera, y poco después con una cuarta incluso, lo que dejó a las claras que aquella roca, estaba verdaderamente perforada en su interior, porque a todas luces aquello debían ser túneles subterráneos naturales que desembocaban en el principal. Pero Alba continuaba sin entender nada de lo que intentaba hacerle ver Richard.

De los cuatro túneles comenzó a surgir agua de manera torrencial, que desembocaba en esa suerte de piscina en la que continuaba Alba, sentada en la silla y apoyada en la mesa, con el agua ya por las rodillas. Los cuatro torrentes elevaban el nivel del líquido en aquella caverna de manera rápida y pavorosa, tal era el caudal que emanaban. Eso era algo que la española no llegaba a entender, ya que el agua tenía una amplia escapatoria al exterior como para que no se acumulase allí adentro. Pero como ya era sabido por Alba, en ese estado de intoxicación en el que se encontraba, en su mente todo era posible.

Tanto, como que de pronto, en el tercer túnel natural del que emanaba agua, esta se tiñese completamente de rojo de repente, coloreando a su vez todo a su alrededor al desembocar en aquel lugar. Alba se puso tensa al ver que el líquido que la tocaba, repentinamente, parecía sangre, por lo que hizo ademán de levantarse para tratar de salir de allí. Pero para su desgracia no pudo moverse. No sabía qué o quién se lo impedía, pero sentía como si una fuerza de índole desconocida la atrapase, evitándole evadir la asombrosa subida del nivel, que ya le cubría incluso el pecho.

La joven hiperventilaba presa del pánico al saberse en peligro, mientras Richard continuaba mirándola directamente a los ojos desde la lejanía relativa, justo al lado de donde emanaba el agua teñida de ese rojo vivaz.

Cuando creía que nada más podía sorprenderla en aquella angustiada situación en la que se encontraba, sucedió algo, que la terminó de acongojar. Una serie de cuerpos a todas luces inertes, de lo que debían ser indígenas *Nagonapu*, comenzaron a caer por ese mismo torrente enrojecido en número disparatado, como si de una inundación macabra bajando por un río se tratase.

Aquellos cuerpos caían al agua de la caverna brutalmente, esta continuaba elevándose con el consiguiente peligro para Alba. La pobre ya veía cómo el nivel alcanzaba su cuello y no cesaba de subir, ahora acompañada por decenas de cuerpos semidesnudos que flotaban a su alrededor, unos boca abajo, otros hacia arriba...

Las velas de la mesa fueron rebasadas por el agua que continuaba ascendiendo, pero ni por esas se apagaron. Continuaban iluminando a su alrededor bajo el agua, con una llama que parecía flotar con un movimiento sutil a un lado y a otro. Los cuerpos seguían goteando por el torrente rojo, mientras que Alba ya luchaba por no ahogarse estirando el cuello hacia arriba, ya que el agua había alcanzado su barbilla. Continuaba sin poder mover sus extremidades, agónicamente. Ni tan siquiera cuando uno de esos cuerpos oscuros que flotaban en la superficie se topó con ella en su trayectoria, causándole una repulsa tal, que le provocaba arcadas.

Y Richard continuaba mirándola impasible. El agua la cubrió finalmente. Como pudo, y dejando a un lado el pánico desatado en su interior al ver el final tan cerca, hizo un último

esfuerzo estirando el cuello para inhalar la máxima cantidad de aire posible, antes de quedar sumergida por completo. Pero el terrible momento llegó.

Abrió los ojos bajo el agua quedando atónita al observar las velas resplandecer en mitad del líquido elemento. Algunos cuerpos, de las decenas que ya debían flotar junto a ella, se iban a pique, hundiéndose de cabeza. Alba los miraba mientras se desplomaban al fondo. Por un momento el tiempo pareció detenerse, y sus nervios, lejos de resultar mortales, se apaciguaron.

Se sintió más tranquila mientras observaba la relativa belleza conceptual de cuanto veía. La vida, la muerte... siempre tan cerca la una de la otra, durante toda nuestra estancia en este mundo. La vemos tan lejana en ocasiones, pero la sentimos tan cerca internamente, que nos va devorando por dentro.

Sabía que no era capaz de aguantar mucho tiempo sin respirar, pero ya no podía hacer nada más, así que se resignó. Todo acabaría pronto. Un cuerpo se hundía justo a su lado. Pudo ver ese rostro cercano al suyo propio. Sus pinturas aún se apreciaban en los contornos de los ojos cerrados. Rotaba sobre sí mismo al ir hundiéndose, por lo que en ocasiones su rostro le quedaba oculto.

En el momento que lo tenía más cerca, cuando venía girando, sin poder verle el rostro hasta que pasaba frente a ella cara a cara, abrió los ojos. La impresión y el terror que se apoderaron de Alba, hizo que expulsase los últimos restos de aire acumulados en sus pulmones. Mientras perdía la conciencia, vio que otros muchos seres a su alrededor la miraban directamente a los ojos...

—¡Aghgggggh! —gritó la española aterrorizada.

—¡Tranquila cielo, ya estás aquí! —decía Valentina, aplastando la cabeza de Alba contra su pecho—. Estás de vuelta con nosotros.

—¡Creía que me ahogaba, Valentina! —susurró lloriqueando—. ¡Cuánto me alegro de verte!

—¡Chissst! ¡Chissst! —le pedía que callara la italiana—. No hables, estás temblando. —Y la volvía a abrazar mientras miraba a George, que junto a Alba, le posaba la mano en el hombro con cariño.

—Fue una sensación totalmente claustrofóbica, sentía que no podía salir de allí, de ninguna manera... —manifestaba momentos después, más tranquila, tras las explicaciones pertinentes, y con un sabroso café entre sus manos.

—¿Y dices que se plantó delante de esa especie de túneles, y comenzó a salir agua que luego se tintaría roja y más tarde portaría cadáveres? —preguntaba George abrumado.

¡Riiing! Sonó el timbre de la puerta, causando un leve sobresalto a los tres.

—Debe ser Peter —dijo Valentina, dirigiéndose a la entrada.

—¡Cuevas! —gritó, tal y como le abrieron la puerta—. ¡Se trata de cuevas!

—¿Cómo dices? —preguntó confusa Valentina.

—El símbolo que aparecía dibujado en los folios me resultaba familiar, por eso he ido a visitar a un colega para preguntarle si era lo que creía —explicaba Peter—, y en efecto, se trata del distintivo de cueva en un mapa. ¡Mira...! —dijo, sacando apresuradamente un papel doblado y extendiéndolo sobre la mesa—. ¿Los veis? Este es un mapa de la isla que me ha prestado. Se trata del mismo símbolo, y está representado por todos lados en los mapas topográficos de Scarlet Island, como este —decía señalando con el dedo en diferentes puntos de los muchos que había en aquel papel.

—Cuevas... —susurró Alba pensativa.

—Ahí está la respuesta —dijo George—, en tu vivencia con la “ayahuasca”, Richard de alguna manera te indicó cuatro grutas, ¿no es así? —preguntaba a Alba.

—En efecto.

—Pero solo por una surgía esa agua teñida de rojo seguida más tarde por los cuerpos, ¿verdad? —le volvía a preguntar.

—Exacto —contestó Alba.

—Esa es la indicación clave —aseguraba George—, cuevas hay muchas en la isla, pero Richard te ha indicado la entrada concreta a una serie de galerías inferiores en donde, eso sí, hay un gran número de esas simas, pero lo que viste acota muchísimo la búsqueda.

—¿De qué estáis hablando? ¿Qué demonios has visto con la “ayahuasca”? —preguntaba interesado Peter, que recién llegado, no sabía nada.

—Y después he despertado aterrorizada... —terminaba de explicarle a Peter su vivencia.

—¡Dios mío! Entonces George está en lo cierto. De alguna manera te ha llevado al lugar en donde quiere que busques a los *Nagonapu* —añadió fascinado—. ¡Todo encaja ahora! ¿Recuerdas cuando te enseñé esa caverna en donde ha estado en su experiencia Alba? —le preguntaba a Valentina con los ojos desorbitados.

—Por supuesto —dijo esta—. Estaban allí... También es lo primero que yo he pensado.

—¡Exacto! —gritó Peter—, los malditos *Neronapu* estaban allí, y no les gustó nada encontrarnos en ese lugar —adujo—, algo que en su momento no entendí, pero ahora sí, estaban inquietos por si los encontrábamos. Quizá, pensaban que los estábamos buscando o incluso que sabíamos de su paradero, por eso tanto recelo hacia todos nosotros.

—*En lo más profundo, en lo más húmedo, en lo más oscuro, se halla tu tesoro vital...* ¡Ahora tiene sentido! —susurró Alba de pronto, recordando las palabras que le dijo Onawa, escuchadas por el chamán una y otra vez en su premonición.

—¿Cómo dices? —le preguntó Valentina extrañada.

—No... nada —respondió sin ánimos de más explicaciones—, ¿vosotros conocéis esas cuevas? —les preguntó Alba a Peter y George. Ambos negaron con la cabeza.

—Bueno, pues parece que esta noche tendremos que jugar a ser espeleólogos... ¿Tenéis linternas? —añadió, haciendo que los cuatro se mirasen con gesto de preocupación.

Un par de horas más tarde, ya con la noche bien cerrada, los cuatro salían de su casa a la carrera, para introducirse en la pick up de Peter, ya que continuaba lloviendo copiosamente. Iban cargados con varios petates en donde portaban una serie de utensilios básicos que les podría hacer falta, tales como, frontales luminosos, unas considerables tiradas de cuerda, agua y comida, y un par de arneses por si tenían que utilizarlos.

Peter no era ningún experto en estas lides, pero había practicado en varias ocasiones escalada y descenso de barrancos, lo que le colocaba como el máximo conocedor del grupo en cuanto a estos temas.

Condujeron bajo la lluvia por la carretera que llevaba al norte, dotando a la situación de más tensión, si cabe. Al cuarto de hora más o menos, Peter torció a la derecha tomando un camino de montaña que ascendía hacia la misma. Se trataba del mismo trayecto que hizo cuando llevó a Valentina a ese lugar.

Llegaron al punto más lejano al que podían acceder en el coche y no tuvieron más remedio que continuar a pie bajo las inclemencias del tiempo. Los rayos serpenteaban en el cielo cruzándolo de lado a lado, cuando se dejaban ver en algún claro en aquella senda tortuosa. La ascensión vertical se intensificaba en el último tramo, haciendo que los caminantes lo pasaran realmente mal. Se apoyaban en los árboles y las rocas, que colocadas de cierta manera se lo permitían, para tomar impulso y recuperar el resuello.

Por fin llegaron arriba. Se detuvieron justo en el mismo lugar en el que lo hizo Alba en su experiencia, frente a ese terraplén que permitía contemplar el embalsamiento natural, justo antes de precipitarse al vacío con ese increíble salto.

Alba miró esa bella estampa entre la lluvia, gracias a los relámpagos que se lo permitían de vez en cuando y alucinó con la sensación de haber estado allí hacía tan poco.

Bajaron cuidadosamente, pero con premura y se introdujeron en el agua con la ansiedad de saberse tan cerca de la verdad, que de alguna manera les producía vértigo. Traspasaron la cascada, que con la lluvia era más abundante y potente, para colarse en la sala interior. Allí adentro el agua no estaba tan calmada como recordaban, seguramente por las filtraciones de la lluvia que corría hacia fuera.

En efecto, al encender los cuatro frontales luminosos comprobaron que había numerosos orificios en la pared por donde brotaba el agua a raudales, pero, sobre todo, lo hacía por las cuatro grutas que Richard mostró a Alba en esa suerte de sueño y que, al iluminarlas con su luz, ahora que estaba realmente allí, le produjo un escalofrío mordaz a la joven.

De los cuatro túneles brotaba un pequeño riachuelo, de al menos un palmo de agua cada uno, que confluían en esa sala circular con pinturas rupestres en sus paredes. Las cuatro luces se concentraron en la tercera gruta que se encontraba desde su posición, sin que nadie acordase nada. Unos segundos de silencio acompañaron a la visión del lugar en el que se tendrían que introducir en pos del bien y la verdad, para luego volver sus rostros compungidos hacia Alba, que con un sutil movimiento de su cabeza confirmaría que, en efecto, esa era la entrada correcta.

La entrada correcta, que seguramente tomaron los *Neronapu* para acabar cruelmente con sus iguales, sus hermanos, sus antepasados y las raíces más antiguas de esa maravillosa isla, insólito y casi inexplicable hito de la vida humana allí.

Peter se introdujo en la gruta el primero. Una vez arriba se giró para ayudar a Valentina a salvar el metro aproximado de desnivel que tenía con respecto al suelo de la caverna. A continuación, George hizo lo propio con Alba, y por fin los cuatro se encontraron allí adentro, alumbrando con sus pequeños focos hacia las profundidades de aquella suerte de pasadizo diabólico.

Comenzaron a caminar despacio. Allí el silencio era la nota dominante, con apenas el rumor de la cascada de fondo. Muchas ideas macabras se les pasaban por la cabeza, mientras iban iluminando unos cuantos metros por delante en aquella oscuridad total y claustrofóbica. Andaban con los pies dentro del agua que corría con libertad, pero que apenas les molestaba.

El suelo de aquella gruta y las paredes laterales, hasta aproximadamente la mitad de su altura, eran de roca caliza como todo lo demás, pero muy desgastada y lisa. Aquello daba una idea de hasta dónde era capaz de llegar el nivel del agua en aquellos pasajes. Peter se detuvo mirando ese cambio de roca lisa desgastada a más áspera y arenosa, y echó un vistazo hacia atrás a George, que observándolo se dio cuenta de la peligrosidad que entrañaban esas cavernas, por lo inundables que resultaban. Los cuatro siguieron sin querer abrir la boca y comentar el peligro que asumían al introducirse allí.

George, desplegando los brazos en toda su amplitud, a punto estuvo de tocar con las puntas de los dedos los laterales. La parte superior se encontraba a unos tres metros y medio de altura aproximadamente, era mucho más rugosa y accidentada, incluso presentaba estalactitas. Continuaban avanzando con cautela. El agua fresca seguía corriendo bajo sus pies. La gruta se iba estrechando a ojos vistas de los cuatro aprendices de aventurero, cada vez era más angosta. La tensión por no saber a dónde se dirigían era insufrible.

La gruta dibujó una pendiente ascendente frente a ellos, que se elevaba con una inclinación de unos cuarenta grados. El torrente de agua descendía entre las rocas que formaban el abrupto repecho, en el que el túnel aún se estrechaba más. Suspiraron con desasosiego al observar la subida con sus luces y comprobar que no se apreciaba el final. Aun así, comenzaron a trepar cargados de dudas a sus espaldas, con cuidado de no resbalar y caer.

Peter abría huella, como se dice en el argot montañero, es decir, iba primero mostrando a sus compañeros cómo y dónde debían pisar y apoyar con seguridad. El agua caía sobre sus cabezas molestándoles, aunque no llegaba a ser peligrosa. Por fin, Peter vislumbró lo que parecía el final de la ascensión, como así fue. Ese pequeño paso elevado les condujo a una nueva galería amplia, inundada del agua que se desbordaba hacia abajo. Era del tamaño de una cancha de baloncesto aproximadamente, pero el techo allí era mucho más bajo y claustrofóbico, de apenas dos metros y medio.

—Tendremos que pasar al otro lado por el agua —dijo Peter.

—No sé si me parece buena idea... —le respondió Valentina.

—No hay otra forma de llegar a aquel extremo de la galería —dijo señalando a otra boca de túnel que se veía en el lado opuesto, a unos quince metros, similar a la primera por la que se introdujeron.

—¿Y dices que estas galerías conducen a unas grandes cuevas un poco más allá? —le preguntó George.

—Así es —afirmó—, según el mapa del tramo que estudiaron los espeleólogos, hasta llegar al extremo más peligroso y profundo, donde abandonaron el estudio por lo arriesgado de la empresa, encontraremos tres grandes cuevas si seguimos en esta dirección —explicaba el joven sacando el mapa de su mochila para mostrárselo a los demás—. ¿Lo veis? —les preguntó señalando el itinerario que estaban llevando a cabo y el símbolo de dichas cuevas, no mucho más allá—. Debemos llevar un par de kilómetros al menos desde que entramos, y en el mapa dice que el extremo más lejano al que llegaron está a unos cuatro. En ese punto, las galerías quedan completamente sumergidas, con el peligro que ello conlleva, por eso abandonaron. ¡Hay que pasar sí o sí! —adujo—. Lo haré yo primero para comprobar la profundidad. Pasaré con la cuerda, así vosotros tendréis dónde agarraros. —Los demás asintieron.

Peter sacó una cuerda naranja que llevaba en la mochila, desenrolló unos metros e introdujo el brazo izquierdo en mitad de la madeja para cargar con ella. Se sentó al borde del agua embalsada que se desbordaba hacia abajo, tratando de ver el fondo sin éxito. Sin pensárselo demasiado, se metió despacio hasta el cuello sin hacer pie, por lo que comenzó a flotar y avanzar con cierto nerviosismo e inseguridad que trataba de controlar. El agua estaba fresca, y el hecho de no conocer la profundidad que atravesaba le hizo sentir un par de escalofríos cuando se encontraba más o menos a la mitad de esa suerte de alberca.

Por fin atravesó al otro lado bajo la atenta mirada de sus compañeros, que respiraron más tranquilos al verlo salir del agua con la cuerda, la cual ahora cruzaba de una parte a otra.

—¡Ahora os toca a vosotras! ¡George, tensa la cuerda para que pasen ellas primero, y luego te

atraeré con ella hacia mí para ayudarte a cruzar! —voceaba el chico de un lado al otro subido a una roca, que no era sino el inicio del siguiente túnel.

—¡Entendido! —confirmó el encargado el parapsicólogo.

Valentina fue la primera que se metió en el agua despacio para atravesar la poza oscura, con más respeto que otra cosa. Mientras lo hacía, pensaba sin querer en la posibilidad de que algo rozase sus piernas en mitad de esa agua misteriosa, haciéndola morir de miedo tan solo la idea. Cruzó sin sobresaltos, al igual que Alba y George que venía con el extremo posterior de la cuerda atado a la cintura, con Peter tirando de él para facilitarle el cruce.

Se introdujeron en el nuevo tramo de cueva. Cada paso que daban hacia el interior de aquellos laberintos naturales soterrados, sentían más y más presión y agobio, porque eran conscientes de que tendrían que desandar lo andado y ya llevaban al menos dos horas con aquella búsqueda, desde que dejasen el coche de Peter en mitad de la montaña.

Recorrieron otros quinientos metros al menos por ese nuevo corredor mucho más estrecho y con menos altura, de nuevo con el agua pasando bajo sus pies con la pureza de un recién nacido. Pero de pronto encontraron el camino cortado, por una enorme cantidad de piedras de gran tamaño.

—¡Qué extraño...! —decía Peter mirando el mapa—. Se supone que aquí no debería haber nada hasta llegar a la siguiente cueva, que por otro lado tiene que estar muy cerca —cavilaba el joven.

—Pues me parece que no podremos avanzar ni un metro más —se temió George.

—¿Y quién demonios ha cerrado el túnel? —preguntó Alba, mirando las piedras, desencantada.

—¡Imagínatelo...! —insinuó Valentina.

Alba la miró fijamente tras ese comentario, y pensando en lo que podía significar aquello se acercó a la primera de las rocas e intentó moverla ella sola infructuosamente. Valentina, sorprendida e inspirada, se acercó a su amiga para ayudarla con arrojo, consiguiendo hacer caer la primera de las grandes rocas. Peter y George se miraron sonriendo, y con gesto cómplice acordaron echar una mano.

Les pidieron a las chicas que se apartasen un poco para poder ir tirando algunas de las rocas de la parte más alta y así tratar de abrir camino. Peter empujaba las rocas con la ayuda de George, rogando internamente para que aquel obstáculo no fuese insalvable. Lo contrario resultaría frustrante.

Alba no hacía sino pensar en el motivo por el que debían haber tapado el túnel, idea que le producía escalofríos continuos, ayudados por la humedad del lugar y sus ropas mojadas.

—¡Están colocadas desde dentro! —dijo George.

—Así es —convino Peter.

—¿Tú también te has dado cuenta? —le preguntó Alba a Peter.

—Desde el mismo momento en que las vi —aseguraba el joven—, tal y como están colocadas tan solo podrían haber sido ubicadas desde el otro lado.

—¡Es cierto! —razonaba entonces Valentina al mirarlas.

—¿Pero qué sentido tiene eso? —se preguntaba Alba—, poner piedras de semejante tamaño desde dentro, ¿para quedarse encerrado? No lo entiendo...

Durante más de una hora estuvieron moviendo enormes rocas, sin tan siquiera saber si podrían realmente cruzar al otro lado, por no conocer la amplitud de aquel muro por donde se filtraba agua igualmente. Peter y George trataban de quitar las de más arriba con la intención de abrir

hueco para poder pasar, aunque fuese de manera angosta, dejándolas caer con el menor esfuerzo posible.

George cogió una nueva roca y al intentarla mover, esta cayó del lado contrario al que esperaba, hacia el interior, dejando el paso libre. Por fin había abierto brecha hacia el otro lado. Ahora tan solo tendría que hacer más amplia la cavidad y podría pasar a ver qué era lo que les aguardaba allí.

Completamente extenuados, se sentaron por un momento sobre una de las rocas que habían movido para recuperar el resuello, antes de abordar lo que fuera que hubiese allí adentro. Alba no podía esperar más e hizo ademán de pasar ella la primera, pero Peter, de manera sensata, convino que lo adecuado para minimizar daños, ya que no sabía qué podían encontrar allí, sería que entrase él solo en un principio, a modo de reconocimiento del lugar. Alba aceptó la cabal sugerencia de su amigo y lo dejó pasar delante.

Se encaramó por el montón de rocas que aún quedaban, subió hasta el paso abierto que habían logrado en la parte superior, y volviendo la mirada un segundo hacia el grupo se introdujo con arrojo y en solitario hacia lo desconocido.

Alba miró su reloj para comprobar la hora exacta en la que entraba, y de esa manera saber cuánto tiempo transcurría Peter allí adentro. Se dio cuenta sorprendida que ya eran cerca de las seis de la mañana, debía estar a punto de amanecer. Se le había pasado la noche en un santiamén con la concentración, expectación y tensión propias de semejante búsqueda de los valores humanos, completamente vejados.

Tras cinco eternos minutos, Peter surgió de sopetón por encima de las rocas amontonadas.

—¡Se trata de una cueva enorme! —dijo con énfasis, asustando a sus amigos—. ¡Es impresionante!, ¿queréis verla?! —les preguntó.

—¿Y no has encontrado ni rastro de... ya sabes? —insinuaba Alba una vez dentro los cuatro, caminando con cuidado por una enorme sala interior, tan grande, que ni los focos de sus frontales eran capaces de captar los límites que marcaban las fronteras naturales de aquel misterioso lugar.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Alba de soslayo. Creyó ver algo escapar de su haz de luz.

—¿Qué has visto, Alba? —le preguntó George.

—No... no lo sé, pero me ha parecido que algo huía de la luz —dijo confusa, física y mentalmente agotada. Un ruido extraño se escuchó por otro costado. Los cuatro giraron las linternas con velocidad en la dirección en la que creyeron oír esa suerte de susurro. Después apreciaron algo similar en otro lugar. Los cuatro amigos pegaron sus espaldas mientras miraban a todos lados, algo se movía a su alrededor.

—¡Aghgggggh! —gritó Peter al ver una sombra oscura pasar por delante de su haz de luz, seguida de más sonidos ininteligibles que parecían proceder de todos lados en torno a ellos. Una luz comenzó a surgir por sorpresa muy por encima de ellos. Se trataba de una sutil claridad que empezó a abrirse paso entre la lóbreguez más absoluta. El grupo se quedó mirando aquel extraño acontecimiento que no alcanzaban a entender en un primer instante.

La enorme cueva aparecía poco a poco frente a sus narices, iluminada por una fuente luminosa desconocida. Sus paredes estaban recubiertas de verde, sobre todo en la parte más alta, que al menos contaría con treinta metros de altura. Pero también había plantas a su alrededor y musgo por las rocas que conformaban una enorme sala, de aspecto similar a un círculo, de al menos

cincuenta metros en su máxima extensión. Estaba repleta de recovecos horadados en sus paredes, estalagmitas y grandes rocas por medio, seguramente desprendidas de zonas más altas.

«Este verdor tan exótico que conforma parte de la cueva, solo puede producirse de una manera», pensaba Alba.

—¡Con la luz del sol! ¡Está amaneciendo, se trata de la luz del sol! —dijo segura—. Debe haber una apertura al exterior en la parte más alta, por eso crecen plantas aquí abajo, gracias al sol.

—¡Nunca había oído de la existencia de una entrada tan directa a semejante caverna! —dijo Peter muy sorprendido.

—Ni yo, aunque para entrar por ahí la única manera de hacerlo debe ser rapelando, me temo —afirmó George tratando de vislumbrar el hueco por donde se colaba la luz, imposible de ver directamente desde allí, ya que debía tratarse de un pequeño conducto que conectaba el exterior con la enorme sima.

La claridad fue tomando posesión perezosamente del lugar, que recordaba a un paraíso perdido del jurásico, cuando Alba de nuevo creyó ver algo en las cercanías. Se alejó un poco de sus compañeros para adentrarse en un rincón aún oscuro, formado por un gran agujero dentro de la estructura misma de la cueva. Algo en el interior de su persona la incitaba a examinar ese lugar. Una suerte de premonición recorrió su cuerpo como un latigazo eléctrico. No se trataba de un sentimiento negativo, sino todo lo contrario. Era una sensación de alivio absoluto, de alegría y de serenidad interior. Similar a cuando una angustia que te oprime el pecho, de pronto desaparece.

Con esa extraña percepción, continuó andando hasta meterse en mitad de aquella penumbra. Sus ojos poco a poco se fueron adaptando a la claridad escasa, permitiéndole distinguir una silueta menuda que se alzaba frente a ella. En un principio no acertaba a reconocer quién era, pero esa forma comenzó a dar pequeños pasitos inseguros hacia su posición, dejando que la claridad proveniente tras la española, acabase de revelar, sin lugar a duda, que se trataba de un niño *Nagonapu*, que con ojos asustadizos y terriblemente delgado se acercaba a ella. Su semblante era lastimoso.

—¡Pero... bueno... ¿qué haces tú aquí!? —dijo la española. Cayó de rodillas ante la imagen de ese pequeño desamparado, que se acercaba a ella con una mezcla de curiosidad, miedo y esperanza. Alba alzó los brazos con ternura, invitando al niño de piel oscura, pelo largo desgreñado y taparrabos harapiento, a que cogiera sus manos. Al pequeño le costó unos segundos confiar en ella, pero las lágrimas que brotaban de los ojos de la chica lo convencieron de que no tenía por qué temerla. El niño se arrimó con cautela y, alzando muy despacio su mano derecha, la acercó a la de Alba hasta tocarla con sutileza.

La finísima piel blanca de la chica llamó su atención. El niño la acariciaba con asombro, como si jamás hubiese visto nada igual. Muy despacio se fue acercando un poco más, hasta ponerse frente a frente de ella. Posó su mano huesuda en la cara de Alba, que emocionada y a la vez consternada, miraba los ojos vidriosos de ese niño, con aspecto de haber sufrido lo indecible. El pequeño manoseó las lágrimas que la joven vertía emocionada, y con ternura infinita le regaló una sonrisa esperanzada que Alba, sin poder dejar de llorar le devolvió.

Al alzar su mirada, clavada únicamente en ese niño durante unos segundos, se dio cuenta de lo que tenía alrededor...

—¡Alba! —gritaba Valentina—. ¿¡Alba, dónde te has metido!? —lanzaba la pregunta al aire cuando preocupada notó su ausencia, no estaba con ellos.

—¿¡Alba...!?! —exclamó incrédulo George, al verla surgir de aquel hueco oscuro unas decenas

de metros más allá. Una sonrisa triunfal y el semblante emocionado la presidían. Portaba en los brazos a ese *niño milagro* que había encontrado allí, seguidos ni más ni menos, que por los indígenas de la tribu *Nagonapu*, que aunque en un estado físico deplorable, con signos evidentes de malnutrición, seguían vivos.

—¡Pero... ¿cómo es posible?! —balbuceó Peter—. ¡Los habían enterrados vivos! —se decía, alucinado—. ¡Están vivos! —vitoreó, mientras los *Nagonapu* los rodeaban con talante agradecido, hechos unos sacos de huesos. Algunos incluso con heridas, siendo portados por sus iguales. Los niños se asomaban detrás de sus padres con precaución, tras soportar tantos días de confinamiento.

¡Bang! ¡Bang! Se escucharon disparos que rompieron la magia del momento. Los *Nagonapu* se dispersaron como animales asustados, desapareciendo por los rincones. Alba y los demás se quedaron paralizados sin saber qué ocurría.

—¡Ya veo que hizo caso omiso de mi advertencia, señorita Alba! —dijo una voz sumamente desagradable, causando un sentimiento de repugnancia inmediato en la española.

Los cuatro miraron al unísono hacia arriba, comprobando que dos personas más bajaban a toda velocidad por unas cuerdas, tal y como dijo Peter poco antes, rapelando. Ambos tocaron suelo en apenas unos segundos, dejando a los cuatro paralizados y sin capacidad de reacción, ya que descendían sobre ellos apuntándoles con sendas pistolas.

—Debí haber imaginado que no se irían de la isla, antes de completar su dantesca obra —reprobó Alba irónicamente y asustada, pero rabiosa.

—¡La policía está al tanto de todo! ¡Tienen el vídeo de Richard, en el que explica sus jugarretas... y está grabado su asesinato! ¡Están sentenciados! —espetó con furia Valentina al que debía ser su jefe, desconocido para ella.

—Tengo el placer de presentarles a míster Byron —dijo con total frialdad y sin empatía alguna aquel esbirro del demonio—. Quizá quiera hacerle llegar a él personalmente sus inquietudes, dado que es su dirigente —afirmó de manera burlona, mirando a Valentina desafiadamente.

—¡Es usted un ser despreciable! —le gritó Valentina sin pensárselo, harta de ese tono falsamente condescendiente.

—¡Nunca podrán salirse con la suya! —dijo George en esta ocasión—. Los están buscando, no les dejarán huir de la isla. El aeropuerto y los barcos están controlados.

—En realidad, cuando se tiene mucho poder uno puede hacer casi lo que le apetezca —dijo míster Byron, dando un paso al frente—. Tan solo hay que trazar un buen plan, y estar dispuesto a todo para conseguir los objetivos. En verdad siento mucho el encontronazo que hemos tenido con ustedes, son unos jóvenes aguerridos y con determinación, y eso es algo que me gusta en las personas, que no se rindan frente a los problemas, frente a los peligros. Ustedes han conseguido llegar hasta el fondo del asunto, nunca mejor dicho —dijo mirando a su alrededor—. Pero, por desgracia, eso es algo que nos perjudica, y que entra en conflicto directo con nuestros intereses principales. No pueden ni tan solo llegar a imaginar los montantes económicos que se llegan a manejar en la sanidad pública, y en la privada, por supuesto. La salud es el petróleo del presente y del futuro. Nadie quiere envejecer, ni enfermar, ni finalmente morir, por lo que las personas son capaces de destinar todo cuanto tienen e incluso más, para tratar de curar sus enfermedades, atajar sus problemas. Imaginen entonces si a cientos de miles de personas enfermas de cáncer, le ofreciésemos la cura infalible e inmediata para todas sus dolencias. ¿Creen realmente, que unos simples indios podían bloquear nuestras aspiraciones y el progreso imparables de la ciencia? —les explicaba regodeándose con sus intenciones.

—¡Irán a la cárcel! —dijo Peter.

—De momento los asesinos de Richard son esos mentecatos de los guardas, por lo que sabemos... Y en cuanto a ustedes y a estos pobres indios, nunca les encontrarán, porque en esta ocasión haremos las cosas a nuestra manera. En vez de dejarlos aquí para que mueran poco a poco, terminaremos mucho antes —decía el tal míster Byron—. Puede que nos imputen por algún acto delictivo menor, como explotación de un lugar no permitido, incluso apropiación indebida, ya que estamos muy cerca de cerrar la compra millonaria de toda el área cercana al lago, hasta esas dichosas ruinas. Los mandamases de la isla vieron con buenos ojos la operación, poco después de perder tristemente su principal reclamo turístico —comentaba refiriéndose a los nativos *Nagonapu*—. Les hicimos creer que pondríamos en valor sus recursos naturales y culturales. Así que, aunque ahora quieran dar marcha atrás a la operación porque nos consideren sospechosos de algo, ya no pueden hacerlo. ¡No hay vuelta atrás! Sin pruebas explícitas de que estuvimos detrás de la muerte de Richard y de vuestras desapariciones, así como la de los nativos, saldremos indemnes gracias a nuestros abogados —explicaba hirientemente—. La riqueza y prosperidad están en nuestras manos. Seremos considerados mitos de la medicina, se recordará nuestro nombre para la posteridad. Las nuevas generaciones nos idolatrarán, sin tener ni idea de cómo se fraguó este descubrimiento y sus pequeños cabos sueltos... Y nosotros seremos más ricos y poderosos de lo que nunca hallamos podido imaginar —terminó diciendo ese genio del crimen.

—Las autoridades indagarán en el asunto, hasta descubrirlo todo —seguía insistiendo Valentina ciertamente impresionada con la determinación del sujeto.

—Lo dudo, tenemos todo atado y bien atado —certificó míster Byron—. Es una pena que tengamos que prescindir de usted. Ha demostrado ser una fabulosa bióloga, incluso se estaba acercando por sus propios medios a las conclusiones del genial Richard en cuanto a la flor escarlata se refiere —aseguraba el fatuo magnate farmacéutico—, pero... qué se le va a hacer, los negocios son los negocios.

—¡Andando! —gruñó apuntándoles el hombre menudo que encerró a Alba en aquel hotel de mala muerte, para amenazarla. Los cuatro comenzaron a caminar sin saber a dónde les conducían exactamente. Cuando empezaron a desplazarse, Alba, girando la cabeza hacia sus captores, vio por el rabillo del ojo y sin apenas querer mirar, para que estos no se diesen cuenta, que alguien descendía sigilosamente por una de las cuerdas de los maleantes, intuyendo sin apenas mirarlo, de quién se trataba esa silueta.

—¡Aligerad, que no tenemos todo el día! —voceaba el sicario a sueldo para que apretaran el paso. Atravesando toda la caverna los guiaron hasta el extremo más profundo de la misma, y allí, los cuatro jóvenes encontraron una pavorosa sima aún más profunda, con una caída vertical de al menos treinta metros hasta un agua oscura que aguardaba abajo.

Los cuatro se miraron unos a otros muertos de miedo. Estaban al borde del abismo y les apuntaban con unas pistolas, aquello podía ser su irremediable final.

—Aquí nadie os encontrará nunca —aseguraba míster Byron—. No sé si os lo he comentado, pero también nos hemos hecho con la propiedad de este lugar tan maravilloso, así como de las dos cuevas colindantes. Ahí abajo nadie os buscará. Caeréis en el olvido, dentro de unas galerías verticales tan peligrosas, en las que ni tan siquiera espeleólogos expertos quisieron adentrarse —les dijo asustándolos aún más—. ¡Y después de vosotros irán esos monos con taparrabos! —dijo con un desprecio absoluto—. ¡Termina tu trabajo! —finalizó diciendo. Se giró de espaldas a unos metros, para no ver lo que iba a acontecer.

El sicario alzó el arma amenazante hacia el grupo. En su rostro se pudo observar una mueca de placer al saber que iba a acabar con todos los problemas de su jefe de un plumazo. Apretó fuerte la pistola apuntando directamente a George, que era el primero por la izquierda. Se aseguró de que el disparo resultase certero dirigiéndolo a la cabeza y lanzó la bala asesina. Pero justo en ese instante, Onawa, salido de la nada, le embistió con su cuerpo como un mastodonte, haciéndole fallar el tiro por fortuna. El matón cayó al suelo junto a George que se abalanzó sobre él con brío, al ver que la pistola se le escapaba de sus pérfidas manos.

Míster Byron se volvió raudo al escuchar el bramido de Onawa en su embestida sorpresa y observó cómo su secuaz rodaba por el suelo, con George y Peter sobre él, profiriéndole una soberana tunda. Onawa se dirigía hacia él con velocidad portando una piedra amenazante en la mano, que le lanzó certero, al ver cómo alzaba su pistola contra él. El impacto de la piedra provocó que míster Byron no pudiese dirigir adecuadamente la dirección de su disparo, desplazando su trayectoria hacia el hombro de Onawa, que aulló de dolor y se desplomó al suelo. Míster Byron también besó la fresca piedra de que estaba compuesta esa cueva de su propiedad, con una considerable brecha sangrante en la cabeza. Para cuando pudo recuperar la visión borrosa debida a la pedrada, y angustiado buscaba su pistola alrededor, lo que vio fue a Alba y Valentina que le apuntaba con su propia arma mientras sonreían de pie a su lado.

Amordazaron a ambos de pies y manos con unas de las cuerdas de Peter. Los dejaron en mitad de la caverna apoyados contra una roca mohosa, en donde un rayo de sol matutino se filtraba por algún resquicio de la parte alta de la cueva. Alba elevó la vista mirando directamente a la luz, que parecía apuntar hacia ellos. Con los ojos entornados y sonriendo levemente, disfrutaba de la calidez que los rayos de luz provocaban sobre su piel, después de tan húmeda noche.

Bajó la mirada, observando con deleite cómo de nuevo los *Nagonapu* iban asomándose a su alrededor. Entendían con satisfacción que el calvario tocaba a su fin. Onawa lloraba de alegría de rodillas, según iba viendo a los miembros de la tribu, de su tribu, acercarse aún con recelo.

—¡Están vivos! —dijo emocionado, mirando a unos niños que se le aproximaban—. ¡Gracias a Dios están vivos! —volvió a pronunciar, abrazando a dos o tres de ellos, a quienes apreciaba—. ¡Es un milagro...!

—Es hora de salir de aquí y llevarlos con nosotros —dijo Alba mirando con ternura a Onawa, que saludaba y abrazaba a todos cuanto se encontraba, tan feliz como si la vida le fuera en ello.

Tras una semana recuperándose de su inanición en el hospital, la totalidad de los miembros de la tribu *Nagonapu* volvieron al poblado, que rápidamente recuperó su actividad repleta de vida. Volvieron todos, excepto el chamán, que mayor y cansado, no pudo resistir ese cruel encierro que casi llegó a resultar mortal para todos, feneciendo en la cueva. Aunque algunos, como Onawa, pensaron que se dejó ir a la otra vida para desde allí ayudarles. Cuando Alba le preguntó por qué apareció de repente para salvarles la vida, este dijo que tuvo una fuerte premonición durante la noche... En la cual un gran amigo fue a visitarlo por última vez, pidiéndole que hiciese algo muy importante por él... Alba no volvió a preguntar.

Míster Byron y su secuaz, fueron condenados por varios delitos a cuál de ellos más grave, como el asesinato de Richard entre otros, aunque los *Neronapu*, verdaderamente traumatizados, nunca lo reconocieran, ya que no volvieron a hablar jamás, ni tan siquiera contaron lo que les ocurrió esa noche en la que su líder desapareció, para nunca más saber de él... Pero las pruebas

del vídeo eran irrefutables, así como cantidad de indicios demoledores de contactos entre ellos y el malvado Míster Byron.

George, procesó y catalogó todo el material recogido en su ansiada noche de investigación, asombrando al mundo con sus pruebas y conclusiones. Su publicación en una prestigiosa revista —seguramente la que financió los costes del material tecnológico del que dispusieron—, le otorgó fama mundial, y provocó un salto cualitativo en el estudio de lo paranormal. Nos hizo comprender que este, nuestro mundo, va mucho más allá de lo que nuestros ignorantes ojos son capaces de atisbar. Abrió las puertas a otras maneras de razonar y de concebir nuestra existencia, traspasando fronteras que resultaban impensables poco antes. Todo ello elevaría a la especie en un futuro cercano a un nivel grandioso de conciencia y conocimiento sobre sí mismo y de la dimensión que nos envuelve.

Peter, sería poco después nombrado jefe del nuevo equipo de guardas de la isla con todos los honores, debido a su conocimiento de la misma, dedicación y pasión por la conservación de su entorno.

La historia del hallazgo de Richard, su asesinato, las desapariciones y la trama interna de la farmacéutica española por parte de míster Byron, vieron la luz pública. Por suerte, provocaron que todo lo pactado con la farmacéutica para la explotación de la flor escarlata, fuese revocado de inmediato. Pero el máximo accionista de Farmadream, el señor Cayetano, principal impulsor junto con Richard, del proyecto llevado por su empresa en Scarlet Island, llegó a un acuerdo histórico con los mandatarios políticos de la misma. Acordaron potenciar la explotación sostenible de la vacuna contra el cáncer, con el compromiso de que llegaría a ser asequible para todo el mundo, gracias a una simbólica e irrisoria ganancia que se embolsaría la empresa, siendo poco más de lo que costaba su comercialización.

—¡Es lo que habría querido su descubridor, el señor Richard! —pronunciaba un emocionado Cayetano en rueda de prensa en la isla, junto a sus mandatarios, para anunciar el acuerdo al que habían llegado. Cientos de miles de personas tendrían en breve la capacidad de curarse de sus terribles enfermedades al alcance de la mano. La ganancia directa sería mínima para la empresa de Cayetano, pero el noble directivo sabía que en breve el precio de sus acciones en bolsa se multiplicaría de manera inimaginable. Al mes escaso del anuncio, el valor de cada una de las acciones de Farmadream, se había multiplicado por dos mil.

Valentina se convertiría en la complacida ejecutora del sueño de Richard, de ella misma y de cualquier investigador que se preciara, de la mano de la empresa que la utilizó y puso en riesgo. Por todo ello, amén de su talento e implicación, capitaneó a un grupo de profesionales para conseguir el desarrollo de la vacuna definitiva en su fase madura contra el cáncer, usando las propiedades de la flor escarlata. Para ello, siguió las indicaciones que Richard les dejó con acierto en su cuenta de Dropbox, que finalmente no era sino lo mismo que ella estaba consiguiendo por sus propios medios con anterioridad, pero en una fase más temprana.

Alba terminó su tesis de manera exitosa y con una prueba irrefutable y palpable. El mundo cambió tras su estudio, y nadie podía negarlo. Los ecos lejanos de lo que ocurría en su entorno, la condujeron con un poder de atracción mágico a Scarlet Island. Su observación de lo que ocurría en ese paraíso misterioso, la llevó a destapar el intrincado mundo soterrado que estaba destrozando una esperanza, que finalmente revelada, cambiaría el mundo y a sus habitantes. Richard dio su vida por un sueño, e incluso después de esta, luchó en otro plano existencial para que la decencia ganara la partida a la especulación más ruin. La reputación de Alba en el mundo de la psicología llegaría a tales cotas que inspiraría a millones de personas deprimidas, a pensar

que un futuro mejor era posible y a reconquistar la esperanza en el ser humano y sus posibilidades. Creó una dinámica positiva que iluminaría a los humanos hacia una nueva y portentosa era del Renacimiento, en este caso, un nuevo renacimiento moderno.

Todo cambió tras el paso de Alba y sus amigos por Scarlet Island, aunque en realidad, nunca más llegaron a irse de allí, porque aunque volviesen de vez en cuando a España, fijaron, junto a sus parejas, su lugar de residencia habitual en aquel mágico emplazamiento, del que habían sido revelado por ellos, parte de sus más antiguos misterios.

La gente que había sufrido hechos insólitos, descubrió en su gran mayoría que se trataba de los efectos secundarios de la flor escarlata, que en realidad los estaba curando de enfermedades reales y presentes en sus organismos de manera mucho más lenta que la vacuna, eso sí, como le ocurría a Richard con sus delirios o al señor Bradbury, ese magnífico escritor de éxito, que poco después descubriría una terrible enfermedad que le acechaba, siendo felizmente curado con la vacuna de la flor.

En el caso de Alba y sus alucinaciones puntuales, así como George y tantos otros, descubrieron tras indagaciones familiares, que eran ciertamente propensos, por su genética heredada, a sufrir algún tipo de esta terrible dolencia. Pero muchos de esos casos se entremezclaban con los otros, los que hacían referencia a hechos intangibles, pero literalmente catalogados, como la inolvidable experiencia de Margi con ese pergamino salido de la nada. Estos otros atendían a una realidad difusa y más compleja. Se trataba del encantamiento tan especial que albergaba cada centímetro de una isla en donde todo parecía posible, incluso influenciar positivamente desde esa insignificante roca en medio de la nada, al resto del mundo.

Alba alucinaba con las explicaciones que Onawa había recibido por parte de los nativos, de cómo diantres consiguieron sobrevivir a su cautiverio esos meses, gracias a su conocimiento del entorno. Se alimentaron de insectos, pequeñas plantas e incluso del moho de las penumbrosas rocas de la cueva durante esa pesadilla. Mantuvieron la esperanza en todo momento, por más negativa que se volviese la situación, animados sobre todo por su chamán, que les insuflaba confianza y aliento mientras aguantaron sus fuerzas.

—Nunca me habías contado lo de la abuela... —le comentaba Alba a su madre por teléfono, poco después de volver a la isla junto a George, tras unas semanas en España visitando a su familia.

—No es agradable explicar la agonía que sufrí, pero lo superé con arrojo y continuó su trayecto vital, gracias a su valentía al afrontar la enfermedad, al cabo de varios años nací yo... —comentaba emocionada con susurros su madre—. La abuela solía decirme que yo había sido un regalo de la vida, por no rendirse ante las adversidades y luchar hasta ganarle la partida a... —Alba escuchaba desde el otro lado de la línea, tratando de disimular su emoción—. Por cierto, hay algo que no te he comentado en tu estancia en casa —dijo enigmáticamente, centrando toda la atención de su hija por el tono—. Esa noche que ocurrió todo aquello de la cueva que me contaste, tuve... me pareció... —No encontraba las palabras adecuadas—. Juraría que estuve aquí, en casa... conmigo. Fue un solo instante, pero te sentí aquí. No sé si te vi, noté tu presencia o qué sé yo. Pero por un momento te tuve aquí, a mi lado, y eso es algo que a una madre no se le puede escapar...